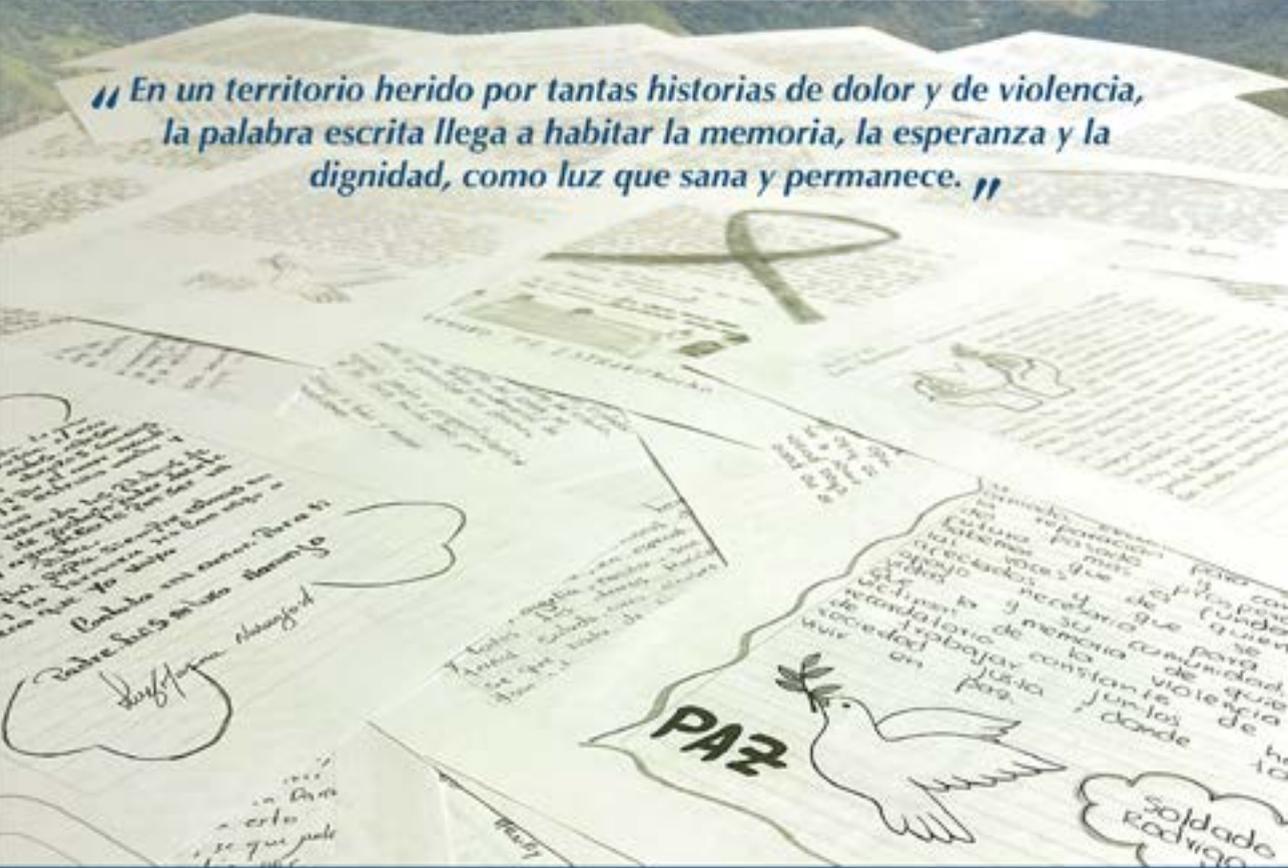


Justicia restaurativa, palabra y reparación

en el oriente antioqueño

*“ En un territorio herido por tantas historias de dolor y de violencia,
la palabra escrita llega a habitar la memoria, la esperanza y la
dignidad, como luz que sana y permanece. ”*





MAGISTRADO ALEJANDRO RAMELLI ARTEAGA
PRESIDENTE JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

MAGISTRADO JOSÉ MILLER HORMIGA
VICEPRESIDENTE JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

HARVEY DANILO SUÁREZ MORALES
SECRETARIO EJECUTIVO JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

MAGISTRADO CARLOS ALBERTO SUÁREZ LÓPEZ
SALA DE DEFINICIÓN DE SITUACIONES JURÍDICAS - JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

MAGISTRADA AUXILIAR ÁNGELA JANETH GALVIS ARDILA
SALA DE DEFINICIÓN DE SITUACIONES JURÍDICAS - JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

CLAUDIA PATRICIA RODRÍGUEZ GÓMEZ
SUBDIRECTORA NACIONAL DE COMUNICACIONES - JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

SANTIAGO ERAZO
EDICIÓN - SUBDIRECCIÓN NACIONAL DE COMUNICACIONES - JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

DANIEL MORELO MARTÍNEZ
DISEÑO - SUBDIRECCIÓN NACIONAL DE COMUNICACIONES - JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ

PADRE FRANCISCO JOSÉ DE ROUX RENGIFO, S. J.,
EXPRESIDENTE COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD, LA CONVIVENCIA Y LA NO REPETICIÓN

CARLOS IVÁN LOPERA LOPERA
ENLACE EN CONSTRUCCIÓN DE PAZ Y RECONCILIACIÓN DE LA IUDIGITAL Y EL POLITÉCNICO JAIME ISAZA CADAVID

JUAN DAVID VIVEROS MONTOYA
GRUPO JURÍDICO DE ANTIOQUIA

LUIS ALFONSO CASTILLO
CORPORACIÓN JURÍDICA LIBERTAD

JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ (JEP)
SEDE: CRA 7 # 63-44, BOGOTÁ, COLOMBIA
(+57) (1) 7440041
INFO@JEP.GOV.CO
WWW.JEP.GOV.CO

JEP | JURISDICCIÓN
ESPECIAL PARA LA PAZ

**KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG**

Programa
Estado de Derecho
Latinoamérica

Programa
Estado de Derecho
Latinoamérica



Municipios del Oriente Antioqueño



Contenido

Presentación	13
Justicia restaurativa, palabra y reparación en el Oriente antioqueño	13
Prólogo	21
El mensaje profundo de la Justicia que restaura	27
Capítulo 1. El contexto del daño	34
◆ Breve panorama del conflicto en el Oriente antioqueño	36
◆ Territorios afectados y memoria viva	43
◆ Transformación humana en el marco de la justicia restaurativa y riesgos jurídicos en escenarios de eventual revictimización	50
Capítulo 2. Voces de las víctimas	70
Capítulo 3. Cartas de los comparecientes	148
Capítulo 4. Mapa del dolor y la esperanza	352
Capítulo 5. Cartas al futuro	362



NO

REPETICIÓN

ERRAMAMIENTOS
EN SANGRE

Presentación

Magistrado Carlos Alberto Suárez López

Sala de Definición de Situaciones Jurídicas - Jurisdicción Especial para la Paz

JUSTICIA RESTAURATIVA, PALABRA Y REPARACIÓN EN EL ORIENTE ANTIOQUEÑO

Tal como lo sostuvo el famoso dramaturgo griego Esquilo: “Las palabras son una medicina para el alma que sufre”. Este libro, que recoge cartas y fragmentos de escritos de las víctimas y comparecientes del Oriente antioqueño —una de las regiones más golpeadas por la violencia del conflicto armado interno colombiano y, particularmente, por el fenómeno de los asesinatos presentados ilegítimamente como bajas en combate, o ‘falsos positivos’—, responde a esta idea.

Este libro surge a partir del reclamo de las víctimas del Oriente antioqueño, que han pedido que su verdad sea escuchada con respeto y dignidad, y que se reconozcan los daños que sufrieron y que las marcaron en el contexto del conflicto armado. En efecto, en los diversos encuentros realizados por el despacho de la Sala de Definición de Situaciones Jurídicas (SDSJ) de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), del cual soy titular, con víctimas y comparecientes, esta exigencia apareció en escena y resultó ineludible. De allí nació la necesidad de crear un espacio donde la palabra funcionara como un puente para la restauración, y donde cada carta y cada relato permitieran reconocer lo ocurrido, asumir responsabilidades y comenzar a reparar un tejido social profundamente afectado.

A partir de esta necesidad se idea y se configura esta obra, que el despacho que lidero presenta con orgullo y satisfacción a las víctimas, a los comparecientes que hoy avanzan en rutas restaurativas, a la comunidad del Oriente antioqueño y a todas las personas interesadas en conocer y comprender el alcance transformador de la justicia restaurativa implementada por la JEP.

El libro *Justicia restaurativa, palabra y reparación en el Oriente antioqueño* que hoy presentamos cumple con los tres objetivos que el despacho que el suscrito dirige se ha propuesto con las medidas de contribución a la reparación en esta región: (i) aplicar de manera creativa los principios de la justicia restaurativa en las actuaciones judiciales; (ii) asegurar que los comparecientes que hicieron parte de la Brigada IV del Ejército Nacional y que ingresan a la ruta no sancionatoria tengan alternativas reales para cumplir con los compromisos derivados del régimen de condicionalidad y así poder obtener la definición de su situación jurídica; y (iii) el más importante y más sensible: contribuir a restaurar el buen nombre y la dignidad de las víctimas y del territorio que, además de soportar las violencias propias del conflicto armado, debieron enfrentar la estigmatización pública sin haber tenido responsabilidad en los hechos que se les atribuían.

Este enfoque restaurativo responde al espíritu del Acuerdo Final para la Paz, así como el de las demás normas que regulan la Jurisdicción y de su propia jurisprudencia; normas que han partido de la premisa de que la justicia transicional no puede reducirse a la tradicional punición retributiva. Si bien es cierto que en la JEP también existen sanciones (propias, alternativas u ordinarias) para los máximos responsables, sus finalidades van mucho más allá de esto y son, entre otras, las siguientes: satisfacer los derechos de las víctimas, reparar los daños colectivos causados, facilitar la reintegración de quienes aportan verdad y reconocen su responsabilidad, y construir garantías de no repetición. Con esta mirada restaurativa se diseñó este proyecto editorial, que consiste en un espacio epistolar donde comparecientes y víctimas dialogan a través de la palabra escrita, siempre bajo la premisa del reconocimiento del daño, de la dignidad del otro y del valor moral de escuchar lo que durante años fue silenciado.

Las cartas y relatos que integran este libro reflejan esa perspectiva restaurativa. Se expresa en estos documentos la comprensión de que la población civil del Oriente antioqueño

fue injustamente señalada y de que la actuación de algunos miembros del Ejército Nacional se basó en discursos estigmatizantes que le atribuyeron a la región supuestas simpatías con actores armados ilegales. Los comparecientes reconocen ahora que, por el contrario, fueron recibidos siempre con respeto por comunidades campesinas que enfrentaron la violencia con firmeza moral, sin renunciar nunca a la búsqueda de la verdad ni al derecho a despedir a sus muertos de acuerdo con sus tradiciones. Con estos textos queda claro que el territorio fue arbitraria e injustamente vinculado con la guerra cuando su vocación ha sido siempre la paz.

Los comparecientes incluidos en esta publicación fueron seleccionados por su nivel de participación en hechos de afectación localizada y porque no tienen responsabilidad penal en varios hechos delictivos de competencia de la Jurisdicción, lo que a su vez permite que su situación jurídica pueda resolverse de forma no sancionatoria a partir de contribuciones exhaustivas a la verdad y a la reparación. La forma respetuosa y seria en la que ellos asumieron el ejercicio de escribirles a las víctimas y al territorio demuestra un compromiso real con la ruta no sancionatoria, lo que, claramente, permitirá avances concretos en sus trámites judiciales, pues la Sección de Apelación de la JEP ha señalado que las medidas restaurativas pueden incluir acciones simbólicas, actividades pedagógicas, ejercicios de memoria, iniciativas de no repetición o colaboración efectiva con el Sistema Integral para la Paz (SIP). Gracias a este proyecto, noventa y tres (93) comparecientes han logrado avanzar de manera sustancial en el cumplimiento de su régimen de condicionalidad.

A lo largo de estas páginas, toda persona que lea este libro entenderá cómo los comparecientes han reconocido que durante años leyeron de manera equivocada el Oriente antioqueño, interpretando sus paisajes y sus gentes desde prejuicios alimentados por la lógica militar belicista de la época. En sus escritos, los comparecientes admiten que esa lectura no correspondía a la realidad, que confundieron comunidades pacíficas con supuestos enemigos, lo que causó daños profundos que hoy buscan reparar desde la palabra, el reconocimiento y el compromiso con la no repetición. Basta con leer estas cartas para comprender que la región oriental de Antioquia nunca dejó de ser un territorio de paz al que la guerra llegó arbitrariamente sin ser invitada y que trajo consigo todo su sufrimiento y dolor.

Llevar a cabo esta publicación significó un reto metodológico considerable para el despacho, en tanto fue necesario construir una estrategia pedagógica que permitiera explicar a comparecientes y a víctimas el sentido de la iniciativa, su lógica restaurativa y el alcance reparador que podía tener. Esa estrategia se concretó en los talleres realizados en la Universidad de Medellín los días 22 y 23 de noviembre de 2025. Durante estos encuentros participaron profesionales del nodo de universidades por la paz del Oriente antioqueño, especialistas del Equipo de Afectaciones del Grupo de Análisis de la Información (GRAI) de la JEP y funcionarias y funcionarios del despacho, lo que garantizó un abordaje interdisciplinario y humano que acompañó con rigor y sensibilidad a todos los participantes.

En esos espacios, noventa y tres (93) comparecientes reflexionaron sobre los patrones de macrocriminalidad establecidos por la Sala de Reconocimiento de Verdad, de Responsabilidad y de Determinación de los Hechos y Conductas (SRVR), escucharon testimonios de víctimas y, a partir de esta sensibilización, procedieron a escribir sus cartas, muchos de ellos acompañados por sus familiares. De forma paralela, cincuenta y cuatro (54) víctimas participaron en talleres de memoria y cartografía social que permitieron dibujar su relación con el territorio, revivir recuerdos dolorosos y afirmar sus esperanzas. De igual manera, niñas, niños y jóvenes compartieron sus visiones, aportando un lenguaje que abrió horizontes y que recordó que la memoria tiene siempre una dimensión de futuro. Todo esto conforma el corazón del libro que hoy presentamos con orgullo y satisfacción.

Ahora bien, estos invaluable escritos de las víctimas y los comparecientes constituían la materia prima de la obra, pero la misma aún debía ser procesada y pulida. Por ende, el material producido en estos talleres fue revisado, analizado y ordenado por el equipo de talleristas, quienes propusieron una estructura que permitiera al lector y a la lectora recorrer el proceso de manera clara y sensible.

Posteriormente, este material pasó a un proceso de revisión, edición y diseño que estuvo a cargo de la Subdirección de Comunicaciones de la JEP. La dirección de esta dependencia, junto con su equipo de profesionales, asumió la tarea con una sensibilidad que merece destacarse. No se limitaron a organizar textos e imágenes, sino que comprendieron el sentido profundo de lo que aquí se recoge, y procuraron que cada página reflejara con

respeto y dignidad la voz de las víctimas y de los comparecientes. Su trabajo riguroso y paciente permitió transformar un conjunto amplio de manuscritos y materiales gráficos en una publicación coherente, cuidada y fiel al espíritu restaurativo que dio origen al proyecto. Por ende, a Claudia Patricia Rodríguez y a su magnífico equipo les expreso un agradecimiento sincero por el compromiso demostrado.

De igual manera, durante toda la ruta de formulación, desarrollo y finalización de este esfuerzo editorial, la Subdirección de Cooperación Internacional de la JEP acompañó con rigor y compromiso cada una de las etapas. Su capacidad de articulación, su seguimiento constante y su comprensión del valor simbólico de esta iniciativa fueron decisivos para sostenerla, consolidar su estructura y asegurar los apoyos necesarios. Gracias a esa labor fue posible gestionar y materializar el respaldo de la Fundación Konrad Adenauer Stiftung (KAS), cuyo compromiso institucional permitió que este libro dejara de ser una idea para convertirse en una realidad, en un aporte concreto a la verdad y a la reparación de las víctimas y de la comunidad.

La KAS, a través de su dirección regional para América Latina, confió en la pertinencia social y restaurativa de la propuesta, facilitó los recursos indispensables para llevarla a cabo y acompañó de manera respetuosa y profesional su ejecución. Con su apoyo, la KAS demostró —una vez más— su apuesta seria por iniciativas que dignifican a las víctimas del conflicto armado interno colombiano y fortalecen la justicia transicional.

Por lo anterior, quiero expresar también un agradecimiento profundo a Ana Margarita Almonacid, de la Subdirección de Cooperación Internacional de la JEP, por su compromiso sostenido durante todo el proceso, y a Lucía Becerra Becerra, de la KAS, por la orientación técnica y la disposición permanente, lo cual contribuyó al éxito de esta obra que hoy presentamos. De igual manera, quiero hacer un reconocimiento especial al doctor Hartmut Rank, director del Programa Estado de Derecho para Latinoamérica de la KAS, por haber creído en este proyecto y haber apostado por él.

Cabe anotar que la obra que hoy tiene en sus manos el lector y la lectora no es solo un compendio de textos e imágenes. En efecto, cada página de este libro está hecha de memorias,

de narrativas dolorosas, de reflexiones, de dibujos y de palabras que no buscan cerrar las heridas de manera artificial, sino ofrecer un espacio en el que la verdad pueda pronunciarse con honestidad y en el que el reconocimiento contribuya a aliviar, aunque sea un poco, la carga que durante años han llevado las víctimas. Los relatos de las víctimas, las cartas de los comparecientes, las fotografías del proceso y los mapas que dibujaron niñas, niños, jóvenes y adultos del territorio componen un tejido que habla del dolor, pero también de la esperanza. De la esperanza en un país y en una sociedad que pueden reconocer con valentía sus errores, que pueden sanar con resiliencia sus heridas y transformarse para bien de todos y todas.

Con este acto de memoria y dignificación queda demostrado que el Oriente antioqueño no fue un territorio de guerra. Por el contrario, fue y es un territorio de paz al que la guerra llegó en contra de su voluntad y trajo consigo todas sus miserias. Leer estas páginas es escuchar esa verdad que las comunidades nunca han dejado de defender, incluso cuando lo más fácil habría sido callar.

Por ende, el despacho entrega esta obra a la sociedad colombiana con orgullo y satisfacción, pero también con profundo respeto por quienes compartieron, a través de la palabra, su sufrimiento y su dolor, y por quienes confiaron en la justicia restaurativa como un camino posible para sanar.

Esperamos confiadamente que este libro no resulte indiferente para quien recorra sus páginas. Que, por el contrario, deje una huella en quienes lo lean, y que permita que la memoria del conflicto armado interno colombiano siga creciendo, no desde el miedo, sino desde la dignidad de un territorio que aprendió a resistir la violencia sin renunciar a la esperanza de una paz estable y duradera.



Prólogo

Magistrado Alejandro Ramelli Arteaga

Presidente de la Jurisdicción Especial para la Paz

En los territorios del Oriente antioqueño, donde la geografía parece hecha de cicatrices, la memoria aún respira. Respira en los relatos orales que sobreviven al silencio impuesto por el miedo, en los caminos donde antes hubo ausencias, en las casas donde aún se tiende un plato para quien no regresó. Respira también en las manos temblorosas — pero firmes— de quienes escriben estas cartas: víctimas, familiares y comparecientes. Voces que durante años caminaron por orillas opuestas del dolor y que hoy, gracias a la justicia restaurativa que inspira este proyecto, pueden encontrarse en el territorio íntimo de la palabra.

La Jurisdicción Especial para la Paz nació para abrir estas puertas. Para permitir que lo que fue negado, ocultado o distorsionado por la guerra pueda finalmente ser dicho, ver la luz, salir de las tinieblas de la impunidad. Y para que ese decir tenga consecuencias: no solo jurídicas, sino profundamente humanas. Por eso, cuando desde la Sala de Definición de Situaciones Jurídicas se pensó este libro —Justicia restaurativa, palabra y reparación en el Oriente antioqueño— se hizo con el corazón puesto en las víctimas, en su dignidad y en su derecho a ser escuchadas, creídas y reparadas, tal como lo señala el enfoque restaurativo que guía este proyecto.

Este libro, como se menciona unas páginas atrás, no es una simple compilación de textos o de relatos deshilvanados. Es un acto de encuentro, de reencuentro. Un espacio donde la justicia se escribe con tinta viva. Un puente que une historias que parecían imposibles de reconciliar. Desde sus principios fundacionales, la justicia restaurativa ha insistido en que el reconocimiento sincero es la puerta a una reparación posible.

No se trata de castigo aislado, ni de drásticas medidas retributivas, sino de reconstruir el tejido social desgarrado por el conflicto armado: un tejido hecho de vínculos, de confianza, de reconocimiento mutuo, de dignidad. El Oriente antioqueño encarna como pocos esa necesidad. Allí donde los hechos victimizantes dejaron huellas profundas —descritas en los patrones de macrocriminalidad relacionados con las acciones del Batallón de Artillería N.º 4 BAJES— se hacía urgente abrir un espacio para que las voces y los relatos pudieran encontrarse sin intermediarios, para que víctimas y comparecientes logran reconocerse como seres humanos atravesados por historias distintas, pero no incompatibles con la verdad y la posibilidad del perdón.

Las cartas que componen este libro son el resultado de ese encuentro. No nacieron de la improvisación ni de la obligación, sino de un proceso cuidadosamente construido: talleres de sensibilización, ejercicios de memoria, diálogos sobre el daño y la responsabilidad, espacios donde comparecientes y víctimas se enfrentaron al peso de lo ocurrido. Quienes escriben desde el lado de los comparecientes lo hacen conscientes de su responsabilidad, de su deber de aportar verdad plena, reparación y garantías de no repetición, y de los compromisos derivados del régimen de condicionalidad contemplado en la ruta no sancionatoria de la JEP. Quienes escriben desde el lugar de las víctimas lo hacen con la solemnidad de quien reclama justicia, no venganza; de quien desea ser nombrado con respeto y no con olvido; de quien sabe que su palabra tiene un valor transformador que ninguna sentencia puede sustituir.

A veces se subestima la fuerza de una carta. Puede parecer un gesto frágil frente a la magnitud del daño que dejó el conflicto. Pero ocurre lo contrario: las cartas y los mensajes transforman. Escribir es un acto íntimo capaz de desmontar silencios que parecían irreversibles. Permite que el compareciente rompa la coraza del ocultamiento; que la víctima recupere la autoridad sobre su propia historia; que ambos se encuentren en un espacio donde no hay armas, ni trincheras, ni uniformes. Las cartas permiten llorar y pedir perdón sin vergüenza; recordar y reclamar sin miedo. Son un primer paso —pero un paso indispensable— hacia la reparación moral y simbólica que durante años han exigido las víctimas del Oriente antioqueño.

Estas cartas son también un testimonio del proceso interior que ha vivido cada compareciente. En ellas se percibe la transformación que la JEP ha buscado promover: el tránsito de la negación al reconocimiento, de la distancia al acercamiento, del silencio al acto restaurador. Esto ha sido posible gracias a un trabajo colectivo en el que participaron organizaciones de víctimas, universidades, artistas, docentes y funcionarios de la JEP, quienes guiaron espacios de memoria, cartografía social y reflexión profunda sobre la verdad del territorio afectado. Lo mismo puede decirse de las voces de las víctimas que aquí se recogen: fragmentos de vida que cuentan no solo lo que ocurrió, sino también lo que ello significó. Sus historias, fruto de ejercicios de memoria individual y colectiva, muestran un territorio que ha aprendido a narrar su dolor sin renunciar a la esperanza. En ellas se percibe la resiliencia de quienes han decidido que la guerra no pronuncie la última palabra sobre sus vidas.

Leer estas cartas es ingresar a un laboratorio de humanidad. En ellas hay confesiones, arrepentimientos, explicaciones, pero también preguntas que siguen abiertas, heridas que aún supuran, silencios que apenas comienzan a romperse. Hay víctimas que escriben a personas que nunca conocieron, pero que cambiaron para siempre el rumbo de sus familias. Hay comparecientes que escriben pensando en los hijos e hijas de quienes no regresaron. Hay niñas y niños del territorio que imaginan un futuro sin miedo. Hay jóvenes que exigen, con razón, garantías de no repetición para poder construir sus sueños sin cargar con la sombra de la violencia.

Estas voces son parte esencial de la verdad viva que la JEP tiene el deber de revelar. Una verdad que no se limita a audiencias o resoluciones, sino que habita también en gestos emocionales, en actos de reconocimiento, en la voluntad humana de reparar lo que la guerra destruyó. En el Sistema Integral, la verdad es un derecho y, a la vez, una forma de reconstruir comunidad. Y este libro representa uno de sus lenguajes más nobles.

El Oriente antioqueño —con Granada como epicentro de memoria, resistencia y dignidad— es un territorio que sufrió, pero que no se rindió. La cartografía social que aquí se presenta, junto con las imágenes de los talleres y las piezas artísticas creadas por sus habitantes, muestran un pueblo que no quiere olvidar, pero que tampoco quiere quedar atrapado en el pasado. Un pueblo que exige justicia con profundidad humana y no con

indiferencia burocrática; un pueblo que abre sus puertas para que comparecientes puedan entender, quizá por primera vez, la magnitud real del daño que causaron.

Este libro es, por tanto, un documento histórico, pero también un acto moral y profundamente ético. Un puente entre memorias que antes estaban separadas por el miedo, la desconfianza y la guerra. Que estas cartas circulen, se lean y se sientan es ya un avance hacia la no repetición. Que quienes las escriben y aquellos que las reciban encuentren en ellas un punto de encuentro no elimina el dolor, pero sí ilumina la posibilidad de un futuro distinto.

Que este libro sirva, entonces, como testimonio y como semilla. Testimonio de un pasado que no debe negarse nunca; semilla de una Colombia donde la verdad sea más fuerte que la violencia, y donde la palabra —la palabra humilde, profunda, humana— sea capaz de reparar lo que la guerra intentó destruir.

Con respeto y esperanza.



El mensaje profundo de la Justicia que restaura

Padre Francisco José de Roux Rengifo, S. J.,

Expresidente Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No repetición

Conocí el conflicto armado interno en el Oriente Antioqueño escuchando a víctimas y responsables de todos los lados en la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad que concluyó en junio de 2022 después de cuatro años de trabajo.

Cuarenta años atrás había peregrinado a pie por esos mismos pueblos en una prueba de confianza en el ser humano y en Dios que debíamos pasar los jóvenes si queríamos ser Jesuitas. Fui enviado con otros dos, sin dinero ni celular, a caminar y vivir de lo que los campesinos pudieran compartirnos a través del Oriente que en 1961 era un paraíso. Entre 2019 y 2022 lo experimenté como un infierno.

Este libro lleva la palabra de familias que conocieron la alegría de la vida antioqueña campesina décadas atrás y después el pánico y el horror de una guerra que otros trajeron para arrebatarles la dignidad y la vida de sus seres queridos y dejarles a ellas y ellos el sobrevivir en la pobreza, la perplejidad, la soledad y el vacío. Estas mismas personas son un ejemplo porque en lugar de convertirse en pordioseros de su victimización toman la autoridad moral que tienen como heridos directos de la guerra para levantarse como luchadores para que nunca más se repita en esta tierra lo que ellos han sufrido.

Paradójicamente este texto brutal y doloroso es un texto transformador que cumple el cometido si el lector se deja conmover en profundidad y se permite ser llamado al cambio de conciencia que cada uno de nosotros y nosotras tenemos que vivir para que Colombia y el mundo sean posibles como comunidad humana.

El texto es una invitación a la transformación porque entrega también el cambio ocurrido en soldados y comandantes del ejército de Colombia que reconocieron los asesinatos de jóvenes presentados falsamente como terroristas dados de baja en combate y el mal hecho a familias y comunidades en la locura de la guerra. Personalmente fui testigo de procesos espirituales en el que estos militares llegaron a aceptar con plena libertad y sinceridad la magnitud de su crimen, el sufrimiento causado y el arrepentimiento ante Dios y ante las familias de sus víctimas y ante sus propias esposas e hijos para quienes eran motivo de orgullo porque el Ejército los había condecorado como héroes.

El libro deja ver en las cartas la grandeza de las víctimas que descargarán su dolor y honran la dignidad de sus seres queridos asesinados y luego calumniados como terroristas que merecían los matar.

Muestra también el temple moral de quienes reconocen sinceramente, cueste lo que costare, la verdad y la responsabilidad de sus hechos perversos. Al hacerlo, lejos de hundirse en el desprecio de los demás sienten que recuperan por lo menos parte de la reputación perdida al entregarla a la reparación y al trabajo por la reconciliación de los colombianos.

Invitó a entrar en este libro con el respeto con el que entramos al encuentro con lo sagrado, fascinante y terrible.

Baste detenerse en cualquiera de estas páginas y leer pedazos de cartas como las que traigo, entre las muchas que van en la edición:

“Disparamos porque corrieron y después al verificar no tenían armas, eran civiles, nunca se me salen del pensamiento, espero que un día Dios y las familias me puedan perdonar tanto mal causado...”

“Por estos dolorosos hechos pase 6 años privado de la libertad, tiempo que me sirvió para reflexionar, asumir mi responsabilidad y tomar la decisión de decir toda la verdad que las víctimas demandan. Hoy no voy a pedir perdón a las víctimas porque muy seguramente por mis acciones no lo merezco; pero si adquiero el compromiso de honrar la memoria de los ausentes, trabajar por la justicia social, por la no repetición de estos atroces hechos y contribuir a la reconciliación de los territorios”.

“...y solo yo sé cómo me sentía de miserable porque vengo del campo y se lo duro que es allí la vida, y el mal que hicimos a miles de familias por el capricho de muchos que son estudiados y sí sabían que estábamos haciendo lo que hicimos cuando nuestra misión era cuidar de los campesinos”

“No escribo con ánimo de odio ni de venganza. Escribo porque las víctimas no somos cifras, somos nombres, rostros, historias truncadas que merecen ser reconocidas. La memoria histórica de Colombia exige que el ejército asuma su responsabilidad ...solo entonces podremos avanzar a una sociedad donde la verdad y la justicia sean base de La Paz.”

“Señores Ejército Nacional de Colombia. Respetuoso saludo. Escribo desde el dolor que ha marcado mi vida y la de mi familia. Soy víctima del conflicto armado en Cocorná. Durante años creímos que el ejército representaba la protección y nuestra tranquilidad. Pero luego, para muchas familias se nos convirtió en motivo de angustia, terror y desconfianza profunda. Ese dolor se me hizo insoportable el 16 de enero de 2003, una fecha grabada en mi memoria.



Ese día 4 miembros de nuestra familia fueron asesinados y presentados como muertos en combate. No fue un error ni un hecho aislado. Fue una acción deliberada que destruyó nuestras vidas... Dejaron huérfanos pequeños... y les pregunto hoy que tengo que esconderme ¿Por qué hicieron esto ustedes que tenían la obligación de protegernos y asesinaron a cuatro inocentes? ¿Cómo justifican el dejar niños huérfanos y mujeres destruidas?”

Este texto testimonial, de sobrevivientes y responsables no está escrito para un debate para proteger posiciones de grupos o partidos políticos, ni honores de unos u otros, ni para dejar claro quiénes son los buenos y quiénes son los malos.

Leer estas páginas vale la pena si uno se coloca más allá de los partidos, de las instituciones, de las organizaciones sociales o empresariales, simplemente para encontrarnos en la verdad de lo que nos queda como seres humanos para rescatar juntos nuestro destino.

El texto es finalmente es una lección educativa de lo que significa el sistema de Transición hacia la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición en Colombia. Donde la Comisión de la Verdad concluyó ya la tarea de entregar el resultado del esclarecimiento de responsabilidades éticas, históricas y políticas, la Unidad de búsqueda de personas desaparecidas continúa su largo empeño, y la Jurisdicción Especial para La Paz está en la seriedad de ejercer la justicia restaurativa para que se satisfaga el clamor humano y social de justicia, se evite la impunidad, se entre en el camino de la no repetición y al tiempo que se restaurar en lo posible la herida de las víctimas se restaura a los responsables cuando, después de reconocer autoría del crimen y contar lo que hicieron ante las víctimas, asumen con la sentencia la oportunidad de transformarse en constructores de la convivencia.

Finalmente, este texto pone en cuestión la legitimidad de la guerra para resolver los grandes problemas de la sociedad. Necesitamos seguridad, cierto pero lo que en Colombia se ha demostrado es que la guerra, en lugar de traer la tranquilidad abre definitivamente a la intranquilidad el miedo y la barbarie que se desatan en cualquier momento. Eso es así a nivel de los países y del mundo. Por el intento de buscar la seguridad con las armas llegamos a diez millones de víctimas y a una violencia que sigue matando. Eso fue la guerra de la guerrilla, de los paramilitares y del ejército.

Aquí aprendimos que la guerra empieza por un problema que puede resolverse al inicio por el dialogo y la política, o de lo contrario se desata la confrontación armada que puede durar 50 años o más. Que la guerra no soluciona ninguno de los problemas que pretende arreglar, al contrario, quedan peores. Que la guerra siempre se degrada, por eso lo secuestros, los niños reclutados, las mujeres abusadas y obligadas a abortar, los falsos positivos, las alianzas con paramilitares para campañas políticas y terribles masacres. Que la guerra daña todo lo que toca. Dañó a los que de lado y lado tenían las armas. Dañó a las comunidades. Dañó al país con la corrupción y el narcotráfico.

El sistema transicional de Colombia, que tiene como culmen jurídico la Jurisdicción Especial para La Paz es considerado en el mundo como un hito en la búsqueda de una justicia integral, humana, social y restaurativa. En Colombia, inevitablemente es blanco de la discusión política interna, pero esto no le quita el posicionamiento universal logrado.

Al aportar esta reflexión, espero que este libro lleve a nivel nacional e internacional dos mensajes salidos del dolor del conflicto armado interno, inútil y brutal, mensajes cargados de la fuerza moral de la grandeza de las víctimas y la honradez de quienes reconocieron responsabilidad. El primer mensaje es el valor de justicia que basada en la verdad restaura a fondo sin dejar impunidad y abre a la reconciliación. El segundo mensaje es el grito al mundo, arrastrado por la maquina humana e industrial de las armas, desde un país extraordinario por su gente y su naturaleza pero que bañado en sangre clama lo que un día en el año 2008 le oí gritar a los pobladores del Magdalena Medio: “paren esa guerra, párenla de todos los lados, párenla ya”.



1.

Capítulo 1. El contexto del daño

BREVE PANORAMA DEL CONFLICTO EN EL ORIENTE ANTIOQUEÑO

Carlos Iván Lopera Lopera

Enlace en Construcción de paz y reconciliación de La IUDIGITAL y el Politécnico Jaime Isaza Cadavid

Mis manos dan vida cuando...

Hace más de 30 años llegué al Oriente antioqueño. El conflicto armado crecía como un rumor oscuro, la muerte comenzó a habitar esas montañas y, con ella, se anunciaba que la región entraba en un ciclo doloroso. Sucedió el asesinato de varios líderes cívicos –entre ellos, el recordado Ramón Emilio Arcila, animador del Movimiento Cívico del Oriente Antioqueño–. Convivían y pervivían un montón de dinámicas: la riqueza agrícola, la potencia ambiental abrazada por ríos y páramos, la ubicación estratégica del territorio, su religiosidad arraigada y la ‘queridura’ de su gente, reflejada en su calidez y en su espíritu de acogida.

Mucho antes de instalarme allí, viajé con Gloria Cuartas, Teresa Hoyos y Gonzalo Córdoba para acompañar una misión en el municipio antioqueño de Argelia. Entendíamos la ‘misión’ como sumergirnos en la cotidianidad de las comunidades veredales durante algunos días y compartir con ellas desde sus creencias religiosas hasta los trabajos en la tierra. Caminamos por Chamberí, El Zancudo y otras veredas con la profesora Oliva del Colegio El Carmelo del municipio de Sabaneta. En este momento, las monjas carmelitas administraban el colegio del municipio, pero llegar hasta allí tomaba más de doce horas saliendo desde Medellín: teníamos que hacer transbordo en Sonsón y cambiar de un bus a una escalera –como se les conoce a las chivas en ciertas zonas de Antioquia– con bancas de madera, más grande, más lenta y, casi siempre, decorada con imágenes religiosas y paisajes de los pueblos por los que transitaban. Todavía se encuentran algunas que aún llevan pasajeros, bultos de café, fríjol y otros alimentos. Son vehículos versátiles en los que también entran animales o que pueden servir para hacer recorridos como ‘chivas rumberas’.

En Argelia conocimos al sacerdote Fabio Arias, sobre quien decían que tenía el poder de la sanación. Este fue mi primer acercamiento a la población campesina. Así surgió un amor que siguió vivo y actuante durante el resto de mi vida; por ellos y por esta región, que es campesina y que aún tiene los valores que le han sido arrebatados por la guerra. No hay nada más hermoso que ver y besar las manos de los campesinos y las campesinas, grandes y gruesas, en una suerte de mixtura entre la piel y la tierra que se une con el territorio.

Allí supe de los caminos reales, las mulas, el pantano, el trabajo diario y las jornadas de arriería en las que se bajaban los productos al pueblo. Vivimos la hospitalidad campesina, la parada obligada en cada casa del camino donde siempre se ofrecía algo para ‘bogar’: un poquito de tinto endulzado con panela, un trago de aguapanela, claro o mazamorra para recuperar la fuerza y un rato de conversación sobre cómo estaba la familia y la comunidad. Entonces no hablábamos de guerra, conflicto ni actores armados. La prioridad eran los encargos del pueblo que se entregaban a quienes íbamos anotados en un papelito: manteca, velas, un machete, azadón o costales. Los pedidos se llevaban al regreso y, sin importar su tamaño, se pagaban con lo que nacía de la tierra o con la simpleza de un “dígame a don Eduardo de la tienda que me apunte, que el otro domingo le pago”; la palabra bastaba porque la confianza era la ley. Se vivía la solidaridad comunitaria y era poco lo que se compraba en las tiendas porque casi todos producían sus alimentos en la tierra que habitaban. Todo se compartía o se canjeaba.

La organización ciudadana más fuerte era –y en muchos lugares aún es– la Junta de Acción Comunal. Quienes llegábamos de afuera éramos recibidos por sus miembros y la mayoría tenían las puertas de sus casas abiertas para albergarnos. En las bienvenidas de las personas visitantes no podía faltar un sancocho o sudado con la gallina más gorda del corral o el gallo con mejor presencia, esto acompañado de papa y yuca de la cosecha propia. El humo del fogón de leña era el encuentro inmediato con el olor a sazón montañera, que hacía larga la espera entre el último hervor del caldo y el primer sorbo del mismo caliente, sentados en taburetes o bancas de tablas sobre adobes al lado de la casa de tapia.

Los más apreciados y bienvenidos eran los sacerdotes, y los maestros y las maestras. Los campesinos y campesinas aman la educación, le dan importancia a la lectura y a la escritura,

a saber sumar, restar, dividir y multiplicar como un mínimo. Entonces consideran la escuela no solo como el centro de saber primario, sino también como un espacio de encuentro comunitario. Después llegaron las casetas comunales, y en ocasiones se destinaba un cuarto para que fuera la vivienda de la profesora.

El conflicto llegó y muchas escuelas fueron abandonadas. ¿Para qué escuela sin comunidad? Las comunidades huyeron para salvar su vida, fueron desplazadas, y muchos profesores y profesoras recibieron amenazas por las que tuvieron que correr hacia otros sitios, en especial ciudades capitales.

Todos los actores armados afectaron no solo a las comunidades, sino además a los cultivos y a los animales domésticos durante la guerra. Unos saqueaban estos bienes, otros invadieron los espacios más íntimos. Un acto de humanidad como ofrecer agua o aguapanela se convirtió en un motivo de señalamiento, y entonces, de la estigmatización a una persona o una familia hasta una amenaza, desplazamiento o asesinato había solo un paso.

El tejido social se rompió. Sin comida, sin espacios educativos ni comunitarios, sin posibilidades de educación, sin visitantes, sin sacerdote, sin maestra, sin Estado presente y, en muchos casos, con situaciones complejas de violencia intrafamiliar, las veredas se quedaron con un futuro nublado.

Los niños y niñas estuvieron expuestos a la guerra con los grupos armados de brazos abiertos para recibirlos y las Fuerzas Militares detrás de los otros miembros de la comunidad acusándolos de guerrilleros o paramilitares. Vieron enemigos donde solo había campesinos: la mentira y la muerte caminaron de la mano. Muchos huyeron para salvar la poca vida que les quedaba después de ver a sus hijos e hijas muertos e injuriados, vestidos con ropa que mamá y papá no habían visto lavar en la poceta del patio con jabón azul ni colgada en las cuerdas del patio –que ahora estaba abandonado– para que se secase con el sol.

Aún con todo esto, la comunidad resistía. Los miembros de las Juntas de Acción Comunal se seguían convocando periódicamente para trabajar en obras que los beneficiaran a todos, como ampliar la escuela o la caseta comunal, explicar los terrenos o mejorar los caminos

que se afectaban sobre todo en épocas de lluvias fuertes. Estos convites se seguían acompañando con almuerzos comunitarios y mediados por ese espíritu cuidador de las mujeres que repartían con frecuencia aguapanela con limón a los grupos de trabajadores.

El corazón comunitario, de ayuda mutua y amor social, se manifestaba fuertemente en los momentos en que a las familias les llegaba lo inevitable: la muerte o la enfermedad. Se organizaban por cuadrillas e improvisaban camillas con sábanas y palos para llevar a los enfermos al hospital o a los fallecidos al cementerio. En el pueblo siempre había una familia amiga y solidaria que recibía a la persona enferma para que terminara de recuperarse antes de regresar a la vereda. Cuando el caso era de muerte, se organizaba una misa en el templo del pueblo, se acompañaba a la familia en una procesión dolorosa, llena de vestidos negros y recuerdos del difunto, hasta el cementerio, y después del entierro se tomaba aguardiente en una cantina cercana al camposanto, que es muy común que se llame “La última lágrima”.

El ritual alrededor de la muerte era tétrico. Los familiares y allegados regresaban a sus casas recordando a quien había viajado a la eternidad dispuestos a honrarle toda la vida, en especial los primeros nueve días en los que se reunían a rezar la novena, que incluía frases que causaban terror: “¡Ay de mí, Dios severo...!” o “Que Dios lo/la saque de pena y lo/la lleve a descansar”. La guerra trastocó incluso este ritual, porque finalmente morir de forma natural es normal, pero morir de manera violenta es anormal, y desaparecer a un ser humano es un crimen que deja a la familia suspendida en una espera eterna: es una angustia multiplicada.

Los desaparecidos y las desaparecidas permanecen en un no-lugar. Su ámbito es la dimensión desesperante de la espera sin tumba ni tierra donde llorar; no hay materialidad que permita ni siquiera replicar esas frases terroríficas. Todas las entidades concuerdan en que en Colombia hay más de 120 mil personas desaparecidas. El conflicto armado colombiano vulneró al cuerpo humano y su sacralidad, violó el templo sagrado del cuerpo. No solo mató, también desapareció, enterró cuerpos como NN, como han dicho víctimas y comparecientes en las audiencias de verdad y reconocimiento de la JEP: matar a un campesino significaba matar a su familia entera, desaparecer a un ser humano era condenar a un hermano o a una madre a un duelo sin cuerpo y sin fecha, era dejarlos en búsqueda permanente de su ser amado.

Recuerdo una reunión en diciembre de 2006 de la Mesa de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario del Oriente Antioqueño en la que se manifestó que era impensable e inadmisibles que los campesinos fueran pasados como guerrilleros, pues se difuminaba cualquier límite cuando las manos llenas de tierra aparentaban estar llenas de sangre. Después de esto, vi a las víctimas movilizándose impulsadas por la fuerza de la vida y de la tierra, y de ahí surgió el Salón del Nunca Más en Granada, que hizo de la memoria su proyecto de vida, y San Carlos emprendió el camino de la reconciliación en la subregión.

También he visto y escuchado a jóvenes de la fuerza pública llorar su responsabilidad con un arrepentimiento genuino y evidente. Han dado verdad y ganan justicia, pues es mejor tener una verdad caminante que una justicia encarcelada. De ellos aprendí que la verdad nos hace libres, y de las víctimas me han conmovido su generosidad para el perdón, su grandeza y su capacidad para defender la verdad y la vida.

Hace más de 30 años llegué al Oriente antioqueño para quedarme en las montañas que he amado tanto como me han dolido: estuve detenido por los paramilitares en el municipio de La Unión y por un retén del ELN en Mesopotamia. En este último recorrido, mi compañero y yo fuimos ultrajados por el Ejército, varios militares nos pidieron dinero y gasolina. Por esto valoro que hoy haya comparecientes que reconocen y que piden perdón. Mataron seres humanos, y con ellos a sus familias y a un pedazo de la humanidad entera.

La Jurisdicción Especial para la Paz ha contribuido profundamente al camino de la reconciliación, y precisamente a finales de 2025 tuve la fortuna de vivir una experiencia significativa: fui invitado por la JEP como tallerista para trabajar con comparecientes que actuaron en el Oriente antioqueño y con víctimas de este mismo territorio. Estábamos juntos en un mismo espacio universitario, víctimas y comparecientes, no revueltos, pero sí convocados por una misma necesidad: decir la verdad y permitir que la escucha fuera posible.

Durante ese fin de semana, algunos comparecientes escribieron cartas sentidas de perdón por el daño causado al territorio, a la dignidad campesina, a la honra, a los bienes y al buen nombre. Reconocieron que su contribución principal hoy es la verdad, aun cuando eso implique asumir responsabilidades dolorosas. Un amigo, al oír los ejercicios y ver las cartas, me dijo en

voz baja que deberíamos escribir algún día un texto a dos manos. Ya tenemos al menos el título: De Núremberg a la JEP, porque, en efecto, la JEP ha permitido un horizonte de restauración que parecía imposible: reunir a quienes causaron daño con quienes lo padecieron para construir una verdad común.

Las víctimas, por su parte, después de años de preparación para audiencias de verdad y de reconocimiento, expresaron con claridad sus reclamos: la necesidad de conocer lo que pasó, de escuchar solicitudes explícitas de perdón dirigidas no solo a las familias afectadas, sino también al territorio que fue herido por la guerra. Aún estamos en el camino, tejiendo y construyendo. Nada está acabado, pero sí empezamos a caminar. El jarrón aún está quebrado, pero las manos están dispuestas a arreglarlo, a sanar las heridas y las cicatrices.

El taller produjo materiales conmovedores: cartografías de memoria, escritos íntimos sobre el 'yo' de los comparecientes y mensajes de las víctimas contando cómo era el Oriente antioqueño antes de la guerra, cómo lo dejó el conflicto y cómo les cambió la vida con la muerte de sus seres queridos presentados como combatientes siendo campesinos. El 25 % de las muertes ilegítimamente presentadas como bajas en combate documentadas por la JEP ocurrieron en el Oriente antioqueño.

El último domingo de noviembre cerramos con un ejercicio simbólico: un homenaje a las manos. Cada participante pintó sus manos y completó la frase "Mis manos dan vida cuando...". Las manos de las víctimas, que siempre han dado vida, quedaron impresas junto a las de comparecientes que un día quitaron vida o la desaparecieron, y que ahora afirmaban solemnemente que nunca más usarán sus manos para dañar la dignidad humana o comunitaria.

Con ese homenaje a las manos, con cartas al territorio reconociendo el daño, con víctimas exigiendo verdad, pero abiertas a la restauración, y con comparecientes comprometidos a no repetir, cerramos dos días de trabajo unidos por el mismo territorio que nos duele y nos sostiene: el Oriente antioqueño.



TERRITORIOS AFECTADOS Y MEMORIA VIVA

Magistrada Auxiliar Ángela Janeth Galvis Ardila

Sala de Definición de Situaciones Jurídicas - Jurisdicción Especial para la Paz

La historia del Oriente antioqueño está relacionada con la posición geográfica en la que se encuentra ubicado; es un territorio que, más que describirse, se siente. Sus montañas forman un horizonte ondulado que acompaña a quienes lo habitan desde generaciones atrás. Las veredas se conectan por caminos de tierra que han servido durante décadas para llevar cosechas, visitar familias, asistir a la escuela o participar en festividades comunitarias. Antes de cualquier ruptura, el Oriente era, y sigue siendo, un hogar tejido por la vida cotidiana, por la solidaridad entre vecinos, por el trabajo comunitario y por un sentido profundo de pertenencia al territorio. Pero este territorio comenzó a cambiar cuando distintos actores armados fijaron su atención sobre él. Entre quienes hicieron presencia se contó con el Batallón de Artillería No. 4 'Coronel Jorge Eduardo Sánchez' (conocido como el BAJES), que figuró como uno de los actores estatales con despliegue operativo y presencia institucional en el área.

Poco a poco, la vida cotidiana se transformó, y aunque cada municipio vivió procesos diferentes, la sensación compartida fue que el ritmo natural de la vida se alteró. Algunos caminos antes transitados con tranquilidad se volvieron, de repente, inciertos. Actividades comunes, como ir al mercado, visitar a un familiar o caminar por el campo, dejaron de ser simples costumbres. Varias veredas quedaron en silencio durante años, los cultivos se detuvieron, se empezaron a ver muchas casas abandonadas, los proyectos comunales fueron interrumpidos y algunas escuelas cerraron temporalmente. El paisaje cambió.

Aun así, el desarraigo, la desolación y la desesperanza nunca pudieron acabar con todo. Siempre hubo quienes mantuvieron la esperanza de volver, quienes regresaron, quienes reconstruyeron y quienes contaron lo que había pasado para que el territorio no se olvidara de sí mismo. Estas formas de continuidad demostraron que, incluso en escenarios adversos,



las comunidades del Oriente antioqueño conservaban una capacidad notable para sostener la vida y proteger la identidad territorial.

Con el tiempo, la región inició procesos de reconstrucción social que permitieron volver sobre la historia con una mirada más amplia. Organizaciones de memoria, espacios comunitarios, colectivos juveniles y entidades locales comenzaron a trabajar en iniciativas que buscaban reconocer lo ocurrido, escuchar voces diversas y promover encuentros que facilitaran la comprensión del pasado. Este proceso, sostenido en muchos lugares por la persistencia de lideresas y líderes comunitarios, maestras y maestros, padres y madres, jóvenes y campesinos y campesinas, ha sido fundamental para que la región pueda conversar consigo misma y recuperar capacidades colectivas.

Dentro de esta región oriental antioqueña se encuentra un municipio con un bello paisaje montañoso, con fronteras vivas con los municipios de Guatapé, San Carlos, El Peñol, Santuario, Cocorná y San Luis, y cuyos habitantes no renuncian a autodenominarse como una población campesina que tiene un profundo arraigo con la tierra¹. Ese municipio se llama Granada.

Uno de los rasgos históricos más significativos de este pueblo ha sido la fortaleza de sus redes comunitarias, que han consolidado una cultura de participación que define a sus habitantes. Granada ha sido ejemplo regional de cooperación campesina, liderazgo social, capacidad de autogestión y construcción de memoria.

De esa trayectoria surgió un proceso excepcional: la creación de iniciativas como el del Salón del Nunca Más, que constituye un espacio emblemático para la memoria viva del municipio. Este lugar, impulsado por la propia comunidad, se convirtió en un símbolo de la capacidad de Granada para cuidar sus recuerdos, reconocer su historia y transmitirla a nuevas generaciones. El municipio entendió que la memoria no es una tarea aislada, sino un proceso colectivo, sostenido y dinámico que se incorpora a la vida diaria que se vive y se enseña.

1 Centro Nacional de Memoria Histórica (2016). Granada: memorias de guerra, resistencia y reconstrucción. Colombia, pág. 31.

En los últimos años, Granada y su corregimiento de Santa Ana se han fortalecido como territorios que combinan tradición campesina con nuevas iniciativas comunitarias que buscan revitalizar la identidad local y fortalecer los vínculos con el territorio. Además, estas iniciativas ilustran de manera ejemplar lo que significa un territorio con memoria viva. Ambas comunidades han logrado que su historia no se quede en el silencio ni en el olvido, sino que se incorpore a la vida cotidiana de niñas, niños, jóvenes y adultos, pero no solo como la reconstrucción de un pasado, sino como la afirmación de un proyecto colectivo de futuro. La región continúa fortaleciendo iniciativas donde la memoria se convierte en herramienta de aprendizaje, reflexión y convivencia. Sus comunidades han demostrado que la historia puede ser una guía, una fuente de dignidad y un puente entre generaciones.

Así, el tejido social entre los habitantes de Granada es el pilar que permite entender cuán vigorosa es la capacidad de respuesta de la sociedad local a los estragos de la guerra y a los procesos de despojo que la población padeció². En el municipio prosperó un amplio y diverso tipo de organizaciones, tales como Juntas de Acción Comunal, organizaciones productivas, religiosas, culturales y artísticas, deportivas y de víctimas, entre otras. En su historia se destacan organizaciones como Coogranada, Creafam y el Comité Interinstitucional de Granada, que procuraban ser escenarios no solo de participación, sino también de cohesión social y cultural³.

Esta tradición organizativa y cooperativa no desaparece, sigue siendo una constante y una característica fundamental de su población. Según se consigna en la página web del municipio, en la actualidad operan las siguientes formas organizativas: Asociación de Mujeres Campesinas e Indígenas del Municipio de Granada, Asociación para el Desarrollo Cultural de Granada, Asociación de Usuarios Campesinos de Granada, Asociación de Víctimas de

2 Prodepaz y otros (2003). Segundo laboratorio de paz en Colombia. Principales resultados y aprendizajes. Bogotá, Acción Social, Unión Europea, Prodepaz, Asopatía, Consorcio.

3 Ospina, A. y López, M. (2012). Acción pública de la Mesa de Derechos Humanos y Atención Humanitaria del Oriente Antioqueño. Prodepaz.

Granada (Asovida) y Fundación Social Coogranada⁴. Pero a la par con estas, esta Subsala ha tenido la oportunidad de entrar en diálogo con otras organizaciones que son transversales al Oriente antioqueño, pero que ven en Granada un centro de acción y atención: Conciudadanía, Corporación Prodepaz, Centro de Fe y Culturas, Pastoral Social, Mesa de DD. HH. y Atención Humanitaria del Oriente Antioqueño, Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño (AMOR), Consejo Provincial de Paz del Oriente Antioqueño, Universidad Digital, Corporación Región, Universidad Católica del Oriente, Confiar Cooperativa Financiera, Corporación Nibarú, Fundación Solidaria Oriente Antioqueño (Fusoan, Vida, Justicia y Paz (Pastoral Social), Corporación Empresarial del Oriente (CEO), y el Salón del Nunca Más, que oficia como una casa de la memoria.

El territorio mismo funciona como gran archivo afectivo y de memoria. Un camino puede tener un significado especial para una familia; una quebrada puede haber sido un punto de encuentro histórico; una vereda puede conservar prácticas que revelan cómo la comunidad se ha organizado a lo largo del tiempo. Reconocer estos lugares y su importancia es parte fundamental del trabajo de memoria, porque permite comprender que el territorio no es solo espacio físico, es también un lugar donde se guardan afectos, aprendizajes y momentos compartidos. Por ello, en estos territorios, la memoria no es una carga ni un ejercicio lejano, sino una forma de cuidar la vida, de valorar lo construido y de mantener un diálogo entre generaciones que siguen apostando por la reconstrucción, la participación y la dignidad.

La memoria viva, lejos de ser un cúmulo de simples recuerdos, es una manera de seguir habitando la historia desde el presente. Es la voz que se transmite en una conversación cotidiana, el relato que pasa de abuelos y abuelas a nietos y nietas, el reconocimiento de un camino que cambió de sentido, la fotografía que vuelve a ser mirada para comprender mejor la vida.

En la memoria viva que cuentan los habitantes de Granada hay dos mensajes fundamentales: en primer lugar, sus formas de organización y resistencia son anteriores e independientes a la llegada de las guerrillas del ELN y de las extintas Farc-EP a su territorio;

⁴ Alcaldía de Granada (Antioquia). Ver: <https://www.espgranada.gov.co/directorio-de-asociaciones-agremiaciones-y-otros-grupos-de-interes/>

es más, estas organizaciones se opusieron a la presencia guerrillera y fueron fundamentales para la reconstrucción de la cabecera municipal cuando la guerrilla de las Farc la destruyó en el marco de la toma del 6 y 7 de diciembre de 2000. Sus habitantes se han organizado históricamente para hacer frente a los actores armados y a los estragos de la violencia que estos trajeron consigo.

Por ello, en la memoria viva de los granadinos hay una resistencia histórica a que les llamen guerrilleros, a que señalen que su territorio fue un “nido guerrillero”. Resisten diciendo que su tradición es campesina y que la connivencia con los grupos armados fue una imposición, nunca una elección; ondean una bandera con una consigna muy clara: Granada es territorio de paz.

El segundo mensaje es fundamental: la historia de Granada no es equivalente a la historia del conflicto armado que la azotó en un periodo concreto de tiempo. La primera historia es perenne y se remonta a la fundación formal del municipio en 1807 y a las dinámicas de la colonización antioqueña que se dieron en los siglos XVIII y XIX; la otra historia es más reciente y coyuntural, se explica con la llegada de las extintas Farc-EP y el ELN en la década del setenta, y la consecuente creación de los grupos paramilitares y el incremento de la presencia de la fuerza pública en el municipio en la década del noventa.

Por ello, en la memoria de Granada —consignada en buena medida en el Salón del Nunca Más— se reitera permanentemente que el municipio no nació con la violencia, sino que existe una rica tradición que debe ser rescatada. Pero, a la par, hay otro mensaje concomitante: las acciones generadas por los actores armados no solo trajeron consigo indicadores cuantitativos de violencia; también hubo (i) daños a los proyectos colectivos y comunitarios preexistentes, (ii) afectaciones al territorio y sus ecosistemas vivos, que tuvieron que presenciar cómo la llegada de las hidroeléctricas cambió el sentido y significado de la tierra y de sus ríos, y (iii) rupturas a proyectos de vida y a los arraigos con el territorio que las familias habían construido durante generaciones.

Reconociendo dicha memoria y tradición, este proyecto editorial busca visibilizar aquello que se transgredió con el actuar de los grupos violentos. Con esto se logran dos objetivos fundamentales para potenciar el ejercicio restaurativo del libro: (i) generar un nuevo

espacio de difusión de esos mensajes que la comunidad de Granada ha venido gestando para resistir a cualquier discurso que busque estigmatizarla y culparla de la violencia que sus habitantes sufrieron y (ii) generar un espacio dialógico en el que los comparecientes que fueron parte de la fuerza pública puedan interactuar directamente con la comunidad y comprender desde esta los daños y afectaciones que generaron sus acciones. Esto último permite que sus reconocimientos y aportes a la verdad integren los daños generados.

Y en este contexto, las cartas y los fragmentos testimoniales que componen este libro también son memoria viva. Lo son porque nacen de la palabra directa, sin intermediarios, de quienes deciden narrar desde su humanidad lo que significan su dolor, el territorio, la comunidad y el deseo de reparar. Lo son porque cada palabra es un gesto de reconocimiento; porque en ellas se escuchan voces que antes, tal vez, estuvieron silenciadas o aisladas, y hoy encuentran un espacio para dirigirse a otros con responsabilidad y cuidado. Lo son porque la escritura, cuando se ofrece como acto colectivo, transforma lo vivido en comprensión y lo comprendido en una posibilidad de encuentro.

Este libro no recopila textos lejanos ni testimonios congelados, es memoria viva por su forma y por su intención. Aquí la palabra está en movimiento, ya que las víctimas escriben desde sus vivencias, desde su experiencia y desde su tránsito por la JEP. Los comparecientes escriben para dirigirse a ellas, a las víctimas que están con nosotros y las que se fueron como parte de esa espiral de violencia, a comunidades específicas que formaron parte esencial del territorio. Las cartas viajan entre voces distintas, pero dialogan, se rozan, escuchan, preguntan, responden. Cada una abre un espacio para recordar sin herir, para comprender sin justificar, para nombrar sin imponer.

La memoria viva también se expresa en la capacidad de quienes escriben para mirar el territorio de otra manera. En estas páginas, el Oriente antioqueño deja de ser únicamente escenario y se convierte en un sujeto que siente, guarda y acompaña. Los senderos que antes fueron caminados con cautela son ahora recorridos con intención pedagógica. Las escuelas y los parques se vuelven lugares de diálogo entre generaciones. Y la escritura de las cartas se transforma en un puente que permite que la comunidad vuelva a reconocerse en su propia historia.

En este libro cada escrito es un lugar donde las personas se sientan a hablar con honestidad y abren las puertas con total respeto. El lector, al entrar, no observa una vitrina de hechos, sino un proceso vivo en el que las personas se encuentran y se reconocen. Por eso, este es un ejercicio de memoria viva: porque no se limita a recopilar, sino que invita a seguir creando sentido; porque no fija la historia, sino que la acompaña; porque no busca cerrar discusiones, sino abrir caminos para la comprensión y la convivencia.

La región oriental antioqueña y, especialmente, Granada y Santa Anta, como territorios, continúan siendo maestros de memoria. Enseñan que recordar no es quedarse en el pasado, sino darle un lugar digno al presente. Enseñan que la palabra, cuando es responsable, tiene la capacidad de reparar y de unir. Y enseñan que la memoria viva es un trabajo que no se agota, porque se renueva cada vez que alguien decide contar, escuchar o escribir.

TRANSFORMACIÓN HUMANA EN EL MARCO DE LA JUSTICIA RESTAURATIVA Y RIESGOS JURÍDICOS EN ESCENARIOS DE EVENTUAL REVICTIMIZACIÓN

Juan David Viveros Montoya

Representante de víctimas - Grupo Jurídico de Antioquia

Hay territorios que parecen escritos con la tinta oscura de la historia. Lugares donde cada piedra, cada árbol, cada silencio contiene una memoria que no se extingue. El Oriente antioqueño es uno de esos territorios: un espacio donde la guerra no pasó simplemente como tormenta, sino como geografía profunda que modificó la manera en que la gente mira el mundo, la forma en que respira, la forma en que pronuncia los nombres de quienes no volvieron. Y quizá por eso, cuando la justicia restaurativa decide sembrar allí una semilla —sea una carta, un taller de memoria, un acto simbólico o un libro hecho de voces fracturadas— ocurre algo que desafía la lógica fría del derecho: emerge la humanidad que la guerra intentó borrar.

La guerra, para quienes la vivieron desde dentro de un fusil o desde la fragilidad de una cocina campesina, no es un relato uniforme. Es una matriz de percepciones, miedos, decisiones, omisiones, silencios y heridas que no coinciden entre sí, pero que permanecen unidas por un hilo invisible: la tragedia de haber visto lo que nunca debió ocurrir. Por eso las narraciones subjetivas de comparecientes y familiares de víctimas no son versiones opuestas de un mismo hecho, sino fragmentos de una misma verdad rota. Son voces que, al escucharse mutuamente, comienzan a reconstruir un piso común, un territorio íntimo donde las categorías de ‘victimario’ y ‘víctima’ no desaparecen, pero sí se tornan más humanas, menos rígidas, más habitables.

Este pronunciamiento quiere pensar ese proceso: la transformación silenciosa que ocurre cuando quienes hicieron daño se atreven a mirarse a sí mismos sin los blindajes que la

guerra imponía, y cuando quienes sufrieron deciden volver a pronunciar su historia, no como lamento, sino como acto de dignidad. Y quiere también advertir los riesgos profundos que se abren cuando la justicia restaurativa se despliega en contextos de precariedad estatal, de recursos limitados, de voluntad política fragmentada. Porque así como el encuentro puede sanar, también puede abrir nuevas heridas si no se cuida con rigor. Así como la palabra puede reparar, también puede revictimizar cuando el Estado promete acompañar, pero solo deja ecos.

Este escrito es, entonces, una exploración humana y jurídica. Una reflexión sobre el poder transformador de la verdad narrada y escuchada. Y un análisis de los riesgos que amenazan ese proceso cuando la reparación queda a merced de la improvisación o de la indiferencia. Este texto está inspirado en las voces recogidas en el proyecto restaurativo del Oriente antioqueño y en el prólogo del presidente de la JEP, donde late una certeza: la justicia restaurativa es un territorio de esperanza, pero también un territorio vulnerable. Debe ser cuidado, financiado, protegido. De lo contrario, se convierte en un espejismo.

I. LA TRANSFORMACIÓN INTERIOR DE LOS COMPARECIENTES: DE LA SOMBRA A LA MIRADA HUMANA

La guerra enseña a no sentir. Esa es una de sus primeras estrategias: despojar a quien porta el arma de su capacidad de dudar, de conmoverse, de reconocerse en el rostro del otro. Para cumplir órdenes, para sobrevivir, para levantar trincheras simbólicas entre “nosotros” y “ellos”, hacía falta no pensar demasiado, no recordar demasiado, no sentir demasiado. Esto es algo que muchos comparecientes han narrado en distintos escenarios: el modo en que la lógica de la confrontación secuestra gradualmente la conciencia y convierte las decisiones personales en automatismos del conflicto.

Cuando un compareciente escribe una carta —no para cumplir un trámite, sino para enfrentarse a sí mismo— algo de ese automatismo se resquebraja. La carta obliga a pensar en primera persona, a recordar sin la frialdad del expediente, a nombrar lo que nunca había sido dicho. Obliga a hacerse cargo.

La transformación de un compareciente no ocurre de un día para otro. No es una epifanía repentina. Es más bien un proceso íntimo y doloroso, hecho de pequeñas rupturas internas. Se parece a abrir lentamente las ventanas de una casa que estuvo cerrada por años. Al principio entra una corriente de aire helada. Luego, un poco de luz. Después, el polvo suspendido del pasado comienza a hacerse visible. Y finalmente, aunque sea con miedo, se permite que otro ser humano entre.

En los talleres restaurativos, cuando un compareciente escucha el relato de una madre, de un hermano, de un campesino que perdió su hogar, ocurre una fractura. Una grieta que tiene nombre: reconocimiento. No es reconocimiento jurídico; es reconocimiento humano. Y es, en cierto modo, la condición de posibilidad para cualquier reparación verdadera.

Muchos comparecientes descubren ahí —a veces por primera vez— que las víctimas no eran abstracciones, no eran ‘informantes’, ‘objetivos militares’, ‘enemigos’, ‘sospechosos’, sino personas reales con cocinas, hijos, risas, fotografías en las paredes. Personas con sueños truncados. Personas con miedo. Personas que nunca pidieron estar en medio de una guerra que no eligieron.

Cuando la guerra termina, no basta con decir “yo también sufrí”. Aunque sea cierto. La transformación ocurre cuando la persona comprende que su sufrimiento no borra el sufrimiento que causó. Que su dolor no exonera, sino que exige un acto más profundo: el acto de responsabilizarse.

Esto es lo que se percibe en cartas y ejercicios de memoria: una lenta transformación ética. Algunos comparecientes comienzan escribiendo desde la distancia, desde el deber institucional (“cumpló con el régimen de condicionalidad”), pero terminan escribiendo desde la fragilidad (“no sabía que había destruido tanto”). Ese tránsito es, en sí mismo, un acto restaurador. No repara el daño, pero lo hace visible. Y lo vuelve compartible.

Porque lo contrario de la negación no es la confesión: es la humanidad.

II. LA TRANSFORMACIÓN DE LAS VÍCTIMAS: DEL DOLOR ENTERRADO AL DOLOR NARRADO

Existe un dolor que se calla porque no encuentra quién lo escuche. Un dolor que se fosiliza en la garganta y que termina convirtiéndose en una forma de soledad. Las víctimas del conflicto armado han cargado durante décadas ese tipo de dolor. No es un dolor que busque venganza; es un dolor que busca dignidad.

Cuando una víctima narra su historia en un espacio seguro —ante comparecientes que la escuchan sin armas ni excusas— el dolor se vuelve relato. Y el relato se vuelve herramienta. No es solo un testimonio: es un acto de soberanía espiritual. La víctima deja de ser únicamente quien sufrió; se convierte en quien pronuncia, quien interpreta, quien exige, quien educa.

Esa transformación no es menor. Implica que la víctima deja de transitar el duelo sola y lo convierte en una responsabilidad colectiva. Implica que el Estado, los comparecientes y la sociedad reconocen que la verdad no es un archivo, sino un vínculo. Que la palabra de la víctima tiene más potencia ética que cualquier sentencia.

Las víctimas del Oriente antioqueño llevan años sosteniendo procesos comunitarios de memoria que la academia apenas comienza a comprender. Ellas y ellos saben que recordar no es revivir el trauma: es evitar que el trauma vuelva a repetirse en otra familia, en otro niño, en otra vereda. El recuerdo, cuando se narra con dignidad, se convierte en protección.

En los talleres restaurativos, una madre que perdió a su hijo puede mirar a los ojos a un compareciente y decir: “Usted me arrebató una vida que no puedo recuperar, pero le exijo que no vuelva a hacerlo con nadie más”. Esa frase, pronunciada con serenidad firme, es más poderosa que cualquier tribunal retributivo. Porque fija la verdad y establece un límite moral.

La víctima, entonces, se transforma: deja de ser objeto del daño y se transforma en sujeto político del proceso de reparación. Esa es una de las grandes paradojas hermosas de la justicia restaurativa: quienes fueron dañados pueden convertirse en maestros de humanidad para quienes dañaron.

Pero esa transformación solo es posible cuando hay cuidado institucional, acompañamiento psicosocial, escucha y respeto, sobre todo cuando existe un entorno mínimo de no revictimización. Cuando falta alguno de esos elementos, el proceso espiritual se rompe y la víctima vuelve a cargar el peso sola.

III. EL ENCUENTRO ENTRE QUIEN CAUSÓ DAÑO Y QUIEN LO SUFRIÓ: UN LABORATORIO DE HUMANIDAD

El prólogo señala que leer estas cartas es entrar en un “laboratorio de humanidad”. Esa expresión no es una metáfora ligera: describe con precisión lo que ocurre cuando víctimas y comparecientes comparten un espacio sin intermediarios, sin armas, sin uniformes. Allí, los roles no desaparecen, pero sí se complejizan. Allí aparece una verdad incómoda: ambos fueron atravesados por la guerra, aunque de formas radicalmente distintas.

El encuentro no es un acto sentimental. Es un acto político y ético. Significa reconocer que la guerra deformó a todos: a quien disparó y a quien perdió a un ser querido. Pero también significa reconocer que las responsabilidades no son simétricas. La transformación solo es real cuando cada uno acepta el lugar que le corresponde en la historia, sin invertir culpas ni diluir responsabilidades.

En ese laboratorio de humanidad ocurren cosas que ningún juicio penal puede producir. Por ejemplo: (i) un compareciente puede comprender la dimensión humana del daño que causó más allá del tipo penal; (ii) una víctima puede sentir —a veces por primera y única vez— que su voz produce efecto, que su sufrimiento importa, y (iii) la comunidad puede observar que la justicia restaurativa no es retórica, sino un acto concreto de reconstrucción social.

Pero, como todo laboratorio, el proceso es delicado. Requiere protección. Requiere condiciones. Requiere recursos. Requiere voluntad política. Y cuando alguno de estos elementos falta, el encuentro puede convertirse en un espacio peligroso: un lugar donde la

víctima vuelve a escuchar excusas, donde el compareciente siente que su proceso restaurativo no tiene efectos institucionales, donde la comunidad percibe que todo es espectáculo.

IV. LA DIMENSIÓN FILOSÓFICA DE LA TRANSFORMACIÓN: REPARAR NO ES RESTITUIR, SINO RECREAR

En la tradición filosófica, reparar no significa “volver atrás”. Significa recrear algo que nunca más será igual. La guerra destruye vínculos, pero la reparación no busca reconstruirlos idénticos; busca crear nuevas formas de relación que permitan habitar el pasado sin quedar atrapados en él.

Por eso la justicia restaurativa tiene una fuerza ética que supera a la justicia retributiva. Porque no se limita a castigar; invita a imaginar otra forma de comunidad. El castigo apunta al pasado; la reparación apunta al futuro.

Las víctimas del Oriente antioqueño no quieren que las cosas sean como antes; quieren que sean justas, que sean seguras, que sean dignas. Quieren ser parte de la historia que se escriba después de la guerra, no simplemente sobrevivientes del recuerdo. Por eso insisten en garantías de no repetición, en reconocimiento público, en sensibilización de comparecientes, en verdad plena, en actos simbólicos, en memoria colectiva.

La filosofía política lo ha dicho de mil maneras: “Lo que repara no es el olvido, sino el reconocimiento”. El olvido es una forma de impunidad emocional; el reconocimiento es una forma de justicia.

Cuando un compareciente reconoce, la víctima no recupera lo perdido, pero recupera algo igual de importante: el lugar ético que la guerra le arrebató. Recupera su dignidad pública. Recupera su capacidad de nombrar.

V. **LOS RIESGOS JURÍDICOS DE LA JUSTICIA RESTAURATIVA EN CONTEXTOS DE PRECARIEDAD: UN MAPA PARA NO REPETIR ERRORES**

La justicia restaurativa es un proceso frágil. Depende de recursos económicos, de acompañamiento técnico, de voluntad política, de instituciones serias, de garantías psicosociales. Cuando alguno de estos elementos falla, aparecen riesgos jurídicos graves que pueden sabotear todo el proceso y producir revictimización, incumplimientos del régimen de condicionalidad y pérdida de confianza comunitaria.

A continuación, se presenta un mapa de riesgos basado en experiencias del territorio y en un análisis jurídico:

1. Riesgo de revictimización por falta de acompañamiento psicosocial

Cuando el Estado convoca a las víctimas a procesos restaurativos sin ofrecer acompañamiento emocional profesional, se expone a varios riesgos: (i) reactivación de traumas, (ii) abandono institucional posterior; (iii) retraumatización por exposición no acompañada y (iv) sensación de instrumentalización de la víctima. Todo lo anterior, en contravía del derecho a la reparación integral, según lo establece la normatividad doméstica e internacional.

2. Riesgo de medidas simbólicas sin respaldo material

La justicia restaurativa no puede ser únicamente discursiva. Cuando se hacen actos simbólicos sin medidas de reparación efectiva, sin acciones de reconstrucción comunitaria y sin el cumplimiento verificable de compromisos, esos actos simbólicos se convierten en un simple simulacro, incumpliendo el derecho fundamental de reparación integral y el principio de centralidad de las víctimas.

3. Riesgo de incumplimiento del régimen de condicionalidad

Si el Estado no estructura bien los proyectos restaurativos, los comparecientes pueden comprender de forma inadecuada sus obligaciones e incumplir sus compromisos con la Jurisdicción. Por ende, deberán perder los beneficios procesales, generando un sentimiento de frustración y revictimización en las víctimas.

4. Riesgo de desigualdad territorial

Territorios como el Oriente antioqueño requieren recursos diferenciados partiendo de un enfoque territorial. Si el Estado implementa medidas restaurativas con presupuestos mínimos se desatiende el principio de proporcionalidad entre entidad del daño y medidas restaurativas, se profundizan desigualdades sociales, se debilita la confianza comunitaria y se perpetúa la percepción de abandono estatal.

5. Riesgo de captura burocrática de la justicia restaurativa

Cuando funcionarios convierten los procesos restaurativos en trámites, se reduce la potencia ética y simbólica, se vacía de contenido la participación de víctimas y se produce una realidad ilusoria sistémica.

6. Riesgo de cooptación comunitaria

Cuando actores armados residuales o poderes locales interfieren en procesos de memoria, las víctimas pueden ser silenciadas, los comparecientes pueden sentirse presionados y se distorsionan las narrativas.

7. Riesgo de saturación emocional de comparecientes

La transformación ética requiere acompañamiento. Sin él, algunos comparecientes pueden bloquearse emocionalmente, reaccionar con defensividad, reproducir negacionismos y, en consecuencia, afectar a las víctimas.

VI. HACIA UNA ÉTICA DE LA CIUDADANÍA RESTAURATIVA

Para que la justicia restaurativa no sea un gesto vacío, debe estar sostenida por una ética del cuidado. Esto implica: (i) cuidar la palabra, (ii) cuidar los tiempos, (iii) cuidar la dignidad de las víctimas, (iv) cuidar la fragilidad emocional del compareciente, cuidar el tejido comunitario que nace tras cada encuentro.

Los procesos restaurativos no deben ser actos administrativos: deben ser rituales colectivos de reconocimiento.

Esto exige recursos, sí. Pero exige, sobre todo, voluntad política. Porque el cuidado no se improvisa; se planea, se estructura, se garantiza.

VI. CONCLUSIÓN

LO QUE LA GUERRA ROMPIÓ, LA PALABRA PUEDE VOLVER A UNIR, SI SE LE PERMITE

El Oriente antioqueño ha demostrado que incluso en territorios cicatrizados la palabra puede abrir caminos donde antes solo había ruinas. Comparecientes y víctimas se han encontrado no para olvidar, sino para transformar. No para borrar el pasado, sino para darle un nuevo sentido. No para reconciliarse por decreto, sino para reconocerse como seres humanos que merecen vivir sin miedo.

La justicia restaurativa no es una teoría: es una práctica espiritual y política que exige cuidado. Si se descuida, si se precariza, si se improvisa, puede convertirse en un mecanismo

de revictimización. Pero si se protege, si se acompaña, si se financia, puede convertirse en la herramienta más poderosa de reconstrucción nacional.

Porque al final, lo que la guerra destruyó no fueron solo vidas: destruyó vínculos. Y la única manera de reconstruir un país es rehaciendo esos vínculos con palabras, con gestos, con verdad y con dignidad.

La justicia restaurativa es, en esencia, una apuesta por la humanidad que aún sobrevive tras la violencia. Una apuesta por la verdad que cura. Una apuesta por un futuro donde nadie tenga que volver a escribir cartas desde el dolor.

Un futuro donde las víctimas ya no tengan que suplicar reconocimiento. Un futuro donde los comparecientes no tengan que cargar solos el peso de su pasado. Un futuro donde el Estado no vuelva a fallar en su deber de proteger, reparar y acompañar.

Ese futuro es posible, pero solo si cuidamos este proceso como lo que verdaderamente es: un territorio sagrado de transformación humana.



UNA CARTA DE PROTESTA

Luis Alfonso Castillo

Representante de víctimas – Corporación Jurídica Libertad

Al leer las cartas que conforman este libro, regresan imágenes de audiencias pasadas: las salas frías, las voces temblorosas que se levantan con una dignidad que nadie les enseñó, los silencios largos que anuncian lo indecible. Testimonios que más allá de la JEP, recuerdan la lucha de una vida entera. Son vidas marcadas por la resistencia silenciosa de mujeres y hombres que han cargado sobre sus hombros la memoria y la esperanza. A ellos les debemos una gratitud que excede cualquier palabra: la gratitud por su perseverancia, por su paciencia histórica, por su terquedad amorosa frente al olvido y la impunidad. Gracias por entregar tiempo familiar, por renunciar al descanso, por exponer su propia estabilidad para que un país entero pueda, algún día, mirarse al espejo de la verdad.

Muchas de estas personas —campesinas, madres, hijos, hermanas— deben pedir permisos en sus trabajos, justificar ausencias, explicar un camino que no termina: una lucha que algunos heredaron de sus padres; un silencio que por años guardaron sin comprenderlo, hasta que el cuerpo pidió anunciar una verdad que los desbordaba. Increíble generosidad la de las víctimas frente a un Estado que les ha devuelto tan poco, que ha tardado tanto en reconocerles, que tantas veces les pidió pruebas de lo evidente.

El ejercicio restaurativo y transicional, pese a su vocación transformadora, implica para ellas ingresar en un sistema de reglas ajenas: normas que no siempre comprenden, que algunas no comparten y que fueron diseñadas en geografías y tiempos distintos para responder a criminalidades que no se asemejan a las nuestras. La justicia restaurativa — hay que decirlo con claridad— no nació para crímenes de guerra, de lesa humanidad, ni para crímenes de sistema. Y aun así, con una entereza que conmueve, las víctimas deciden sumarse, confiar, aportar, escuchar. A comienzos de los años 2000, cuando se discutía el destino jurídico de los paramilitares, se advirtió que un modelo restaurativo no alcanzaría a abarcar la magnitud del daño en Colombia. Más de veinte años después seguimos entre

avances significativos y dolorosos retrocesos, entre intentos de esclarecimiento y silencios muy hondos. La sociedad colombiana, frente a la generosidad de las víctimas, no ha tenido una respuesta unívoca ni coherente.

En las investigaciones adelantadas por la JEP sobre falsas bajas en combate en el Oriente antioqueño persisten vacíos graves de verdad; vacíos que no corresponden a la entrega de las víctimas ni a la dimensión de su búsqueda. Las falencias de verdad no son solo técnicas o jurídicas: son heridas abiertas que impiden la reconciliación social y que desdibujan la promesa de no repetición.

Encontrar el término adecuado para describir la falta de generosidad frente a las víctimas no es sencillo. ¿Desidia? ¿Indiferencia? ¿Tibieza ética? Mientras ellas abren espacio para el perdón y los abrazos, los comparecientes llegan, en muchos casos, sin preparación emocional y sin voluntad real de despojarse de la versión que sostuvieron durante años. La justicia restaurativa exige más que el mínimo jurídico: demanda humanidad, profundidad y coraje para decir la verdad completa.

A partir de las demandas expresadas por quienes representamos —y por muchas otras víctimas que hemos escuchado con respeto— decidimos usar este espacio para visibilizar preguntas aún sin respuesta, aquellas que persisten después de una audiencia, de un encuentro privado, o que jamás se pronunciaron en público pero que siguen rondando la vida de quienes perdieron a sus seres queridos. Preguntas que, incluso hoy, afectan la confianza en la no repetición. Si este libro es un libro de cartas, la nuestra será una carta de protesta: una denuncia de los obstáculos que las víctimas aún tienen que superar.

Con el deseo de interpelar a quienes lean estas páginas, retomamos los interrogantes que acompañan a las víctimas desde hace décadas: ¿Cómo ocurrieron los hechos? ¿Por qué sucedieron? ¿Quién los alentó? ¿Quién dio la orden? Quienes conocen la verdad —porque la ejecutaron o porque la presenciaron— muchas veces la han negado, la han parcelado o la han dicho en voz tan baja que no alcanza a iluminar el conjunto de los crímenes y describir el accionar del Ejército Nacional.

Un primer elemento exige ser nombrado sin eufemismos. El Ejército Nacional, bajo la justificación de operaciones antiterroristas, concluyó que para derrotar militarmente a las guerrillas en el Oriente antioqueño debía atacar también a la población civil. Lo que hoy llamamos una política de facto de conteo de cuerpos fue el resultado de lo plasmado en los manuales contrainsurgentes, la vieja doctrina de “quitarle el agua al pez”: atacar al pueblo para asfixiar al insurgente. Quien abra este libro quizá no recuerde esa genealogía, pero su sombra atraviesa décadas enteras de la guerra colombiana. Esa doctrina —heredera de las escuelas contrainsurgentes del continente y del Plan Cóndor— enseñaba que para golpear a la guerrilla era necesario golpear a las comunidades que la rodeaban. Así, se emprendió en el Oriente una guerra contra el campesinado: ejecuciones, encubrimientos, desplazamientos y despojos como táctica militar. Todo ello amparado en la doctrina militar de la época, tan intocable como lo es ahora.

En ese marco, ¿cómo sucedieron los hechos? Es la pregunta más evidente y, paradójicamente, la más disputada. En la JEP hemos escuchado relatos que no corresponden con lo vivido y lo probado: lo niegan, lo minimizan, lo vacían. Las víctimas, que durante años investigaron solas —reconstruyendo rutas, escuchando rumores, revisando expedientes— no acuden a la JEP para conocer la verdad, sino para que les reconozcan la que ya descubrieron a fuerza de dolor y disciplina.

En el Oriente, las comunidades sabían que eran vistas como enemigas. Sabían que ser campesino, cargar más sal y granos de lo habitual, visitar el casco urbano recurrentemente o simplemente vivir en ciertas veredas bastaba para ser acusado. Sabían que los cascos urbanos estaban tomados por paramilitares —una verdad que pocos militares han reconocido, pese a que para las víctimas fue evidente y cotidiana—.

Muchas actuaciones militares aplicadas desde la lógica del “enemigo interno” no coinciden con las versiones recibidas en la JEP. Las discusiones sobre “detalles” se han convertido en un modo de evadir responsabilidades: un tecnicismo que oculta el daño. Para las víctimas, los detalles son el corazón de la verdad.

La estigmatización del Oriente no fue un accidente ni la conducta de unos pocos: fue una directriz impartida a todas las unidades que operaron en la región. Su origen, sin embargo, permanece oculto.

En una decisión dolorosa, una instancia de la JEP consideró suficiente la confesión de que una muerte ocurrió fuera de combate, sin atender contradicciones serias sobre la supuesta pertenencia de la víctima a un grupo armado; en otra, no se supo quién la engañó con promesas de trabajo. Pero esa verdad —que fue ejecutado sin combate— ya la sabía la familia. Por eso están en la JEP: para que la dignidad de sus muertos sea reconocida por quienes detentaron el poder de arrebatarles la vida.

Algunos comparecientes también han negado la sistematicidad de los saqueos a viviendas campesinas y tiendas comunitarias, de la violencia sexual, de las amenazas a niñas y niños, del bloqueo alimentario. Otros han narrado hechos de una manera tan limitada que confrontan la experiencia de los testigos y de lo probado por la justicia ordinaria. La disputa por la verdad no puede reducirse a relatos que deshonran la memoria de quienes murieron.

Hay comparecientes cuyos relatos desafían la lógica empírica: dicen haber disparado a largas distancias a víctimas cuyo único impacto fue en la cabeza; dicen haber estado en lugares que no corresponden a los registros; omiten hechos probados. Estas discusiones —propias de litigios de responsabilidad penal— lamentablemente siguen presentes en escenarios de verdad dialogada.

En audiencias específicas se ha relatado la irrupción de 15 o más hombres armados en viviendas campesinas, interrogando a menores, amenazando a familias completas, engañando a la comunidad. Esos no son detalles: son el núcleo del horror.

Cuando la negación se repite, se vuelve pacto de silencio. Y en el detalle está la esencia. Esa falta de adherencia entre el relato de las víctimas y el de los victimarios reproduce una sensación de impotencia que ha acompañado a estas comunidades por décadas: la impotencia del día del crimen, la impotencia en la Fiscalía, la impotencia en la JEP.

A quienes sí están aportando verdad plena —pocos pero valiosos— queremos animarlos a romper los silencios que todavía los rodean. Que sigan el ejemplo de las víctimas y venzan el miedo a las represalias. Porque la verdad, dicha a medias, también perpetúa el daño.

Mientras las familias exponen sus vidas ante las cámaras, los comparecientes responden con prudencia extrema. Sus relatos son breves, medidos, administrados. Se limitan a los hechos por los que fueron condenados. Esa economía de palabras obliga a los magistrados a repetir preguntas:

- ◆ “¿Participó usted en este hecho que omitió en su escrito de aporte a la verdad?”
- ◆ “¿Cuál es su aporte a la verdad en estos otros cuatro hechos que no están en su Compromiso Claro Concreto y Programado (CCCP)?”

Si el régimen de condicionalidad se aplicara con rigor, las salas avanzarían con mayor celeridad.

Del cómo al porqué

¿Por qué los relatos no logran identificar quién alentó la muerte de campesinos? La “presión por resultados” no basta para explicar lo ocurrido. Es necesario decir que se impartieron órdenes alineadas con una política de tierra arrasada. Sin ese reconocimiento, no hay verdad completa.

- ◆ La presión por resultados no explica la violencia sexual.
- ◆ No explica la tortura ni la sevicia.
- ◆ No explica los tratos crueles e inhumanos.
- ◆ No explica el bloqueo alimentario aplicado en amplias zonas del Oriente.
- ◆ No explica la desatención sistemática a denuncias que se instauraron a pocos días de lo sucedido.

Mientras las víctimas gastaban la vida intentando denunciar, los mandos —altos, medios y bajos— guardaban silencio. Tampoco sabemos cómo el Ejército logró alinear la

voluntad de mandos con alta formación y soldados con escasa instrucción para sostener por años la misma narrativa: “todo fue en combate”, “el fuero militar se debe disputar”, “si se reportó dos veces la misma pistola fue un error de digitación”. No sabemos cómo un soldado—exguerrillero—exparamilitar llegó a tener poder de facto para decidir sobre la vida de tantas personas.

¿Quién los alentó?

En 2007, la Coordinación Colombia–Europa–Estados Unidos publicó más de cien casos de ejecuciones en el Oriente antioqueño. Ya entonces la cifra era insuficiente. Las denuncias coincidían con los informes de la ONU y con los testimonios de las víctimas. La respuesta oficial fue negación, discursos defensivos y amenazas contra quienes denunciaban. La estigmatización institucional alcanzó no solo a las comunidades, sino también a quienes intentaban protegerlas.

Las denuncias de aquel entonces ya evidenciaban patrones: homicidios de líderes, hechos atroces, violaciones sistemáticas del DIH. Y siguen sin respuesta preguntas esenciales, sobre todo una:

- ◆ ¿Quién instruyó a la tropa para pasar por alto las normas más básicas de la guerra?

La impunidad les alentó. Que la impunidad frente a los mandos altos y medios no aliente la criminalidad del Estado del futuro.

La no repetición, un tema vedado

Poco antes de escribir este texto, se conocieron denuncias de posibles nuevas falsas bajas en combate en Antioquia. No ya en el Oriente, sino en otros territorios estigmatizados como “zona roja”.

Ante la valentía de algunas víctimas y comparecientes que sí cuentan la verdad, las instituciones guardan silencio. No sabemos si el BAJES instruye hoy a sus soldados sobre estos crímenes. No sabemos si la Cuarta Brigada examina sus archivos en busca de fallas de control.

Es urgente que quienes diseñan la doctrina militar abran la discusión que nunca se quiso dar en el Proceso de Paz:

- ◆ ¿Cómo se forma a soldados, mandos y generales?
- ◆ ¿Se está construyendo una fuerza pública para la paz?

Las instituciones siguen siendo las grandes ausentes de la transición colombiana. Miles de familias víctimas de ‘falsos positivos’ aún no han sido incluidas en el Registro Único de Víctimas (RUV), pese a intentarlo. Crear confianza institucional exige voluntad real. Las autoridades deben inspirarse en la generosidad de las víctimas e incluir en sus agendas la reparación y el reconocimiento de responsabilidades institucionales. Solo así podremos trabajar juntos por una no repetición verdadera y duradera.





2.

Capítulo 2. Voces de las víctimas

Capítulo 2.
Voces de las
víctimas

MARLENY GÓMEZ

HERMANA DE RAMÓN ABEL GÓMEZ GÓMEZ, TÍA DE MARÍA JULIANA GÓMEZ GIRALDO

Una guerra absurda... Santa Ana

Vivir en el pueblo ya era algo angustiante. Era preocupante levantarse cada mañana, cada que el sol asomaba por las ventanas, sin saber si era un privilegio otorgado por Dios o el final de nuestros días.

La violencia era cada día más agravante: gente desaparecida, muerta, forzada a pertenecer a sus grupos armados (la guerrilla), gente sacada a la fuerza de sus tierras. Era un sufrimiento inagotable, que parecía no tener fin; era imposible esconderse o huir. Era sobrevivir o morir. Lo más difícil de narrar esta historia siempre va a ser tener las agallas de contar que muchos miembros de mi familia ya no están, fueron asesinados sin piedad, sin remordimiento alguno. Lo más difícil es imaginarse el dolor, el sufrimiento y los maltratos por los que pasaron.

Recordar es doloroso, pero a veces es sanador y refresca un poquito el alma recordar aquellos que ya no nos acompañan.

Marleny Gómez
Una Guerra absurda... Santa Ana

Vivir en el pueblo ya era algo angustiante, preocupante levantarse cada mañana, cada que el sol asomaba por las ventanas, ya no sabíamos si era un privilegio otorgado por Dios o el final de nuestros días.

La violencia era cada día más agravante, gente desaparecida, muerta, forzada a pertenecer a sus grupos armados (la guerrilla), gente sacada a la fuerza de sus tierras. Era un sufrimiento inagotable, parecía no tener fin. Era imposible esconderse o huir. Era sobrevivir o morir, lo más difícil de contar la historia siempre va a ser tener las agallas de contar que mi familia muchos de ellos ya no están, fueron asesinados sin piedad, sin remordimiento alguno, el imaginarse el dolor, el sufrimiento y los maltratos por los que pasaron.

Recordar es doloroso pero a veces es sanador y refresca un poquito el alma recordar aquellas que ya no nos acompañan.

Noviembre 23 - 25

MARÍA LUCIEL LORA ORTIZ

HIJA DE HERNANDO DE JESÚS LORA ÁLVAREZ

Dolor en el alma

El día que nuestras vidas cambiaron...

Un día, el trece de enero de 2003, en el corregimiento de Santa Ana, en el municipio de Granada, Antioquia, una familia se desplazaba entre las tres y media y cuatro de la tarde con la intención de cumplir un acuerdo de contrato de trabajo en la vereda La María, que tenía con otro dueño de otra finca. Les tocaba amanecer en ella para madrugar al otro día, para culminar dicho contrato de desyerbar un yucal, pero eso no fue posible, ya que esta familia no alcanzó a llegar a tal lugar, pues en ese momento entró el Ejército atacando todo lo que se movía desde el filo de una montaña. Entre eso, la gente estaba esperando la chiva o escalera, como se le llama o se le conoce al transporte de los pueblos para llevar sus alimentos o producciones. En un abrir y cerrar de ojos el Ejército empezó a disparar sin importarle nada y en esa quedó mi amado padre en el suelo agonizando. Él, un hombre bueno, amoroso, compasivo, excelente esposo y padre que no se metía con nadie.

En ese desespero, mi madre le pidió ayuda al mismo Ejército, pero los militares, en vez de ayudarla, le respondieron con malas palabras y groserías, y le aconsejaron que se fuera. Ella tuvo que partir con el dolor en el alma y un desgarré emocional y frustrante, dejando a su esposo y padre de sus hijos en el suelo.

A ella, con tres menores de edad, entre 3, 6 y 9 años, le tocó meterse en una cueva durante 6 días y 6 noches para proteger a sus hijos de una desdichada muerte. Después de esos días tan duros salió con sus hijos del escondite en busca de ayuda, resguardo y alimento, pero nadie le ayudó, pues la gente tenía miedo de ayudar a otros: el Ejército habría hecho de seguro un conteo en las casas y así sabían si habían más de los que los habían contado, y si habían más de los que ellos habían contado, los mataban.

Dolor en el alma...
El día que nuestras vidas cambiaron...
Un día trece de enero del 2003, en el corregimiento de Santa Ana, en el municipio de Granada Antioquia. Una familia se desplazaba entre las tres y media a cuatro de la tarde, con la intención de cumplir un acuerdo de contrato de trabajo en la vereda La María, que tenían con otro dueño de otra finca y les tocaba amanecer en ella, para madrugar al otro día, para culminar dicho contrato de desyerbar un yucal, pero eso no fue posible ya que esta familia no alcanzó a llegar a tal lugar, porque en ese momento dentro el ejército atacando todo lo que se movía desde el filo de una montaña. Entre eso la gente estaban esperando la chiva o escalera que se le llama o se le conoce al transporte de los pueblos, para transportar sus alimentos o producciones y en un abrir y cerrar de ojos el ejército empezó a disparar sin importarle nada y en esa quedó mi amado padre en el suelo en agonía. Él un hombre bueno, amoroso, compasivo, excelente esposo y padre que no se metía con nadie.
En ese desespero mi madre le pidió ayuda al mismo ejército y ellos en vez de ayudarla le respondieron con malas palabras groseras y le aconsejaron que se fuera. Ella tuvo que partir con el dolor en el alma y un desgarré emocional x sus hijos en el suelo.
Ella con tres menores de edad, entre 3, 6 y 9 años les tocó meterse en una cueva durante 6 días x 6

Ella, en su búsqueda de ayuda, encontró una casa que los alojó y los resguardó por quince días mientras ellos rezaban para que el Ejército no llegara hasta este lugar. En el transcurso de los días llegó un hijo que para entonces también era menor de edad y que en el momento de los hechos no se encontraba con ellos, porque corrió con la suerte de que un señor conocido lo alejó del peligro y se lo llevó para brindarle protección. Él le contó a su madre que el Ejército ya se había alejado y que ya podían regresar al pueblo. Ella regresó con las manos vacías y un dolor tan grande en el alma y en el corazón por la partida de nuestro amado esposo y padre, dejándonos solos, desprotegidos, porque así lo quisieron otros seres humanos, frustrando nuestros sueños y anhelos de una familia que le ha tocado abrirse y luchar en una ciudad con muchas carencias y dificultades que hasta el día de hoy no se han resuelto y ni ha recibido ninguna ayuda que nos sustente, ya que estos hechos han pasado hace 22 años o más.



MARTHA EDILMA GIRALDO AMAYA

HERMANA DE GUSTAVO HERNÁN GIRALDO AMAYA

Señores del conflicto:

Agradecemos lo que hacen con nosotros.

Fuimos víctimas. Nos tocó desplazarnos con lo único que teníamos puesto, llegamos a una pieza acá a Medellín a tirarnos en el piso con una cobija que nos regaló una familia.

En la pieza solo había un pedazo seco, lo demás era un charco de agua. Nos tocó aguantar hambre y muchas necesidades; mi esposo tuvo que vender mangos en la calle para sobrevivir.

Mis hijos y nosotros sufrimos mucho. Gracias al Todopoderoso acá estamos. Somos de Santa Ana, Granada, Antioquia, y nos desplazamos en el 97, cuando nos tocó dejar la finquita, la casa en el pueblo. A los pocos días la casa en el pueblo la tumbó un petardo y quedó destruida por completo. Nos tocó ver familiares inocentes ser asesinados.

Mil bendiciones por lo que hacen por nosotros.

Señores del conflicto
 agradeceamos lo que agan con nosotros
 fuimos victimas, nos toco, desplazarnos con
 lo unico que teniamos puesto, llegamos a una
 pieza aca a Medellin a tirarnos en el piso con
 una cobija que nos regalo una familia.
 en la pieza solo avia un pedazo seco lo
 demás era un charco de agua
 nos toco, aguantar hambre y muchas
 necesidades, mi esposo tuvo que vender mangos
 en la calle para poder sobrevivir.
 mis hijos y nosotros sufrimos mucho
 gracias al todo poderoso acá estamos.
 somos de Santa Ana Granada Antioquia.
 nos desplazamos en el 97.
 donde nos toco dejar la finquita la casa
 en el pueblo. a los pocos dias la casa
 en el pueblo la tumbó un petardo y
 la destruyeron por completo
 nos toco ver matar familiares inocentes
 Mil bendiciones a todos ustedes.
 por lo que agan con nosotros
 MH Martha Edilma Giraldo A

BLANCA LUCÍA GIRALDO AMAYA

HERMANA DE GUSTAVO HERNÁN GIRALDO AMAYA

Señores del conflicto:

Les agradezco lo que hacen por nosotros.

Fuimos víctimas, nos tocó desplazarnos con lo único que teníamos puesto. Llegamos acá a Medellín con mucho miedo de comenzar una nueva vida durmiendo arrimados donde un familiar con la ropita en un rinconcito. Vinimos a aguantar hambre y a pasar muchas necesidades. A mí me tocó quedarme por acá en Medellín junto con mis hijos, y mi esposo se tuvo que ir a coger café en el valle para poder sobrevivir. No hemos recibido ayuda alguna, nos han tenido olvidados.

Soy desplazada de Santa Ana, Granada. Irnos de Santa Ana dio mucho miedo porque no veíamos la hora de llegar a Granada. El miedo fue muy horrible, pero con la ayuda de Dios salimos. No veíamos la hora de llegar acá a Medellín para sentirnos a salvo.

Nos tocó ver asesinatos, vivimos zozobra, no dormíamos, nos desplazamos el 10 de diciembre de 2002. No hemos recibido ayuda alguna, aguantamos hambre.

Señores del conflicto les agradezco lo que
 agan por nosotros fuimos víctimas nos tocó
 desplazarnos con lo unico que teniamos puesto
 llegamos aca a Medellín con mucho miedo de
 comenzar una nueva vida adormir de arrimada
 donde un familiar con la ropita en un rinconcito
 vinimos a aguantar hambre y muchas necesidades.
 me tocó quedarme por aca en Medellín junto con
 mis hijos y mi esposo se tuvo que ir a coger
 café para el valle. para poder sobrevivir.
 el cual no-emos Resivido ayuda alguna
 nos antenido olvidados.
 Soy desplazada Santa ana grande. Lo cual fue
 muy miedoso por que no veíamos la hora de
 llegar a granada por que el miedo fue muy
 Orrible. que nos pensiamos que nos bajaban
 del carro pero con la ayuda de Dios salimos
 con bien. no veíamos la hora de llegar aca
 a Medellín. para sentirnos a salvo.
 nos tocó ver matar vivimos una zozobra
 no dormiamos en elal nos desplazamos el 10
 de diciembr de 2002. no hemos Resivido ayuda
 alguna aguantamos hambre
 Blanca lucía Giraldo Amaya

GRISELDA GIRALDO AMAYA

HERMANA DE GUSTAVO HERNÁN GIRALDO AMAYA

Señores del conflicto: Les agradezco lo que hacen por nosotros.

Fuimos víctimas, nos tocó desplazarnos con lo único que teníamos. Llegamos a una pieza aquí en Medellín a tirarnos en el piso con una cobija que nos dio una familia. La pieza era muy húmeda y nos tocó aguantar hambre, y por supuesto, muchas necesidades.

Mi esposo se puso a vender bolis en los colegios para poder sobrevivir, y mi hijo y mi esposo sufrieron mucho.

Gracias a Dios acá estamos, somos de Santa Ana, Granada, Antioquia. Nos desplazamos el 10 de diciembre de 2002, cuando nos tocó dejar todo porque allá nos calificaban por guerrilleros. Nos tocó ver morir a familias inocentes. Fue algo muy aterrador.

Mil bendiciones a ustedes por lo que hacen por nosotros.



RAMIRO GÓMEZ

CUÑADO DE GUSTAVO HERNÁN GIRALDO AMAYA

Señores del conflicto armado:

Mi nombre es Ramiro Enrique Gómez, soy del pueblito de Santa Ana, Granada, Antioquia. Soy víctima de la violencia, me tocó ver morir a mucha gente inocente, y familiares también. Me tocó venirme con lo que tenía puesto, me tocó venirme con mis hijos y mi esposa. Me tocó aguantar hambre y muchas necesidades. Sobreviví vendiendo mangos en las calles de Medellín. Y a todos los del Oriente antioqueño nos calificaban por guerrilleros. Espero que limpien nuestro nombre y el de todo mi Oriente. Fue mucho inocente que cayó en esa guerra.

Gracias por lo que hacen por nosotros.

Señores del Conflicto Armado
mi nombre es Ramiro Enrique Gómez
Soy del pueblito de Santa Ana
Granada Antioquia.
Soy víctima de la Violencia me
toco ver matar mucha gente inocente
y familiares también
me toco venirme con lo que tenía
puesto
me toco venirme con mis hijos y
mi esposa
me toco aguantar hambre
y muchas necesidades
sobreviví vendiendo mangos en las
calles de Medellín.
ya todos los del oriente Antioqueño
nos calificaban por guerrilleros
espero que limpien nuestro nombre
y el de todo mi oriente.
fue mucho inocente que cayó en
esa guerra
Gracias por lo que hacen por
nosotros
Hi Ramiro E Gómez Guato-

MARÍA GRACIELA ARISTIZÁBAL

MADRE DE JOSÉ ARNULFO GIRALDO ARISTIZÁBAL

Señores, Justicia para la Paz.

Narración de lo que fue la época de la violencia en el Oriente antioqueño.

Antes esta era una región verde, viva y en paz, tenía mucha población, mucho progreso y mucha vegetación, tierras vivas con plantas, personas y animales.

Aparecieron grupos armados y empezó a desmejorar todo esto, empezaron a desintegrarse las familias. Se fueron desintegrando las comunidades, desmejoró el progreso, desmejoró la plantación verde.

Al fin se formó un conflicto, una guerra absurda y sin sentido. Surgieron las desapariciones, el secuestro y hasta la muerte de la población y la vegetación por falta de administración. Todo esto ha causado mucho dolor en esta región, se acabó la juventud a causa de esta absurda guerra. Esto es lo que más duele, y como si fuera poco, apareció el desplazamiento, obligándonos a dejar nuestro hogar y todas nuestras pertenencias, lo poco que le queda a una familia. Salimos como pájaros a volar, a defendernos como podía. Hasta incluso se supo del caso de una niña de 13 años que tenía que rebuscarse la plata raspando coca. Hasta allá nos llevó la guerra.

Las familias se desintegraron totalmente, las comunidades fueron destruidas, se desintegraron las poblaciones, y hasta el día de hoy no se han podido integrar las poblaciones de antes. Todo esto nos causó muchos perjuicios económicos, sociales y psicológicos.

Señores: Justicia y Paz
 Narración de lo que fue la época de la violencia
 en el oriente antioqueño
 Antes era una región: verde, viva y en paz
 esta región tenía mucha población, mucho progreso
 y mucha vegetación,
 tierras vivas: la vida: de las plantas, personas
 y animales.
 Aparecieron grupos armados: empezaron a
 desmejorar todo esto
 empezaron a desintegrarse las familias
 se fueron desintegrando las comunidades
 desmejoró el progreso desmejoró la plantación
 verde
 Al fin se formó un conflicto donde se formó
 una guerra absurda y sin sentido
 aparecieron: desapariciones y
 hasta la muerte: de la población y la ve-
 getación por falta de administración
 todo esto a causado mucho dolor
 en esta región se acabó la juventud
 a causa de esta absurda guerra.
 esto es lo que más duele
 y como si fuera poco, apareció el
 desplazamiento, obligándonos a dejar
 la patria y todas nuestras pertenencias
 lo poco quedaba en las familias.
 salieron como pájaros a volar.
 hasta el caso de una niña de 13 años
 tener que rebuscarse su vida

MARLENY CASTAÑO QUINTERO

HERMANA DE ESAÚ DE JESÚS CASTAÑO QUINTERO

Ejército Nacional de Colombia

Respetuoso saludo

Mi nombre es Marleny Castaño, y les escribo desde un dolor que ha marcado mi vida y la de toda mi familia. Soy víctima del conflicto armado en el Oriente antioqueño, en el municipio de Cocorná, un territorio que aprendió a resistir entre el miedo y la esperanza, pero que también fue testigo de injusticias y abusos que nunca debieron ocurrir.

Durante años crecimos creyendo que el Ejército representaba protección, que su presencia debía ser motivo de tranquilidad. Sin embargo, para muchas familias, incluida la mía, esa presencia se convirtió en motivo de angustia, temor y desconfianza profunda. Ese dolor insoportable lo viví el 16 de enero de 2003, una fecha que quedó grabada en mi memoria y que llevó a mi familia a una tragedia irreparable. Ese día cuatro miembros de nuestra familia fueron asesinados y presentados como muertos en combate. No fue un error, ni un hecho aislado; fue una acción deliberada que destruyó vidas y que marcó para siempre la vida y la historia de cuatro hogares (en la Vereda Campoalegre – Cocorná).

Entre las víctimas estaban mi hermano Esaú de Jesús Castaño Quintero, Evelio Castaño Carvajal, Claudia Aristizábal, pareja de Evelio, y César Orlando Gómez Buitrago, cuñado de mi hermano.

Aquel día destrozaron cuatro historias, cuatro futuros. Dejaron a dos niñas pequeñas, Elizabeth, de 22 meses, y Marcela, de casi 5 años, huérfanas de su padre, sin comprender por qué el mundo, al que apenas estaban llegando, podía ser tan cruel.

Como docente, viví el miedo a ustedes en carne propia. Recuerdo haber tenido que comer, esconderme y refugiarme para proteger mi vida,

* ① de 3
Marleny Castaño

Medellín, 22 de noviembre/2025.

Señores
Ejército Nacional de Colombia.

Respetuoso saludo.

Mi nombre es Marleny Castaño, y les escribo desde un dolor que ha marcado mi vida y la de toda mi familia. Soy víctima del conflicto armado en el oriente antioqueño, en el municipio de Cocorná, un territorio que aprendió a resistir entre el miedo y la esperanza, pero que también fue testigo de injusticias y abusos que nunca debieron ocurrir.

Durante años crecimos creyendo que el Ejército representaba protección, que su presencia ~~era motivo~~ debía ser motivo de tranquilidad. Sin embargo, para muchas familias, incluida la mía, esa presencia se convirtió en motivo de angustia, temor y desconfianza profunda. Ese dolor se hizo insoportable el 16 de enero de 2003, una fecha que quedó grabada en mi memoria y que llevó a mi familia a una tragedia irreparable. Ese día, cuatro miembros de nuestra familia fueron asesinados y presentados como muertos en combate. No fue un error, ni un hecho aislado: fue una acción deliberada que destruyó vidas

porque la presencia del Ejército en nuestras veredas no era símbolo de seguridad, sino de temor.

Por eso, hoy les pregunto: ¿cómo fue posible que quienes tenían el deber de protegernos terminaran asesinando a nuestros seres queridos? ¿Cómo justificaron la muerte de cuatro personas inocentes de una misma familia? ¿Cómo permitieron abusos contra mujeres, niños y comunidades enteras?

No escribo esta carta con ánimo de odio ni de venganza. Escribo porque las víctimas no somos cifras, somos nombres, rostros, historias truncadas que merecen ser reconocidas. La memoria histórica de Colombia exige que el Ejército asuma su responsabilidad y contribuya activamente a la reparación integral y a las garantías de no repetición. Solo cuando reconozcan públicamente el daño causado podremos avanzar hacia una sociedad donde la verdad y la justicia sean bases de la paz.

Los saludo con firmeza, dolor y dignidad.



YÉSSICA NATALIA GIRALDO MARÍN

HIJA DE JHON DARÍO GIRALDO QUINTERO

Esta carta va dirigida a mi padre, Jhon Darío Giraldo Quintero, ya que no me acompaña hace 22 años en este mundo, no porque lo hayamos querido, sino porque me lo arrebataron, me quitaron la felicidad de poder tenerlo y compartir con él logros en mi vida. Pero sé que desde donde sea que estés, papá, estás siempre a mi lado, presente en esos momentos en mi vida. Pude sentir y ver tu presencia en mis grados de bachillerato, en el año de 2014, ese fue uno de los mejores momentos porque pude experimentar tenerte cerca. Estoy tranquila porque mamita cumplió lo que tanto le pediste, que cuidara de nosotras dos, y eso fue lo que ella hizo y sigue haciendo. Te agradezco infinitamente por haberle pedido eso a mamita, porque si no, no sabría qué sería de nosotros y de nuestras vidas. Siempre te tendré presente en mi vida y en mi mente y corazón, siempre te voy a recordar como el hombre que fuiste, trabajador, amable, tranquilo, callado, comprometido con su familia, ya que siempre estabas pendiente y buscabas el bienestar de nosotras. Me hubiera gustado que hubiese estado presente en otra hermosa y bella etapa de mi vida; ser madre, que me hubieras acompañado en cada proceso. Sé que hubieras disfrutado mucho esta etapa conmigo, pero sé que también me acompañarás desde donde estés. Solo puedo decir que te amo y te amaré por el resto de mi vida, y que nunca, pero nunca, te olvido. Como dice el dicho: "Solo vive quien se muere, pero no se olvida".

TE AMO.

Esta niña se quedó esperando tu regreso a casa, aún sigue esperando ese momento, pero sé que ya no va a ser en este mundo, sino en otro. Te mando un abrazo y un beso.

Medellín, 23 de diciembre de 2025

Esta carta va dirigida para mi padre especialmente, ya que no me acompaña hace 22 años en este mundo, no porque ninguno nos hubiese querido, sino porque me lo arrebataron, me quitaron la felicidad de poder tenerlo y compartir con él logros en mi vida. Pero sé que desde donde sea que estés, papá, estás siempre a mi lado, presente en esos momentos en mi vida. Pude sentir y ver tu presencia en mis grados de bachillerato, en el año de 2014, ese fue uno de los mejores momentos porque pude experimentar tenerte cerca. Estoy tranquila porque mamita cumplió lo que tanto le pediste, que cuidara de nosotras dos, y eso fue lo que ella hizo y sigue haciendo. Te agradezco infinitamente por haberle pedido eso a mamita, porque si no, no sabría qué sería de nosotros y de nuestras vidas. Siempre te tendré presente en mi vida y en mi mente y corazón, siempre te voy a recordar como el hombre que fuiste, trabajador, amable, tranquilo, callado, comprometido con su familia, ya que siempre estabas pendiente y buscabas el bienestar de nosotras. Me hubiera gustado que hubiese estado presente en otra hermosa y bella etapa de mi vida; ser madre, que me hubieras acompañado en cada proceso. Sé que hubieras disfrutado mucho esta etapa conmigo, pero sé que también me acompañarás desde donde estés. Solo puedo decir que te amo y te amaré por el resto de mi vida, y que nunca, pero nunca, te olvido. Como dice el dicho: "Solo vive quien se muere, pero no se olvida".

Esta niña que se quedó esperando tu regreso a casa, aún sigue esperando ese momento, pero sé que ya no va a ser en este mundo, sino en otro, te mando un abrazo y un beso.

Victimo: Jhon Darío Giraldo Quintero
Carta redactada por: Yéssica Natalia Giraldo Marín

MARÍA LOURDES GIRALDO PARRA

HERMANA DE JUAN FRANCISCO GIRALDO PARRA

Hermano Juan Francisco Giraldo Parra:

Te quiero mucho. Qué bueno habría sido que no te hubieran arrebatado la vida y así poder estar compartiendo felices y unidos contigo, así como antes.

Hoy vivo con el corazón lleno de recuerdos y el alma llena de nostalgia. Extraño cada momento juntos y cada enseñanza que me dejaste. Nunca imaginé que nuestro tiempo juntos sería tan corto y que tu ausencia doliera tanto. Tu recuerdo y amor siguen vivos en mi corazón: te extraño y te recordaré por siempre, hermanito.

Domingo 23 de noviembre del 2025
Hermano Juan Francisco Giraldo Parra
lo quiero mucho, que bueno que no te hubieran arrebatado la vida y así poder estar compartiendo felices y unidos contigo así como antes.
Hoy vivo con el corazón lleno de recuerdos y el alma de nostalgia, extraño cada momento juntos y cada enseñanza que me dejaste.
Nunca imagine que nuestro tiempo juntos sería tan corto y que tu ausencia doliera tanto.
Tú recuerdo y amor siguen vivo en mi corazón, te extraño y te recordaré por siempre hermanito.
Juan Francisco Giraldo Parra

Att: Maria Lourdes Giraldo Parra

GLORIA AMPARO GIRALDO

VÍCTIMA DE GRANADA

Señores del conflicto:

Aquí paso a explicarles mi desplazamiento. En el año de 1996 nos tocó salir del pueblo de Granada, corregimiento Santa Ana. Nos obligaban a ir a reuniones y a repartir volantes a cualquier hora de la noche. Nos tocó salir con lo único que teníamos puesto, teníamos a nuestra hija de 4 años. Debimos llegar acá a Medellín y estar dispuestos a lo que nos quisieran dar. Tuvimos que ver cómo nos mataban familiares, amigos, vecinos. Debido a ese conflicto nos tocó el desplazamiento forzado. De venida para Medellín veníamos con mucho miedo de que nos bajaran del bus, ya que querían que trabajáramos con ellos y a todos nos calificaban por "guerrilleros". Hasta el día de hoy aún nos da miedo ir, y eso que apenas la guerra estaba comenzando.

Señores del conflicto, aquí paso a explicarles mi desplazamiento, en el año 1996, nos tocó salir del pueblo Granada corregimiento Santa Ana, nos obligaban a ir a reuniones y a repartir volantes, a cualquier hora de la noche, nos tocó salir con lo único que teníamos puesto, teníamos a nuestra hija de 4 años, nos tocó llegar acá a Medellín, y estar dispuestos a lo que nos quisieran dar, nos tocó ver cómo nos mataban familiares, amigos, vecinos. Debido a ese conflicto nos tocó el desplazamiento forzado. De venida para Medellín, veníamos con mucho miedo de que nos bajaran del bus, ya que querían que trabajáramos con ellos y a todos nos calificaban por "guerrilleros". Hasta el presente aún nos da miedo ir, y eso que apenas la guerra estaba comenzando.

Gloria Amparo Giraldo N. 43644312
Familia Giraldo Giraldo.

PAOLA GIRALDO GARCÍA

HERMANA DE UBER ESNEIDER GIRALDO GARCÍA

Carta a mi hermano querido:

Hermanito, sé que por cosas de la vida y por la guerra que nuestro país ha enfrentado durante estos años caíste en las garras de esta guerra, una guerra que no era tuya ni de tu familia, dejando un dolor inmenso, sin importar que tuvieras abuelos, madre, hermanos, primos, tíos. Hermanito, qué impotencia saber que hace 21 años moriste en manos de aquellas personas que decían cuidar la soberanía y a los campesinos. Que cada una de las personas siempre los recordaban como los héroes sin capas, unos héroes que con el pasar de los años se ganaron la confianza de los colombianos, pero no nos imaginábamos que en manos de ellos ibas a morir. Este dolor lo comparto con miles de familias en Antioquia, en Colombia y en el mundo entero. Familias que han visto partir para siempre a sus seres queridos en medio de la guerra más letal de estos últimos años, el dolor de ver cómo la violencia le arrebató la vida de cada una de las personas que más amamos en la vida.

Hermanito, el dolor más grande que hemos enfrentado nosotros es el de vivir día tras día un dolor que jamás hemos podido superar. Solo Dios y cada una de las personas que lo pasaron o lo están pasando saben que vivir esta pesadilla es algo que jamás se cicatrizaría.

Señores del Ejército Nacional, mil gracias por reconocer ese dolor y vacío que nos ocasionó a cada uno de los miembros de mi familia.

Hermanito Uber Esneider Giraldo García, gracias por ser el hermano mayor, por ser ejemplar, por ser el pilar de toda tu familia. Siempre ten presente que tu familia te ama y que siempre te llevaremos en nuestros corazones. Tu mamá y hermanos te enviamos un beso al cielo.



LUZ MERY IDÁRRAGA TOBÓN

HERMANA DE ORLANDO DE JESÚS IDÁRRAGA TOBÓN

Hermanito de mi corazón, cuánto te extraño, cuánta falta nos has hecho, ya que te fuiste sin decirnos un adiós, ya que fue una muerte tan triste. Fueron unos infelices cobardes que te arrebataron la vida sin ningún motivo, solo por ser una persona buena. Pero Dios es el único que sabe quién eras tú, un padre ejemplar, trabajador, que solo trabajaba para llevar el sustento para una gran familia que conformaba con sus 5 hijitos y su querida esposa, pero desgraciadamente un día lunes 9 de septiembre de 2002 un grupo de soldados te arrebataron la vida sin ninguna causa, solo porque se les dio la gana, dejando una esposa y 5 hijitos sin un padre que les llevara el sustento, y no solo eso, sino también a su madrecita, que también veía por ella y por una hermana con 2 hijitas, que quedaron sin quien les diera el sustento de cada día. Desde ese tiempo para acá la esposa se enfermó de una depresión que nunca más se ha podido recuperar, cada día está más enferma. Orlando, hermanito mío, te pido que desde donde estés nos acompañes siempre, que nosotros te llevamos en nuestros corazones.

Luz Mery Idarraga Tobon
 Hermanito de mi Corazon cuanto te extraño
 Cuanta falta nos has echo ya que te fuiste
 Sin decirnos un a Dios. Ya que fue una
 muerte tan triste. fue unos infelices cobardes
 que te arrebataron la vida sin ningun motivo
 Solo por ser una persona buena. Pero Dios es
 el unico que sabe quien eras tu un padre
 ejemplar. muy trabajador. que solo trabajaba
 Para llevar el sustento para una gran familia
 que conformaba con sus 5 hijitos y su
 querido esposa pero desgraciadamente
 un dia lunes 9 de septiembre del 2002 un
 grupo de soldados te arrebataron la vida sin
 ninguna causa solo porque se les dio la gana
 dejando una esposa y 5 hijitos sin un padre
 que les llevara el sustento y no solo eso sino
 tambien a su madecita que tambien veia por
 ella a una hermana con 2 hijitos sin quien les
 diera el sustento de cada dia. desde
 entonces de ese tiempo para aca la esposa se
 enfermo de una depresion que nunca mas se
 a podido recuperar cada dia mas enferma
 Orlando hermanito mio te pido que desde donde
 estes nos acompane siempre que nosotros
 te llevamos en nuestros Corazones

YESICA NATALIA GIRALDO MARÍN

HIJA DE JHON DARÍO GIRALDO QUINTERO,

ROSALBA ANGÉLICA QUINTERO DE GIRALDO Y LEIDY YULIANA GIRALDO MARÍN

Esta carta va dirigida a los comparecientes.

Por mi mente y la de mis familiares han pasado infinidad de preguntas, dudas, inconformidades, porque lo que ustedes hicieron no tiene nombre y tampoco merece un perdón. Para nosotros como víctimas, esto es un logro, pero no olvidamos todo el daño que nos hicieron a nosotros, hijas, madres, padres, hermanos, abuelos, etc.

Muchas de esas preguntas son:

- ¿Qué satisfacción sentían al hacer eso?
- ¿Por qué disfrutaban el dolor de las personas?
- ¿Cómo podían dormir y vivir tranquilos y estar, tocar y sentir a sus familiares con las manos manchadas de sangre?
- ¿Nunca pensaron que la sociedad se iba a enterar de lo que hicieron?
- ¿Nunca pensaron que su familia podía pasar y vivir una situación similar? ¿Cómo lo iban a asumir?
- ¿Creían que los premios, méritos y medallas que se ganaban a causa del dolor y la sangre eran merecidos en una guerra que no tenía sentido?
- ¿Pensaron en algún momento de sus vidas en todos los daños (morales, psicológicos, mentales, económicos, proyectos de vida) que les generaron a una gran cantidad de personas (y a sus familiares)?

Medellín, 23 de diciembre de 2023
Esta carta va dirigida para los comparecientes.
Por mi mente y la de mis familiares han pasado infinidad de preguntas, dudas, inconformidades, porque lo que ustedes hicieron no tiene nombre y tampoco merece un perdón, y para nosotros como víctimas, esto es un logro, pero no olvidamos todo el daño que nos hicieron a nosotros, como hijas, madres, padres, hermanos, abuelos, etc.

Muchas de esas preguntas son:

- ¿Qué satisfacción sentían al hacer eso?
- ¿Por qué disfrutaban el dolor de las personas?
- ¿Cómo podían dormir y vivir tranquilos y estar, tocar y sentir a sus familiares con las manos manchadas de sangre?
- ¿Nunca pensaron que la sociedad se iba a enterar de lo que hicieron?
- ¿Nunca pensaron que su familia podía pasar y vivir una situación similar? ¿Cómo lo iban a asumir?
- ¿Creían que los premios, méritos y medallas que se ganaban a causa del dolor y la sangre eran merecidos en una guerra que no tenía sentido?
- ¿Pensaron en algún momento de sus vidas en todos los daños (morales, psicológicos, mentales, económicos, proyectos de vida) que les generaron a una gran cantidad de personas (familiares)?

Víctima: Jhon Darío Giraldo Quintero

Carta realizada por Yesica Natalia Giraldo Marín
Rosalba Angélica Quintero de Giraldo
Leidy Yuliana Giraldo Marín
y familiares.

DIANA GIRALDO Y DORIS GIRALDO

HIJAS DE JUAN RAFAEL GIRALDO BERRÍO

Señores Ejército Nacional:

Soy Diana, una víctima directa del conflicto armado del que ustedes hicieron parte protagónica, pero no de la forma que la población civil esperaba. Desde niña creí que ustedes estaban para cuidarnos, pero a medida que fui creciendo esa idea se fue desvaneciendo. Ustedes matan gente inocente, la misma gente que creyeron en ustedes. Por ejemplo, lo hicieron el día 15 de abril de 2004, un día que marcó mi vida y la de mi familia para siempre; ese día ustedes llegaron a la vereda El Empalme, municipio de Granada. Llegaron a La Ramada, donde nosotros íbamos a iniciar la molienda y sin piedad alguna, sin importar si había niños presentes, se llevaron a mi papá, Juan Rafael Giraldo.

Con engaños decían que ya volvía, pero él nunca volvió. Porque ustedes me lo asesinaron y no pensaron que estaban dejando una familia a la deriva y que nos estaban causando un daño irreparable.

Digo a la deriva porque después de que desaparecieron a mi papá nos hicieron desplazar dejando todo. Nos tocó llegar a una ciudad desconocida con el corazón roto, destrozado, a empezar de nuevo y sin saber cómo. A empezar de nuevo. Nunca voy a entender por qué le arrebataron la vida a la misma persona que muchas veces les quitó el hambre y la sed.

Medellín (23-11-2025) 20:16:10
 Señores ejército nacional Soy Diana
 una víctima directa del conflicto armado
 del que ustedes hicieron parte protagónica,
 pero no de la forma que la población civil
 esperaba desde niña creí que ustedes
 estaban para cuidarnos y a medida que
 fui creciendo esa idea se fue desvaneciendo.
 ustedes matan gente inocente la misma
 gente que creyeron en ustedes, por ejemplo
 el día (15 de abril del 2004) un día
 que marco mi vida y la de mi familia para
 siempre ese día ustedes llegaron a la
 vereda el empalme municipio de granada
 llegaron a la Ramada donde nosotros
 íbamos a iniciar la molienda y sin
 piedad alguna sin importar que habian
 niños presentes se llevaron sin piedad
 a mi papá Juan Rafael Giraldo.
 con engaños que ya volvia pero el nunca
 volvió. porque ustedes me lo asesinaron y no pensaron
 que estaban dejando una familia a la deriva y que
 nos estaba causando un daño irreparable.

LUISA QUINTERO

HERMANA DE CESAR EVELIO QUINTERO GÓMEZ

Señores militares, cordial saludo:

Me dirijo a ustedes con mucho respeto, pues, aunque fue mucho el daño que nos causaron, estoy dispuesta a perdonar, ya que sé que recordando tanto dolor solo me haría daño a mí misma.

Solo espero y me gustaría creer que en ustedes sí hay un arrepentimiento genuino y no solo un interés por los beneficios que les ofrecen.

El daño que ocasionaron fue demasiado: el solo ver a mi madre cómo sufría y lloraba por la muerte de mi hermano, y a mi familia, que fue muy afectada por estas guerras. A mí, que cada día pensaba por qué el Ejército, que era quien nos debía proteger, hizo tanto daño. Por qué a mi hermano César Evelio Quintero Gómez no le dieron la oportunidad, igual que a muchos jóvenes y campesinos que no merecían muertes tan violentas. A causa de esto me deprimía mucho y no encontraba sentido, hasta que un día decidí perdonar y en este proceso estoy, gracias a Dios, que es quien me ha dado las fuerzas.

23-11-2025

Señores militares, Cordial saludo:

Me dirijo a ustedes con mucho respeto, pues aunque fue mucho el daño que nos causaron, estoy dispuesta a Perdonar pues se que recordando Tanto dolor solo me haria daño a mi misma.

Solo espero y me gustaria creer que en ustedes si hay un arrepentimiento genuino y no es solo un interes por los beneficios que les ofrecen.

Aunque el daño que ocasionaron fue demasiado el solo ver a mi madre como sufría y lloraba por la muerte de mi hermano y mi familia que fue muy afectada por estas guerras, a mi que cada dia pensaba porque el ejercito que era quien nos debía proteger hicieron tanto daño porque mi hermano Cesar evelio quintero gomez no le dieron la oportunidad, igual que muchos jóvenes y campesinos que no merecían muertes tan violentas, a causa de esto me deprimia mucho y no encontraba sentido, hasta que un dia decidi Perdonar y en este proceso estoy gracias a Dios, que es quien me ha dado las fuerzas.

ATF: Luisa Quintero.

LUZ FANY SALAZAR ATEHORTÚA

HERMANA DE GILBERTO ANTONIO SALAZAR ATEHORTÚA

Carta 1

Con mucho cariño para mi querido Ejército:

Aunque la guerra fue tan dura y estábamos en un camino sin salida en una guerra que no tenía sentido, me tocó vivir los crímenes más atroces. Por mi mente vagan tantos recuerdos que podría escribir una película de terror, sobre todo de mis años más duros, de 2000 a 2004. Esos años la pasé muy mal, pero los dos últimos años llegó el ejército y pensé que ustedes me protegerían, aunque todo empeoró y todo se me tornó más oscuro. Gracias a mi Ejército tuve que salir de mis tierras dejando todo, pero al poco tiempo pude descubrir la mujer tan fuerte y valiosa que yo era.

Si algo le agradezco a la guerra tan cruel que viví fue que descubrí a esta mujer tan fuerte y valiosa que sacó sola a sus hijos y que ahora solo espero que limpien el nombre de mi pueblo y a mis tierras, pues mi deseo es regresar a mi tierra, de donde nunca debí haber salido.

No les guardo rencor, todos cometemos errores, les perdono. Yo no me quiero cargar con un resentimiento, quiero ser feliz.

Carta 2

Mi anécdota

Érase una joven madre que tenía cuatro hijos y luchaba cada día para que no les faltara nada. Aunque con muchas carencias, me levantaba cada mañana a hacer las labores del campo. Era feliz viendo los amaneceres, cómo la neblina iba dejando al descubierto esas lindas montañas que me enamoraban cada mañana. Pero poco a poco comenzaron a llegar los grupos armados a quitarnos la tranquilidad.

LUZ fany Sala Zar. Atehortua

con mucho cariño para mi querido Ejército
aunque la guerra fue tan dura y estábamos
en un camino sin salida en una guerra que
no tenía sentido me tocó vivir los crímenes
mas atroces. Por mi mente vagan tantos
recuerdos que podría escribir una película de
terror mis años mas duros del 2.000 al
2004 esos años la pase muy mal. Pero los
dos últimos años llegó el ejército y pensé
que ustedes me protegerían pero todo
empeoro. y todo se me torno mas oscuro.
Pero gracias a mi ejército tube que salir.
de mis tierras. de jando todo pero al poco
tiempo. pude descubrir la mujer tan fuerte
y valiosa que yo era.
Si algo le agradezco a la guerra tan cruel
que vivi fue que descubri esta mujer tan
fuerte y valiosa que sacó sola a sus hijos
ahora solo espero que lo limpien el nombre
a mi pueblo y a mis tierras. por mis deseos
es regresar a mis tierras. de donde nunca debí
aver salido.
No les guardo rencor. todos cometemos
errores.
les perdono. yo no quiero cargar con un
resentimiento. quiero ser feliz.

Ya no eran lindos los amaneceres, pues comenzaron las disputas por tomarse el poder, la discriminación, los acosos, los comentarios.

De pronto quedamos en medio de los conflictos, entre los enfrentamientos, y esas palabras que vagan en mi mente: “Si son de Granada, son guerrilleros”. Ya de tanto aguantar me quería venir a la ciudad, pero no pasaba por mi mente abandonar lo que con tanto esfuerzo había construido. Sin embargo, ya no aguanté más ver a diario tanta violencia. En el año 2004 decidí abandonar todo, llegando a una ciudad que no conocía; me levantaba en las mañanas, miraba la ciudad tan grande y sentía que no iba a ser capaz.

Pero al mirar atrás y ver a mis hijos y a mi madre, que ya en ese momento dependían de mí, comencé a buscar trabajo con urgencia, pues me tocaría asumir el papel de padre y madre. Dios no me abandonó y conseguí trabajo enseguida como empleada doméstica interna. Ya no solo tenía que cargar con el dolor de dejar mi tierra, sino también con la separación de mis hijos: solo los podía ver cada ocho días. No había noche que no llorara, pero era más fuerte el dolor de madre y ya no podía mirar atrás. Trabajé muy duro para darles un techo y que no les faltara el pan de cada día.

Gracias a Dios logré sacar a mi familia adelante. Le agradezco por haber puesto en mi camino a personas muy buenas que me dieron trabajo. Hoy soy una mujer que logró salir adelante. Amo mi ciudad, mi Medellín querido.



LUZ MARINA NARANJO

HIJA DE LUIS ARTURO NARANJO

Colombia, un país sin memoria

Señores militares:

Ustedes han hecho un mal muy grande al pueblo colombiano, entre esas personas, a mí, cuando asesinaron a mi padre, que era una persona trabajadora, honesta, caritativa y amorosa, el mejor padre, por el simple hecho de ganarse unos pequeños beneficios como un traslado, una condecoración o un permiso.

Qué triste que la vida de un ser humano valga tan poco para el Estado. Qué triste que ustedes hayan asesinado a tantos campesinos, personas con discapacidad, adultos mayores, niños y personas desempleadas por algo tan insignificante. Parece que ustedes no tuvieran madre, padre, hermanos o hijos, para ser tan asesinos, tan crueles y tan desgraciados. Recuerden que el karma existe. Esto lo pagan ustedes en esta vida, con sus hijos, padres o hermanos. Qué triste que nosotros, las víctimas, pasemos de ser víctimas a ser victimarios.

Gracias a la JEP el mundo está conociendo la verdad: que ustedes, los militares, por mucho tiempo fueron criminales, asesinos. Nosotros, las víctimas, esperamos que en estas audiencias ustedes tengan el valor y las huevas de reconocer estas ejecuciones extrajudiciales cometidas por el Estado colombiano.

Colombia un País sin memoria
Luz Marina Naranjo A

Señores militares ustedes le han echo un mal muy grande al Pueblo Colombiano. entre esas Personas a mí, donde asesinaron a mi Padre que era una persona trabajadora, Honesta Caritativo amorosa el mejor Padre por el simple Hecho de de ganarse unos pequeños beneficios como un un traslado una condecoración un permiso. que triste que la vida de un ser humano valga tan poco para el estado. que triste que ustedes hayan asesinado tanto campesino Personas con discapacidad. adultos mayores niños Personas Desempleadas por algo tan insignificante Parece que ustedes no tuvieran Madre, Padre, Hermanos hijos. Para ser tan asesinos y tan crueles y tan desgraciados. Recuerden que el Karma existe. esto lo pagan ustedes En esta vida con sus hijos Padre o Hermanos que triste que nosotros las víctimas pasamos de ser victimas a ser victimarios. Gracias a la JEP el mundo esta conociendo la verdad que ustedes los militares por mucho tiempo fueron uno criminales, asesinos. nosotros las victimas esperamos que en estas Audiencias ustedes los militares tengan el valor y las huevas de reconocer estas Ejecuciones extra Judiciales. Cometidas Por el Estado colombiano
At. Luz Marina Naranjo A

Querido papá,

Aunque ya no estás aquí conmigo, tu amor y tu legado siguen vivos en mi corazón. El eco de tu risa suena en mis oídos; a pesar de los años, siento tus abrazos.

Gracias por todo lo que me enseñaste y por el amor incondicional que me brindaste. Te extraño mucho y te recuerdo con cariño. En momentos difíciles recuerdo tus palabras de aliento y tu fuerza. Me gustaría poder decirte cuánto te amo y agradecerte por ser mi padre. Descansa en paz, papá. Siempre estarás en mi corazón y tu ternura irá conmigo adonde quiera que yo vaya.



MARÍA TERESA BOTERO GIRALDO

NUERA DE RAMÓN ABEL GÓMEZ GÓMEZ,
CUÑADA DE MARÍA JULIANA GÓMEZ GIRALDO,
NUERA DE MARÍA EDILMA GIRALDO LÓPEZ

Queridas familias que nos puso la vida para luchar por la verdad y la significación de nuestros familiares y comparecientes:

Reciban, ante todo, un saludo fraterno y solidario. Me dirijo a ustedes con profundo respeto, reconociendo la dignidad de cada una de sus luchas y el enorme valor que han demostrado al buscar la verdad sobre lo ocurrido con sus familiares, víctimas de ejecuciones extrajudiciales y personas desaparecidas.

Sé que no hay palabras que puedan reparar el vacío que deja la ausencia ni la injusticia que se vive cuando el Estado, que debería proteger, se convierte en fuente de dolor. Sin embargo, también sé que la verdad y la memoria se construyen gracias a la fuerza colectiva de quienes, como ustedes, se niegan a olvidar y exigen justicia con la frente en alto.

Quiero que sepan que no están solos ni solas. Cada paso que damos en esta ruta —por momentos tan dura— lo hacemos juntos. Mi compromiso es acompañarles con absoluta entrega, escuchando sus voces, protegiendo sus derechos y elevando sus denuncias ante las instituciones que tienen la obligación de responderles. Su lucha también es la mía, y la de miles de personas que creen en un país donde la vida sea sagrada y la verdad no se oculte.

La búsqueda de sus seres queridos no es solo un acto de amor, es un acto de resistencia y de afirmación de la humanidad. Cada nombre que pronunciamos, cada fotografía que levantamos, cada historia que contamos es un mensaje claro: no aceptamos la impunidad. La memoria es un camino que nos sostiene y la verdad es un derecho que seguiremos reclamando hasta que sea reconocida plenamente.

A pesar del dolor y las dificultades, también encontramos esperanza en la organización, en la solidaridad y en la certeza de que la justicia

puede abrirse paso incluso en los momentos más oscuros. Ustedes son ejemplo de dignidad y coraje para el país entero.

Cuenten conmigo para seguir caminando esta senda: en los procesos judiciales, en las búsquedas en campo, en las mesas con las autoridades, en los espacios de memoria y en cada escenario donde su voz deba ser escuchada. Seguiremos alzándola hasta que la verdad salga a la luz y hasta que la justicia deje de ser una promesa pendiente.

A los comparecientes que se han atrevido a contar la verdad de lo que pasó hace más de dos décadas les admiro la valentía y quiero decirles una vez más: “El perdón no se pide, el perdón no se implora, el perdón se gana”. Hay varios comparecientes que se han ganado el perdón de las familias que buscamos la verdad y que se limpie el nombre de nuestro familiar. Gracias por contribuir a una verdad que cambia familias enteras, a pesar de tanto daño que hicieron en su momento.



LUZ MARINA GIRALDO GIRALDO

HERMANA DE JHON FREDY GIRALDO GIRALDO

Yo elijo escribir desde mis recuerdos, desde lo que fue mi vida, mi niñez y adolescencia. Nací y fui criada en una vereda llamada La María, corregimiento de Santa Ana, Granada. Hija y hermana de doce hermanos, de los cuales hoy en día cuatro fueron víctimas del conflicto armado. Mi vida allí era tranquila y feliz, hasta que llegaron unos grupos armados que no sabíamos quiénes eran. Caminaban en las noches oscuras, se veían pasar, pero no sabíamos realmente quiénes eran.

Yo en ese entonces tenía 12 años y no entendía nada. Ellos estaban conociendo la zona para apoderarse y quedarse allí. Con el tiempo se fueron dando a conocer y después vino todo lo que sucedió: enfrentamientos cada dos o tres días, helicópteros rafagueando, muertos de parte y parte, soldados, guerrilleros y civiles.

Jamás pensamos que esto nos iba a suceder, vivir el miedo y el terror de la guerra, una que no entendíamos, porque vivíamos tranquilos, sin hacerle daño ni mal a nadie. Una guerra sin sentido donde los más afectados fuimos los campesinos e inocentes. Pero bueno, gracias a Dios todavía quedamos algunos para contar el cuento; es un milagro, a pesar de las circunstancias, sobrevivir y luchar por una Colombia mejor.

Yo Elijo Escribir desde mis Recuerdos desde lo que fue mi vida mi niñez y Adolescencia fui nacida y criada en una Vereda llamada La María Corregimiento Santa Ana Granada. Hija y Hermana de 12 Hermanos. la cual hoy día 4 fueron víctimas del Conflicto Armado mi vida allí era tranquila feliz hasta que llegaron unos Grupos Armados que no sabíamos quienes eran y caminaban en las noches oscuras se veían pasar pero no sabíamos realmente quienes eran. yo en ese entonces tenía 12 años y no entendía nada. Ellos estaban conociendo la zona para apoderarse y quedarse allí con el tiempo se fueron dando a conocer en la zona y después vino todo lo que sucedió enfrentamientos cada 2-3 días helicópteros rafagueando muertos de parte y parte soldados guerrilleros y civiles Jamás pensamos que esto nos iba a suceder vivir el miedo y el terror de la guerra una que no entendíamos el porque si vivíamos tranquilos sin hacerle daño ni mal a nadie una guerra sin sentido donde los más afectados fuimos los campesinos y e inocentes e ignoran pero bueno gracias a Dios todavía quedamos algunos para contar el cuento. Es un milagro a pesar de las circunstancias. Sobreviviendo y luchando por una Colombia mejor

HERSILIA GÓMEZ

HERMANA DE RAMÓN ABEL GÓMEZ GÓMEZ, TÍA DE MARIA JULIANA GÓMEZ GIRALDO

Una guerra absurda

Vivir en el pueblo ya era algo angustiante y preocupante.

Levantarse cada mañana, cada vez que el sol asomaba por las ventanas, ya no sabíamos si era un privilegio dado por Dios o el final de los días sobre muchos sufrimientos.

Nos tocó salir un domingo con solo dos o tres cobijas, uno que otro implemento de cocina y cualquier poco de ropa. Llegamos a Medellín sin dónde llegar, solo con la esperanza de que nos dieran posada mientras yo me ponía a trabajar para conseguir dónde vivir. Aguantar hambre con mis hijos, durmiendo sobre unos adobes encima de una sábana.

Luego me tocó mandar a mis niños a trabajar en los buses vendiendo confites para poder sobrevivir en ese tiempo. No faltó quien les ofreciera vicios y ellos cayeron. Debido a esto falleció uno de mis hijos, a causa del vicio, que le produjo ataques de epilepsia.

Perdimos la finca, los animales y todo lo poco que teníamos. Todavía no hemos podido superar este dolor. Perdí hermanos, sobrinos y cuñados inocentes, a quienes culparon de guerrilleros siendo inocentes. Mucho que contar, pero no tengo más valor para hacerlo, tanta tristeza.

Una Guerra absurda
Noviembre 23/2025

Vivir en el pueblo ya era algo angustiante, preocupante levantarse cada mañana, cada vez que el sol asomaba por las ventanas, ya no sabíamos si era un privilegio dado por Dios o el final de los días sobre muchos sufrimientos.

Nos tocó salir un domingo con solo 2-3 cobijas uno que otro implemento de cocina cualquier poco de ropa llegamos a Medellín sin dónde llegar, solo con la esperanza de que nos dieran posada mientras yo me ponía a trabajar para conseguir dónde vivir. Aguantar hambre con mis hijos durmiendo sobre unos adobes encima de una sábana. Luego me tocó mandar mis niños a trabajar en los buses vendiendo confites para poder sobrevivir en este tiempo. Mis hijos vendían con Fritos no faltó quien les ofreciera vicios y ellos cayeron, debido a esto falleció uno de mis hijos debido al vicio, que le produjo ataques de epilepsia, perdimos la finca, los animales y todo lo poco que teníamos, todavía no hemos podido superar este dolor.

Perdí hermanos, sobrinos y cuñados inocentes que los culparon de guerrilleros, siendo inocentes, mucho que contar pero no tengo más valor para contar tanta tristeza.

Hersilia Gómez

ANA ESTHER PARRA

MADRE DE JOSÉ JULIAN LÓPEZ PARRA

Soy Ana Esther Parra, oriunda del corregimiento Santa Ana, de Granada. Soy la madre de José Julián López Parra.

En estas líneas quiero expresar que por culpa del Ejército Nacional tuve que desplazarme de la finca, aguanté hambre y necesidades en la ciudad de Medellín con mis 4 hijos. Me vi obligada a buscar posada en diferentes casas.

Mi hijo José Julián representaba todo para mí, era buen hijo, un joven trabajador que llevaba el sustento para mí y otros 2 menores de edad. Ante este panorama tuve que enviar a mis hijos de 8 y 9 años a Cali, donde unos familiares, porque en Medellín no teníamos un lugar fijo para vivir ni sustento. Sufrí mucho en silencio por el asesinato de José Julián y luego por tener que separarme de mis hijos.

El viernes 27 de febrero de 2004 fue el día más triste de mi vida. En la vereda Galilea del municipio de Granada, mi hijo se desplazaba en la chiva llamada 'Tres Caballos' en compañía de su amigo Mauriño, quien era menor de edad. Yo alcancé a observar que ellos dos iban caminando por la carretera en medio de varios hombres, los reconocí porque el amigo José Mauriño tenía una camiseta naranjada florida.

A las 6 p. m., en medio de un fuerte aguacero, me fui a buscarlos hasta donde estaba el Ejército Nacional. Les pregunté: "¿Dónde están los muchachos?". Me respondieron: "¿Qué ropa tienen?". Les dije las características, e inmediatamente observé a lo lejos que los tenían más abajo; ellos (los militares) dijeron: "¡Corran!", y los muchachos corrieron hacia el monte y los militares les dispararon muchas veces. No los volví a ver, me tuve que devolver a mi casa en medio de la desolación y el desespero. Unos días después fui a Granada a buscar su cuerpo o alguna razón de él. Allí me dijeron que lo habían enterrado en el municipio de Cocorná. Yo no podía ir a Cocorná porque me tenían amenazada que si los denunciaba, ya sabía que me pasaba.

Medellín, 23 de noviembre de 2025. ①

Soy Ana Esther Parra, oriunda del Corregimiento Santa Ana de Granada. Soy la madre de José Julián López Parra.

En estas líneas quiero expresar que por culpa del Ejército Nacional tuve que desplazarme de la finca, aguanté hambre y necesidades en la ciudad de Medellín con mis 4 hijos. Me vi obligada a buscar posada en diferentes casas.

Mi hijo José Julián representaba todo para mí, era buen hijo, un joven trabajador que llevaba el sustento para mí y otros 2 menores de edad. Ante este panorama tuve que enviar a mis hijos de 8 y 9 años a Cali donde familiares porque en Medellín no teníamos un lugar fijo para vivir ni sustento. Sufrí mucho en silencio por el asesinato de José Julián y luego por tener que separarme de mis hijos.

El viernes 27 de febrero de 2004 fue el día más triste de mi vida. En la vereda Galilea del municipio de Granada, mi hijo se desplazaba en la chiva llamada "tres caballos" en compañía de su amigo Mauriño quien era menor de edad. Yo alcancé a observar que ellos dos iban caminando por la carretera en medio de varios hombres, los reconocí porque el amigo José Mauriño tenía una camiseta naranjada florida.

A las 6 pm en medio de un fuerte aguacero me fui

Un mes después saqué valor y fui hasta Cocorná a preguntar por él. Allí el inspector municipal Roberto Arias, me trató mal diciendome que yo “solo iba a averiguar chismes”. Allí no tenia donde dormir y una señora me dió posada en su casa..

Finalmente el inspector me dijo que los dos muchachos estaban enterrados en el cementerio como “N.N.” con fecha de entierro del 29 de febrero. Esta información también me la había dado el sacerdote de Santa Ana. Me tuve que volver a Medellín sin mi hijo y muchos años después gracias a la JEP y a la Unidad de búsqueda de desaparecidos y la fiscalía me lo trajeron para Medellín y lo pude sepultar.

A partir de lo sucedido, mi familia se desintegró, me separé de mi esposo, mis hijos los mandé para Cali y me culpan de la muerte de mi hijo; es un tema familiar que me desmorona. Finalmente encontré empleo y ahora vivo en una habitación, con muebles, utensilios y enseres prestados.

Este es solo un poco de lo triste de mi vida por las acciones del Ejército.



ROBINSON ALEJANDRO GÓMEZ

SOBREVIVIENTE E HIJO DE RAMÓN ABEL GOMEZ GOMEZ,
HERMANO DE MARÍA JULIANA GOMEZ GIRALDO,
HIJO DE MARÍA EDILMA GIRALDO LÓPEZ

Carta para mi niña, hermanita hermosa, mi mona

Mi querida niña:

Hoy te escribo con el corazón, para decirte que logre perdonar a los que te hicieron tanto daño, el 29 de agosto de 2025 conocí lo que realmente paso contigo y lo hice porque perdonar no es olvidar y esto me sirvió porque alivio mucho mi corazón y conocer lo que realmente paso contigo me ha servido para cambiar mi odio por perdón y paz en mi corazón, desde que faltó nuestro padre un 31 de diciembre del 2003 nunca más había vuelto a atener navidad porque siempre estaba triste amargado pensando en lo que el Ejército Nacional me arrebató que fue mi familia, mi vida entera porque me dejaron sin papa, mama y sin ti mi niña hermosa, con saber que paso realmente con Tigo e descansado sé que sufriste como nadie antes de ser rematada porque suplicaste por tu vida ya los soldados no les importo tanto así que fueron capaz de abusar sexualmente de ti cuando estabas herida tirada en el piso desangrándose, pero que hoy les haya importado mi dolor, mi búsqueda y necesidad de la verdad y se hayan atrevido a contarme el señor Juan Carlos lo que paso con mi niña y el señor Freud haya aceptado que fue quien dio la orden para rematarte y que digan que no eras una guerrillera como lo dijeron en su momento y que hayan limpiado tu nombre es muy importante para mí porque este año después de 22 años estoy teniendo una navidad con mis hijos y con mi esposa, hoy es 23 de noviembre del 2025 y ya colocamos en mi casa las luces de navidad y estamos disfrutando de la navidad por primera vez con mis hijos.

Señor Juan Carlos y señor Freud les dije que el perdón no se pide el perdón se gana y ustedes se lo ganaron, fueron muy valientes en asumir ante un país la verdad que tantos años espere y que tantos años soñé con conocer lo que realmente paso, aunque personas me habían

dicho que había pasado lo necesitaba confirmar por ustedes porque nunca me imaginé que quien estaban para proteger a la población civil, los campesinos y los niños hayan cometido tal barbarie.

A tus quince años, cuando aún deberías haber estado soñando con tu futuro, aprendiendo, riendo, haciendo planes... te arrebataron todo. Y, aun así, incluso en el silencio que intentaron imponer, tu voz sigue viva en nosotros, te quitaran la vida y luego quisieran cubrirlo con mentiras, diciendo que caíste en combate, cuando tú jamás empuñaste un arma. Tú no eras una enemiga. Eras una niña. Mi hermana. Una luz que no hacía daño a nadie y así te recuerdo y les hablo a mis hijos de ti porque fuiste la mejor hermana que pude tener. También sé del dolor más oscuro que te hicieron pasar antes de matarte. Ese abuso que nunca debiste sufrir, ese acto cobarde que te hicieron. Pero quiero que sepas algo, hermanita: tú no eres lo que te hicieron. Tu dignidad sigue intacta. Tu memoria es más fuerte que la brutalidad de quienes intentaron borrarla.

Hoy lloro por ti, pero también hablo por ti. Porque tu historia no será enterrada, porque tu nombre no será manchado más por quienes mintieron para protegerse, porque no eras solo una cifra más, porque tu verdad merece ser contada, para que nunca más repita un abuso sexual más ni una ejecución más, Merecías justicia gracias a la ayuda de mi esposa que siempre me acompaña en la búsqueda de la verdad ya la JEP fue posible conocer lo que paso ya puedes descansar en paz porque tu nombre fue limpiado. Sigo luchando por limpiar el nombre de nuestro padre, porque la historia de lo que paso yo la conozco ya que soy sobreviviente de estos hechos con tan solo 12 años, pero si quiero que digan que mi papa no murió en combate porque si no fue y sigo en mi lucha también por conocer y limpiar la historia de mi madre que también fue presentada como baja en combate, Y yo voy a seguir luchando para que eso suceda.

Me haces falta cada día. Me falta tu risa, tus preguntas curiosas, tus abrazos. Me duele pensar en todo lo que no podrás vivir. Pero también me acompaña la certeza de que tu presencia sigue aquí, en nuestra familia, en las personas que te amaron, en quienes no permitirán que te olviden ni que te conviertan en una estadística.

Ojalá pudiera abrazarte una vez más. Ojalá pudiera decirte que nada de lo que pasó fue tu culpa. Ojalá pudiera prometerte que el mundo será

más justo. Lo que sí prometo, desde el fondo de mí. alma y mi corazón,
es que tu vida

no quedará en silencio. Tu historia será contada para que el país
conozca los atroces de la violencia y que nunca más se repitan, y tu
memoria será fuerza para seguir luchando por la verdad de nuestros
padres

Descansa, hermanita.

Yo sigo aquí, cuidando tu nombre, tu recuerdo y tu justicia.

Con todo mi amor



MARÍA NOHEMY GÓMEZ G.

HERMANA DE RAMÓN ABEL GÓMEZ GÓMEZ, TÍA DE MARÍA JULIANA GOMEZ GIRALDO

Durante la violencia en Santa Ana vivimos muchos momentos de angustia. Uno de ellos fue cuando se presentó un enfrentamiento y a mi hermano, su familia, mi sobrina y mi hija les tocó esconderse en una cañada, debajo de unas piedras, para evitar que los mataran, ya que cuando inició la guerra dijeron que debíamos salir del pueblo, porque el que se quedara lo daban por guerrillero.

Vivíamos todo el tiempo con miedo. No teníamos opción ni oportunidad de salir en ese momento, ya que no contábamos con recursos ni con un techo adónde ir.

Los jóvenes corrían riesgo, pues cuando cumplían cierta edad los reclutaban para hacerlos parte de los grupos guerrilleros. Muchas personas lograron salir; otros se quedaron, pero vivían con miedo y en constante peligro.

Hoy soñamos con volver a nuestro pueblo en paz y recuperar de alguna forma algo de lo que allí dejamos.

Noviembre 23 2025
Durante la violencia en Santa Ana, vivimos muchos momentos de angustia, uno de ellos cuando se presentó un enfrentamiento, donde le tocó a mi hermano su familia, mi sobrina y mi hija esconderse en una cañada, debajo de unas piedras para evitar que los mataran, ya que cuando inició la guerra dijeron que debíamos salir del pueblo. Porque el que se quedara lo daban por guerrillero. todo el tiempo vivíamos con miedo no teníamos opción ni oportunidad de salir por el momento. Ya que no contábamos con recursos. ni donde llegar un techo.

Los jóvenes corrían riesgo ya que cuando cumplían cierta edad los reclutaban para hacerlos parte de los grupos guerrilleros. muchas personas al final lograron salir otras quedaron pero vivían con miedo y en constante peligro. por lo que pudiera pasar.

ahora soñamos con volver al nuestro pueblo, en paz y recuperar de alguna forma algo de lo que allí dejamos y hasta hoy estamos en esas.

Ate

María Nohemy Gómez G

LUZ MERY IDIRRAGA TOBÓN

HERMANA DE ORLANDO DE JESÚS IDÁRRAGA TOBÓN

Hermanito de mi corazón:

Cuánto te extraño, cuánta falta nos has hecho. Te fuiste sin decirnos adiós; tu muerte fue tan triste. Fueron unos infelices cobardes quienes te arrebataron la vida sin ningún motivo, solo por ser una persona buena. Pero Dios es el único que sabe quién eras tú: un padre ejemplar, muy trabajador, que luchaba para llevar el sustento a una gran familia que conformabas con tus cinco hijitos y tu querida esposa.

Desgraciadamente, un lunes 9 de septiembre de 2002, un grupo de soldados te arrebató la vida sin ninguna causa, solo porque se les dio la gana, dejando a una esposa y a cinco hijitos sin un padre que les llevara el sustento. Y no solo eso, sino también a tu madrecita, que dependía de ti, y a una hermana con dos hijitas sin quien les diera el sustento de cada día. Desde entonces, la esposa se enfermó de una depresión de la que nunca se ha podido recuperar; cada día está más enferma.

Orlando, hermanito mío, te pido que desde donde estés nos acompañes siempre, porque nosotros te llevamos en nuestros corazones.

Carta a la ausencia

No sé si alguna vez leas esto.

Quizá las palabras se pierdan como hojas llevadas por el viento, quizá nunca encuentren tus ojos ni rocen tu memoria, pero igual las escribo, porque extrañarte se ha vuelto un ritual silencioso, una costumbre que se esconde entre los suspiros y las noches largas donde tu ausencia me habla.

Extrañarte ya no es solo un momento, es parte de mí, como el latido que no se anuncia, como el sol que llega sin pedir permiso.

Luz Mery Idarraga Tobon

Hermanito de mi corazón cuanto te extraño
Cuanta falta nos has echo ya que te fuiste
Sin decirnos un a Dios. ya que fue una
muerte tan triste. fue unos infelices cobardes
que te arrelataron la vida sin ningun motivo
Solo por ser una persona buena. Pero Dios es
el unico que sabe quien eras tu un padre
ejemplar. muy trabajador. que solo trabajaba
Para llevar el sustento para una gran familia
que conformava con sus 5 hijitos y su
querido esposa pero desgraciadamente
un dia lunes 9 de septiembre del 2002 un
grupo de soldados te arrebataron la vida sin
ninguna causa solo porque se les dio la gana
de fardo una esposa y 5 hijitos sin un padre
que les lebara el sustento y no solo eso sino
tambien a su madecita que tambien ucio por
ella a una hermana con 2 hijitas sin quien les
ciera el sustento de cada dia. desde
entonces de ese tiempo paraca la esposa se
enfermo de una de breion que nunca mas se
a podido recuperar cada dia mas enfermo
Orlando Hermanito mio te pido que desde donde
estes nos acompañe siempre que nosotros
te lebamos en nuestros corazones

En ese instante en el que me detengo sin razón aparente y tu nombre aparece en mi mente como una melodía que no quiere callar.

El silencio entre nosotros pesa, sí..., pero no me ha detenido.

Te hablo aunque no respondas, te pienso aunque no lo sepas, te encuentro en los lugares más insospechados: en una canción, en el aroma de la lluvia, en el reflejo de una tarde que se parece tanto a cuando tú y yo aún éramos algo.

Carta a un hijo muerto

Mi querido hijo, hoy me encuentro aquí, escribiéndote, aunque no puedas leer estas palabras en un papel.

No pasa un solo día sin que piense en ti, sin que mi corazón te extrañe de una manera imposible de explicar.

Aún recuerdo cada sonrisa, cada abrazo, cada uno de tus "te amo". Aunque tu lugar físico aquí se sienta vacío, tu amor y tu luz siguen presentes en cada rincón de mi vida y en la de tu familia.

Cada día y cada minuto son eternos, tortuosos y silenciosos; basta con derramar una lágrima para sentir un gran vacío y una profunda tristeza que desgarrar hasta lo más profundo del corazón.

Busco en las miles de estrellas un vestigio de tu rostro, una imagen o un susurro que pueda aliviar por un instante mi pérdida, pero tengo claro que jamás volverás.

Carta de la muerte a la humanidad

Estimados seres humanos:

Los observo siempre desde el primer aliento hasta el último suspiro.

He sido su compañera constante a lo largo de la historia, aunque muchos me temen, me evitan o intentan ignorarme.

Les escribo hoy no con el propósito de infundir miedo, sino para ofrecer una perspectiva desde mi eterna existencia. Me perciben como un fin, una pérdida, el cese de todo lo que valoran.

~~Carta a un hijo muerto~~

Mi querido hijo, hoy me encuentro aquí, escribiéndote aunque no puedas leer estas palabras en un papel.

No pasa un solo día sin que piense en ti, sin que mi corazón te extrañe de una manera que es imposible explicar.

Aún recuerdo cada sonrisa, cada abrazo, cada uno de tus "TE AMO". Aunque tu lugar físico aquí se sienta vacío, tu amor y tu luz siguen presentes en cada rincón de mi vida y en la de tu familia.

Cada día y cada minuto son eternos, tortuosos y silenciosos, basta con derramar una lágrima para sentir un gran vacío y una profunda tristeza que desgarrar hasta lo más profundo del corazón.

Busco en las miles de estrellas un vestigio de tu rostro, una imagen o un susurro que pueda aliviar por un instante mi pérdida, pero lo tengo claro que jamás volverás.

Sin embargo, mi verdadera esencia es la de la transformación. Soy el punto final necesario para que nuevos comienzos puedan florecer.

Represento el cierre de ciclos que permite la renovación constante de la vida en nuestro planeta; sin mí no habría espacio para el renacimiento, solo un estancamiento eterno.

Ustedes son criaturas voraces, destructivas, llenas de impulsos contradictorios. Anhelan la inmortalidad, pero siempre la desperdician: creen que la única vida es lo material que poseen y se aferran a riquezas que traen más dolor.

GILDARDO ALBEIRO SALAZAR

SOBREVIVIENTE Y HERMANO DE GILBERTO ANTONIO SALAZAR ATEHORTÚA

Mi anécdota

Érase un niño que, a sus cortos ocho meses, quedó huérfano de padre, pero gracias a los cuidados de mi madre y de mis ocho hermanos lograron sacarme adelante. Aunque con muchas carencias, era un niño feliz y entre juegos y risas transcurrió mi niñez.

Pero cuando tenía 13 años llegó la guerra a mi territorio y mis risas se transformaron en miedo e incertidumbre. Sin entender, nos estaban matando; mi único pecado era ser campesino. Fueron tres años muy duros, pero todo fue peor cuando cierta mañana el Ejército entró a mi casa, donde estaba con mi madre y una sobrina. Yo aún dormía; entraron, me hicieron levantar y me sacaron de mi casa. Tan solo a una cuadra me cambiaron la camisa blanca que llevaba puesta por una camisa verde. Yo ya sabía que no les importaba que fuera solo un joven de 16 años y que me matarían.

Me pateaban brutalmente y, en un descuido, emprendí la huida. Con mucha dificultad pude salvarme de tanta bala que me tiraron. Desde ahí arruinaron mi vida: me tocó desplazarme a otra ciudad, dejando lo que más quería, a mi madre y a mis hermanos, a quienes no volví a ver por mucho tiempo. Eso marcó nuestras vidas.

Gildardo Albeiro Salazar

mi anécdota

era se un niño. que a sos cortos 8 meses. quedo Orfano de Padre pero gracias a los cuidados de mi madre y mis ocho hermanos. logran. Sacarme adelante aunque con muchas carencias era un niño feliz. y entre juegos y risas trascurre mi niñez. Pero cuando tenía 13 años llega la guerra a mi territorio. y mis risas. se tornan. en miedo incertidumbre. Sin entender. nos estaban matando. Si mi único pecado era ser campesino fueron 3 años. muy duros. Pero todo fue peor cuando cierta mañana el ejército. entra a mi casa donde esta con mi madre y una sobrina. Yo aun dormia. entraron. me hicieron. levantar. me sacar. de mi casa. tan solo a una cuadra me cambian. mi camisa. Blanca. que llevaba puesta por una camisa. verde yo la sabia. que no les importaba que fuera solo un. joven de 16 años. y que me matarían. me patean. brutalmente. y en un descuido. decidido. a que me matarían. Pude salvar. de tanta bala que me tiraron. desde hay arruinaron. mi vida me toco desplazarme a otra ciudad dejando lo que mas queria mi madre

LUZ MARINA BARCO PARRA

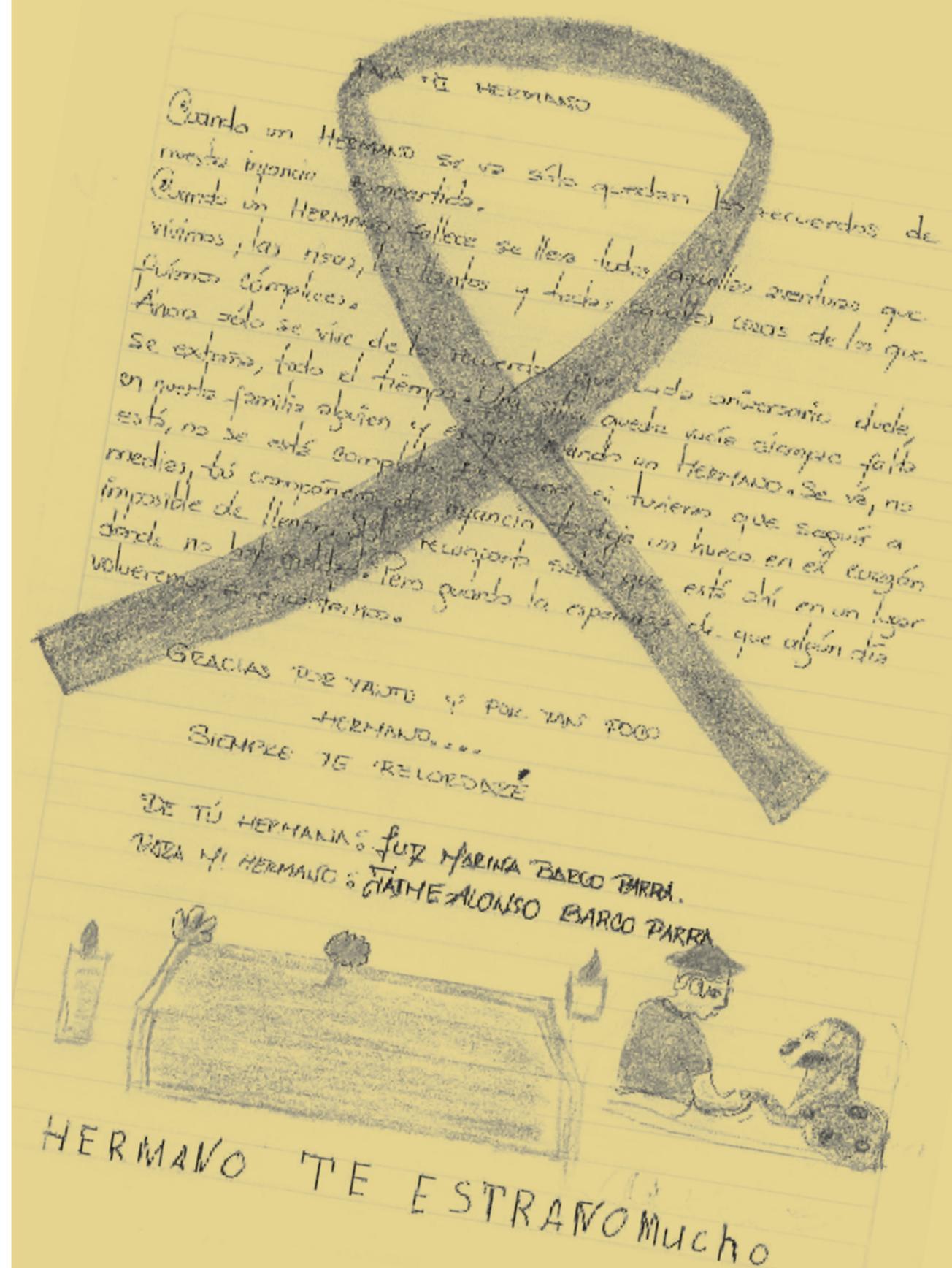
HERMANA DE JAIME ALONSO BARCO PARRA

Para mi hermano:

Cuando un hermano se va, solo quedan los recuerdos de nuestra infancia compartida. Cuando un hermano fallece, se lleva todas aquellas aventuras que vivimos: las risas, los llantos y todas aquellas cosas de las que fuimos cómplices. Ahora solo se vive de los recuerdos; cada aniversario duele, se extraña todo el tiempo. Una silla queda vacía para siempre, falta alguien en nuestra familia, y es que cuando un hermano se va, no se está completo.

Es como si tuvieras que seguir a medias. Tu compañero de infancia te deja un hueco en el corazón imposible de llenar. Solo reconforta saber que está ahí, en un lugar donde no hay maldad. Pero guardo la esperanza de que algún día volvamos a encontrarnos.

Gracias por tanto y por tan poco, hermano. Siempre te recordaré.



LUZ DARY BARCO PARRA

HERMANA DE JAIME ALONSO BARCO PARRA

Querido hermano,

Aunque ya no estás con nosotros, tu amor sigue vivo en los recuerdos, en nuestro corazón. Te fuiste dejando un vacío en nuestras vidas; tu sonrisa perdura en nosotros.

Hermano, dejaste muchos recuerdos y también a tu hijo, a quien dejaste sumido en el dolor. Ese fue un dolor muy duro. Hermano trabajador y honrado, muy servicial, te recordamos como un padre ejemplar, responsable y honrado.

A pesar de la distancia, te recuerdo siempre. Te llevamos en nuestras mentes y en el corazón.

Te extraño, hermano, Jaime Alonso Barco Parra.



OLGA LUCÍA MONSALVE BARCO

SOBRINA DE JAIME ALONSO BARCO PARRA

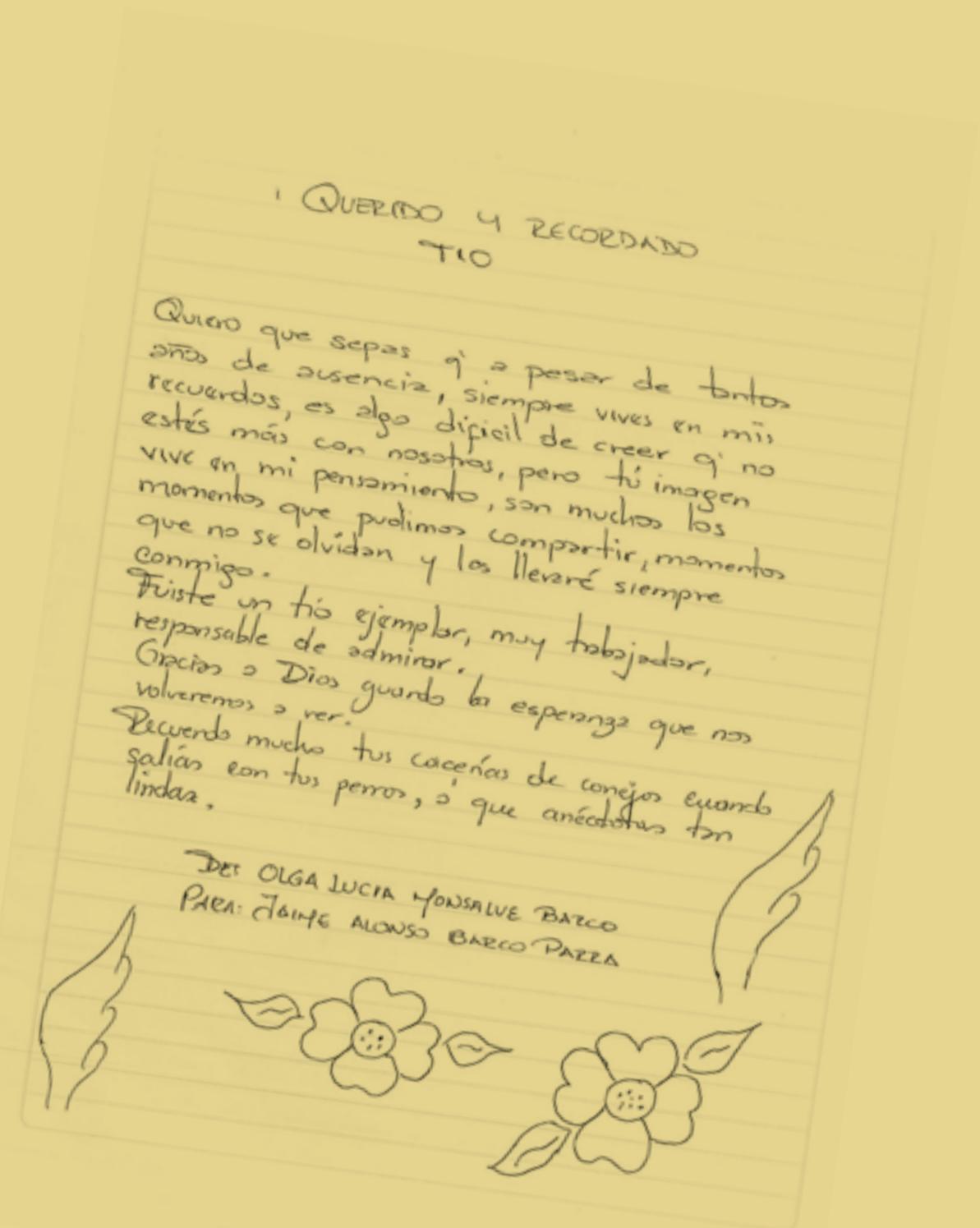
Para Jaime Alonso Barco Parra:

Querido y recordado tío. Quiero que sepas que, a pesar de tantos años de ausencia, siempre vives en mis recuerdos. Es algo difícil de creer que no estés más con nosotros, pero tu imagen vive en mi pensamiento.

Son muchos los momentos que pudimos compartir, momentos que no se olvidan y que llevaré siempre conmigo. Fuiste un tío ejemplar, muy trabajador y digno de admirar.

Gracias a Dios guardo la esperanza de que nos volvamos a ver.

Recuerdo mucho tus cacerías de conejos cuando salías con tus perros. Qué anécdotas tan lindas.



LUCERO ARIAS GALLEGO

HIJA DE ENRIQUE ALBERTO ARIAS GALLEGO

Hoy hablo no solo por mí, sino por toda una familia que también sufrió las consecuencias de decisiones que nunca fueron nuestras.

A nosotros nos privaron de lo fundamental: de un padre y de su presencia en nuestra vida. Esa ausencia no fue un simple detalle; fue un vacío que atravesó a cada uno de nosotros y dejó cicatrices profundas.

En mi caso, crecí sin tener a mi padre, Alberto Enrique Arias Gallego, en mis días normales, pero también sin él en mis momentos más importantes:

- Mis cumpleaños.
- Mis grados.
- Mis celebraciones.
- Mis 15.
- Y cada fecha especial donde su presencia hubiera significado algo.

Pero este dolor no fue solo mío. Mi madre, la esposa, fue quien tuvo que cargar con todo lo que él no hizo. Fue ella quien enfrentó sola responsabilidades, miedos, carencias y dificultades que no le correspondían únicamente a ella. Mientras él no estuvo, ella sí estuvo. Fue ella quien nos sacó adelante, aun cuando el peso emocional y económico era enorme. Fue ella quien sostuvo un hogar incompleto y asumió el rol de dos personas, aunque eso la desgastara y la marcara profundamente.

Y no fui solo yo quien sintió la ausencia: mis hermanos también la vivieron, también crecieron con ese vacío y también supieron lo que significa que un padre no esté, no acompañe, no apoye. Todos fuimos afectados.

Todos crecimos con algo que nos faltaba. Me faltaron sus días, sus abrazos y todo lo que aún estaba por suceder.

Nos faltó lo cotidiano y lo extraordinario, lo sencillo y lo especial; todo aquello que habría construido una historia distinta.

Tu ausencia pesa, aunque tu memoria siga viva en los silencios, en lo que recordamos y en lo que imaginamos que pudo ser.

Su ausencia marcó nuestra vida de una manera que pocos pueden entender. Crecer sin nuestro padre significó crecer con un vacío que nunca dejó de sentirse, con preguntas sin respuesta y con momentos que se sintieron incompletos. Aun así, cada día lo recordamos. Cada día hace falta. No solo por lo que fue, sino por todo lo que hubiera significado tenerlo con nosotros. Su presencia habría cambiado nuestra historia, y por eso su ausencia pesa tanto como su memoria permanece.

Por eso hoy lo digo claramente: se nos privó de una relación familiar que era nuestra. Se nos negó la presencia de un padre en los momentos que más importan. Y las consecuencias no cayeron sobre una sola persona, sino sobre una madre agotada y varios hijos que aún cargan con ese vacío.

Ojalá quienes sí tienen la oportunidad de estar con sus padres, con sus madres y con sus familias la valoren. Ojalá los hijos nunca se sientan avergonzados de quienes tienen a su lado, porque no saben lo que significa crecer sin ellos ni el peso real de una ausencia que no se eligió.

No hablo desde la queja; hablo desde la verdad. Desde la historia de una familia que tuvo que sanar sola, aprender a vivir con el vacío y aceptar que lo que se perdió nunca volverá.

Lo que pedimos es simple: que esta historia se escuche, que el impacto sea reconocido y que no se minimice el sufrimiento de quienes sí estuvimos ahí...



FAMILIA

CEBALLOS ARIAS

Querido hermano,

Hoy, después de tanto tiempo, me atrevo a escribir estas líneas; en ellas trato de expresar un poco de lo que ha sido mi vida sin ti. Sé que, a pesar de lo niña que estaba cuando te fuiste, supe que eras mi hermano. Mi cuerpo aún recuerda la suavidad de tus brazos, con los que me cargabas a todas partes.

Tengo una imagen de ese hombre bueno y cariñoso que no consentía nada malo para la niña. A pesar de todo, de toda la vida que te arrebataron, tengo hermosos recuerdos de ti. Sé que, si hubiera crecido a tu lado, mi infancia habría sido mucho más hermosa. A ti te arrebataron la posibilidad de ver crecer a esa niña pequeña de la casa. A mí me arrebataron la posibilidad de crecer a tu lado, de crecer con tu presencia, de reírme con cada una de tus ocurrencias.

Nuestra madre, esa mujer valiente y llena de carácter que seguro en algún momento puso su mano dura para corregir alguno de tus errores, todos los días de su vida se levanta rogando a Dios porque su hijo querido guíe y cuide cada uno de sus pasos. Hoy es una mujer que ha pasado por mil y una cosas en la vida. Desde el entierro de nuestro padre se convirtió en esa mujer pujante a la que, sin querer, le tocó hacerse cargo del hogar y de todo lo que implica sostenerlo.

A pesar de todo, sabemos que, si estuvieras presente, todo sería diferente. La carga, la nostalgia y la tristeza de nuestra madre serían un poco más livianas. Hoy, a mis 23 años, trato de estar en ese acompañamiento continuo, que sé que no es igual, pero que hace sentir un poco más aliviada a mi madre ante la ausencia de su hijo. Cada día la invade la tormenta, y cada uno de tus recuerdos es un motivo de nostalgia para ella.

Hoy, después de tanto tiempo, conserva tu foto y aún dice: "Mi niño siempre me decía: 'Mamá, búsqieme la camisa verde de cuello' ". Desde donde Dios quiera que estés, esperamos que sepas que tienes una familia que te extraña y que sufre tu ausencia. Te queremos.

Medellín 23 de noviembre 2025.

¡Querido hermano!

Hoy después de tanto tiempo me atrevo a escribir estas líneas, en ellas trato de expresar un poco de lo que a sido mi vida sin ti, sé que a pesar de lo niña que estaba cuando te fuiste supe que eras mi hermano.

mi cuerpo aún recuerda la suavidad de tus brazos con la que me cargabas a todas partes, tengo la imagen de ese hombre bueno y cariñoso que no consentía nada con la niña.

A pesar de toda la vida que te arrebataron tengo hermosos recuerdos de ti, sé que si hubiera crecido a tu lado mi infancia hubiese sido mucho más hermosa. A ti te arrebataron la posibilidad de ver crecer a esa niña pequeña de la casa, a mí me arrebataron la posibilidad de crecer al lado tuyo, de crecer con tu presencia, de reírme por cada uno de tus ocurrencias.

Nuestra madre, esa mujer valiente, llena de carácter que seguro en algún momento puso su mano dura de mujer para corregir alguno de tus errores, todos los días de su vida se levanta rogando a Dios por que su hijo querido que y cuide cada uno de sus pasos.

Hoy es una señora que a pasado por mil y una cosas en la vida desde el entierro de nuestro padre se convirtió en esa mujer pujante que sin querer le tuvo hacerse cargo del hogar y de todo lo que implica sostenerlo. A pesar de todo sabemos que si estuvieras presente todo sería diferente la carga, la nostalgia, y la tristeza de nuestra señora madre sería un poco más liviana.

Hoy a mis 23 años trato de estar en ese acompañamiento continuo que se que no es igual, pero que lo hace sentir un poco más aliviada de la ausencia de ese hijo, que día a día la atormenta, y que cada uno de tus recuerdos es un motivo de nostalgia para ella. Hoy después de tanto tiempo conserva tu foto y aún dice "mi niño siempre me decía, Mamá búsqieme la camisa verde de cuello".

Desde donde Dios quiera que estés, esperamos que sepas que tienes una familia que te extraña y que sufre tu ausencia. Te queremos.

Familia Ceballos Arias!

3

Capítulo 3. Cartas de los comparecientes

Capítulo

JORGE ALEXANDER CARDONA

Respetadas víctimas,

Hoy, con sentimiento de culpa, me dirijo a ustedes queriendo llegarles al corazón, a ese corazón que hoy late, pero lleno de dolor por tanto daño causado. Ustedes son el pilar fundamental de la sociedad y, como campesinos trabajadores, nunca, pero nunca, debieron pasar por tanta barbarie a la que fueron sometidos; fue un dolor causado por quienes debimos protegerlos y que, al contrario, fuimos sus verdugos.

En muchos momentos de mi vida he tratado de entender el sufrimiento que ustedes han tenido que pasar y, la verdad, ese sentimiento es inimaginable: noches de dolor, recuerdos imborrables por el ser querido que fue arrebatado del seno de un hogar; hermanos, padres e hijos ausentes por el actuar de un ejército creado para proteger y no para destruir y causar dolor.

Con total arrepentimiento y pensando en ustedes, siento que no merecemos tanta generosidad por parte de ustedes, personas humildes y trabajadoras.

Sé que el recuerdo de las personas que aman nunca desaparecerá y vivirá por siempre en sus corazones, y que por más que tratemos de reparar el daño causado, nunca será suficiente, porque un ser querido es irremplazable.

Quiero también expresarles que fui un cobarde al permitir que tanto dolor llegara a ustedes.

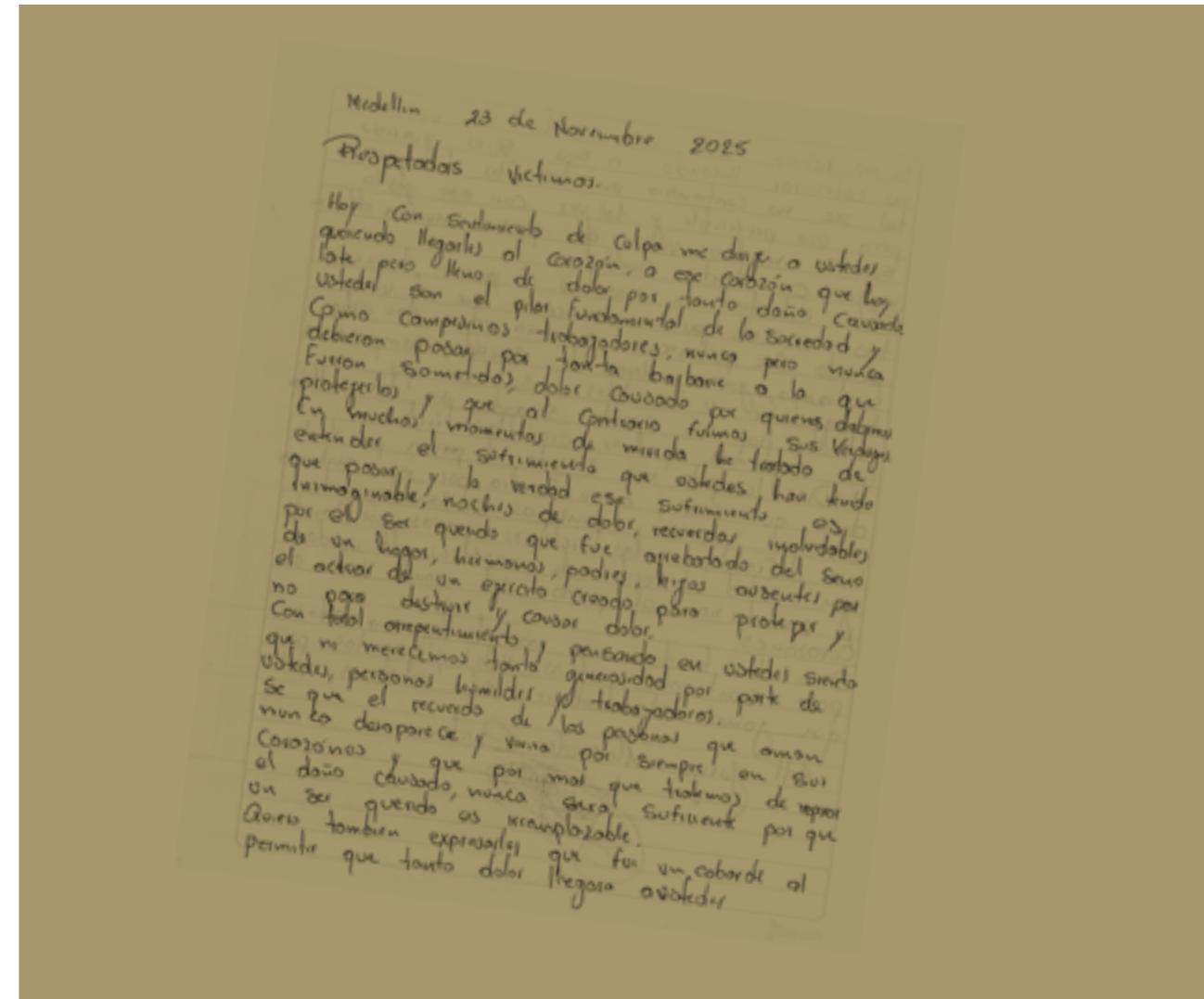
Si no hubiese sido ese cobarde, hoy ustedes no estarían llorando a sus seres queridos; tal vez yo no continuaría en las filas del Ejército, pero era preferible, y tal vez con ese gesto habría salvado muchas vidas de quienes nunca debieron morir con tanta crueldad.

Tanta cobardía en nosotros al permitir truncar los sueños de personas inocentes, cuyo único pecado fue pertenecer a una región tan estigmatizada; jóvenes llenos de sueños, campesinos trabajadores y

humildes, masacrados por un Estado, por un Ejército cegado por dar resultados sin importar quiénes eran las víctimas.

A Dios le pido que me conceda el perdón por tanto daño que causé; a mi familia, por no continuar con los valores y principios inculcados, perdón, los defraudé; a las víctimas, gracias por tanta generosidad al recibir de nosotros la verdad y concedernos el perdón. Cuán grandes son sus corazones.

Dios los bendiga y nos bendiga a todos para continuar nuestras vidas y aportar para que jamás esta barbarie se vuelva a repetir.



JUAN CARLOS MUÑOZ OQUENDO

Juliana, primero que todo quiero que sepas que, con esto que voy a escribir de ti y con lo que tu hermano me ha contado de tu vida, de tus sueños y aspiraciones, quiero lograr que te conozcan, que se alcancen a imaginar la niña y la espectacular mujer que llegarías a ser. Yo creo que serías el ejemplo perfecto que tu hermano Robinson y Teresa quisieran tener cerca de sus cinco hijos, a quienes no alcanzaste a conocer.

Tal vez serías una excelente médica, abogada o simplemente disfrutarías ver montar a tus hijos en caballo o en moto, algo que, gracias a Robinson, sabemos que disfrutabas. Al contrario, por mis acciones cobardes e inhumanas, te tocó conocer el lado oscuro de una guerra absurda que no ha dejado nada bueno a nadie y que a muchas familias solo les ha dejado miedo, dolor y zozobra, como a las familias García Parra, Guarín Duque, Galeano, Sonia Patricia, Salazar Atehortúa, López Jiménez y García Idárraga.

Juliana Gómez Giraldo, por mi falta de carácter, empatía y valor, permítte que se te flagelara, al impedir que volvieras a escribir, soñar, sonreír, amar y conocer el amor más puro, como el de una madre hacia un hijo. De seguro ibas a ser una excelente madre.

No recibiste tu fiesta de 15 años, ni pudiste conocer en ese momento a un niño que te enviara una carta de amor; sentimientos tan lindos que, en algún momento, toda mujer quiere llegar a sentir. Yo, al callar tantos años este acto atroz y el abuso que permití que sufrieras, dejé que tú, tan frágil, conocieras el rostro más despreciable de la guerra.

Quiero contarte que conocí a tu hermano Robinson y le conté una verdad que yo callé por muchos años. También quiero decirte que creo que es un buen hombre, quien tiene el valor de abrazar y decir: "Perdono el daño que causaste a mi hermana". Esto solo habla de la gallardía, generosidad y humildad que tienen tu hermano y tu cuñada. Teresa está empeñada en trabajar duro con las víctimas para que las escuchen y para que también nos escuchen.

Familias de todo un país, perdón por toda esta verdad tan cruel que hoy estamos contando. Les fallamos a todo un país, principalmente a la comunidad granadina. Fracturamos lo más sagrado de sus familias: su hogar, su interior como personas. Los cambiamos por un dolor que todavía los persigue. Si es posible, por favor, perdón.

El perdón no implica necesariamente el olvido, porque la memoria es una facultad independiente de la voluntad.

Juliana: primero que todo quiero que sepas que con esto que voy a escribir de ti y lo que tu hermano me ha contado de tu vida de tus sueños aspiraciones quiero lograr que te conozcan que se alcancen a imaginar la niña y espectacular mujer que llegarías a ser yo creo que serías el ejemplo perfecto que tu hermano Robinson y Teresa quisieran tener cerca de sus cinco hijos que no alcanzaste a conocer.

Tal vez serías una excelente médica, abogada, o simplemente disfrutarías ver montar a tus hijos en caballo o moto como dice Robinson que disfrutabas con él.

Al contrario por mi acciones cobardes e inhumanas te tocó conocer el lado oscuro de una guerra absurda que no ha dejado nada bueno a nadie y que a muchas familias solo les ha dejado miedo dolor zozobra como la familia García Parra, Guarín Duque, Galeano, Sonia Patricia, Salazar Atehortúa y López Jiménez, y García Idárraga, Juliana Gómez Giraldo por mi falta de carácter, empatía y valor permítte que se te flagelara al hacer que dejaras de escribir de soñar de sonreír de amar y de conocer al amor más puro como el de una madre hacia un hijo de seguro ibas a ser una excelente madre.

No recibiste tu fiesta de 15 años tal vez que un niño te enviara una carta de amor o conocieras esas sentimientos tan lindos que en algún momento toda mujer quiere llegar a sentir.

Yo al callar tantos años este acto atroz y

JOSÉ MANUEL QUINTERO LÓPEZ

Miento cuando digo que de la guerra al Amor hay un solo paso; también cuando digo que en la Ternura de un niño no hay nada que Extrañar. Y miento al pensar que perder a un ser querido es fácil de Olvidar.

Miedo que, aún en el futuro, el pasado no se pueda perdonar o Intentar borrar la historia es algo que nadie ha podido lograr o Girar la mirada atrás y tratar de avanzar; eso, tu sufrimiento, y tratar de abandonar, es

Un intento por huir del futuro, pensando en regresar.
Elegir el bien entre el llanto, el odio y el dolor es un pueblo clamando paz y Libertad.

Juntos caminando y luchando sin cesar.
Unidos todos lograremos la paz, y pintado en un Lienzo, como el arte, perdurará.
Imaginar un mundo sin guerra es poner la mente en el espacio sideral. Alrededor de galaxias, estrellas y demás.
No entiendes el espacio y a los Astros, no puedes tocar.

Conscientes somos que todo puede cambiar, pero ninguno hace nada y se limita a

Esperar.
Le cuesta entender un poco El sentido y la realidad.
Somos tan fuertes ante la debilidad del otro, que la Tristeza nos puede doblegar y En el transcurso del tiempo nadie perdurará.

Sentimientos van, sentimientos vienen.
A veces buenos, a veces duelen.
Mendigar perdón no es lo que se requiere, pero para

Q1: miento cuando digo que de la guerra al
A-mor hay un solo paso. También cuando digo que en la
T-ernura de un niño no hay nada que
E-xtrañar. Y al pensar que perder a un ser querido es fácil de
O-lvidar.

Q1: miedo que aun futuro, el pasado no se pueda perdonar o
I-ntentar borrar la historia es algo que nadie ha podido lograr o
G-irar la mirada atrás y tratar de avanzar es
U-ir del futuro y pensar en regresar.
E-legir el bien entre el llanto, el odio y el dolor es un pueblo clamando por
L-ibertad.

J-untos caminando y luchando sin cesar
U-nidos todos lograremos la paz y pintado en un
L-ienzo como el arte perdurará.
I-maginar un mundo sin guerra es poner la mente en el espacio sideral
A-lerrededor de Galaxias, estrellas y demás.
N-o entiendes el espacio y a los
A- Astros no puedes tocar

Q- onscientes somos que todo puede cambiar, pero ninguno hace nada y se limita a
E- sperar.
L- e cuesta entender un poco
E- l sentido y la realidad.
S- omos tan fuertes ante la debilidad del otro, que lo
T- risteza nos puede doblegar y
E- n el transcurso del tiempo, nadie perdurará.

Un mundo sin odio, este es el ingrediente.
Entenderlo todo es casi imposible, hasta para
Los intelectuales.

Rostros imborrables que la guerra dejó,
Obligando a un pueblo a unirse en el dolor,
Bailando el mismo son que el
Instrumento tocó, que la
Navidad y Nochebuena olvidarlas quisiera yo.
Soledad y melancolía, de esto sí que sé yo.
Olvidar un poco yo quisiera, para
No sentir tanto dolor.

Tener un poco yo quisiera, de aquello que una tal guerra me quitó:
quedando solo
En este mundo sin padres ni hermanos, solo un dolor y un
Recuerdo que me acompaña hasta hoy.
En la vida hay que ser fuerte, al menos eso intento yo. Sin perdón no hay
esperanza, paz ni
Salvación.
Amaos los unos a los otros, la enseñanza que el Maestro nos dejó.

S-entimientos Van Sentimientos Vienen
A-Veces buenos. OVeces dñelen.
N-entique perdon no es lo que se requiere, pero para
U-n mundo sin odio este es el ingrediente.
E-ntenderlo todo, es casi imposible hasta para
L-os intelectuales.

R-ostros imborrables que la guerra dejó
Obligando a un pueblo a unirse en el dolor
B-ailando el mismo son que el
I-nstrumento tocó, que la
N-ovidad y noche buena Olvidarla quisiera yo
S-ozo y melancolio, de esto sí que sé yo
O-lvidar un poco yo quisiera, para
N-O Sentir tanto dolor.

T-ener un poco yo quisiera, de aquello que una tal guerra me quitó quedando solo
E-n este mundo sin padres ni hermanos solo un dolor y un
R-ecuerdo que me acompaña hasta hoy
E-n la vida hay que ser fuerte. Al menos eso intento yo. Sin perdón no hay esperanza paz ni
S-olvación.
A-maos los unos a los otros la enseñanza que el Maestro nos dejó

Jose Manuel Quintana Lopez

CÉSAR MAURICIO CATAÑO

Respetados y honorables habitantes del Oriente antioqueño, especialmente de los municipios de Granada, Cocorná, San Luis y San Carlos, donde me desempeñé como comandante de pelotón durante 2001 y el primer semestre de 2002:

A través de estas líneas me dirijo a ustedes con profundo y sincero sentimiento de arrepentimiento y responsabilidad, con el respeto y la honestidad que exige un momento como este

Antes que nada, quiero exaltar la resiliencia, la pujanza, la templanza y todas esas virtudes que poseen los habitantes de esta región para superar, de alguna forma, las heridas y los daños causados por mis acciones y las de mis hombres durante mi permanencia en este territorio, con un total reconocimiento de mi parte frente a hechos en los cuales, de forma directa e indirecta, se causaron afectaciones muy graves en estos municipios, con perjuicio de la dignidad, la tranquilidad y las costumbres de vida de sus habitantes.

Reconozco, con profundo respeto por esta hermosa región, que mis acciones y las de mis hombres incidieron de forma directa en los daños individuales y colectivos causados a esta región, a través de la pérdida del tejido social, afectaciones a sus economías familiares y, por ende, a la economía de la región; pérdida de su identidad cultural y pérdida de la confianza en las instituciones del Estado, sumada a un cambio en las relaciones familiares, en las que ustedes, como madres e hijas, debieron asumir roles de padre y madre.

Por todo lo mencionado anteriormente, y reconociendo que estas conductas traen consigo miedo, heridas psicológicas y emocionales, desarraigo familiar y afectación a sus proyectos de vida, expreso con profundo respeto mi disposición a escuchar su clamor y reconocer mis faltas para dignificar su memoria.

Mi hija me preguntaba un día: "Padre, si pudieses devolver el tiempo, ¿qué harías?". Con total convencimiento y con la vergüenza de contarle

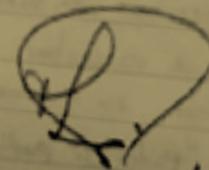
de honestidad, le respondí que regresaría a ser joven queriendo ser como con la ilusión de su madre por un nicho en la familia, que se formó con principios, y le recordaría una y otra vez sus valores de familia para que no cometiera esas conductas que afectaron no solo personas o familias, sino un bello territorio y corregir el rumbo de sus orígenes. Lo digo desde mi más sincero y profundo sentimiento de dolor y arrepentimiento que al momento de escribir esta carta me produce sentimientos de dolor y rabia por mis acciones.

Creo que este reconocimiento es un paso hacia la paz y la reconciliación para con ustedes y me atrevo a pedir perdón por los daños causados consciente que esto no barrará mis actos ni las consecuencias causadas por los mismos de esta forma podrá abrir paso a la reconstrucción de un tejido social y de esta hermosa región.

Por último quiero dignificar el nombre de Medardo Mora García y su familia reconociendo que su muerte se produjo en estado de interdicción y sin la certeza de su condición de subversivo, faltando a todas las normas del Derecho internacional humanitario y los derechos humanos y causando en su familia daños irreparables.

Agradezco infinitamente la posibilidad de dirigirme a ustedes y consciente de lo que significa el perdón como decisión, puedo asegurar que mis acciones venideras, navegarán siempre en la búsqueda de la verdad, la paz y reconciliación que tanto necesitamos como colombianos.

En sus manos



César Mauricio Cataño

a mi familia estos actos, pero seguro de que servirán como un ejercicio de honestidad, le respondí que regresaría a ese joven que salió del campo con la ilusión de sus padres por tener un militar en la familia, que se formó con principios, y le recordaría una y otra vez esos valores familiares para que no cometiera esas conductas que afectaron no solo a personas o familias, sino a un bello territorio, y así corregir el rumbo de mis acciones.

Lo digo desde mi más sincero y profundo arrepentimiento. Al momento de escribir esta carta, tengo sentimientos de dolor y rabia por mis acciones. Creo que este reconocimiento es un paso hacia la paz y la reconciliación con ustedes, y me atrevo a pedir perdón por los daños causados, consciente de que esto no borrará mis actos ni las consecuencias derivadas de los mismos. De esta forma, se podrá abrir paso a la reconstrucción de ese tejido social y de esa hermosa región.

Por último, quiero dignificar el nombre de Medardo Mesa García y el de su familia, reconociendo que su muerte se produjo en estado de indefensión y sin la certeza de su condición de subversivo, faltando a todas las normas del derecho internacional humanitario y de los derechos humanos, lo que causó en su familia daños irreparables.

Agradezco infinitamente la posibilidad de dirigirme a ustedes, y consciente de lo que significa el perdón como decisión, puedo asegurar que mis acciones venideras navegarán siempre en la búsqueda de la verdad, la paz y la reconciliación que tanto necesitamos como colombianos.



MIGUEL ANTONIO ROMERO ESPINILLA

“Tu perdón” (canción)

I

No puedo mirarte a los ojos
tu dolor me entristece
porque te he traicionado
y también a mí mismo.

II

Te hablo a ti que has sufrido
te canto a ti que has llorado
para que me mires
con tus ojos mojados

III

Para que me abracés
con tus brazos cansados
como si fuera tu hijo
mi padre o mi hermano.

Coro

Yo sé bien lo que has sufrido
yo sé bien lo que has llorado
sé bien lo que has esperado
y también lo que has anhelado.

IV

¿Qué puedo hacer para cambiar
tus lágrimas por sonrisas?
Tu dolor por felicidad
Tu tristeza por alegría
Tu tragedia en esperanza.

V

Cómo me duele el corazón
anhelo tu paz y mi perdón.

Tu perdón

I No puedo mirarte a los ojos
tu dolor me entristece
por que te he traicionado
y tambien a mi mismo

II Te hablo a ti que has sufrido
te canto a ti que has llorado
para que me mires
con tus ojos mojados

III para que me abracés
con tus brazos cansados
como si fuera tu hijo
mi padre o mi hermano

CORO
yo se bien lo que has sufrido
yo se bien lo que has llorado
se bien lo que has esperado
y tambien lo que has anhelado

IV que puedo hacer para cambiar
tus lagrimas por sonrisas
tu dolor por felicidad
tu tristeza por alegria
tu tragedia en esperanza

V como me duele el corazon
anhelo tu paz y mi perdón

miguel Romero

JULIÁN DAVID BUSTAMANTE GRISALES

A las estimadas familias Lotero Gil y González Echavarría, hoy les escribo con mi corazón abierto y con la voz de alguien que reconoce, sin justificaciones ni excusas, el daño inmenso que mis acciones u omisiones generaron en sus vidas, en la historia de sus familias y en sus proyectos.

Soy consciente de que nada puede borrar el vacío que dejó la pérdida de sus seres queridos. Por un lado, Johan Lotero Gil, quien fue asesinado por hombres bajo mi mando el día 23 de febrero de 2006, y por otra parte, William Arnoldo González Echavarría, el día 1 de diciembre de 2001. Vidas que nunca debieron ser arrebatadas, presencias humanas que les fueron quitadas de manera injusta, cruel y dolorosa.

No hay palabras que puedan describir con exactitud lo que significa mi arrepentimiento, pero espero que ustedes, como familias, me puedan otorgar desde sus corazones un mensaje de reconciliación o, por qué no, de perdón, por una ausencia tan grande que causé en el seno de sus familias.

Desde lo más profundo de mi conciencia quiero expresarles mi sincero remordimiento por el daño causado, ese que nace no solo de reconocer el delito cometido y el dolor hacia ustedes, sino de sentir la humanidad y la empatía de ustedes, su sufrimiento y su lucha por la verdad. Lamento profundamente que, siendo yo integrante del Ejército Nacional, en particular comandante del pelotón 01 del Batallón de Ingenieros No. 4, 'Pedro Nel Ospina', mi conducta en el marco del conflicto armado haya contribuido a que ustedes vivieran una zozobra y una tragedia que ninguna familia merece. Me duele y me avergüenza que sus días se hayan llenado de silencios pesados, de angustias, preocupaciones y tristezas; de preguntas sin respuesta, de recuerdos que duelen y agobian el alma. Lamento que hogares que deberían estar llenos de vida, alegría, sueños, lindos proyectos y futuros sencillos pero felices hayan tenido que aprender a convivir con el dolor de una ausencia.

Medellín, 23 Noviembre 2025.

A las estimadas Familias: Lotero Gil y González Echavarría.

Hoy les escribo con mi corazón abierto y con la voz de alguien que reconoce, sin justificaciones ni excusas, el daño inmenso que mis acciones u omisiones generaron en sus vidas, en la historia de su familia y sus proyectos. Son consciente que nada puede borrar el vacío que dejó la pérdida de sus seres queridos, por un lado Johan Lotero Gil quien fue asesinado por hombres bajo mi mando el día 23 de febrero de 2006 y por otra parte William Arnoldo González Echavarría el día 01 diciembre 2001; vidas que nunca debieron ser arrebatadas, presencias humanas que les fue quitadas de manera injusta, cruel y dolorosa.

No hay palabras que pueda describir con exactitud lo que significa mi arrepentimiento esperando una manifestación de ustedes como familias de otorgarme desde sus corazones un mensaje de reconciliación, o por que no, de perdón, por una ausencia tan grande que causé en el seno de sus familias. Pero aun así desde lo más profundo de mi conciencia, quiero expresarles mi sincero remordimiento por el daño causado, ese que nace no solo de reconocer el delito cometido y el dolor hacia ustedes, sino de sentir la humanidad y empatía de ustedes, su sufrimiento y su lucha por la verdad.

Lamento profundamente que, siendo yo integrante del Ejército Nacional en particular comandante del Pelotón Acero 1 del Batallón de Ingenieros No 4 "Pedro Nel Ospina", mi conducta en el marco

Les admiro y reconozco el valor de seguir de pie, de exigir verdad en medio de tantas dificultades, de luchar por defender la memoria y la dignidad de quien ya no está. Quiero que sepan que, gracias a la comparecencia en la JEP, he tenido una transformación humana y que en mi nuevo proyecto de vida mi compromiso es con ustedes: escuchar, aportar verdad completa y exhaustiva, responder por mis actos y trabajar en la reparación y la no repetición, para que ninguna otra familia tenga que atravesar el dolor que ustedes han cargado durante tanto tiempo por la pérdida injusta y cruel de un ser querido.

Es por ello que vengo participando en varias acciones restaurativas en pro de las víctimas del conflicto armado en diferentes territorios, y seguiré participando en las que ustedes estimen necesarias y en las que crean coherentes con las determinaciones de la JEP. No se trata de un simple trámite, sino de un acto humano de respeto, responsabilidad, reconciliación y reconstrucción del tejido social. Porque la reparación no es solo un documento ni un requisito; es un proceso y un camino que debo recorrer con humildad, reconociendo el daño y contribuyendo a que sus duelos sean tratados con dignidad.

Gracias por permitirme expresar estas palabras. Sé que tal vez no sean una dosis de alivio inmediato, pero espero que de alguna manera representen un paso hacia la verdad, la reparación y un compromiso firme de no repetición, que es lo mínimo que les debo.

Además, quiero dignificar y limpiar los nombres de Johan Lotero Gil y William Arnoldo González Echavarría, quienes no eran integrantes de ningún grupo armado ilegal. Expreso una admiración especial por ustedes y nuevamente mi sincero arrepentimiento por el daño y el dolor causado a las mujeres que hacen parte de estas familias, como madres, hermanas e hijas, en particular a la señora María Eugenia Echavarría Barón y a la señora Sindy Carolina Montoya Colorado, quienes, por mi responsabilidad en los hechos en los que se les quitó la vida a sus seres queridos, debieron sufrir en carne propia cambios y cargas inimaginables en sus proyectos de vida, truncando también el cumplimiento de sus sueños.

Con profundo respeto, con vergüenza por el daño causado y con la sincera esperanza de contribuir a sanar, aunque sea una parte de sus corazones y almas, me despido con gratitud.
Dios los bendiga.

del conflicto armado haya contribuido a que ustedes
vivieran una zozobra y Tragedia que ninguna Familia merezca
Me duele y me avergüenza que sus días se hayan llenado de
Silencios Pesados, de angustias, Preocupaciones, Tristezas, de Preguntas
sin respuestas, de recuerdos que duelen y agobian al alma.

Lamento que un hogar que debería estar lleno de vida, alegría
Sueños, lindos proyectos, rutinas de vida sencillas Pero Felices
haya Tenido que aprender a convivir con el dolor de una
ausencia.

Les admiro y reconozco el valor de seguir de pie, de exigir
Verdad en medio de tantas dificultades, de luchar por defender
la memoria y la dignidad de quien ya no está. Y quiero
que sepan que gracias a la comparecencia en la JEP he
tenido una transformación humana y que en mi nuevo proyecto
de vida mi compromiso hoy es con ustedes: con escuchar,
con aportar verdad completa y exhaustiva, con responder por mis
actos y con trabajar en la reparación y no repetición para
que ninguna otra familia tenga que atravesar el dolor que
ustedes han cargado durante tanto tiempo, por la pérdida
injusta y cruel de un ser querido. Es por ello que vengo
participando de varias acciones restaurativas en pro de las víctimas
del conflicto armado en general en diferentes territorios y
seguiré participando en las que ustedes estimen necesarias y
que sean coherentes a las determinaciones de la JEP; no se trata
de un simple trámite, sino como un acto humano de respeto,
responsabilidad, reconciliación y reconstrucción del tejido social.
Porque la reparación no es solo un documento ni un requisito: es
un proceso y un camino que debo recorrer con humildad, reconociendo

FERNANDO GIRALDO SUÁREZ

Yo, Fernando Giraldo Suárez, escribo esta carta con el propósito de pedir perdón por unos hechos de los cuales estoy muy arrepentido. A quienes primero quiero rogar ese perdón es a los familiares y dolientes de Diego Montoya López y César Molina Ríos, dos jóvenes asesinados en el año 2004 en la vereda San Miguel del municipio de Nariño. Ambos, luego de su muerte, fueron presentados como dados de baja en combate.

Estoy seguro de que por estos hechos sus familias sufrieron mucho y, aunque en mis manos no estuvo haber evitado sus muertes, sí siento un gran arrepentimiento porque pude haber elegido contar la verdad a tiempo, en lugar de callar y encubrir lo que sucedió, pues con mi acción alargué el sufrimiento y la zozobra de las familias, al no conocer el paradero ni lo ocurrido realmente con sus seres queridos.

Quiero también pedir perdón a la sociedad en general y, de manera especial, a los habitantes de la vereda directamente perjudicados, pues, a raíz de estos hechos, que no fueron esclarecidos a tiempo, muchas personas se vieron llenas de temor, e incluso a muchos ese miedo les hizo abandonar sus hogares, sufriendo por ello las inclemencias del desplazamiento.

Finalmente, le pido perdón al Ejército Nacional como institución, ya que hechos de este tipo mancharon su imagen frente a una gran parte de la ciudadanía, en quienes se quebró la confianza y se desprestigió así la labor que la mayoría de los miembros de la institución cumplen cabalmente.

A todos les aseguro que lamento y me arrepiento mucho del daño que ocasioné, y por eso nuevamente les pido perdón de corazón. Espero que todas las heridas sanen o que, al menos, dejen de doler un poco al recibir la verdad.

Escribo con arrepentimiento.

Medellín, noviembre 23 de 2025.

Yo: Fernando Giraldo Suárez, escribo esta carta con el propósito de pedir perdón por unos hechos de los cuales estoy muy arrepentido y, a quienes primero les quiero rogar ese perdón, es a los familiares y dolientes de Diego Montoya López y César Molina Ríos, los cuales fueron dos jóvenes que fueron asesinados en el año 2004 en la Vereda San Miguel del municipio de Nariño y, luego de su muerte fueron presentados como dados de baja en combate. Yo estoy seguro de que por estos hechos sus familias sufrieron mucho y, aunque en mis manos, no estuvo haber evitado sus muertes, sí siento gran arrepentimiento porque pude haber elegido contar la verdad a tiempo, en lugar de callar y encubrir lo que sucedió, pues con mi acción alargué el sufrimiento y la zozobra de la familia; por no conocer el paradero y lo ocurrido realmente con sus seres queridos.

Quiero también pedir perdón a la sociedad en general y, de manera especial, a los habitantes de la vereda, directamente perjudicada pues a raíz de estos

MAURICIO ALBERTO GÓMEZ GÓMEZ

Carta 1

Gente, campesinos, seres humanos que, con o sin motivo, del lado o grupo armado que sea, de la forma en que pasaron los hechos, ahora debemos honrar y dignificar con amor, y qué mejor manera sería desprendiéndonos del rencor y del odio, y aferrándonos al ejemplo que nos dio nuestro Padre Celestial cuando dio a su Hijo para que muriera en la cruz por el perdón de nosotros.

Gente bella, si yo supiera que odiando uno pudiera recuperar nuestras pérdidas, yo sería el primero en apoyarlas, pero no. El odio solo nos destruye a nosotros mismos y es lo más hipócrita que podemos hacer si creemos en Dios. En la oración modelo que Él nos enseñó, dice que debemos perdonar nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Termino esta carta manifestando a dos personas y sus familias, doña Pureza y doña Fanny, que gracias a Dios me dio la oportunidad de encontrarlas de nuevo para pedirles perdón infinito.

Carta 2

Este escrito es con todo mi sentimiento y con lágrimas en mis ojos para mis campesinos y gente bella del Oriente antioqueño, especialmente para aquellos granadinos del corregimiento de Santa Ana.

Después de tanto tiempo y de tantas dificultades que la vida ha puesto en nuestros caminos, me gustaría que juntos y con mucho amor le demos gracias a Dios por esta maravillosa y milagrosa oportunidad que solo Él puede hacer posible; y aunque los entiendo y siempre me pondré en sus zapatos, sé que su decisión es personal y respetable. Y los entiendo por un gran motivo: también he perdido seres queridos, e independientemente de la forma en que partieron, sé que duele.

Mauricio A Gomez G. (3)

Gente, Campesinos, seres humanos que con o sin motivo del lado o grupo armado que sea de la forma que pasaron los hechos, ahora debemos honrar y dignificar con amor y que mejor manera sería desprendiéndonos del rencor y el odio, y aferrándonos al ejemplo que nos dio nuestro Padre Celestial, cuando dio su hijo para que muriera en la cruz por el perdón de nosotros.

Gente bella si yo supiera que odiando uno pudiera recuperar nuestras pérdidas yo sería el primero en apoyarlas, pero no. El odio solo nos destruye a nosotros mismos y lo más hipócrita que podemos hacer si creemos en Dios.

En la oración modelo que el nos enseñó es claro cuando nos enseña que "Perdona nuestras ofensas a si como nosotros perdonamos a los que nos ofenden."

Termino esta carta manifestándole a dos personas y sus familias Doña Pureza y doña Fanny que gracias a Dios me dio la oportunidad de encontrarme de nuevo para pedirles perdón con toda la sinceridad de mi corazón por que les falle en el momento que rompí con la confianza y el afecto que me brindaron cuando me dieron ese gran tesoro de cariño y acogimiento el cual no valdre como tenia que ser "Perdón infinito."

No quiero justificar lo que hice, porque reconozco que les fallé. Cuando ingresé a las filas militares tenía una mentalidad inmadura y egoísta. Me creía un “Superman” y creía que eso era luchar por la justicia.

Aunque lastimosamente, después de que sé que les causé un daño irreparable, aprendí que solo Dios es el dueño de la vida, y sobre todo de la justicia, y que no debí dejarme llevar por pensamientos ni acciones que solo causaron dolor, ausencia y tristeza a una población tan humilde y cargada de tan hermosas cualidades como son los campesinos.

Yo sé que muchas de estas personas de esa época tan difícil me distinguen, hasta se sorprenderán de verme ahora en esta posición. Y no me cansaré de pedirles perdón por haberlos defraudado y que, aunque siempre me esforcé por mostrarles que no éramos malos, terminé siendo uno más del montón.

En mi mente siempre vive la forma en que muchos de ustedes me acogieron, a pesar de que con mucho miedo por los que le pudiera pasar, y era de entender porque en esa triste guerra y como humanos vulnerables a las miles de necesidades nos dejamos adoctrinar de una forma tan cruel, que terminamos creyendo que gente, humanos, que también padecen igual o quizás más necesidades, son nuestros enemigos.

He tenido la oportunidad de compartir con seres humanos que en esa época eran supuestamente mis contrarios, y aunque desafortunadamente estuvimos privados de la libertad y juntos, es muy sorprendente y hermoso ver que todos somos personas con sentimientos, y que teníamos personas que nos amaban y deseaban que nunca nos pasara nada malo.

Que teníamos una familia pero que, por las malas decisiones que tomamos, pusimos un obstáculo, los convertimos a ustedes en víctimas, causándoles un dolor irreparable.



LUIS ALEXANDER ORTEGA LÓPEZ

Carta de perdón a las víctimas del conflicto del municipio de San Rafael, Antioquia.

Me dirijo a las víctimas del conflicto armado hoy presentes aquí y en Colombia con el propósito de expresar mi más sincero arrepentimiento y pedir perdón por el dolor y el sufrimiento que han padecido. Reconozco que el conflicto ha causado daños irreparables a miles de familias y comunidades, y asumo la responsabilidad que me corresponde. Por mi parte, en este proceso quiero expresar mi solidaridad con todas las víctimas y me comprometo a trabajar para que se haga justicia y se reparen los daños causados.

Pido perdón por los errores y las omisiones que han contribuido al sufrimiento de tantas personas, y me comprometo a trabajar para que no se repitan los errores del pasado. Pido perdón de corazón a sus padres y hermanos, un perdón porque les hemos causado un dolor muy fuerte. Por haberles quitado la vida a estos jóvenes, vuelvo a pedir perdón, ya que les apagamos un sueño.

Carta de perdón a las víctimas del conflicto del municipio de San Rafael Antioquia.
 Nombre: Luis Alexander Ortega Lopez
 Me dirijo a las víctimas del conflicto armado hoy presentes aquí y en Colombia con el propósito de expresar mi más sincero arrepentimiento y pedir perdón por el dolor y el sufrimiento que han padecido. Reconozco que el conflicto ha causado daños irreparables a miles de familias y comunidades y asumo la responsabilidad que me corresponde. Por mi parte, en este proceso quiero expresar mi solidaridad a todas las víctimas y me comprometo a trabajar para que se haga justicia y se reparen los daños causados por los errores y las omisiones que han contribuido al sufrimiento de tantas personas y me comprometo a trabajar para que no se repitan los errores del pasado. Pido perdón de corazón a sus padres y hermanos un perdón porque lo hemos causado un dolor muy fuerte. Por haberles quitado la vida a estos jóvenes vuelvo a pedir perdón ya que les apagamos un sueño

Firma: Luis Alexander Ortega
 Cargo: compareciente ante la JEP
 Fecha: 23 de noviembre de 2025

EVERLEY BERRÍO URREGO

Carta 1

Mis palabras quizás no sean suficientes para expresar el arrepentimiento que hay en mí, ya que mi actuar no fue el mejor. Me siento muy mal; cuánto quisiera devolver el tiempo y empezar de nuevo, y que esto jamás hubiera pasado. El pedir perdón jamás alcanzará para mitigar este daño y ese dolor que les causamos a una madre, esposa e hijos que nada tenían que ver con este conflicto. Me arrepiento de todo corazón, porque este daño causado jamás se podrá remediar. Quizás, en estos momentos de mi vida, que ya me siento más entrado en los años y con un poco más de experiencia, el tiempo es lo que me ha ayudado a entender y comprender el dolor que lleva esta familia. Estos hechos a los cuales hago referencia sucedieron en la vereda Galilea y El Edén, del municipio de Granada, Antioquia.

Me siento muy arrepentido de todo mi actuar frente a estos hechos. Pido perdón de todo corazón a todas las personas que, directa o indirectamente, fueron afectadas por mi actuar en todos estos hechos antes mencionados. Perdón, perdón, es lo único que les pido a las víctimas por todo este mal accionar por parte mía y de la fuerza pública.

Carta 2

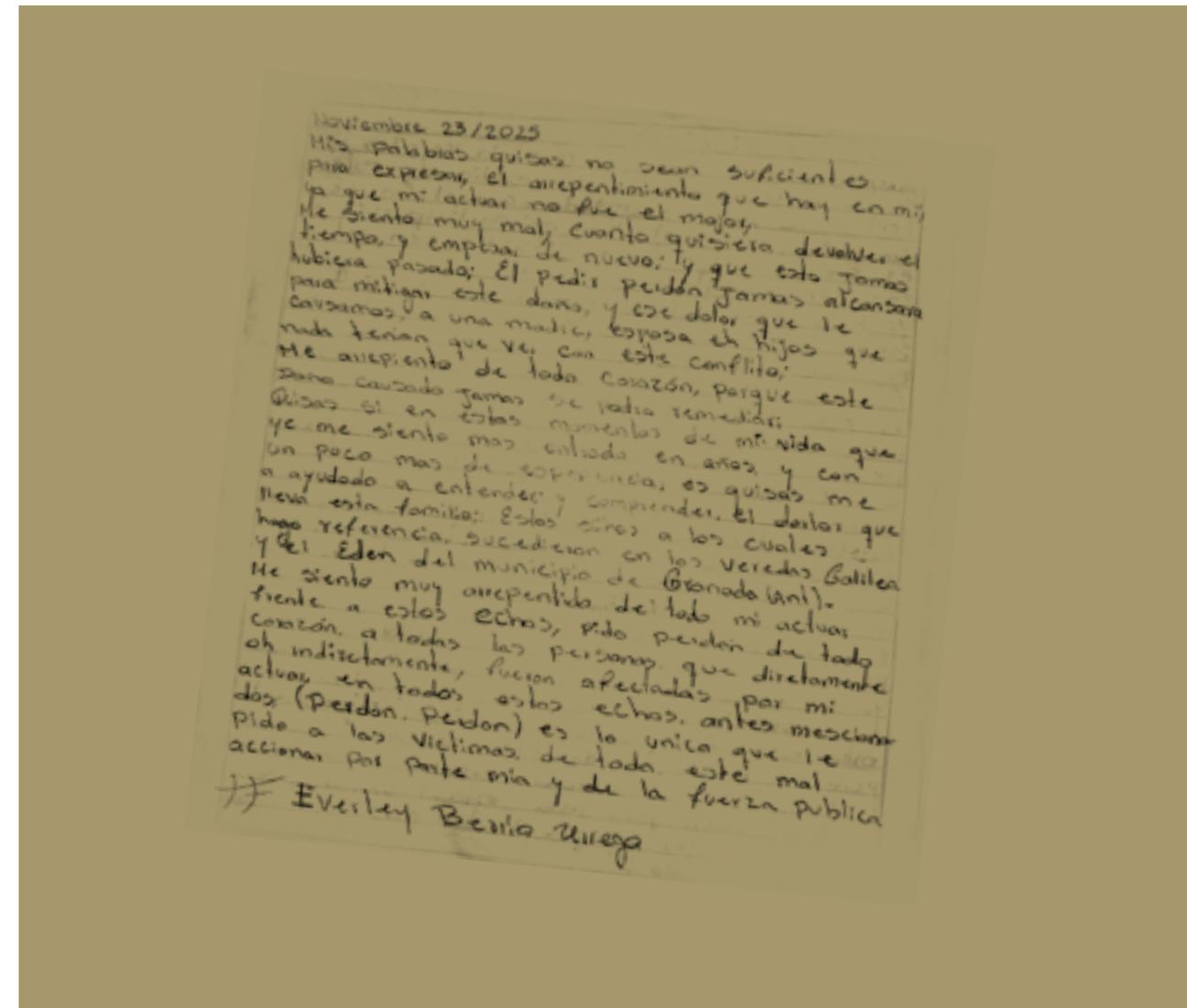
Querida comunidad de Granada, veredas y corregimientos de Santa Ana:

Por medio de este texto me dirijo a ustedes con el fin de dar a conocer cuál fue mi participación en el conflicto que tuvo epicentro en esta zona del Oriente antioqueño.

Yo era orgánico del Batallón de Artillería N.º 4 (BAJES), de la compañía Bombarda, más específicamente Bombarda (1), que tenía como función principal cuidar y proteger a la población civil de esta zona, ya que era demasiado golpeada por los grupos al margen de la ley. Pero no cumplimos con lo ordenado en la Constitución: cuidar y proteger el

bien y la honra de las personas que habitaban este territorio. Hoy por hoy estoy arrepentido de haber sido parte de este grupo de personas que causó tanto daño y sufrimiento a tantas personas que no lo merecían. El daño que causamos fue tan grande que, aún al día de hoy, estas personas no se reponen de tanto dolor.

Yo, en nombre propio, pido perdón. Esto nunca debió suceder. Me siento muy arrepentido de mis actos. Aunque mis actos no fueron directos, no fui capaz de tomar acciones y, por lo tanto, soy responsable. Esto no debió pasar. Pido perdón a toda esta población tan golpeada por quienes la teníamos que proteger.



JORGE DANIEL GALLO

Queridas personas sobrevivientes: quiero dirigirme a ustedes con el más profundo respeto y con el corazón abierto. Sé que ninguna palabra puede borrar el dolor que han vivido, pero deseo que este mensaje pueda ofrecerles un espacio de apoyo, reconocimiento y esperanza. Lamento profundamente que hayan tenido que atravesar experiencias tan injustas y difíciles. Nada justifica la violencia y nada disminuye el valor, la dignidad y la fuerza que cada uno de ustedes posee. El hecho de estar aquí hoy, presentando estas palabras, es un testimonio de su resistencia y de su capacidad para seguir adelante, incluso en medio de las circunstancias que nos llevaron a tomar tan malas decisiones con personas que no tenían las mismas oportunidades que yo tenía en su momento.

Quiero que sepan que no están solas ni solos. Hay personas, comunidades y profesionales dispuestos a escucharlos, a acompañarlos y a caminar a su lado en un proceso de sanación. Pedir ayuda no es muestra de debilidad, sino un acto de valentía. Cada paso que den, por pequeño que parezca, es muy importante. Deseo de todo corazón que encuentren espacios seguros donde puedan expresar lo que sienten, reconstruir su bienestar y recuperar aquello que la violencia les arrebató. Su vida importa, sus emociones importan, su historia importa. Les envío un extensivo saludo de solidaridad y respeto, y un profundo deseo de paz y recuperación. Que el camino que tengan por delante esté lleno de apoyo, cuidado y nuevas oportunidades para sanar y volver a creer que sí se puede soñar con una paz estable y duradera.

También quiero enviar un saludo extensivo a la comunidad de Granada y, en especial, al corregimiento de Santa Ana, donde hice tanto daño; en especial a Fernando, a quien le arrebaté la vida indiscriminadamente por querer hacer las cosas supuestamente bien. Con profundo dolor y arrepentimiento les pido perdón y les doy muchas gracias por tomarse el tiempo para leer estas líneas.

Un abrazo fraterno, bendiciones a todos.

Pueden expresar lo que sienten, reconstruir su bienestar y recuperar aquello que la violencia les arrebató, su vida importa, sus emociones importan, su historia importa, les envío un extensivo saludo de solidaridad y respeto y un profundo deseo de paz y recuperación. Que el camino que tengan por delante esté lleno de apoyo, cuidado y nuevas oportunidades para sanar y volver a creer que sí se puede soñar con una paz estable y duradera. También quiero hacer un saludo extensivo a la comunidad de Granada y, en especial, al corregimiento de Santa Ana, donde hice tanto daño; en especial a Fernando, a quien le arrebaté la vida indiscriminadamente por querer hacer las cosas supuestamente bien. Con profundo dolor y arrepentimiento les pido perdón y muchas gracias por tomarse el tiempo para leer estas líneas. Un abrazo fraterno bendiciones a todos.

Att Jorge Daniel Gallo R.

JAVIER JOSÉ BORJA

Carta 1

Recordando tiempos pasados en el Ejército y cómo hicimos sufrir a los campesinos del Oriente antioqueño: les sacábamos sus propios animales de las tierras —ganado, cerdos, gallinas, bestias— y ellos no podían decir nada por temor a que les pasara algo a sus familias o a ser desalojados de sus tierras natales.

Recuerdo que las bestias las cogíamos sin permiso para transportar nuestros equipajes y el del personal nuestro; cuando nos pasaba algo, como tener personal enfermo, luego no se las devolvíamos. Los animales los vendíamos en las veredas alejadas, sin darnos cuenta del daño que les hacíamos a esas personas.

En Río Verde los hacíamos salir hacia San Francisco; en el transcurso del camino traíamos ganado. En todo el recorrido no hacíamos de comer y desaparecíamos la comida de los campesinos.

También recuerdo, con harta frustración en la memoria, cuando herimos a una niña en el Oriente, sin saber el daño causado a esa niña y a su familia, y el trauma generado. Perdón, Dios, por tantos hechos cometidos y brutalidades de nuestra parte. Les pido perdón a familias enteras; no tengo palabras para expresarlo.

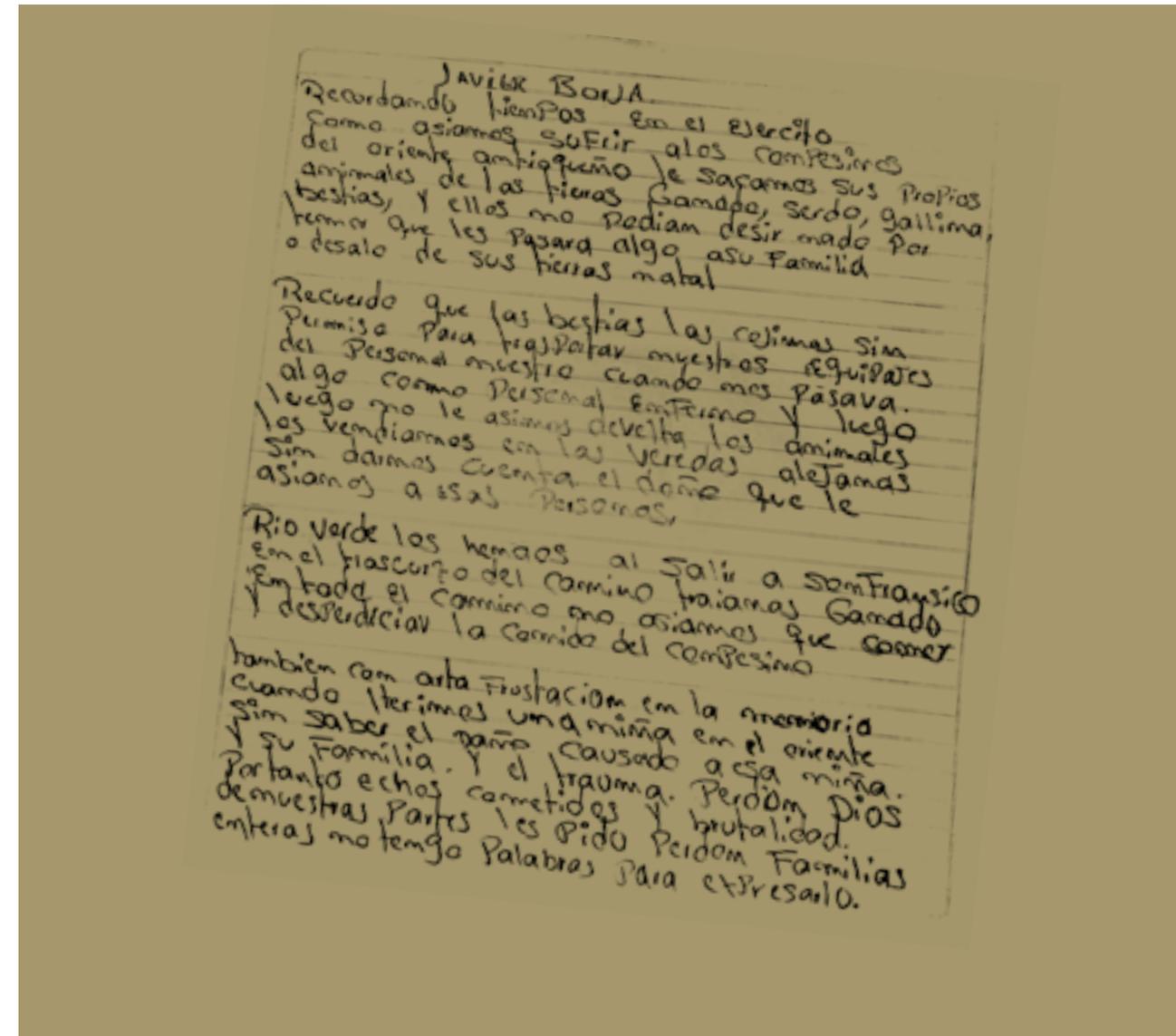
Carta 2

Estimada madre,

Hoy me dirijo a usted con el corazón encogido y lleno de profunda admiración y respeto. Son innumerables las historias de dolor que han marcado a nuestra tierra, pero pocas se comparan con el sufrimiento de una madre que ha perdido a su hijo a causa de la guerra. Su grito de dolor resuena en cada rincón del país, en cada ciudad, en cada vereda, pero, sobre todo, en su propio hogar.

Recuerde cada noche, cuando los sueños se convierten en pesadillas y el silencio en un hogar vacío, porque en cada uno de sus recuerdos, en cada fotografía, en cada canción, su hijo vive para siempre en su memoria.

Sabemos que no busca venganza, sino la verdad. Sabemos que el camino ha sido largo y lleno de obstáculos; ha luchado sola en muchas ocasiones, pero ha encontrado la fe en su familia y en su propia fortaleza para no rendirse. Ha demostrado que el amor de una madre es más fuerte que cualquier arma.



LUIS ADOLFO LÓPEZ

Mi Oriente antioqueño y su población, la cual sufrió el atropello de un ejército de un niño admiraba tanto y respeté, porque son quienes salvaguardan nuestras vidas. Llegar a cumplir uno de mis sueños e ilusiones de la niñez me convirtió en un ser inhumano, en un monstruo, al ver cómo familias campesinas, al igual que yo, sufrían aberrantes casos de atropellos de mi parte, dejando familias enteras sufriendo pérdidas de sus seres queridos: mamás solas, hijos y hermanos, el dolor, la tristeza y la angustia que, después de tanto tiempo, aún lo acompañan a uno.

Estoy radicado en el campo y hay días en que es complejo; el recuerdo quiere invadir mi tranquilidad al pensar en el dolor y los daños tan grandes causados en esta región. Ya no pienso solo en mí: soy papá de dos hijos, los cuales me hacen más productivo, y de ese mismo modo me llevan a que ese sentimiento hacia las víctimas sea más fuerte y doloroso, por las brechas tan grandes que marqué. Familias que, por manos criminales de quienes tenían un compromiso con el pueblo colombiano, fueron traicionadas de la peor manera.

Reconozco mi participación y falta de responsabilidad. Pido perdón por tanto dolor causado a estas familias, las cuales aún sufren por la pérdida de sus seres queridos.

Luis López
23 Mes 11 2025

Mi Oriente Antioqueño y su población la cual sufrió el atropello de un ejército el cual de niño admiraba tanto y respeté porque son los que salvaguardan nuestras vidas y llegar a cumplir uno de mis sueños e ilusiones de mi niñez me convirtió en un ser inhumano un monstruo al mirar como familias campesinas al igual que yo sufrían aberrantes casos de atropellos de mi parte dejando familias enteras sufriendo pérdidas de su ser querido: mamás solas e hijos hermanos el dolor la tristeza angustia que después de tanto tiempo a un los acompaña. Estoy radicado en el campo y tengo días que es complejo quiere invadir mi tranquilidad al pensar en el dolor y los daños tan grandes causados en esta región ya no pienso solo en mí soy papá de 2 hijos una hermosa hija y un hermoso hijo los cuales me hacen más productivo y de ese mismo modo me llevan a que ese sentimiento hacia las víctimas sea más fuerte y doloroso por las brechas tan grandes que marqué. Familias que por manos criminales de quienes tenían un compromiso con el pueblo colombiano traicionándolo de la peor manera. Reconozco mi participación y falta de responsabilidad pido perdón por tanto dolor causado en estas familias las cuales aún sufren por la pérdida de sus seres queridos.

WILMAR ARTEAGA CORREA

Desde lo más profundo y sincero de mi corazón, quiero pedir perdón a todas las familias que han sido afectadas por las fuerzas públicas, por haberles arrebatado de su lado a las personas que más amaban y por haberlas dejado desamparadas. Si se pudiera devolver el tiempo, esas acciones tan mal tomadas no hubiesen ocurrido, ya que, estando con mi familia, no me imagino cómo se siente uno al perder a un ser amado de esa manera. Por eso comprendo su gran dolor, y más a esas personas que, a estas fechas, aún no saben el paradero de sus familiares, los cuales llevan años buscándolos para poder darles una santa sepultura y así mismo ustedes descansen del sufrimiento de no saber dónde estaban.

Nuevamente expreso mis condolencias a todos ustedes que han sido víctimas de un conflicto armado.

Que Dios y ustedes nos puedan perdonar algún día, de corazón, por lo sucedido.

Yo Wilmar Arteaga

Desde lo más profundo y sincero de mi corazón quiero pedir perdón a todas las familias que han sido afectadas por las fuerzas públicas por haberles arrebatado de su lado a las personas que más amaban y por haberlos dejado desamparados donde se pudiera devolver el tiempo esas acciones tan mal tomadas no hubiesen ocurrido ya que estando con mi familia no me imagino como se siente uno al perder un ser amado de esa manera por eso comprendo su gran dolor y mas a esas personas que a estas fechas aun no saben el paradero de sus familiares los cuales llevan años buscandolos para poder darles una santa sepultura y asi mismo ustedes descansen del sufrimiento de no saber donde estaban.

Nuevamente expreso mis condolencias a todos ustedes que han sido victimas de un conflicto armado

Que Dios y ustedes nos puedan perdonar algun dia de corazon por lo sucedido

JOSÉ CLEMENTE PEREA PEREA

Carta a las víctimas (familiares)

Comienzo escribiendo y plasmando estas letras dándole muchas gracias a Dios por tenerme aquí, en este escenario. Partiendo de esto, solo me queda pedir perdón por todo lo malo que he hecho y, a su vez, he causado.

Tengo presente a las familias a las que produjo tanto dolor, sufrimiento, tristeza y angustia con mi actuar, sobre el cual hoy solo siento arrepentimiento. Pero quiero decirles a las familias que les arrebaté de sus manos y de su hogar a sus seres queridos, que estaré siempre dispuesto a contarles y decirles toda la verdad de los hechos ocurridos.

A ustedes, familias, un gran reconocimiento de todo corazón por permitirme dirigirme a ustedes con el debido respeto que se merecen.

Sé que solo Dios conoce el dolor que los embarga.

Gracias a ustedes, familias.



ÓSCAR ALONSO VERDECIA MAESTRE

Para las víctimas y sus familias del Oriente antioqueño:

En esta oportunidad deseo, de corazón, pedirles perdón por todos los daños irreparables que ocasioné a muchas familias del Oriente antioqueño y a esta región tan pujante y golpeada por todos los actores del conflicto.

Durante el tiempo en que estuve en esta hermosa tierra, en lugar de cumplir con mi juramento de servir y proteger, nunca hice nada de eso, no fui capaz de resguardar a ninguno de sus hijos en los momentos en que más lo necesitaron.

Mis actos llevaron a muchas familias a situaciones de profunda vulnerabilidad, forzándolas a vivir condiciones indignas, a cargar con estigmatizaciones y, en muchos casos, al desplazamiento y a la pobreza.

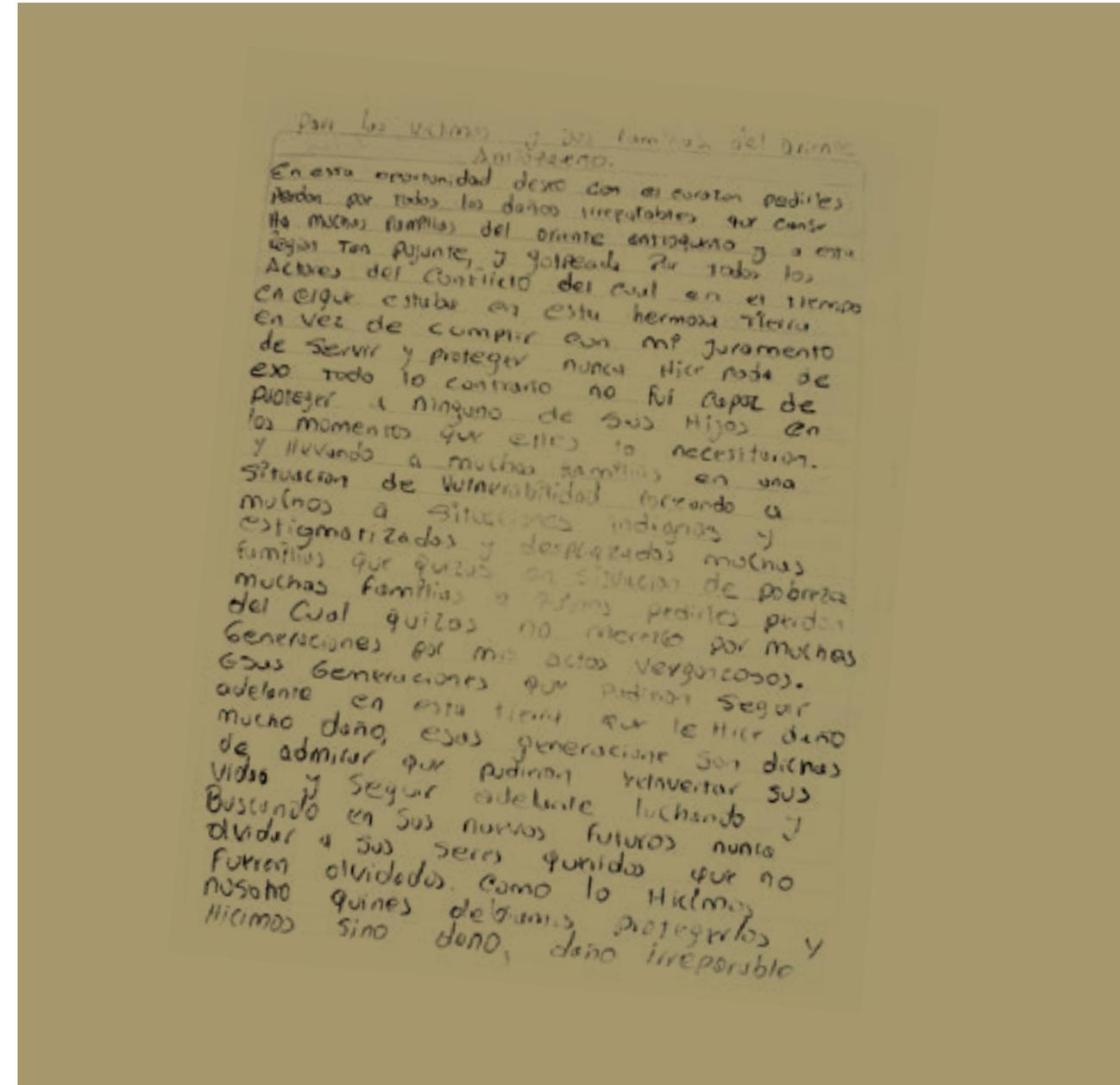
Son muchas las familias a las que hoy debo pedir perdón, un perdón que quizás no merezca, ni ahora ni por muchas generaciones, por la gravedad y la vergüenza de mis actos.

Esas generaciones que lograron seguir adelante en esta tierra a la que le hice daño, mucho daño, son dignas de admiración. Supieron reinventar sus vidas y continuar luchando y buscando un futuro nuevo sin olvidar jamás a sus seres queridos, a quienes no pudieron ni quisieron olvidar. No como nosotros, quienes debimos protegerlos y solo causamos daño: un daño irreparable. Los traicionamos a ellos y los olvidamos, como si no valieran nada. Traicionamos incluso los principios que nos inculcaron en nuestros propios hogares nuestros padres, a quienes también les fallamos y mentimos, haciéndoles creer que sus hijos eran personas honorables y de bien. Eso fue lo que ellos nos inculcaron desde muy niños: los valores. Sin embargo, en nuestros actos de mayor bajeza, al creernos superiores a los demás y menospreciar la vida de las personas como si no valiera nada, perdimos la humanidad.

A todos ellos, nunca me alcanzará la vida para pedirles perdón.

De corazón, me arrepiento todos los días por los daños y el dolor causados a los familiares del señor Antonio, del señor Norbey de Jesús Ceballos Santamaría, del señor Rafael y de las demás víctimas.

Espero que algún día pueda llegar a merecer su perdón.



WILSON ÚSUGA BEDOYA

Esta carta va dirigida a todas las víctimas del conflicto armado, especialmente a las del Oriente antioqueño.

Yo, como miembro de la fuerza pública, reconozco que actuamos de forma indiscriminada, asesinando campesinos por el afán de obtener beneficios o prebendas, reconocimientos, medallas, entre otros, y obedeciendo órdenes arbitrarias.

Sé que con mis actos ayudé a truncar los sueños de muchas familias, a cegar el futuro de numerosos niños y niñas, y a dejar padres y madres destrozados por la ausencia de sus hijos. Dejé esposas solas, obligadas a salir adelante con sus hijos y con hogares.

De paso, también acabamos con la confianza de las comunidades y arrasamos con sus animales de granja. Sé que actué mal al guardar silencio y al respaldar daños tan graves e irreversibles. Hoy estoy aquí, dispuesto a pedir perdón.

Desde lo más profundo de mi corazón, les pido perdón una y mil veces por estas faltas tan graves. Como miembro de la fuerza pública debí cuidarlos; en cambio, terminé destruyendo la confianza y el respeto que nos tenían, y acabando con la vida de campesinos.

Estoy convencido de que estos actos jamás volverán a suceder.

Wilson Usuga

Esta carta va dirigida a todas las víctimas del conflicto armado especialmente a las del oriente antioqueño

Yo como miembro de la fuerza pública Reconozco que actuamos de forma indiscriminada asesinando campesinos por el afán de obtener beneficios o prebendas, reconocimientos, medallas entre otros obedeciendo órdenes arbitrarias.

Sé que ayudé a acabar sueños de unas familias, segar el futuro de muchos niños, dejando padres y madres destrozados por la falta de su hijo esposas solas para salir adelante con sus hijos y hogar.

De paso acabando con la confianza, arrasando con sus animales de granja, se que actué mal guardando silencio apoyando Tan grandes daños irreversibles, hoy estoy acá listo para pedir perdón

Desde lo más profundo de mi corazón les pido perdón una y mil veces por tan grandes faltas como miembro de la fuerza pública debí cuidarlos y resulte acabando con esa confianza y respeto que nos tenían, y acabando con campesinos

Estoy convencido que todos estos actos jamás volverán a suceder



HUGO ALFONSO DEL MILAGRO ABUNDANO MICÁN

Víctimas de la vereda La Esperanza,

Hoy, por medio de este escrito, pido disculpas por los hechos que se dieron en los años de 1996 y siguientes, que causaron un daño profundo no solo a ustedes, sino también a los habitantes del corredor de la autopista Medellín-Bogotá, en especial del tramo comprendido entre Río Claro y Alto Bonito. En esta zona se vivió una violencia generalizada, alimentada por la estigmatización y por el beneficio personal y colectivo de los distintos grupos delincuenciales que operaban allí, y, desafortunadamente, también por la actuación de algunos miembros de la fuerza pública —en particular del Ejército y la Policía— que teníamos presencia en el sector y que no trabajamos para ayudar a resolver la grave situación social de la región.

La autopista constituía un eje estratégico para la logística de los grupos delincuenciales, al conectar el norte y el sur del país a través del Magdalena Medio, una región donde las mal llamadas autodefensas ejercían control territorial y económico.

Por esta razón, despertó el interés de todos los grupos armados ilegales: el ELN, a través del frente Carlos Alirio Buitrago; el EPL; las Farc; y las autodefensas. Esta situación derivó en la creación de un componente del Ejército que, desafortunadamente, no contaba con un comandante general ni con un objetivo estratégico de carácter nacional.

Su presencia se redujo, en la práctica, a permanecer en la región bajo el supuesto de controlar la movilidad del transporte a lo largo del eje vial.

Por la importancia estratégica de la autopista y por los beneficios individuales de quienes delinquirían, se desarrolló a su alrededor una economía ilegal basada en el secuestro, la extorsión y el hurto, que dejó como saldo una cultura de miedo.

VÍCTIMAS VEREDA LA ESPERANZA

- Hoy por medio de este escrito pido disculpas por los hechos que se dieron en los años 96 y siguientes que tanto daño causó no solo a ustedes, sino a los residentes de la autopista Medellín-Bogotá, en especial entre Río Claro y Alto Bonito, sector que llevó a una violencia generalizada por la estigmatización y el beneficio personal y colectivo de los diferentes grupos delincuenciales de la zona y desafortunadamente por algunos miembros de la fuerza pública, en especial Ejército y Policía, que teníamos presencia en este sector. Y quienes no vamos ni trabajamos por ayudar a la situación social de la región.

LA AUTOPISTA ERA UN EJE ESTRATÉGICO PARA LA LOGÍSTICA DE LOS GRUPOS DELINCUENCIALES, PUES ERA LA UNIÓN DEL NORTE Y SUR, DONDE POR LA MAGDALENA MEDIO Y DONDE LAS MAL LLAMADAS AUTODEFENSAS TENIAN SU DOMINIO TERRITORIAL Y ECONOMICO.

POR ESTA RAZÓN FUE QUE EN LA AUTOPISTA SE INTERESARON TODOS LOS GRUPOS DELINCUENCIALES, EL ELN CON LA CARLOS ALIRIO BUITRAGO EL EPL, LAS FARCS, LAS AUTODEFENSAS, LO

Nosotros, como Ejército, en lugar de tener un verdadero acercamiento con la sociedad y con los habitantes de la región, los vimos como auxiliares de los delincuentes. Los estigmatizamos y los dejamos solos, sin tener en quién apoyarse.

Quienes teníamos el deber de ayudar a analizar la situación, de construir estrategias regionales y de promover procesos de articulación para el desarrollo, en coordinación con las autoridades civiles, no lo hicimos. En su lugar, nos centramos en exigirle a los subalternos resultados operativos que, en este caso, no eran bajas, sino evitar cualquier acción que entorpeciera la movilidad de la autopista.

Cuando estas acciones se producían, las consecuencias recaían en forma de represalias contra los habitantes de las zonas cercanas.

Esa fue nuestra mayor negligencia: no analizar la verdadera ausencia del Estado ni la falta de infraestructura básica necesaria para el bienestar y el desarrollo de la región, y limitarnos a responder de manera exclusivamente represiva ante cualquier situación que se presentara. Hoy, después de casi tres décadas, ni siquiera he ido a conocer la vereda y no he hecho nada real por contribuir al desarrollo social ni por aliviar, aunque sea en parte, el dolor que deja la desaparición de un ser querido.

He tratado de entender el dolor que viven desde el primer día de la desaparición de sus seres queridos: la soledad de la ausencia. Hoy, siendo padre, hijo y hermano, comprendo ese dolor que nace cuando no se sabe nada de quien se ama.

Ninguna de mis palabras busca justificar lo sucedido. Sin embargo, quienes cometieron los hechos y confesaron su delito y su error nunca dijeron dónde dejaron a las personas desaparecidas, y por esa razón yo no he hecho nada para contribuir a aliviar ese dolor.

En el camino hacia la reconciliación y la búsqueda de la verdad, fuimos negligentes al no impedir que las mal llamadas autodefensas se movilizaran por el sector y secuestraran a sus seres queridos. También fuimos negligentes al conocer los hechos y no actuar, amparándonos en la idea de que se trataba de enfrentamientos entre grupos delincuenciales, además de no emprender su búsqueda.

Fuimos negligentes por no ir hacia Las Mercedes a tratar de rescatarlos, incluso cuando sabíamos que ellos los habían secuestrado. Fuimos negligentes al no hacer ninguna denuncia formal sobre los hechos a las autoridades competentes. Y fuimos negligentes, también, al permitir que algunos miembros de la unidad en la zona mantuvieran vínculos con las autodefensas, sin decir nada y sin denunciar nada.

Hoy, nuevamente, pido perdón por haberlos estigmatizado y juzgado sin conocerlos; por haberlos dejado solos con su dolor y con su problema, sin apoyarlos; y por haber considerado que no era mi responsabilidad, afectando con ello la honra y el honor militar.

Han pasado treinta años y nada puede compensar la ausencia del padre, del hijo o del esposo.

Espero que puedan perdonarme y que, juntos, podamos construir para los hijos y para los futuros habitantes y miembros de las familias de la vereda un porvenir sin miedos, sin resentimientos y sin incertidumbre; y, en su lugar, con fe, esperanza, motivación y oportunidades reales de crecimiento y desarrollo comunitario.

Gracias por tomarse el tiempo de leer estas líneas y por intentar ayudarnos, desde su perdón y su comprensión, a entender lo que sucedió: aquello que se pudo evitar y que no debió ocurrir, pero que dejamos pasar.

Gracias por insistir en la búsqueda de la verdad y por ayudar a construirla sin olvidar a quienes murieron o desaparecieron. Ellos nunca podrán ser olvidados, pero su dolor puede aliviarse al saber que se hizo el esfuerzo por encontrarlos y que se hizo todo lo que estuvo al alcance para intentar ubicarlos.

Saber que fueron víctimas utilizadas para lograr objetivos económicos de la delincuencia, y también víctimas de la indiferencia de las autoridades en todos los niveles y en todas las instituciones, permite entender que ustedes debieron enfrentar el día a día, sin encontrar apoyo alguno.

Solo hasta ahora, en el marco de la verdad y reparación, se está escuchando y analizando de manera integral lo ocurrido: la verdad, los antecedentes y el cómo y el porqué de los hechos, sin centrarse

únicamente en la desaparición del ser querido o en un día específico, sino en el contexto y en el entorno que hicieron posible esa situación.

Sin ánimo, como he dicho antes, de excusar o justificar lo ocurrido, considero importante también ubicarnos en el contexto en que se dieron los hechos y que ustedes también puedan situarse en las circunstancias de modo, tiempo y lugar en que sucedieron. No para justificar nada, sino para que, entre todos, se alcance una verdad plena.

Pero, sobre todo, para que en este ejercicio podamos identificar con claridad qué se debe hacer para evitar la repetición y lograr un beneficio real que contribuya a un mejor futuro para ustedes y para todas las personas que lleguen a vivir en esta vereda y en la región.

Gracias por el espacio para esta interacción. Seguiré intentando aportar para que, entre todos, podamos avanzar hacia la reconciliación y encontrar formas más efectivas de contribuir al objetivo de alcanzar una paz verdadera para todos.



ELY DE JESÚS LÓPEZ GIRALDO

Querido campo del Oriente antioqueño,

En el año 2002, cuando ingresé al Ejército Nacional, jamás imaginé que me tocaría trabajar entre tus montañas, esas que se iluminan con el sol de la mañana y reflejan la grandeza de los campesinos que cada día se levantan a cultivar la tierra.

Recuerdo las zonas de San Carlos, Guatapé, Cocorná, San Luis, entre otras, y al evocarlas regreso a mi infancia en el querido Suroeste antioqueño, el lugar donde mi padre me educó con buenas costumbres y donde me formaron como un hombre de bien.

Ya como militar en servicio activo, encargado de garantizar el orden y la seguridad de esta población, fue para mí un honor compartir con personas que me recordaban el territorio donde crecí.

Llegar a este lugar lleno de casitas de colores y de barro, donde una humilde y hermosa señora, dueña de la casa, lo primero que ofrecía era una deliciosa taza de aguapanela fría, fue una experiencia que nunca olvidaré. Aun siendo personas de escasos recursos, siempre brindaban lo mejor de sí.

Hoy, después de tantos años, los recuerdo como el primer día en que los visité. No me canso de recordarlos y agradecerles por lo bien que me hicieron sentir.

Tuve la oportunidad de volver después de mucho tiempo y encontré las veredas cambiadas, llenas de carreteras pavimentadas y de obras levantadas por el hombre, transformando por completo los diseños ancestrales de sus arquitecturas, aquellas que contaban la historia de quienes llegaron primero y formaron familias en este territorio.

Mil y mil gracias al campo del Oriente antioqueño.

Carta al Campo

Querido Campo del Oriente Antioqueño, en el año 2002 cuando ingresé al ejército nacional jamás imagine que me tocaría trabajar junto a las montañas que se iluminan con el sol de la mañana, montañas que reflejan la grandeza de los campesinos que todos las mañanas se levantan a cosechar sus cultivos. Yo recuerdo esas zonas de San Carlos, Guatapé, Cocorná, San Luis etc, y me llaman infancia en mi querido Suroeste Antioqueño, lugar donde mi padre me educó con buenas costumbres y me formaron un hombre de bien. Ya estando como militar en actividad y encargado de garantizar el orden de esta población, en ese tiempo para mí fue un honor haber compartido con las personas que me recuerdan el lugar donde crecí. Llegar a este lugar lleno de casitas de colores y de barro, donde la dueña una humilde señora lo primero que me ofrecían era una deliciosa taza de aguapanela fría, y aun siendo personas de escasos recursos siempre brindaban lo mejor de ellos. Hoy después de tantos años los recuerdo como el primer día que los visité, y no me canso de recordarlos y agradecerles por lo bien que me hicieron sentir. Tuve la oportunidad de volver después de tantos años y vi tus veredas muy cambiadas llenas de carreteras pavimentadas y obras que el hombre a realizado, cambiando por completo los diseños ancestrales de sus arquitecturas que contaban una historia de quienes llegaron a formar unas familias. Mil y mil gracias al Campo del Oriente Antioqueño

Ely Lopez Giraldo ☺

NICOLÁS ESCOBAR RAMÍREZ

A las familias y a la comunidad del municipio de Cocorná.

Me dirijo a ustedes con profundo respeto y con la responsabilidad que hoy reconozco y asumo.

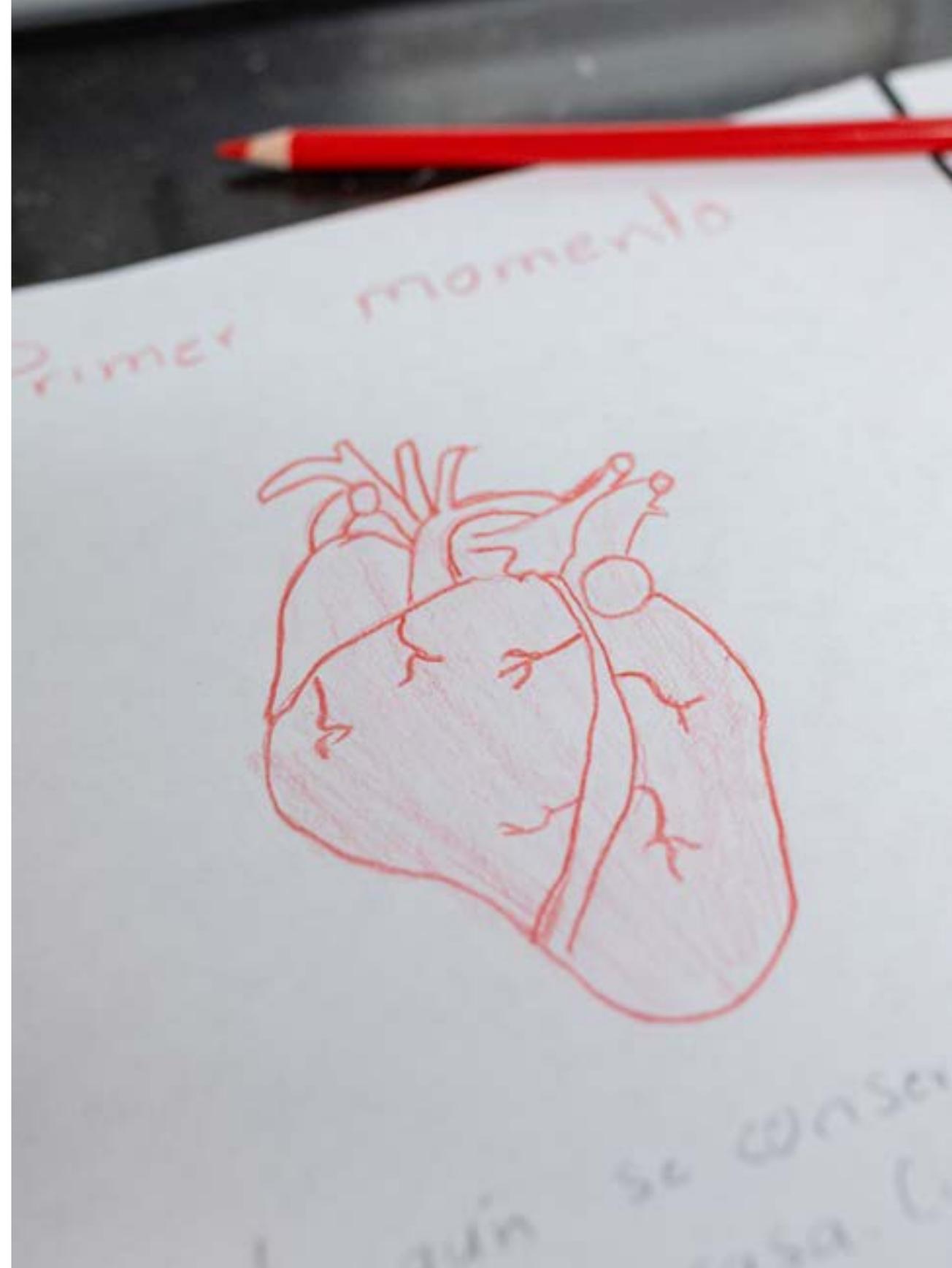
Esta carta nace del deseo sincero de pedir perdón por mi silencio frente a los hechos que terminaron con la vida de sus seres queridos y que afectaron profundamente a toda su comunidad.

Hoy pido perdón con el alma rota. Yo sabía lo que podía suceder y, aun así, no tuve el valor de decir la verdad. Intenté actuar a mi manera, pero no fue suficiente.

Me duele profundamente no haberte protegido cuando más lo necesitabas. Tu destino nunca debió ser ese y cargo esa culpa cada día. Disculpame por mi silencio: tu recuerdo sigue pesando en mi corazón.

Ese miedo me paralizó y callé cuando debí haber buscado una forma de evitar lo que pasó o de alertar a alguien.

Mi silencio también contribuyó a que la verdad se ocultara durante mucho tiempo. Al callar, permití que la familia viviera años de incertidumbre, dolor, confusión y falta de respuestas. Entiendo que ese silencio les negó la posibilidad de saber lo que realmente ocurrió, y que, eso profundizó el sufrimiento y la herida que llevan hasta el día de hoy.



ANDERSON JOHAN RESTREPO SILVA

Familias:

Reciban un saludo humilde y respetuoso. Por medio de la presente deseo pedir perdón por nuestras malas decisiones, las cuales, veinte años después, siguen dejando dolor y ausencia al evocar el pasado.

En este día quiero expresar el arrepentimiento que he cargado en mi corazón durante estos veinte años, con la esperanza de que estas palabras puedan transmitir, aunque sea en parte, esa voz de consuelo que durante tanto tiempo esperaron escuchar.

Espero poder recibir el perdón y esa segunda oportunidad que nos permita alcanzar un cierre, el cierre que anhelamos en nuestras vidas y en nuestros corazones.

Esta es mi oportunidad para ofrecer disculpas sinceras a las familias que sufren la ausencia de un ser querido, al territorio que fue estigmatizado y a la comunidad que fue señalada. Pido disculpas por no haber tenido el valor de alzar la voz e intentar hacer algo, y por haber permitido que el miedo me venciera.

De antemano, gracias y perdón.

Territorio de Cocorná

La presente es para pedir perdón, perdón por ensuciar tu buen nombre, por lastimar tu comunidad con nuestras acciones, por perjudicar tu economía, por llenarme de miedo y no actuar.

Perdón por todo el tiempo que guardé silencio, por ignorar lo ocurrido y por hacer de que eso no era mío cuando sí lo fue; por no alzar la mano ni la voz por temor a lo que pudiera sucederme.

Perdón por llegar tan tarde a reconocer mis errores y por entregar tarde esta verdad que puede ayudar a iluminar tantos momentos oscuros que vivimos.

Perdón por no respetar ese juramento de cuidarte a ti y a tus habitantes, ese juramento que fue roto con mentiras y silencio.

Perdón, perdón.



FABIO HERNANDO CASTIBLANCO RÍOS

Carta de reconocimiento

A ustedes, jóvenes a quienes les fue arrebatada la vida, a sus familias, que aún cargan el peso del dolor:

Hoy me dirijo con el corazón abierto, reconociendo que mis decisiones, mis acciones y mis silencios ocasionaron heridas que jamás debieron existir. Ustedes tenían sueños, proyectos, ilusiones; tenían un camino que apenas empezaba a formarse.

Nada nos daba derecho a arrancarlos de este mundo, y mucho menos por manos, como las nuestras, que debían protegerlos. Esa verdad me acompañará para siempre.

A quienes perdieron un hijo, un hermano, un padre o un esposo, no pretendo aliviar un dolor que sé que las palabras no pueden sanar. Solo quiero reconocer, con total humildad y responsabilidad, que mis actos contribuyeron a que sus vidas quedaran marcadas por una ausencia irreparable.

Sé que detrás de cada nombre había una historia, una sonrisa y un propósito, y que ese vacío sigue presente en sus hogares, en su memoria y en su corazón.

Con profundo respeto les digo que lamento cada lágrima que provocamos, cada sueño truncado, cada proyecto familiar que quedó suspendido para siempre. No busco justificarme; busco reconocer, dignificar y honrar la vida de quienes no tuvieron una segunda oportunidad.

Hoy entiendo, con una claridad dolorosa, el impacto de mis decisiones y la gravedad de haber contribuido al sufrimiento de familias que no lo merecían. Ese peso lo cargo como parte de mi responsabilidad moral y lo convierto en un compromiso permanente de reparación, de verdad, de memoria y de transformación.

A ustedes, jóvenes cuyas vidas fueron interrumpidas: merecían vivir. Merecían equivocarse, levantarse, intentar de nuevo, enamorarse y construir su futuro.

Les pido perdón desde lo más profundo de mi corazón, aun siendo consciente de que no lo merezco. Y aunque el perdón no devuelve la vida ni sana por completo la herida, sí constituye un paso necesario para que lo ocurrido no se repita jamás.

A sus familias, gracias por resistir, por mantener viva la memoria y por no permitir que el silencio cubra la verdad.

Mi compromiso es seguir trabajando para que hechos como estos nunca vuelvan a ocurrir y para que la dignidad de sus seres queridos sea siempre reconocida.



JESÚS OCTAVIO MEDINA CARTAGENA

Carta a las víctimas de Granada, Antioquia

Con mucho respeto y humildad me dirijo a las víctimas de esta hermosa tierra campesina, pujante, humilde y trabajadora, que fueron afectadas por nuestro accionar como miembros del Pelotón Bombarda N.º 3 del Batallón BAJES N.º 4, adscrito a la Cuarta Brigada con sede en Medellín.

Pertenecíamos a una institución que, por mandato de la Constitución y la ley, tenía la obligación de protegerlos y cuidarlos. Sin embargo, hicimos lo contrario: fuimos sus verdugos. Actuamos como criminales, los violentamos y asesinamos a personas inocentes, presentándolas falsamente como guerrilleros.

Además, entorpecimos las investigaciones mediante mentiras y falsas declaraciones ante los entes de control, mientras las víctimas — madres, esposas e hijos— eran estigmatizadas como miembros de la guerrilla o como familiares de grupos subversivos.

Las personas del campo nos tenían miedo, pavor, y tenían razón. Éramos una fuerza que debía proteger, pero actuamos como criminales y asesinos. Fuimos quienes más daño causamos en esta región.

Dejamos niños huérfanos, sin posibilidad de estudiar, criados en la pobreza y sin la presencia de un padre. Madres que perdieron a sus hijos, a quienes les brindaban sustento y cuidado a los mayores. Esposas desamparadas, obligadas a criar solas a sus hijos, envueltas en la necesidad y la pobreza, en un campo que ya de por sí carece de oportunidades.

La guerra, además, obligó a muchas familias a desplazarse de sus veredas, dejando atrás lo que con tanto esfuerzo habían construido: la tierra, los animales y los cultivos, y teniendo que salir, muchas veces, únicamente con lo que llevaban puesto.

Medellin 23 Noviembre 2025

Carta a las víctimas de Granada ant
 con mucho Respeto y Cariño me quiero dirigir a las víctimas
 de esta hermosa Tierra campesina Jente Pujante
 humilde y Trabajadora víctimas de nuestro accionar como
 miembros del Peloton Bombarda #3 del batallon BAJES #4
 adscrito a la 4 brigada de medellin personas que
 perteneciamos a una institución que la constitución y la ley
 nos facultaba para protegerlas cuidarlas pero hicimos lo
 contrario fuimos sus verdugos actuamos como criminales
 los violentamos y tambien asesinamos personas inocentes
 haciendolos pasar por Guerrilleros y entorpeciendo las investi-
 gaciones diciendo mentiras dando falsas declaraciones ante
 los entes de control mientras las víctimas madres esposas e
 hijos fueron estigmatizados como Guerrilleros o familiares
 de estos grupos subversivos las personas en el campo nos
 tenían miedo pavor heramos unos y actuabamos como
 criminales asesinos y tenían razón fuimos los que más
 daño causamos en toda esta region dejamos niños
 huérfanos sin poder estudiar se criaron en la pobreza no
 tuvieron un padre con quien compartir madres que perdieron
 sus hijos el que le daba el sustento el que veia por los viejos
 esposas desamparadas Criando niños solas en bueltas en la-
 necesidad y la pobreza en un campo donde caesen de
 oportunidades y la Guerra muchas veces obliga a desamparsen-
 de la vereda de Jando lo que con esfuerzo algundia consiguiéron-
 con esfuerzo como la Tierras los animales y los cultivos
 y tocarles salir muchas veces con lo que tienen puesto
 a estas personas que muchas veces nadie las escucha —

A estas personas, a quienes muchas veces nadie escucha y a quienes nadie ve, quiero decirles que son de las personas más generosas que he conocido. A pesar del daño irreparable que les causé —un daño para toda la vida—, han sabido salir adelante.

Sé que para ellos muchas cosas cambiaron, pero también sé que volverán a ver el amanecer en este hermoso campo donde las montañas se unen y, cuando sale el sol, se revela un paisaje único: ríos y quebradas cristalinas, una tierra que da fruto a lo que se siembra con esfuerzo y con amor, un clima incomparable.

Ese es Granada, Antioquia: una tierra de oportunidades, de gente bella y amable.

Me arrepiento profundamente del daño causado a esta región y a sus habitantes. No hice nada para evitar estos hechos y no tuve el valor de denunciar. Asumo mi responsabilidad.

Si en algún momento llegaran a perdonarme, lo recibiría con gratitud, como un paso para sanar el corazón de una región tan golpeada por la violencia y por el accionar del Ejército.

A esta tierra y a su gente les deseo paz, tranquilidad y un desarrollo digno, ese que durante tantos años les fue arrebatado.

que nadie las ve quiero decirles que son las personas
mas generosas que e conocido a pesar que les cause un
Daño INREPARABLE fue un Daño para toda la vida son
Personas que siempre an salido adelante se que para ellos
las cosas cambiaran que volveran aver el amanecer nuevamente
en este hermoso campo donde las montañas se unen y cuando
Sale el sol se ve un hermoso paisaje donde los rios y quebradas
son cristalinas donde la tierra da lo que le siembran con mucho
es fuerza y amor donde el clima es unico ese es Granada
ANT Tierra de oportunidades JENTE BELLA AMABLE
me arrepiento del daño causado a esta Region a estas per-
sonas no hize nada para evitar estos hechos no tuve el
valor de denunciar soy responsable y si en al gun
momento me perdonan muchas gracias para poder sanar
el corazon a esta region tan golpeada por la violencia
por el accionar del ejercito les quiero desear muchas
cosas buenas y que esta region recupere la paz la
traquitiada y el desarrollo que por muchos años perdio-

Jesús Octavio Medina Cartagena

ÓSCAR DARÍO SEPÚLVEDA

Respetadas víctimas de Granada, corregimientos y veredas, especialmente Sant Ana:

El día de hoy me dirijo a ustedes con el mayor de mis respetos, deseándoles que se encuentren bien. Quiero pedir disculpas por todo el daño, el dolor y el sufrimiento que causamos durante el conflicto armado como Fuerza Pública, en este caso como miembros del Ejército pertenecientes al Batallón BAJES de la Cuarta Brigada.

Cuando ingresé al Ejército, lo hice con muchas expectativas y propósitos de vida, orgulloso de pertenecer a una institución que consideraba prestigiosa. Con el paso del tiempo viví momentos muy dolorosos que me llevaron a endurecerme y a desconfiar de la población civil. Llegué a dudar de ellos, creyendo que en cualquier momento podrían atacar contra mi integridad.

Cuando ingresé al Ejército, lo hice con muchas expectativas y propósitos de vida, orgulloso de pertenecer a una institución que consideraba prestigiosa. Con el paso del tiempo viví momentos muy dolorosos que me llevaron a endurecerme y a desconfiar de la población civil. Llegué a dudar de ellos, creyendo que en algún momento podrían atacar contra mi integridad.

Reconozco que cuando ingresé al corregimiento de Santa Ana lo hice con mucho miedo y con una actitud de prevención extrema, pues cargaba una estigmatización hacia la población civil, a la que consideraba, de manera equivocada, mayoritariamente vinculada a la guerrilla. Estaba equivocado.

Esa percepción se formó a partir de hechos ocurridos tiempo atrás, pero aun así fue un error. En Santa Ana había personas campesinas humildes, con el deseo de trabajar y de sacar adelante a sus familias.

Sin embargo, por culpa del conflicto armado, quedaron en medio de los grupos armados ilegales y de nosotros, quienes teníamos el deber constitucional de velar por su seguridad, su bienestar y su integridad.

Lugar y fecha: Medellín 23 noviembre 2025.

Respetadas víctimas de Granada, corregimientos y veredas, especialmente Santana.

El día de hoy me dirijo a ustedes con el mayor de mis respetos, deseándoles que se encuentren bien.

Quiero pedirles disculpas por todo el daño, el dolor y el sufrimiento que causamos durante el conflicto armado como Fuerza Pública, en este caso miembros del ejército pertenecientes al batallón bajes de la cuarta brigada.

Cuando yo ingrese al ejército, lo hice con muchas expectativas y propósitos en mi vida, orgulloso de pertenecer a una institución tan prestigiosa.

A medida que pasaba el tiempo viví momentos muy dolorosos, esto me llevó a ser una persona dura, desconfiado de la población civil, dudaba de ellos, porque creía que en algún momento ellos atacarían contra mi integridad.

Cuando ingrese al corregimiento de Santana, reconozco que la hice con mucho miedo, muy prevenido, ya que en mi había una estigmatización hacia la población civil de que la gran mayoría pertenecía a la guerrilla, cuando no lo era así.

Estaba equivocado, por los hechos que tiempo atrás habían sucedido para mí los hacía ver así, pero vuelvo y les repito. estaba equivocado, por que no era

Fueron ellos quienes más sufrieron las consecuencias de la guerra que se vivió en este territorio.

Para mí es doloroso reconocer que, como Ejército, les fallamos. No les brindamos la seguridad en sus hogares ni en su territorio. Por el contrario, a causa de nuestro actuar generamos miedo, temor y zozobra en sus familias.

Por nuestra responsabilidad, muchas personas se vieron obligadas a desplazarse de sus fincas, de sus casas y de su territorio, dejando atrás los proyectos de vida que cada uno había construido en sus hogares.

Atentamos en contra de sus familias, haciéndoles ver como subversivos, cuando no lo fueron. Los perjudicamos en su diario vivir, destruimos sus hogares, hijos que no pudieron seguir compartiendo con sus padres, y padres que no pudieron seguir compartiendo con sus hijos, madres, esposas les arrebatamos sus seres queridos que trabajaban para llevarles su sustento y hoy esas madres y esposas son las que tienen que salir de sus hogares para buscar ese sustento y por culpa de nuestro actuar ellas dejaban a sus hijos solos en casa, alterando ese diario vivir.

También quiero reconocer que, como subalternos, nos dejamos llevar por las órdenes de nuestro comandante de brigada, batallón, compañía y pelotón, cuando ordenaban bajas y no capturas. Esto nos llevó a cometer cualquier cantidad de actos dolorosos ya mencionados y contados por nosotros mismos.

Granada, sus corregimientos y sus veredas no merecían que yo hubiera guardado silencio ni que dejara de denunciar ante las autoridades competentes los hechos tan dolorosos que ocurrieron con sus familiares, cuando yo pude haber hecho mucho más.

Granada, sus corregimientos y sus veredas no merecían vivir el dolor que, por culpa nuestra, les tocó soportar.

Quiero terminar esta carta como la inicié: pidiéndoles disculpas. No lo hago para exigir perdón, porque sé que no me corresponde. Pido disculpas desde el arrepentimiento profundo por haber participado en actos tan dolorosos que causaron un daño irreparable a ustedes y a sus familias. El perdón, si algún día existe, es un regalo que solo ustedes, como víctimas de Granada, de sus corregimientos y de sus veredas, pueden decidir otorgar.

así.
En Santana habían personas campesinas humildes, con esos deseos de trabajar y de sacar a sus familias adelante, pero por culpa del conflicto armado, querieron en medio de los grupos armados ilegales, y de nosotros que teníamos el deber constitucional de velar por su seguridad, su bienestar y su integridad y fueron los que más sufrieron las consecuencias de esta guerra que se vivió en aquel sector de Santana.

Para mí es doloroso saber que como ejército les fallamos no les brindamos esa seguridad en sus hogares y en el territorio, por el contrario debido a nuestro actuar generamos fue miedo, temor, zozobra en sus familias y por culpa nuestra ustedes se desplazaron de sus fincas de sus casas, de su territorio, de esos proyectos de vida que tenían cada uno de ustedes en sus hogares.

Atentamos en contra de sus familias, haciéndoles ver como subversivos, cuando no lo fueron. Los perjudicamos en su diario vivir, destruimos hogares, hijos que no pudieron seguir compartiendo con sus padres, y padres que no pudieron seguir compartiendo con sus hijos, madres, esposas les arrebatamos sus seres queridos que trabajaban para llevarles su sustento y hoy esas madres y esposas son las que tienen que salir de sus hogares para buscar ese sustento y por culpa de nuestro actuar ellas dejaban a sus hijos solos en casa, alterando ese diario vivir.



GABRIEL DURIAN RIVERA MURILLO

Carta 1

En honor a:
Colombia
Antioquia
Municipios de San Vicente y Concepción (Antioquia)

Víctimas del conflicto armado, sus familias, comunidades y poblaciones afectadas

La paz de Dios sea con ustedes.

Ha pasado el tiempo, más de veintiún años desde que estuve inmerso en el conflicto armado e hice parte de las filas del Ejército Nacional como soldado regular en la prestación del servicio militar obligatorio, en el cual juré defender a mi país, en territorios golpeados por la violencia de diferentes actores que han derramado la sangre de compatriotas en una guerra que no tiene sentido.

Lo que en su momento consideré un honor, hoy es una etapa de mi vida que me llena de vergüenza, pues durante ese tiempo se cometieron acciones que enlutaron a familias campesinas humildes y sencillas, como la mía, que no merecían sufrir el arrebatación de la vida de sus seres queridos ni el deterioro de sus territorios a manos de una institución que, por el contrario, debía defenderlas y garantizar su seguridad, unidad familiar y prosperidad.

Por todo esto y mucho más, pido perdón a mi país, a Antioquia, a los municipios de San Vicente y Concepción, a sus comunidades, familias y a la sociedad en general, porque los actos de barbarie sufridos a manos del Ejército —de los cuales también soy responsable— no representan lo que verdaderamente es Colombia: una tierra pujante, hospitalaria, honesta y que ama la vida.

NOVIEMBRE 23 DEL 2025

EN HONOR A:

COLOMBIA
ANTIOQUIA

MUNICIPIOS DE SAN VICENTE Y CONCEPCIÓN (ANT)
VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO Y SUS FAMILIAS
COMUNIDAD Y POBLACIONES VÍCTIMAS DEL CONFLICTO

LA PAZ DE DIOS SE CON USTEDES

HA PASADO EL TIEMPO, MÁS DE VEINTIUN AÑOS DESDE QUE ESTUVE INMERSO EN EL CONFLICTO ARMADO E HICE PARTE DE LAS FILAS DEL EJÉRCITO NACIONAL COMO SOLDADO RESERVA EN LA PRESTACIÓN DEL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO EN EL CUAL JURÉ DEFENDER A MI PAÍS, FERIENDO Y HAYENDO POR LA VIOLENCIA DE DIFERENTES ACTORES QUE HAN DERRAMADO LA SANGRE DE SUS COMPATRIOTAS, EN UNA GUERRA QUE NO TIENE SENTIDO. NO OBTANTANTE LO QUE CONSIDERÉ UN HONOR, HOY ES LA ETAPA DE MI VIDA QUE ME LLENA DE VERGÜENZA PORQUE EN ESTE LAPSO DE TIEMPO SE GENERARON ACCIONES QUE ENLUTARON FAMILIAS HUMILDES CAMPESINAS Y DEL COMÚN, COMO MI FAMILIA; QUE NO MERECIAN SUFRIR EL ARREBATAMIENTO DE LA VIDA DE SUS FAMILIARES Y EL DETERIORO DE SUS TERRITORIOS A MANOS DE LA INSTITUCIÓN QUE POR EL CONTRARIO LES DEBÍA DEFENDER Y GARANTIZAR QUE LA UNIDAD FAMILIAR, SU SERVIDAD Y PROSPERIDAD FUERAN COMO EL ALBA DE AUMENTO EN AUMENTO. POR TODO ESTO Y MÁS, PIDO PERDÓN A MI PAÍS,

Por todas mis acciones inadecuadas pido perdón y ruego me permitan continuar haciendo parte de un proceso conjunto de reconciliación, reparación y no repetición, como actualmente lo hago ante la JEP.

Carta 2

En honor y honra a Diego Guarín Marín, Andrés Fernando Guarín Marín, sus familiares y conocidos.

La paz de Dios sea con ustedes.

Hoy, y después de cargar por muchos años con el peso que genera haber causado dolor en la conciencia; y al reconocer con absoluta claridad que ustedes sufrieron y son víctimas del flagelo de un conflicto armado cruel e injusto, se me da la oportunidad de expresar, aunque sea entre líneas, palabras que me producen quebrantamiento, melancolía, congoja y dolor.

Son palabras que nacen del alma y que siempre he querido decir; palabras que habitan en mi mente, que se repiten en mis sueños y que claman con vehemencia por salir a la luz como un acto de reconocimiento a lo que es justo y digno. Como dice Dios en su Palabra, en Romanos 13:7: “Dad a cada uno lo que le debéis... honra al que honra”. En este caso, esa honra les pertenece a ustedes.

Con profundo respeto ante Dios, ante ustedes como familiares y ante todos aquellos que han sufrido su dolor y su pérdida, quiero expresarles que lo ocurrido —conforme a mi aceptación y reconocimiento de verdad— fue un hecho inmerecido, injusto y cruel. Fue el resultado de decisiones y acciones sistemáticamente alimentadas por ideologías oscuras, alejadas de los derechos fundamentales que un día juré defender como soldado del Ejército, y enmarcadas en patrones falseados por un sistema que eclipsó el verdadero valor de la vida.

Bajo consignas de odio y violencia, que llegaron a imponerse como una doctrina inmutable orientada a resultados y reconocimientos infames, se perdió toda humanidad. En consecuencia, el pelotón al cual pertencí abusó de su legitimidad y, mediante un accionar indebido, tomó el lugar que solo le corresponde a Dios, único dueño de la vida.

Cegados por pensamientos irracionales, a ustedes, honorables hermanos Marín Guarín, se les negó el supremo y constitucional derecho a la vida y a la defensa, de una manera repudiable, injustificable e incompasiva. No existe forma alguna de atribuir lo sucedido a algo distinto de un vil e injusto acto de crueldad. Esto de lo cual siente vergüenza mi corazón, porque ustedes, sus familias y quienes los rodeaban no merecían sufrir esto que pasó.

Hoy, después de madurar y reflexionar por tantos años, quisiera devolver el tiempo para poder oponerme con firmeza y haber evitado que esta crueldad hoy fuese real. Por eso cargo y sobrellevo esta responsabilidad que en muchas noches me ha quitado el sueño e incluso me llevó a estar privado de la libertad.

Situación que no se compara con el sufrimiento que sé que ustedes han tenido que vivir, un dolor que no eligieron, sino que les fue impuesto con descaro.

De todo esto puedo decir que me siento triste, avergonzado y arrepentido, porque vulneré los valores y principios de lo que verdaderamente debí defender. Por lo cual, delante de Dios quiero decirles que después de haber aceptado la responsabilidad de mis actos, les ruego de corazón que por favor me perdonen a mí y a todos los que le hicimos daño y quienes reconocemos su sufrimiento y dolor.



DARWIN ALEJANDRO ECHAVARRÍA JARAMILLO

Para los habitantes del Oriente antioqueño y la familia Morales Arias.

Voy a comenzar estas líneas expresando mi más profundo respeto, solidaridad y arrepentimiento con todos los que han sufrido el dolor, el miedo y la incertidumbre que se vivió en estos años de terror.

Quiero que sepan que no están solos y que desde nuestros corazones hay un profundo arrepentimiento y mucha reflexión.

Personalmente los admiro y respeto por su resiliencia, su fuerza y su capacidad para perdonar, a pesar de sus inmensas pérdidas y todo su dolor.

Llevo en mi alma desde ese fatídico día el peso de una espantosa decisión. “Pudiera haber hecho esto o aquello”, me digo a mí mismo. Me duele, lloro y me pesa en el alma por cada vida perdida, cada sueño frustrado, todas las familias destruidas.

Estoy comprometido a trabajar por la reconciliación y, si así lo consideran, por su perdón, con la esperanza de construir un futuro mejor para todos. Pido a Dios que jamás permita que hechos como estos vuelvan a repetirse, ni para ustedes ni para nadie más. El poco tiempo que compartí con Estefy me permitió ver en ella a una gran persona que no debió pasar por algo tan horrible. Frustramos los sueños de una gran niña. Siento mucho mi participación, me da vergüenza e impotencia.

Yo entré al Ejército pensando en convertirme en un héroe para mi familia y lo único que llevé conmigo fue deshonor, deshonra y vergüenza, destruí sus vidas y, en el camino, la mía y la de mi familia.

Hoy trato de recoger los pedazos de mí que logré rescatar y asumir la enfermedad que esta situación me causó, como un recuerdo de que algo así jamás puede volver a ocurrir.



JUAN FERNANDO MONTOYA

Perdón a las madres, a los hijos, a los hermanos y a las viudas que sufrieron todo tipo de vejámenes por culpa de los miembros del Ejército, especialmente del BAJES, batería A.

Expreso un sincero y profundo arrepentimiento por todos los daños causados a sus familias, así como por las afectaciones causadas a sus propiedades, animales y a todo aquello que con esfuerzo construyeron.

Sé que por culpa de mis malas actuaciones pasaron múltiples necesidades, tuvieron que salir huyendo de sus territorios y abandonar lo que con el esfuerzo de toda su vida habían logrado conseguir. Mis actos los privaron del derecho de ver crecer a sus hijos y de cumplir sus sueños. Todo cambió a causa de mis decisiones, decisiones que no hicieron otra cosa que aumentar la violencia en los territorios, cuando, por el contrario, ustedes tenían el derecho institucional y constitucional de recibir protección y garantías.

Hoy escribo estas letras para expresar mi más sentido arrepentimiento por el sufrimiento que les pude haber ocasionado.

También soy una persona que tiene familia, esposa e hijos, y nunca me gustaría pasar por el sufrimiento que les ocasioné.

Por tales actos, pido perdón a Dios y a ustedes por el daño causado. Que Dios los llene de mucha fortaleza, y que aquellas personas que hoy se encuentran lejos de sus territorios puedan regresar, reconstruir sus sueños, volver a sembrar sus tierras, cuidar sus animales y recuperar sus proyectos de vida.

Que pueda brillar una luz de esperanza para todos y que, como sociedad, logremos alcanzar un camino verdadero de reconciliación.



WILSON HERNANDO BEDOYA BEDOYA

Reconciliación

Yo, Wilson Hernando Bedoya Bedoya, pertenecí, entre los años 2001 y 2007, al Batallón de Artillería N.º 4, desempeñándome en el área del Oriente antioqueño, en los municipios de San Carlos, San Luis, Granada, Guatapé, El Peñol, San Rafael y Cocorná.

Durante mi servicio en esta región se cometieron hechos por los cuales hoy me encuentro totalmente arrepentido, tanto con las víctimas como conmigo mismo.

Pido perdón y, de corazón, admito mi falta y mi responsabilidad frente a las familias del Oriente antioqueño, sobre todo con la familia de Norbey de Jesús, a quien dejé una madre con mucho dolor con metas y sueños por cumplir.

Sé que perder un ser querido no es fácil; es un proceso doloroso que deja un vacío enorme en el alma. Soy consciente de que con un simple perdón o disculpas no podré devolver la tranquilidad perdida, pero quiero, a través de esta carta, expresar que soy un ser humano con defectos y que deseo tener la oportunidad de enmendar lo sucedido. Por ello, pido de todo corazón perdón.

Ninguna palabra puede deshacer lo vivido, pero sí puede abrir caminos hacia la verdad, la reparación y la dignidad. Sabemos que la reconciliación no es un acto inmediato, sino un proceso que se construye con escucha, respeto y compromiso.



NEYDER AGUDELO BEDOYA

Carta de solicitud de perdón

Familia y comunidad afectada víctimas de los hechos cometidos,

Me dirijo a ustedes con las más sinceras disculpas por los hechos cometidos, reconociendo la gravedad de lo sucedido y la injusticia que esto genera. Escribo estas líneas no para justificar lo injustificable, sino para tratar de mitigar, en la medida de lo posible, una parte del daño causado. Esta carta nace desde la vergüenza, el remordimiento y la necesidad de reconocer lo sucedido.

Quiero ofrecer mis más sinceras disculpas por los hechos cometidos, por las vidas arrebatadas injustamente y por los falsos positivos que marcaron a tantas familias; dejando un vacío imposible de llenar. Reconozco no solo la gravedad de lo ocurrido, sino también la inmensa injusticia que esto generó en las familias que hoy siguen llorando a sus hijos, hermanos, padres, o seres queridos cuya vida fue arrebatada sin razón, sin verdad y sin humanidad.

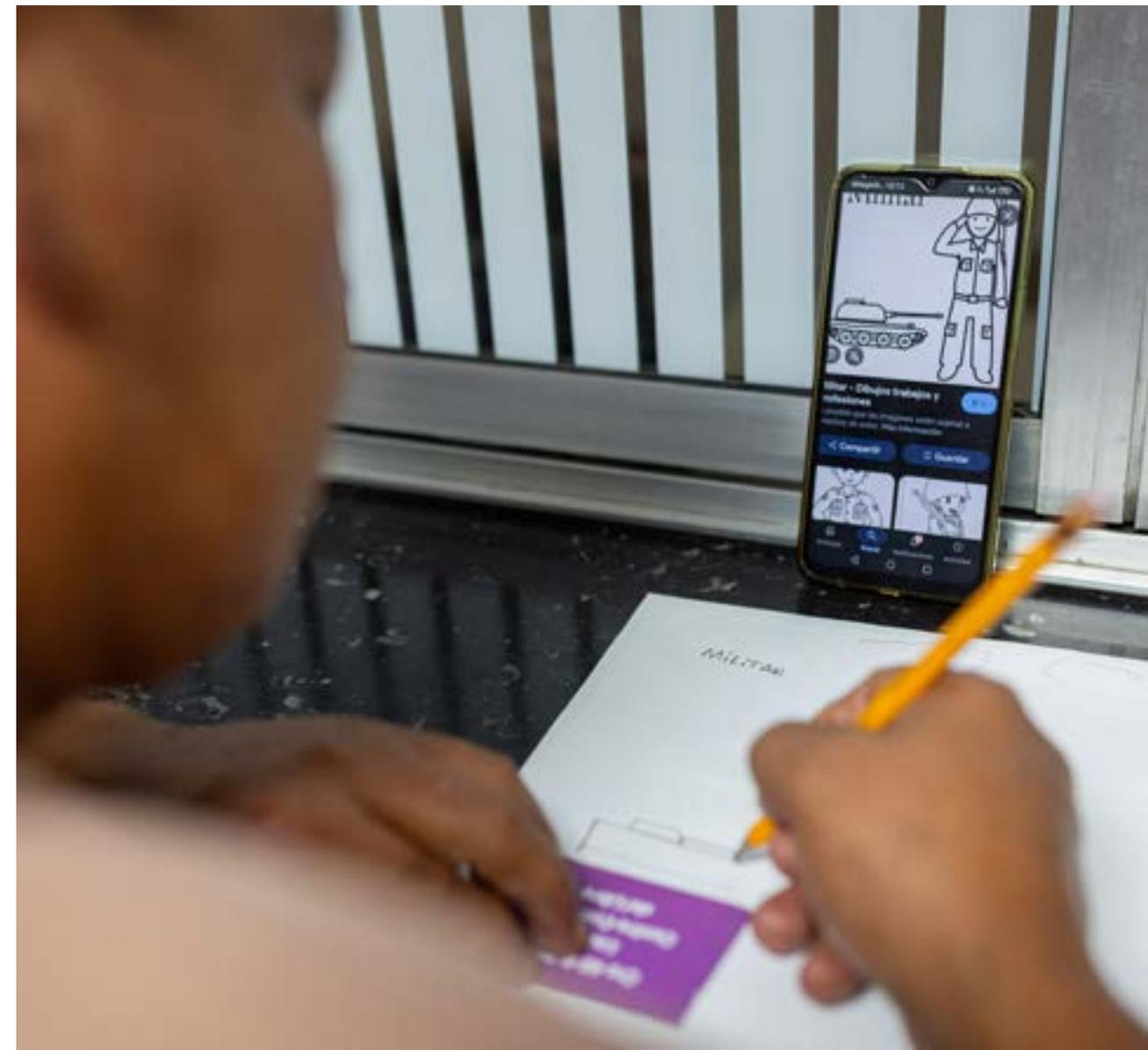
Perdón, perdón.

Sabemos que nada de lo que digamos borrará el sufrimiento que tuvieron que pasar, nada podrá devolverles a quienes perdieron, nada podrá deshacer la incertidumbre, el miedo, la rabia y la desesperación que vivieron al no encontrar una respuesta.

Los falsos positivos no fueron simplemente errores, fueron actos injustos, dolorosos y profundamente deshumanizantes. Estos hechos jamás debieron ocurrir no solo para ustedes, sino para el país entero. Pido perdón por el sufrimiento causado, por las noches interminables de angustia, por las madres que lloraron a sus hijos, por los padres que aún buscan explicaciones, por los hermanos que crecieron con un vacío y por las familias que no tuvieron un duelo digno. Perdón por haber roto hogares, por haber cambiado destinos, por haber oscurecido sueños y por haber provocado heridas que ni el tiempo ha podido cerrar.

Que esta carta sea un primer paso, aunque pequeño, hacia un camino que debe construirse con la verdad para que nunca más un hogar en Colombia tenga que atravesar el dolor que ustedes vivieron, causado por quienes debieron protegerlos.

Perdón.



BLADIMIR VITAL ARROYO

Familia Santa María Galeano

Cordial saludo.

Yo, Bladimir Vital Arroyo, me dirijo a ustedes con el corazón lleno de humildad y amor, para pedirles perdón por el daño causado años atrás, tanto físico como emocional.

No puedo ignorar el dolor que les he provocado, y por ello expreso mi más sincero arrepentimiento hacia sus hijos, padres, hermanos y familia en general. Reconozco que mis actos no estuvieron a la altura de lo que se espera de un soldado, ni de un ser humano. Lamento profundamente todo el sufrimiento ocasionado y les pido perdón por el dolor que han vivido por la pérdida de su ser querido.

Con estas palabras no busco justificar mis acciones, ni minimizar el dolor que han sentido, entiendo las consecuencias devastadoras para ustedes y me duele profundamente que mis acciones contribuyeron a su sufrimiento.

No espero que esto cambie el pasado, pero espero que en el futuro podamos encontrar una forma de convivir con esta terrible realidad.

Perdón...

Hedellin, Noviembre 23 de 2025.

Familia: Santa María Galeano.

Cordial Saludo.

Yo Bladimir Vital Arroyo, me dirijo a ustedes con el corazón lleno de humildad y amor, a pedirles perdón por el daño causado, tanto físico como mental, años atrás.

No puedo ignorar el dolor que les he causado, y por eso expreso mi más sincero arrepentimiento para su hijo, padres, hermanos y familia en general. Reconozco que mis actos no estuvieron a la altura de lo que se espera de un soldado, ni de un ser humano, lamento profundamente y perdóname el dolor que han pasado por la pérdida de su ser querido.

Con estas palabras no busco justificar mis acciones, ni minimizar el dolor que han sentido, entiendo las consecuencias devastadoras para ustedes y me duele profundamente que mis acciones contribuyeron a su sufrimiento. No espero que esto cambie el pasado, pero espero que en el futuro podamos encontrar una forma de convivir con esta terrible realidad.

Perdón...

LUIS GIOVANNY MEZA MONTOYA

Por medio de las siguientes líneas, de la forma más sincera, les pido perdón a las familias afectadas por mis acciones, que pudieron generar afectaciones a su entorno, tanto psicológicas como morales. Al igual que ustedes, soy una persona del campo, proveniente de una muy buena familia.

Por medio de esta carta me dirijo a ustedes para pedirles perdón, ya que en el momento y en el lugar donde sucedieron los hechos me encontraba ejerciendo un trabajo que me llevó a situaciones confusas, las cuales desencadenaron sucesos que nunca hubiera querido que pasaran.

Por tal motivo, hoy tengo la oportunidad de dirigirme a ustedes pidiéndoles perdón por los hechos ocurridos aquel día 2 de marzo del año 2022, en el municipio de San Rafael, Puente Las Balsas.

Perdón por callar ante los acontecimientos.

Nuevamente, perdón por el daño causado.



FRED ALEXANDER CAÑAVERAL RAMÍREZ

Yo, Fred Alexander Cañaverál Ramírez, me dirijo a las personas a quienes he herido, especialmente a las del Oriente antioqueño, a quienes he lastimado con mis acciones.

Desde mi corazón quiero expresar mi más sincero arrepentimiento por el dolor y el sufrimiento que causé con mis acciones, las cuales tuvieron un impacto muy negativo en sus vidas, y quiero asumir la responsabilidad por ello.

Quiero pedir perdón de corazón por tanto daño causado. Me arrepiento por el daño causado a esta madre, padre, hermano y a toda su familia. Me arrepiento por haber actuado tan irresponsablemente y quiero que sepan que estoy dispuesto a hacer lo necesario para reparar el daño causado. Quiero que sepan que estoy aquí para escuchar y apoyar en cualquier forma que pueda. También quiero que sepan que estoy comprometido a cambiar y a ser una mejor persona.

Queridas víctimas del conflicto en Antioquia, pido perdón de corazón por los hechos violentos que ocurrieron en nuestra región. Reconozco el dolor y el sufrimiento que causamos y me arrepiento profundamente de nuestras acciones.

Perdón por no haber hecho más para prevenir estos hechos, perdón por no haber estado allí para proteger a las comunidades más vulnerables, sino, por el contrario, causarles tanto daño. Hoy quiero ser parte de la solución, quiero ser un aliado en la lucha por la paz y la justicia. Quiero trabajar para que no se repitan estos hechos y para que las comunidades sean protegidas y apoyadas.

Estoy aquí para servir, para escuchar y para actuar. Juntos podemos construir una Antioquia mejor, con mucho compromiso y respeto.

23/11/25
Yo Fred Alexander Cañaverál Ramírez
me dirijo a las personas a quienes yo he herido
especialmente a las del oriente Antioqueño
a quienes yo he lastimado, con mis acciones
Desde mi corazón quiero expresar mi más sincero
arrepentimiento, por el dolor y el sufrimiento que
causa, con mis acciones tuvieron un impacto muy
negativo en vuestras vidas, y quiero asumir
la responsabilidad por ello.
Quiero pedir perdón de corazón por tanto daño
causado, me arrepiento por el daño causado a
esta madre, padre, hermano, y toda su familia
me arrepiento por haber actuado tan irresponsable-
mente, y quiero que sepan que estoy dispuesto
hacer lo necesario, para reparar el daño causado
quiero que sepan que estoy aquí para
escuchar y apoyar en cualquier forma que
pueda, también quiero que sepan que estoy
comprometido a cambiar y a ser una mejor
persona.



HILDER FERNEY SALDARRIAGA

Viudas, hijos huérfanos y familias destruidas, y comunidades afectadas; hermanos, padres, amigos y vecinos:

A todos, pedirles que Dios les siga dando mucha fortaleza y que puedan seguir adelante, por tanto daño causado sin haber tenido ninguna razón ni justificación nuestro actuar.

Sigan luchando por sus familias; no olviden que ustedes son buenas personas, de eso tengo la seguridad.

El pueblo, la comunidad, las personas, los niños y las mujeres no tienen la culpa de nuestro actuar. Ellos merecían el respeto, la dignidad y que el Ejército, en vez de haberles causado tanto daño y dolor, debió haberlos protegido.

Yo soy nacido y criado en el campo, junto a muchas de las personas a las cuales, en años pasados, sabiendo que eran buenas personas, permití que el Ejército les causara tanto daño. Solo yo sé cómo me sentía: miserable. Yo, que vengo del campo, que sé lo duro que es el día a día, y fui a manchar el nombre de miles de familias por el capricho de muchos que sí estaban estudiados y tenían el conocimiento de lo que estaban haciendo —o de lo que estábamos haciendo—, cuando nuestra misión era salvaguardar y cuidar a la ciudadanía, y más aún al campesino.

Hilder Ferney Saldarriaga

Viudas y hijos huérfanos y familias
destruidas y comunidades afectadas
hermanos, padres, amigos, BESINOS
añadas pedirles que Dios les siga dando
mucha fortaleza y puedan seguir adelante
por tanto daño causado sin haber
tenido ninguna razón ni justificación
nuestro actuar.

Sigan luchando por sus familias, no olviden
que ustedes son buenas personas de
eso tengo la seguridad.

el pueblo la comunidad
las personas niños
mujeres no tienen la
culpa de nuestro actuar
ellos merecían y merecen el
respeto la dignidad y
que el ejército en vez
de haberles causado tanto
daño y dolor debió haberlos
protegidos



ENIS EDUAR ALLÍN RENTERÍA

Quiero pedir disculpas sinceras por mis acciones. Me doy cuenta de que causé daño y me arrepiento profundamente por ello.

Prometo aprender de mis errores y hacer lo posible para no repetirlos.

Estoy verdaderamente arrepentido por mis acciones. Me doy cuenta de que no debí hacerlo y me comprometo a hacer todo lo posible para remediarlo.

Quiero comenzar esta carta expresando mi más profundo deseo de ser perdonado por la comunidad del Oriente antioqueño, por haber sido el causante de tanto dolor.

Por mi culpa, una familia llora la pérdida de su ser querido, lo cual dejó una huella imborrable en ellos y en mí.

Me arrepiento de todo corazón.

Eduar Allín ...

Quiero pedir disculpas sinceras por mis acciones. Me doy cuenta de que causé daño y me arrepiento profundamente.

Prometo aprender de mis errores y hacer lo posible para no repetirlos.

Estoy verdaderamente arrepentido por mis acciones, me doy cuenta de que no debí hacerlo y me comprometo a hacer lo posible para remediarlo.

UBIEL DE JESÚS RAMÍREZ VARGAS

Carta dirigida a las víctimas del Oriente antioqueño

Queridas víctimas del Oriente antioqueño:

Reciban estas palabras como un abrazo profundo, nacido del respeto y de la memoria. En esta tierra de montañas fuertes y cielos claros, ustedes han llevado sobre los hombros un dolor que ninguna comunidad debería conocer. Sin embargo, también han demostrado una dignidad y una capacidad de resistencia que iluminan el camino de todo un país.

Sabemos que ninguna carta puede devolver lo perdido, sanar lo irreparable o borrar el eco de lo vivido. Pero sí puede honrar su historia, reconocer su verdad y afirmar, con firmeza, que su sufrimiento no ha sido ni será ignorado.

Cada vida arrebatada, cada familia fracturada y cada silencio obligado merecen justicia, reparación y, sobre todo, memoria.

Hoy, el Oriente antioqueño sigue reconstruyéndose gracias a ustedes; a su valentía de nombrar el pasado, a su fuerza para levantar nuevamente sus hogares, a su decisión de transformar el dolor en esperanza. Ustedes son testimonio de que la paz no se decreta: se teje día a día con manos que, aun heridas, deciden no soltar la vida.

Que esta carta sirva para reiterarles que no están solos, que su historia es la historia de Colombia y que su lucha por la verdad y la dignidad es un faro para las generaciones que vienen. Que el futuro que construyen esté lleno de reconocimiento y oportunidades; y que el recuerdo de quienes ya no están se convierta en semilla de vida, no de miedo.

Con respeto profundo, con admiración y con la esperanza de un mañana distinto, les enviamos estas palabras, que quieren acompañarlos, aunque sea un poco, en su camino de reparación y memoria.

Que esta carta sirva para reiterarles que no están solos, que su historia es historia de Colombia, y que su lucha por la verdad y la dignidad es un faro para las generaciones que vienen. Que el futuro que construyen este lleno de reconocimiento, y oportunidades; y que el recuerdo de quienes ya no están se convierta en semilla de vida, no miedo

Con respeto profundo, con admiración y con la esperanza de un mañana distinto, les enviamos estas palabras, que quieren acompañarlos, a un que sea un poco, en su camino de reparación y memoria.

Con toda la solidaridad y el corazón abierto,

Ubiel de Jesús Ramírez Vargas

Medellín antioquia Colombia

JORGE DIEGO RUIZ FIGUEROA

Quiero pedir perdón al territorio de Cocorná por mis actos, por dañar su buen nombre. Algún día juré protegerte y no lo hice. Por el contrario, te desprotegí, Cocorná, perdóname. Hoy, después de tanto tiempo, vengo a pedirte perdón desde lo más profundo de mi corazón y mi alma. Estoy dispuesto a contribuir para recuperar tu buen nombre, solo quiero pedir perdón y dar gracias a mi familia y seres más cercanos porque me dieron el valor de contar la verdad y tener el valor para pedir perdón.

Familias colombianas

Hoy, quiero decirles a todas esas familias a esos pueblos tan hermosos de mi patria a los cuales un día juré proteger; quiero decirles a esas familias, madres, padres, hermanos, hijos: perdón por todo el daño causado hace tanto tiempo.

Hoy quiero que estas palabras lleguen a ustedes y con ellas mi arrepentimiento por los actos que cometí.

Creo que unas palabras no van a sanar ese dolor, pero sí pueden abrir las puertas de una reconciliación, de un perdón que anhelo profundamente, porque lo que más deseo es poder descansar de este sufrimiento y arrepentimiento.

Le escribo a esos seres humanos a los cuales les quitamos el derecho a una vida digna, solo por recibir órdenes ilógicas y que no iban con nuestros principios como fuerza pública.

Quiero pedir perdón desde el fondo de mi corazón y mi alma a la familia de esas 3 personas a las que les hicimos daños. Quiero decirles a esas madres que cometí un error en mi vida.

TERRITORIO Jorge Diego Ruiz

Quiero pedir al territorio de Cocorná por mis actos durante ese buen nombre como VEREDA, corregimiento.

Algún día juré protegerte y no lo hice, antes te desprotegí Cocorná perdóname hoy después de tanto tiempo vengo a pedirte desde lo más profundo de mi corazón, ALMA. Estoy dispuesto a contribuir para recuperar tu buen nombre, solo quiero pedirte perdón y dar gracias a mi familia y seres más cercanos: que me dieron el valor de contar la verdad y tener el valor de pedir perdón.

CRISTIAN YESID BARRERO PARDO

Los procedimientos ejecutados nunca fueron los justos ni necesarios, ni los que realmente pedía la situación que se estaba viviendo.

Pido disculpas a la gente de la región porque yo debí protegerlos y no abandonarlos junto con otros del Estado. Yo debí ser su protector y no su victimario; debí haber puesto mi sentido común por encima de las órdenes ilógicas y absurdas.

Siento rabia conmigo por no haber tenido una posición firme y defender mis principios, pero aún más que rabia es sentir que esto que llevo en el alma me va a acompañar por siempre. No sé cómo mirar a mis hijos para enseñarles a enmendar de la manera justa y correcta, para que nunca hagan daño, porque eso fue lo que yo hice en esa región.

Esta guerra es absurda y hace que nos vendamos al narcisismo de los demás. Esto nunca más puede volver a ocurrir y no me alcanzará la vida para poder reparar el daño hecho.

Reconozco el esfuerzo que hacen los campesinos al levantarse todos los días para producir los alimentos que consumimos, y valoro la calidad humana que siempre me ofrecieron cuando me acercaba a ellos.

Traicioné su paz y esto nunca volverá a pasar, porque estoy realmente comprometido con mis actos. He intentado educar de la mejor manera a mis hijos para que nunca cometan errores en contra de la gente y mucho menos le quiten la vida a alguien.

Gracias por este espacio. No me alcanzará la vida para pedir perdón a ustedes, las víctimas. Sepan que mi alma no está tranquila por lo hecho. Quiero contarles que me dio cáncer, mi familia se acabó, y todo esto y más no alcanza a ser ni la más mínima forma de pagar por mis errores.

Lo lamento por todo.

Los procedimientos ejecutados nunca fueron los justos y necesarios, ni los que realmente pedía la situación que se estaba viviendo en la región porque yo debí protegerlos y no abandonarlos junto con otros del estado. Yo debí ser su protector y no su victimario; debí haber puesto mi sentido común por encima de las órdenes ilógicas y absurdas.

Siempre me va a acompañar por siempre. No sé cómo mirar a mis hijos para enseñarles a enmendar de la manera justa y correcta, para que nunca hagan daño, porque eso fue lo que yo hice en esta región.

Esta guerra es absurda y hace que nos vendamos al narcisismo de los demás, esto nunca más puede volver a ocurrir y no me alcanzará la vida para poder reparar el daño hecho.

WALTER DUQUE GIRALDO

En estas cortas palabras quiero pedirle perdón, inicialmente, a Dios por ir en contra de su voluntad; solo Él puede tomar la decisión de dar y quitar la vida.

El dolor causado al quitar la vida de un ser querido solo lo conocen y lo viven esos dolientes, esas familias afectadas.

Perdón y mil veces perdón a esas víctimas, las cuales pasaron y pasan por un dolor que jamás se remedia.

El dolor más grande, o mi más grande arrepentimiento, es saber que las personas a quienes les hicimos daño son humildes campesinos, como lo fueron nuestros abuelos: personas con buenas costumbres, trabajadoras de la tierra y cultivadoras. De la misma manera fueron criados nuestros padres y también muchos de nosotros.

Mi pasión cuando niño fue haber sido militar y la imagen que tenía del Ejército es muy diferente a la que yo viví. Me veía pensionado en mi casa, con mi familia. Nunca pensé terminar de esta manera, pero no es una justificación. Fueron muchas vivencias vividas en las cuales siempre los perjudicados fueron la población civil; por eso aprovecho estos renglones para pedir perdón a aquellas personas que ofendí de muchas maneras, y también a todas aquellas regiones por las cuales estuve.

También pido perdón a la fauna, la vegetación y las aguas que, de alguna manera, también fueron ultrajadas. Las plantas y árboles fueron cortados con machete de forma innecesaria, y las aguas fueron ensuciadas por malos procedimientos.

Desde lo más profundo de mi corazón pido perdón de manera sincera y le pido mucha fortaleza a Dios para nunca volver a cometer ningún error en contra de la creación de Dios.

EN ESTAS CORTAS PALABRAS QUIERO PEDIRLE
PERDÓN INICIALMENTE A DIOS POR IR EN
CONTRA DE SU VOLUNTAD. SOLO EL PUEDE TO-
MAR LA DECISION DE DAR Y QUITAR LA
VIDA.
EL PENA CAUSADO AL QUITAR LA VIDA
A UN SER QUERIDO SOLO LO SABEN
Y VIVEN ESAS DOЛИENTES, ESAS FAMILIAS
AFECTADAS.
PERDÓN Y MIL VECES PERDÓN A ESAS VICTIMAS
LAS CUALES PASARON Y PASAN POR UN DOLOR
QUE JAMÁS SE REMEDIA.
EL DOLOR MÁS GRANDE O MI MÁS GRANDE ARREPEN-
TIMIENTO ES SABER QUE A LAS PERSONAS A LAS
CUALES LES HICIMOS DAÑO SON HUMILDES
CAMPEÑINOS COMO LO FUERON NUESTROS ABUELOS
PERSONAS CON BUENAS COSTUMBRES, TRABAJADORAS
DE LA TIERRA Y CULTIVADORAS. DE LA MISMA MANERA
FUERON CRIADOS NUESTROS PADRES Y TAMBIÉN NUESTROS
ABUELOS. MI PASIÓN CUANDO NIÑO FUE
HABER SIDO MILITAR Y LA IMAGEN QUE TENÍA
DEL EJÉRCITO ES MUY DIFERENTE A LA QUE
YO VIVÍ, ME VEÍA PENSIONADO EN MI CASA
Y CON MI FAMILIA. NUNCA PENSÉ TERMINAR DE ESTA
MANERA, PERO NO ES UNA JUSTIFICACION.
FUERON MUCHAS VIVENCIAS VIVIDAS EN LAS
CUALES SIEMPRE LOS PERJUDICADOS FUERON
LA POBLACION CIVIL, POR ESO APROVECHO
POR MEDIO DE ESTOS RENGLOÑES PEDIR PERDÓN
A AQUELLAS PERSONAS QUE OFENDÍ DE MUCHAS

Esta carta está dirigida a las víctimas de este conflicto al que tanto daño se les hizo. Me expreso desde mi corazón y totalmente arrepentido. Yo también soy un campesino, levantado con valores que, desafortunadamente, dentro del Ejército —donde supuestamente nuestra misión era ayudar al pueblo— se fueron perdiendo, porque estando allí empezaron a inculcarnos cosas que no se debían. Sin embargo, debido a eso hice cosas que no se debían.

Asesiné seres queridos de ustedes, causando mucho daño, incluso psicológico. Hoy por hoy me pongo en sus zapatos y me pregunto qué hice, por qué me dejé llevar a cometer estas malas acciones, dónde está ese ser querido que pudo ser un papá y que llevaba el sustento de su familia, pero que yo lo arrebaté del seno de su hogar. Eso no es justo, más aún en una región como el Oriente antioqueño, donde la gente es tan bella, que se saca el pan de la boca para darle a uno. Quiero que me perdonen por tanto daño que les he causado. Eso sí les digo: si volviera a nacer, al Ejército no volvería.

Diosito, también perdóname por haber causado tanto daño a mis hermanos. Que Diosito los tenga en su santa gloria.



DANIEL ANDRÉS PEÑA CORTÉS

A las víctimas del conflicto armado de la región de Antioquia, Oriente antioqueño, municipios de Cocorná, San Luis y Granada

Reciban un saludo lleno de respeto, solidaridad y profunda admiración por su fortaleza. Esta carta busca honrar su memoria, su dolor y su dignidad. Los años 2000 a 2010 marcaron un capítulo difícil de la historia, con hechos que dejaron heridas profundas en sus familias y en los corazones que aún hoy buscan respuestas y verdad.

Sabemos que ninguna palabra puede borrar lo vivido ni devolver lo perdido; sin embargo, queremos reconocer su historia, su resistencia y su derecho a la verdad, a la reparación de su dignidad y buen nombre, y a la no repetición. Ustedes no están solos. El país les debe mucho más que un reconocimiento: les debe compromiso y una paz real.

Esta carta es un acto simbólico de cercanía y una afirmación de que su dolor importa, sus voces cuentan y su lucha permanece en la memoria colectiva de todos los que creemos en una Colombia más justa y humana.

Entiendo que nuestros actos dejaron cicatrices que no se borran fácilmente: la pérdida de sus seres queridos y, en ocasiones, el desplazamiento, el silencio y el olvido; y, aun así, ustedes han permanecido en pie.

La experiencia me ha enseñado que no existen palabras para llenar el vacío que deja la ausencia de un ser querido...

Hoy, 20 años después, logro dimensionar las decisiones erradas que tomé como subteniente. Este tiempo me ha dado la oportunidad de reflexionar, evaluar y comprender la gran cantidad de situaciones en las que me involucré. Todo lo anterior para expresar mi sincero interés en pedir perdón a ustedes como víctimas. Quiero que sepan que este perdón va más allá de un requerimiento: es un ejercicio que busco a diario, el perdón de Dios, el perdón a mí mismo y el que anhelo de corazón de ustedes.

A las Víctimas del Conflicto Armado según Antioquia
Oriente antioqueño, municipios Cocorná, San Luis,
Granada.

Reciban un saludo lleno de respeto, solidaridad y
profunda admiración por su fortaleza. Esta carta busca
honrar su memoria, su dolor y su dignidad. En los
años 2000 al 2010 marcaron un capítulo difícil en
la historia, con hechos que dejaron heridas profundas
en sus familias, y en los corazones que aún hoy
buscan respuestas y verdad.

Sabemos que ninguna palabra puede borrar lo
vivido, ni devolver lo perdido. Sin embargo, queremos
reconocer su historia, su resistencia y su derecho a la verdad
a la reparación de su dignidad buen nombre y a la no
repetición. Ustedes no están solos. El país les debe
mucho más que un reconocimiento; les debe compromiso
y paz real.

Esta carta es un acto simbólico de cercanía y
una afirmación de que su dolor importa, sus voces
cuentan y su lucha sigue en la memoria colectiva de
todos los que creemos en una Colombia más justa y
humana.

Entiendo que nuestros actos dejaron cicatrices que no
se borran fácilmente. Perdido sus seres queridos, o en

WILLIAM FERNANDO MESA

Quiero escribirles a las víctimas y a la región y pedirles perdón por arrebatarles la vida.
Te pido perdón.

Yo, William Fernando, por medio de esta carta me reitero en pedirle perdón al señor Alirio Solano, al saber que ya son más de 20 años desde que partió de esta tierra natal, que como seres humanos, te arrebatamos la vida de esta manera tan cruel, sabiendo que eras una persona inocente. Hoy, con el corazón en el alma, lleno de humildad y amor, me dirijo a ti, Alirio, para pedirte perdón por mis acciones pasadas, que lastimaron a tu familia. No puedo ignorar el dolor que he causado a tu familia, amigos e hijos; por eso te escribo esta carta para expresar mi sincero arrepentimiento y pedirte, desde el cielo, que me perdones, y poder enmendar mis errores y reconstruir mi dolor, que no he podido sanar.

Reconozco plenamente que he cometido errores y que mis acciones han tenido un impacto negativo. Nunca fue mi intención hacerte este daño tan grande y lamento profundamente las consecuencias de mis actos. Me arrepiento sinceramente de haber dejado que mis acciones y mis decisiones irresponsables afectaran a sus familiares, amigos, etc.

Pido perdón a todas las víctimas que, de una u otra manera, sufrieron este daño tan grande.

Les pido, con el corazón, perdón a toda la comunidad campesina de los municipios de Granada y Santa Ana, y a todas las familias afectadas de esa comunidad.



JAVIER ANTONIO LASSO JIMÉNEZ

A las familias,

Siento haber dicho cosas tan ofensivas, totalmente inaceptables por mi parte, y ruego acepten mis humildes palabras de perdón, mis disculpas sinceras por esta experiencia de vida tan amarga y negativa, producto de mis acciones, en donde se irrespetó a un pueblo, a familias, a una institución, a una profesión y a un informe. No tengo excusas en mi actuar ni en mi comportamiento, pero sí existen mis más sinceras ganas y sentimientos de ofrendarles arrepentimiento y perdón, porque ese dolor no se olvida, y deseo dar algo de alivio al sentir de cada familia.

Confieso ante ustedes mi responsabilidad al arrebatarse las vidas de sus seres amados de manera violenta y cruel, al mancillar su buen nombre, asegurando sin mérito que eran “delincuentes”, y de esta manera dejar una herencia de mal nombre a familias y descendientes, causando estigmatización ante comunidades y la sociedad.

Cuando reflexiono sobre mis acciones pasadas, siento tristeza, dolor, frustración y temor ante Dios, porque imagino el daño que causé a esposas, hijos y padres: daño sentimental, emocional y económico, sin imaginar que, aun después de más de 20 años, estos hechos persisten y los persiguen. Sé que no hay forma de deshacer ni reparar por completo el daño que he causado, pero trabajo diariamente en dar ejemplos de vida, con valores éticos y morales a mis hijas, para que en el futuro no caigan en malas acciones que se les crucen en el camino. Ante ustedes, familiares, pido perdón por acciones que llenaron de dolor sus vidas. Perdón, perdón, perdón.

Me doy cuenta de que las palabras escritas en esta humilde carta son honestas y sinceras, y que en el pasado traté de esconder la verdad. Hoy me siento libre de poder expresar la verdad, el arrepentimiento y pedir perdón.

Espero que algún día pueda llegar a sus corazones con la posibilidad de una aceptación de perdón, siendo esta solo decisión de ustedes; no la espero de manera inmediata.



CARLOS ENRIQUE ALZATE SILVA

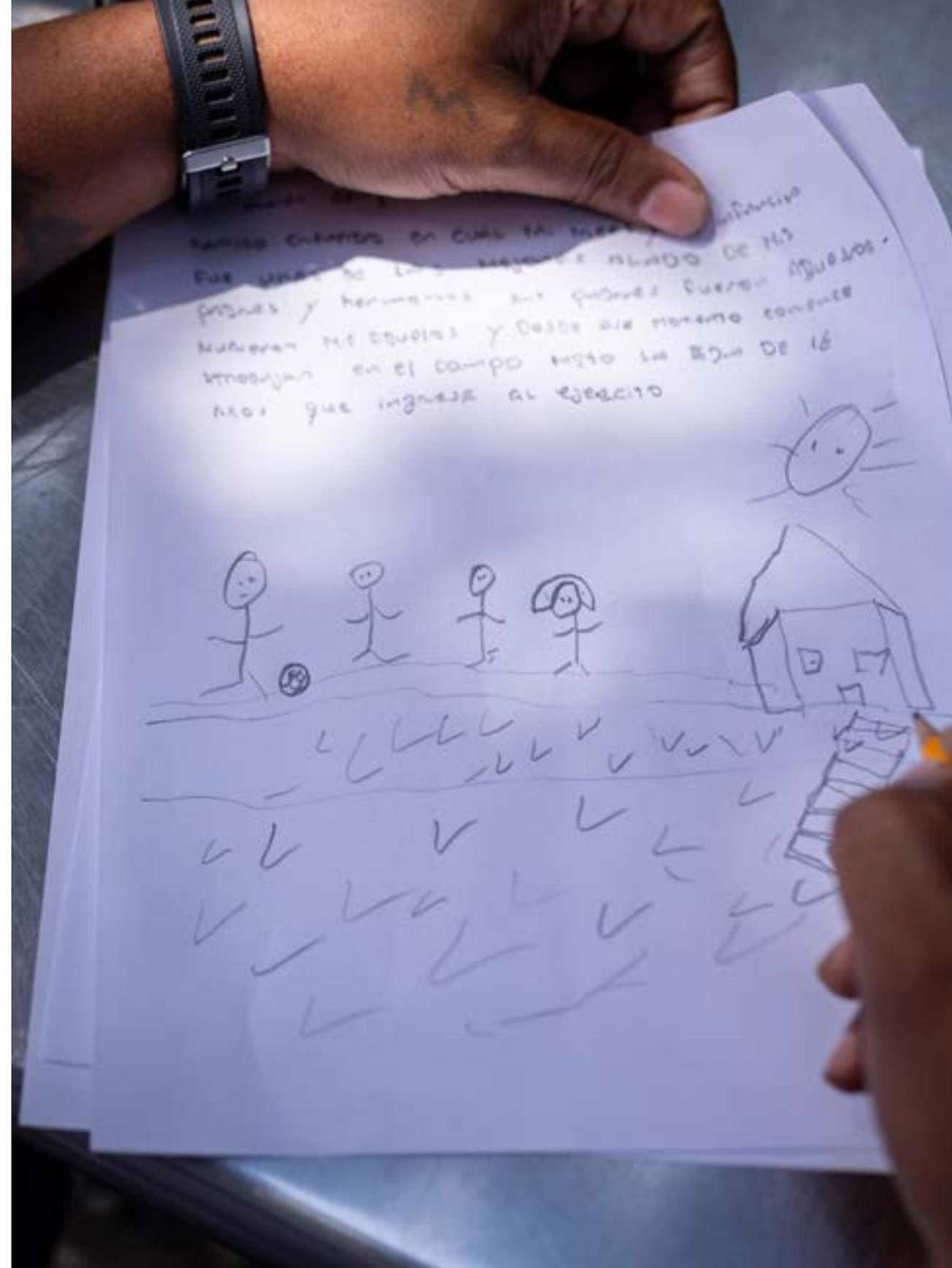
A la víctima que clama justicia desde la tierra

No es desconocido para nadie que el señor Norbey de Jesús Ceballos dejó en su familia un vacío inmenso, un vacío que no se repara de la noche a la mañana. No alcanzo a imaginar el sentimiento de la familia Ceballos Santamaría al saber que Norbey de Jesús fue vilmente asesinado por el Ejército Nacional, una institución que debía velar por la protección de todas las personas en Colombia.

Pido perdón por no hacer lo que debí hacer en su momento y velar por la defensa y la seguridad de las personas más vulnerables.

Es de admirar la valentía, la fuerza y la perseverancia de todas las víctimas de Cocorná, Granada, San Luis y San Carlos, entre otros, durante estos 20 años de una espera dolorosa y pesada. Pero su momento ha llegado: el momento de reconocer que don Norbey de Jesús fue esposo, padre e hijo, y que no era miembro de ningún grupo armado. Es hora de que la familia Ceballos Santamaría, como otras víctimas, vea su nombre limpio.

Como dije anteriormente, este reconocimiento es respetuoso y fraterno, aun sabiendo que el vacío y el dolor no desaparecen nunca de sus corazones.



ALFREDO ALONSO LORA

Carta a una sociedad, a un pueblo

Les escribo esta carta a todas esas familias que han vivido con tanto dolor, a un territorio que ha soportado tanto daño causado. Sangre. Lágrimas. Hoy quiero expresarles a ustedes, mis [ininteligible], cosas que nunca pensé como el militar que era. Les quiero decir a esos hijos, al papá, a la mamá y a los hermanos, que este es un sentimiento que quedará marcado para la historia.

Me siento muy arrepentido. Por mi actitud reconozco que me equivoqué y lamento profundamente haberles lastimado; mi intención nunca fue causar dolor, y me duele pensar que mis acciones pudieron haber afectado a un territorio y a una familia. Entiendo que no tengo excusas para mi comportamiento ni para mi responsabilidad; espero poder ser perdonado por ese daño social causado a esas familias.

De todo corazón pido perdón por cortarles los sueños a esas personas, al ser humano que tanto lucha por sus sueños, a esa humanidad, a una sociedad luchadora. De todo corazón les pido perdón. Espero poder ser perdonado.



CARLOS MARIO CALLEJAS MONSALVE

Carta para las víctimas del Oriente antioqueño, como Granada, Cocorná y San Luis

Quiero decirles a todas estas víctimas que reconozco mi responsabilidad en todo mi actuar. Como fuerza pública, quiero pedirles a todas estas personas a las que les fallé como institución que, en la medida de lo posible, me perdonen.

También quiero decirles a todas mis víctimas que nosotros, como fuerza pública, soñamos desde niños con ser militares para defender el país y vivir un sueño como todos. Pero en mi corazón jamás estuvo el deseo de llegar a los territorios a hacerles daño. Yo soy campesino y crecí en una finca cafetera en San Andrés de Cuerquía, Antioquia, donde nací y me crié, en un seno familiar donde me enseñaron principios básicos como persona. Me enseñaron a trabajar el campo y a respetar a las personas.

Siento mucha vergüenza y pena por haberme visto involucrado en estos tratos con la población de estos territorios del Oriente ya mencionados, donde habitan las víctimas. Quiero dejar muy claro que estas personas que asesinamos jamás tenían armas ni hubo combate: todas fueron sacadas de sus viviendas y posteriormente se les quitó la vida sin ninguna justificación, por órdenes de los comandantes. Hoy me arrepiento de esto y siento pena con las víctimas y con los colombianos por haber usado el uniforme para hacerle mal a nuestro pueblo.



DIEGO ARROYAVE CÉSPEDES

Durante mis dos años y medio como militar pasaron muchas cosas. En muchas ocasiones nos sentíamos queridos por los civiles porque hacíamos las cosas bien.

En otras, éramos el miedo de los campesinos, porque a todo el mundo lo tachábamos como colaborador de las guerrillas.

En ocasiones, por donde pasábamos cogíamos los productos que con tanto esfuerzo los campesinos cosechaban, pero el campesino, por miedo, no se atrevía a denunciar.

Hoy, con el pasar de los años y la madurez, me pregunto por qué hacíamos eso, si uno viene de familia campesina y eso no nos lo enseñaron en casa.

Si uno tuviera una segunda oportunidad, las cosas serían muy distintas, porque no es justo que esos campesinos hayan tenido que sufrir tanto por culpa de quienes estábamos ahí, nosotros que habíamos ido para ayudarlos.

Haber tenido que dejar sus tierras, enterrar a sus seres queridos por culpa de una violencia que no era con ellos. Solo eran campesinos cuyo pecado fue estar en la mitad del conflicto armado. No es justo con esas familias.

Hoy, con la mano en el corazón, les pido perdón a mi nombre y a nombre del Ejército Nacional por no haber tenido la madurez de hacer las cosas como debía ser.

El perdón es muy poco para lo que vivió la población civil.

No siendo más, pido perdón a Dios y a esas familias que tanto han sufrido.



HUGO LEÓN LONDOÑO

Hola:

Espero que te encuentres bien de salud. No es fácil pedir perdón cuando es uno el causante del daño que te hice. No sé cómo empezar sin volver a recordarte a tu ser querido, pero es inevitable no hablar de él [ininteligible], saber cómo era como hijo, hermano y padre, qué sueños tenía, metas y planes. Me gustaría escucharte, hablar contigo y pedirte perdón.

Estuvo mal y te lastimé. Me doy cuenta del dolor que te causé y me arrepiento profundamente. No hay excusa para lo que hice. Quiero pedirte perdón. Si tú estás dispuesto o dispuesta a escucharme, estoy aquí para oír lo que quieras decir, y respeto si no quieres hablar o perdonarme.

Te pido perdón por dañar el buen nombre de tu ser querido. No encuentro las palabras para expresar el sentimiento de pedir perdón.



EDUARDO GARCÍA HENAO

Cambiamos la historia

Buenas: me quiero referir así en el título de esta carta para que a otras personas que pasen por el Ejército no repitan la misma historia de horror que, por culpa de muchos de nosotros, unos, porque ocasionaron los hechos, y otros, como yo, por no haber dicho la verdad a tiempo, bien sea porque nos llenamos de cobardía y miedo, o algunos otros por obtener beneficios.

En fin, siguiendo con la historia, con el aporte de todo lo sucedido, no podemos permitir que se repita. Solo le pido a Dios que me perdone todo lo malo que ocasionamos y que les dé mucha fortaleza a las familias que, por culpa del Ejército, perdieron a sus seres queridos.

Por otro lado, quisiera que no solo las víctimas sepan la verdad; también la debe saber quien ingrese a nuestro Ejército, para que así piensen mejor y no se repita el horror de más muertes sin precedentes, las cuales destruyen de muchas formas tanto a las víctimas como a los victimarios, ya que cada persona cuenta con una familia que también sufre por los actos que cada uno de nosotros realizamos.

Es mejor que en un futuro se recobre la confianza que rompimos un día y que, en vez de arrepentimiento, se tengan triunfos reales que cambien la historia de un país, incluso de un mundo que nos brinda demasiadas cosas hermosas. Para terminar, entendamos que la vida es un regalo preciado de Dios y no un trofeo de guerra.



EIBER HERNÁN JARAMILLO

Mi carta es para las víctimas del conflicto armado:

Me dirijo a ustedes con profunda humildad para reconocer las faltas cometidas por parte de quienes, como integrantes de la fuerza pública, tuvimos la responsabilidad de protegerlos y, sin embargo, en dinámicas del conflicto armado, terminamos generando daño e impactos que marcaron sus vidas, sus familias y su territorio.

Hoy reconozco que nuestras acciones contribuyeron al dolor ocasionado a esa comunidad y que, en vez de brindar confianza y seguridad, en ocasiones causamos miedo.

A ustedes, víctimas de Sonsón, les expreso mis disculpas por el daño generado. Sé que ninguna palabra puede borrar lo vivido; por eso, este reconocimiento nace del compromiso de aportar a la verdad, la reparación y la no repetición.

Me comprometo a que mi voz y mis acciones estén siempre orientadas a la dignidad humana, al respeto y a la construcción de la paz. Espero que esta carta sea un paso hacia un futuro donde la confianza pueda renacer y donde nunca más se repita ni afecte a esta comunidad.

Mi carta es para los victimas del
conflicto armado

Me dirijo a ustedes con profunda humildad
Para reconocer los faltos cometidos por parte
de quienes de quienes como integrantes de la
fuerza publica tuvimos la responsabilidad
de protegerlos, y sin embargo en dinámicas
del conflicto armado, terminamos generando
daño, impacto que marcaron sus vidas,
sus familias, y su territorio.
Hoy reconozco que nuestras acciones
contribuyeron al dolor a esta comunidad
reconozco que en vez de brindar confianza
y seguridad, en ocasiones causamos miedo.
A ustedes victimas de Sonsón les
expreso mi disculpas, el daño generado
se que ninguna palabras, puedan borrar
lo vivido, este reconocimiento nace del
compromiso de aportar la verdad
la reparación y no a la repetición
me comprometo a que mi voz y mis acciones
estén siempre orientados a la dignidad
humana, al respeto y a la construcción de la
paz. espero que esta carta sea un paso
a un futuro donde la confianza, pueda
renacer y donde nunca mas se repita
afectando a esta comunidad
con respeto y sinceridad

AH Eiber H. Jaramillo

FRANCISCO ALEJANDRO PAZ JARAMILLO

Perdón a las víctimas

Lamento de corazón el dolor, la injusticia y las consecuencias de mis actos. Reconozco el sufrimiento que tuvieron que enfrentar y la ausencia irreparable de sus seres queridos.

En nombre propio y de la institución, expreso un perdón respetuoso y mi compromiso de que hechos como estos no se repetirán. Honro la memoria de las víctimas y el valor de sus familias, quienes merecen verdad, respeto y dignidad.

Medellín
23 NOV/25

**PERDÓN a las
VÍCTIMAS.**

LAMENTO de corazón el dolor, la
INJUSTICIA y las consecuencias por mis
actos cometidos, reconozco el sufrimiento
que tuvieron que enfrentar y la ausencia
irreparable de sus seres queridos.

EN nombre propio y de la institución, expreso
un perdón respetuoso y mi compromiso de
que hechos como estos no se repetirán.
Honro la memoria de las víctimas y el
valor de sus familias, quienes merecen,
Verdad, respeto y dignidad.

Con humildad y respeto: FRANCISCO
ALEJANDRO PAZ JARAMILLO
EJERCITO NACIONAL DE COLOMBIA

VÍCTIMAS: Tenacidad, coraje por tantos
años de espera por la verdad

JHON EDER GOEZ

Queridas víctimas del conflicto armado de Granada, Antioquia:

Empiezo con una reflexión diciéndoles que estoy profundamente arrepentido por lo que hice. Me doy cuenta de que mis acciones causaron daño y profundo dolor, por eso quiero pedir perdón de corazón.

Me siento abrumado por la culpa y el remordimiento; deseo que puedan encontrar la fuerza para perdonarme.

Espero que algún día puedan encontrar la paz, la tranquilidad y el perdón que tanto anhelan las víctimas y las comunidades de esta región de Antioquia.



JOHN JAILER MENA GONZÁLEZ

Pido perdón de corazón

De corazón pido perdón a todas las víctimas a quienes de alguna manera les hicimos daño los militares, y en especial yo. Les pido disculpas porque en ese momento era ignorante y no tenía pleno conocimiento del daño que estaba causando a esa familia, del dolor y el sufrimiento a sus padres y hermanos.

Hoy sé lo que están sintiendo y pido perdón nuevamente por haberle truncado los sueños a esa persona, por no haber pensado a tiempo las cosas. Hoy tengo la certeza de no repetir esos errores y de no hacerle daño a nadie.

Con el corazón lleno de humildad y amor, me dirijo a las víctimas para pedirles perdón por mis acciones pasadas, que lastimaron a una familia. No puedo ignorar el dolor causado; por eso expreso en esta carta mi sincero arrepentimiento.



JOSÉ URRUTIA MOSQUERA

Estimado pueblo antioqueño,

Les extiendo mis más sinceras disculpas por los incidentes ocurridos en fechas pasadas. Lamento profundamente lo sucedido y hemos tomado medidas internas para asegurar que una situación como esta no se repita en el futuro.

De antemano y de todo corazón pido perdón a toda la población por todo lo ocurrido en nuestro actuar durante nuestra trayectoria en este pueblo antioqueño tan maravilloso. Les pido perdón y prometo, de todo corazón, la no repetición.

Pido perdón a las familias de aquellas personas que, aun sin saber ni haber visto antes, fueron afectadas, teniendo claro que a un civil indefenso no se le debía disparar.

Hoy me arrepiento enormemente de lo ocurrido ante Dios y ante todas estas familias. No me cansaré de decirles: perdón, perdón.



MAURICIO QUINTERO FRANCO

Yo, señor cabo tercero Mauricio Quintero Franco, salí trasladado de la Escuela de Suboficiales del Ejército Nacional al Batallón de Artillería No. 4 "Coronel Jorge Eduardo Sánchez Rodríguez" el 1 de marzo del año 2002.

Pido perdón a las familias por el daño que les causé y por todas las afectaciones.

Reconozco el daño causado a la memoria del señor Orlando Ibarra Saldarriaga en el año 2002, en la vereda Santa Ana de Granada, Antioquia, Oriente antioqueño. Espero que sus hijos, su esposa y demás familiares me perdonen algún día.

Me arrepiento de corazón, con toda mi alma, por no haber hecho algo para evitar dicha tragedia, siendo militar formado en derechos humanos y respeto a la población civil.

Yo, Mauricio Quintero Franco, reitero que el señor Orlando Ibarra Saldarriaga no era guerrillero: era campesino, trabajador, con hijos, esposa y familia.

Pido perdón de corazón.

23-11-2025

Medellin Antioquia, Oriente Antioqueño
Yo señor Cabo Tercero Quintero Franco
MAURICIO Salí trasladado de la escuela de
Sub Oficiales del Ejército Nacional
Salí trasladado Al Batallón de Artillería
No. 4 Coronel Jorge Eduardo Sánchez
Rodríguez el año 2002 del 1 de marzo
Pido perdón a las familias el daño que
les cause y afectaciones yo reconozco
el daño causado a la memoria al
Señor Orlando Ibarra Saldarriaga
en el año 2002 en la vereda
Santa Ana de Granada Antioquia
del oriente Antioqueño. Espero que
los hijos, esposa y demás familias
me perdonen algún día me arrepiento
de corazón con toda mi alma en
No poder como algo y aver quitado
Dicha tragedia. Siendo militar
inculcado con los derechos humanos y
el respeto a la población civil
Yo Mauricio Quintero Franco reitero
que el señor Orlando Ibarra Saldarriaga
no era guerrillero el era campesino
trabajador campesino, trabajador
con hijos, esposa y demás familia
Pido perdón de corazón.

REYNEL CASTAÑO JARAMILLO

Camino a la reconciliación y al perdón

Yo, Reynel de Jesús Castaño Jaramillo, pido perdón a todas las víctimas por los daños causados tanto por mí como por otros miembros de la fuerza pública.

Para la fecha de marzo de 2004, perteneciendo al Batallón de Artillería No. 4 (BAJES), me encontraba en el municipio de El Peñol, vereda El Marial, donde perdió la vida José Morales, una persona inocente que solo quería llegar a su casa, pero que por nosotros, un grupo de militares haciendo las cosas mal, jamás llegó.

Hoy me arrepiento de todo corazón por los daños causados y por no haber hecho nada para salvar la vida del señor José Morales.

No solo perdió la vida el señor José Morales, sino que con este crimen destruimos una familia de bien, dejando a una madre sufriendo y a unos hermanos llenos de dolor.

Hoy pido perdón y expreso mis respetos a todas las víctimas y a la familia del señor José Morales. Espero que algún día puedan perdonarme, aunque sé que no es fácil. Le pido a Dios poder ganar el perdón de aquellas víctimas a las que causamos tanto daño.

Soy consciente de todos los daños causados a la familia del señor José Morales. Solo le pido a Dios que puedan perdonarme, pues debía salvaguardar la vida de las personas y solo causé dolor.

Me arrepiento del dolor causado y pido perdón a todas las víctimas.

Hoy soy una persona trabajadora, pero el dolor por lo que hice me invade constantemente. No encuentro la manera de enmendar el daño causado a una persona inocente como el señor José Morales.

Por más que uno intente ser una persona de bien, los daños causados no se olvidan; nos toca vivir con ese dolor y con el remordimiento por tanto sufrimiento ocasionado.



ALBERTO MÉNDEZ PINZÓN

Para la comunidad, mujeres y víctimas

Por medio de la presente epístola deseo presentar un sincero mensaje de arrepentimiento por todas aquellas acciones que se presentaron cuando yo era agente del Estado colombiano, en donde, por acciones y omisiones en la misión encomendada, se afectó y cambió la vida de una familia, una comunidad, una región y de unas mujeres que, sin tener un papel principal en ningún tipo de hostilidad, se vieron afectadas directamente.

Lo anterior cambió radicalmente sus proyectos de vida. Fuimos mal encaminados desde un concepto equivocado de la vida militar; nos dejamos llevar por malas enseñanzas, no aplicamos ni la moral ni la ética, nos dejamos guiar por pensamientos retrógrados e ilegales y no supimos diferenciar el cumplimiento de requerimientos de seguridad necesarios en nuestro país por querer presentar acciones que justificaran el esfuerzo que hace la sociedad para sostener sus Fuerzas Armadas.

Debemos ser conscientes de que tuvimos las herramientas necesarias para cumplir con la misión y no supimos darles el manejo adecuado. Pido a las víctimas que sepan perdonar nuestro accionar y nos permitan ser abrazados nuevamente dentro de la sociedad.



PASTOR ELIÉCER VILLA VILLA

En el año 2006 llegué a ser parte del Batallón de Infantería N.º 3 Bombardá (BIBAR), momento en el que juré defender a nuestra patria, Colombia, su gente, sus bienes y su dignidad.

Llegado el año 2007, ese juramento se rompió, ya que una persona inocente no solo perdió su vida, sino también su nombre, siendo señalada como bandido y haciéndole creer a la sociedad que había más tranquilidad porque había “un delincuente menos”, cuando en realidad los verdaderos delincuentes portaban las armas de la patria y la armadura de la mentira para cambiar la realidad ante investigadores y administradores de justicia.

Esa misma mentira se les hizo creer a los colombianos, causando un daño a las víctimas que humanamente es difícil de reparar. No solo se les arrebató la vida a las personas, sino también la tranquilidad, cargando no solo con el dolor, sino con la estigmatización.

Sin duda alguna, con actuaciones que se salieron del rumbo de la Constitución y la ley, se fracturó enormemente la confianza que la sociedad sentía por quienes portaban el uniforme y llevaban el nombre de soldados y héroes de la patria. Se confundió la exigencia de mantener el orden y la ley con acciones que terminaron siendo ejecuciones extrajudiciales, causando con esto, la desconfianza hacia las fuerzas legítimas del Estado.

La ruptura de las relaciones familiares no solo dejó a madres sin sus hijos, sino que obligó a muchas esposas a afrontar la vida como madres y padres, para sacar adelante a sus hijos pequeños y vulnerables sin esa figura paterna que nunca debió faltar.

Reconozco la valentía de las víctimas del Oriente antioqueño por la fortaleza con la que han resistido tanto dolor y por su resiliencia frente a todos los actores que hicimos parte del conflicto armado en Colombia.

Pastor Eliécer Villa Villa

Año 2006 donde llego a ser parte del batallón de Infantería No. 3 Bombardá "BIBAR" en el mismo donde juré defender nuestra Patria Colombia, su gente y sus bienes. Al igual que su dignidad.

H llegado el año 2007 este juramento se rompió, ya que una persona inocente no solo pierde su vida sino también su buen nombre, siendo denominado como un bandido y dándole a la sociedad que ya tendrían más tranquilidad porque hay un delincuente menos, pero cuando en la nube de la realidad los reales delincuentes portaban las armas de la patria y la armadura de la mentira para cambiar la realidad ante los antes investigadores y quienes administran la justicia. La misma mentira que le hacemos ver a los Colombianos, y causando esto un daño a las víctimas que humanamente es difícil reparar. El solo pensar que no solo se le arrebató las vidas a las personas sino que, también ~~se les arrebató la tranquilidad~~ se les arrebató la tranquilidad y no solo cargaron con el dolor sino con la estigmatización.

Sin duda alguna, con las actuaciones que se salieron del rumbo de la Constitución y la ley se fracturó enormemente la confianza que la sociedad sentía por quienes portaban el uniforme y llevaban el nombre de soldados y héroes de la patria, y solo porque se confundió la exigencia de mantener el orden y la ley lo que requería de un compromiso total por algo que resultó ser ~~sin~~ sin riesgos como lo fueron las ejecuciones extrajudiciales, causando esto la desconfianza en las fuerzas legítimas del estado.

La ruptura de las relaciones familiares no solo dejó a aquellas madres sin sus hijos sino que llevó a las esposas a afrontar la vida como madre y padre para poder sacar adelante a sus pequeños hijos y vulnerables sin esa figura paterna que nunca debió faltar.

HENRY RAÚL HOYOS MEJÍA

Carta 1

Pido perdón desde lo más profundo de mi alma a la familia a la que le causé tanto dolor por la pérdida de un ser querido, como lo es un padre.

Perdón por haber causado tanto dolor, perdón por no tener la fuerza en ese momento para denunciar.

Perdón por callar las mentiras que decían de tu familiar.
Perdón de todo corazón.

Carta 2

Cordial saludo:

A todas las víctimas que fueron desplazadas y víctimas de muerte, sin razón alguna, por parte de nuestra unidad militar, les pido perdón de todo corazón, desde lo más profundo de mi alma. Quiero decirles con todo respeto que me perdonen por no haber evitado la muerte de su familiar y por no haber denunciado a las autoridades competentes. Fui un cobarde por quedarme callado. En ese momento pensé en mi vida y no supe cómo reaccionar para poder evitarlo. Pido disculpas y perdón por dar testimonio falso de hechos que nunca sucedieron.

Por medio de esta carta pido perdón de todo corazón. Sé que no es fácil perdonar cuando se trata de un ser querido de la familia. A todo el Oriente antioqueño, pueblo pujante de gente trabajadora, humilde, servicial y muy colaboradora, mis más sinceras disculpas por el dolor causado. Hoy me siento muy arrepentido por no haber evitado llevar tanto dolor a su tierra.

No más muerte de gente campesina inocente.

MEDELLIN 22-11-2025 HENRY RAUL HOYOS MEJIA

CORDIAL SALUDO.

A TODAS LAS VÍCTIMAS QUE FUERON DESPLAZADAS Y VÍCTIMAS DE MUERTE SIN RAZÓN ALGUNA POR PARTE DE NUESTRA UNIDAD MILITAR. PEDIR PERDON DE TODO CORAZON EN LO MAS PROFUNDO DE MI ALMA.

QUIERO DECIRLES CON TODO RESPETO QUE ME PERDONEN POR NO HABER EVITADO LA MUERTE DE SU FAMILIAR. POR NO HABER DENUNCIADO A LAS AUTORIDADES COMPETENTE.

FUE UN COBARDA POR QUEDARME CALLADO. EN ESE MOMENTO PENSE EN MI VIDA Y NO SUPE COMO REACCIONAR EN ESE MOMENTO PARA PODER EVITARLO.

PIDO DISCULPA Y PERDON POR DAR TESTIMONIO FALSO QUE NUNCA SUCCEDIERON.

POR MEDIO DE ESTA CARTA PIDO PERDON DE TODO CORAZON SE QUE NO ES FACIL PERDONAR YA QUE FUE UN SER QUERIDO DE LA FAMILIA.

A TODO EL ORIENTE ANTIOQUEÑO QUE ES UN PUEBLO PUJANTE DE GENTE TRABAJADORA, HUMILDE, SERVICIAL, MUY COLABORADORA.

MIS MAS SINCERAS DISCULPAS POR EL DOLOR CAUSADO. HOY ME SIENTO MUY ARREPENTIDO POR NO HABER EVITADO LLEVARLE TANTO DOLOR A SU TIERRA.

JHON JANDER ORTIZ HIGUITA

Carta dirigida a la comunidad de Sonsón, Argelia, Nariño y a todo el Oriente antioqueño, así como a toda la sociedad en general

Hoy escribo estas palabras con profunda humildad y sincero arrepentimiento. El motivo de esta carta es ofrecer una disculpa pública e inequívoca por mis decisiones y omisiones, especialmente a las familias de esta región, a quienes les causé mucho daño arrebatándoles un hijo, un padre y un hermano.

Reconozco plenamente el impacto negativo y el daño que estas acciones causaron, no solo a nivel individual, sino también en el tejido de nuestra Colombia, en esta región del Oriente antioqueño y en la confianza de la sociedad.

Comprendo que el dolor, la frustración y la decepción generados son legítimos y merecen un reconocimiento honesto.

No hay justificación que pueda atenuar la gravedad de lo ocurrido y asumo la total responsabilidad por lo cual participé, quizás por omisión, en hechos que tuvieron graves consecuencias. Fallé a la Constitución y a una sociedad que prometí proteger; por eso hoy pido perdón de la manera más sentida. Sé que este es el primer paso hacia la reparación: el reconocimiento del daño causado a familias de estas regiones, específicamente Argelia, Nariño, Sonsón y sus veredas.

Todas estas malas decisiones dañaron la confianza pública, la reputación de una institución, la tranquilidad de unas familias y de una sociedad entera.

Es mi deber y mi compromiso personal ir más allá de las palabras para demostrar un cambio real y duradero. Por esta razón, expreso mi compromiso firme de tomar acciones concretas para mitigar el daño causado.

Estoy activamente involucrado en un proceso de profunda introspección para comprender la raíz de mis errores y garantizar que no se repitan jamás.

Jhon Jander Ortiz Higuita
23 Noviembre 2025 - Medellín Antioquia.

Carta dirigida a la Comunidad de Sonsón, Argelia Nariño y todo el oriente Antioqueño, y a toda una Sociedad en General.

Hoy escribo estas palabras con profunda humildad y sincero arrepentimiento. El motivo de esta carta es ofrecer una disculpa pública e inequívoca por mis decisiones y omisiones, especialmente a estas familias de esta región la cual les cause mucho daño arrebatándoles un hijo, un padre, y hermano.

Reconozco plenamente el impacto negativo y el daño que estas han causado, no solo a nivel individual si no también en el tejido de nuestra Colombia y esta región del oriente Antioqueño y en la confianza de la sociedad.

Comprendo que el dolor, la frustración y la decepción generados son legítimos y merecen un reconocimiento honesto.

No hay justificación que pueda atenuar la gravedad de lo ocurrido y asumo la total responsabilidad por los cuales y participe quizás por omisión, la cual tuvieron unas consecuencias estos actos, fui yo quien fallo a una constitucion y a una sociedad la cual prometí proteger, es por eso que hoy pido perdón de la manera mas sentida y se que es el primer paso hacia la reparación, es el

Estoy dispuesto a ofrecer la máxima transparencia posible para reconstruir la confianza perdida, sabiendo que este es un camino largo que debe ganarse día tras día.

No espero que este perdón sea inmediato, pues sé que la confianza debe reconstruirse con hechos y con el tiempo. Lo único que pido es una oportunidad para demostrar, a través de mis futuras acciones, que mi arrepentimiento es genuino y que estoy dedicado a ser una persona y un miembro de la sociedad mejor y más responsable.

Reitero mis disculpas y mi perdón con la más sincera de mis intenciones.

También quiero agregar otras palabras.

Creo que con nuestras actuaciones causamos mucho daño cuando presentamos a estas personas como delincuentes o como menos valiosas o peligrosas sin serlo.

Las consecuencias fueron inmediatas e implicaron que se pusiera en duda su palabra y se manchara su buen nombre y reputación frente a su familia, su comunidad y la sociedad.

También hubo efectos de estigmatización, lo cual puede llevar a una familia a humillaciones y malos tratos.

Impacto social:

Se rompe la confianza entre las personas y se debilitan los lazos de apoyo y solidaridad dentro del barrio, la vereda o el municipio.

También surge la pérdida de confianza de los ciudadanos en las instituciones y en los representantes del Estado, cuando nosotros, como agentes del Estado, no cumplimos con nuestro deber fundamental de proteger a la gente y garantizar sus derechos.

Reitero mi más profundo perdón y arrepentimiento a las familias a las que les causé tanto daño por mis acciones.

Gracias a todos y muchas bendiciones.

reconocimiento, se que el daño causado y afectando
unas familias de estas regiones, específicamente
estas regiones de la Brigolia, Nariño, Sonson y veredas.
Todas estas malas acciones dañaron la confianza
publica, la reputación de una institución, la tranquilidad
de unas familias y una sociedad entera.
Es mi deber y mi compromiso personal y poder ir
mas alla de las palabras, para demostrar un cambio.
un cambio real y duradero. Por esto razón deseo
expresar mi compromiso firme para tomar acciones
concretas para mitigar el daño causado.

Estoy activamente involucrado en un proceso de
profunda introspección para comprender la raíz de
mis errores y garantizar que no se repitan jamás.
Estoy dispuesto a ofrecer mi máxima transparencia
posible para reconstruir la confianza perdida,
sabiendo que este es un camino largo que debe
ganarse día tras día.

No espero que este perdón sea inmediato, pues se
que la confianza debe reconstruirse con hechos y
con el tiempo. Lo único que pido es una oportuni-
dad para demostrar a través de mis futuras accio-
nes que mi arrepentimiento es genuino y que estoy
dedicado a ser una persona y un miembro de la
sociedad mejor y más responsable.
Reitero mis disculpas y perdón con las más sinceras
de mis intenciones.



JORGE ENRIQUE VÉLEZ DELISCHERFF

Carta de compareciente ante la JEP Jorge Vélez

Hoy, de forma sumisa y consciente, les pido perdón a los familiares del señor Uriel Antonio García Giraldo, quien fue víctima de una ejecución extrajudicial, y reconozco que de forma no directa contribuí con falso testimonio.

Lo hice sin pensar que detrás de esta persona había una esposa e hijos que lo esperaban, dejando a esta familia sin su pilar fundamental: su padre y su integrante familiar.

A la señora Cruz Dora Quintero y a sus hijos les pido fortaleza y que nos tengan compasión hacia quienes, de una u otra forma, no supimos salvaguardar su integridad familiar.

A mí, como persona, esta acción voluntaria o involuntaria me trajo demasiadas consecuencias negativas en mi vida: pérdida del trabajo, persecución judicial, pérdida de confianza en mí mismo, afectación psicológica y corporal, y ruptura de mi grupo familiar. Solo a través de estas afectaciones comprendí el daño que, estando en el Ejército, le causé a una familia, pues para mí la familia siempre será lo más importante, para que la humanidad prospere.

Les envío un abrazo escrito y, si pudiera darlo personalmente, aquí estoy dispuesto a darlo.
Dios los bendiga.

Carta De Compareciente ante JEP. Jorge Vélez. 23-11-2021

Hoy de forma sumisa y consciente les pido perdón a los familiares del señor Uriel Antonio García Giraldo quien fue víctima de ejecución extrajudicial y de forma no directa contribuí con falso testimonio. acorde a la Constitución política Colombiana. Sin pensar que detrás de esta persona había una esposa e hijos quienes esperaban y tenían su pilar fundamental desando esta familia sin su pilar fundamental su papa. o integrante familiar ala Señora Esposa Cruz Dora Quintero e hijos les pido fortaleza y compasion de los que de una o otra forma no supimos salvaguardar su integridad familiar ami como persona dicha accion voluntaria o involuntaria me trajo demasiadas consecuencias negativas a. mi vida. pérdida del trabajo, persecucion judicial, perdida de confianza a mi mismo, afectacion psicologica y corporal ruptura de mi grupo familiar. Solo con estas afectaciones que tube me di cuenta del daño que estando en el ejercito le cause a una familia. ya que para mi la familia siempre sera lo más importante para que la humanidad prospere. les envío un abrazo escrito y si lo pudiera dar personalmente estoy dispuesto Dios los bendiga.

Jorge Vélez

NELSON ENRIQUE ÚSUGA HIGUITA

No hay palabras para explicar el sufrimiento y las lágrimas derramadas. No es fácil; la situación es dura, sé que duele y no es fácil de olvidar, pero debemos avanzar y pedirles perdón por el daño causado a ustedes.

Quiero expresar mi más profundo dolor y mi arrepentimiento por los hechos violentos que ocurrieron en esa región, reconocer el dolor que causamos y pedir perdón de corazón por mis acciones, por haberles arrebatado la vida a sus seres queridos.

ROBINSON GIRALDO MANCO

Familias de las víctimas, cordial saludo:

Yo, Robinson Giraldo Manco, soldado del BAJES, de antemano espero que se encuentren bien de salud y de ánimo. Sé que con estas palabras no podemos reparar lo que hemos hecho, pero son palabras que quisiera que lleguen al corazón y puedan darnos el perdón que esperamos.

Son palabras muy sinceras para que puedan vivir más tranquilos, y nosotros también, y puedan sacar el dolor que llevamos por dentro, tanto ustedes como nosotros, y así poder vivir más tranquilos.



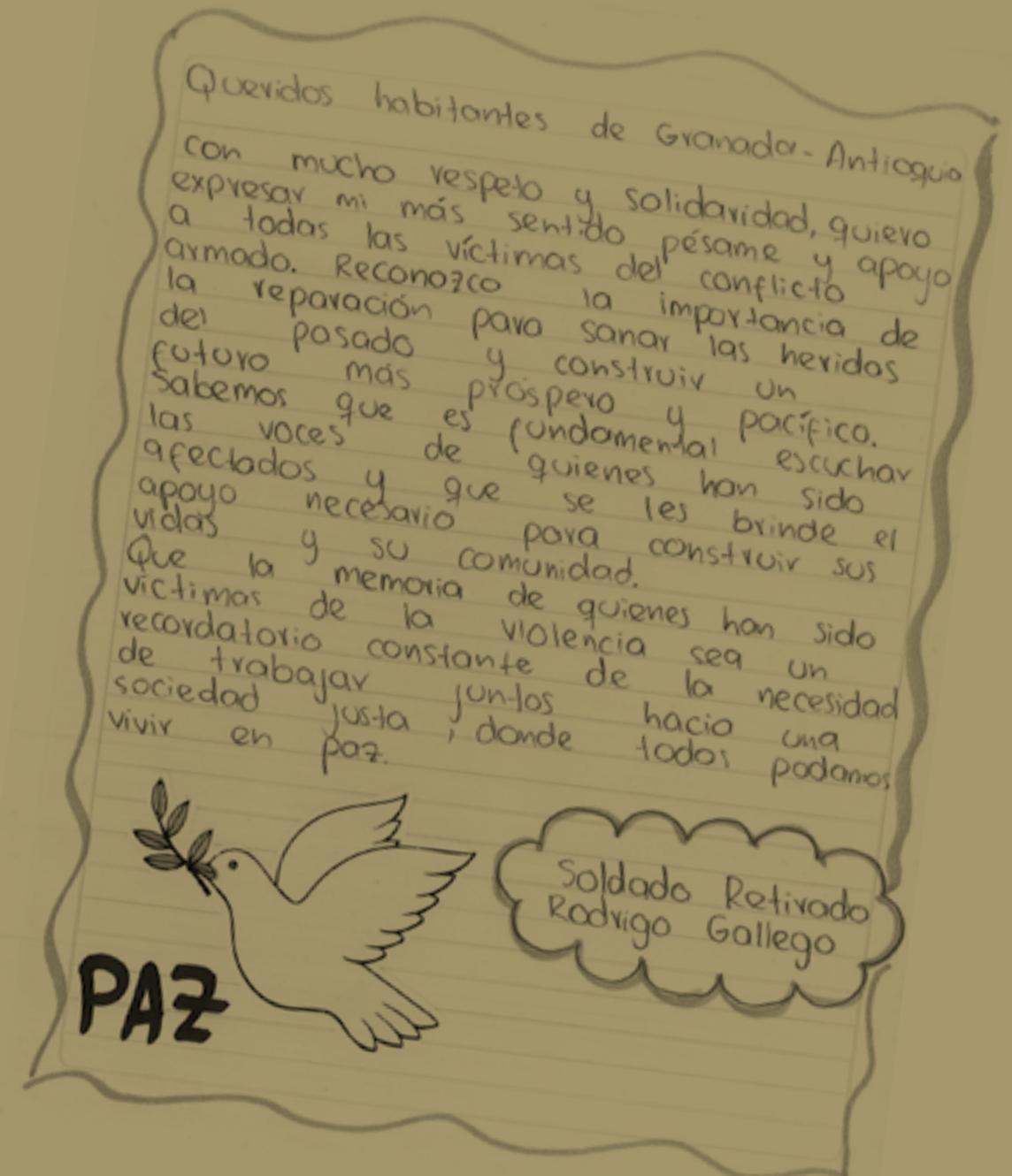
RODRIGO GALLEGO GARCÍA

Queridos habitantes de Granada, Antioquia:

Con mucho respeto y solidaridad, quiero expresar mi más sentido pésame y apoyo a todas las víctimas del conflicto armado. Reconozco la importancia de la reparación para sanar las heridas del pasado y construir un futuro más próspero y pacífico.

Sabemos que es fundamental escuchar las voces de quienes han sido afectados y que se les brinde el apoyo necesario para reconstruir sus vidas y su comunidad.

Que la memoria de quienes han sido víctimas de la violencia sea un recordatorio constante de la necesidad de trabajar juntos hacia una sociedad justa, donde todos podamos vivir en paz.



LUIS ALFONSO TANGARIFE NARVÁEZ

Escribo estas líneas antes de que la oscuridad del tiempo borre mis recuerdos y mi memoria, y estos se pierdan para siempre en el olvido.

A la señora madre, a las hermanas y hermanos, y a los demás familiares, vecinos, amigos y a la comunidad en general de quienes en vida respondieron a los nombres de Andrés Fernando Guarín Marín y Diego Guarín Marín: no pasa un solo día sin que me arrepienta profundamente de lo ocurrido.

Desde aquella noche fatídica en la que irrumpimos en sus vidas — únicamente porque alguien los había señalado— cargo con el peso de esa decisión injusta. Yo, en representación del Ejército Nacional y junto a otros compañeros, de manera arbitraria e ilegítima, los sustrajimos de sus hogares y, sin ninguna justificación moral, legal ni humana, les arrebatamos la vida.

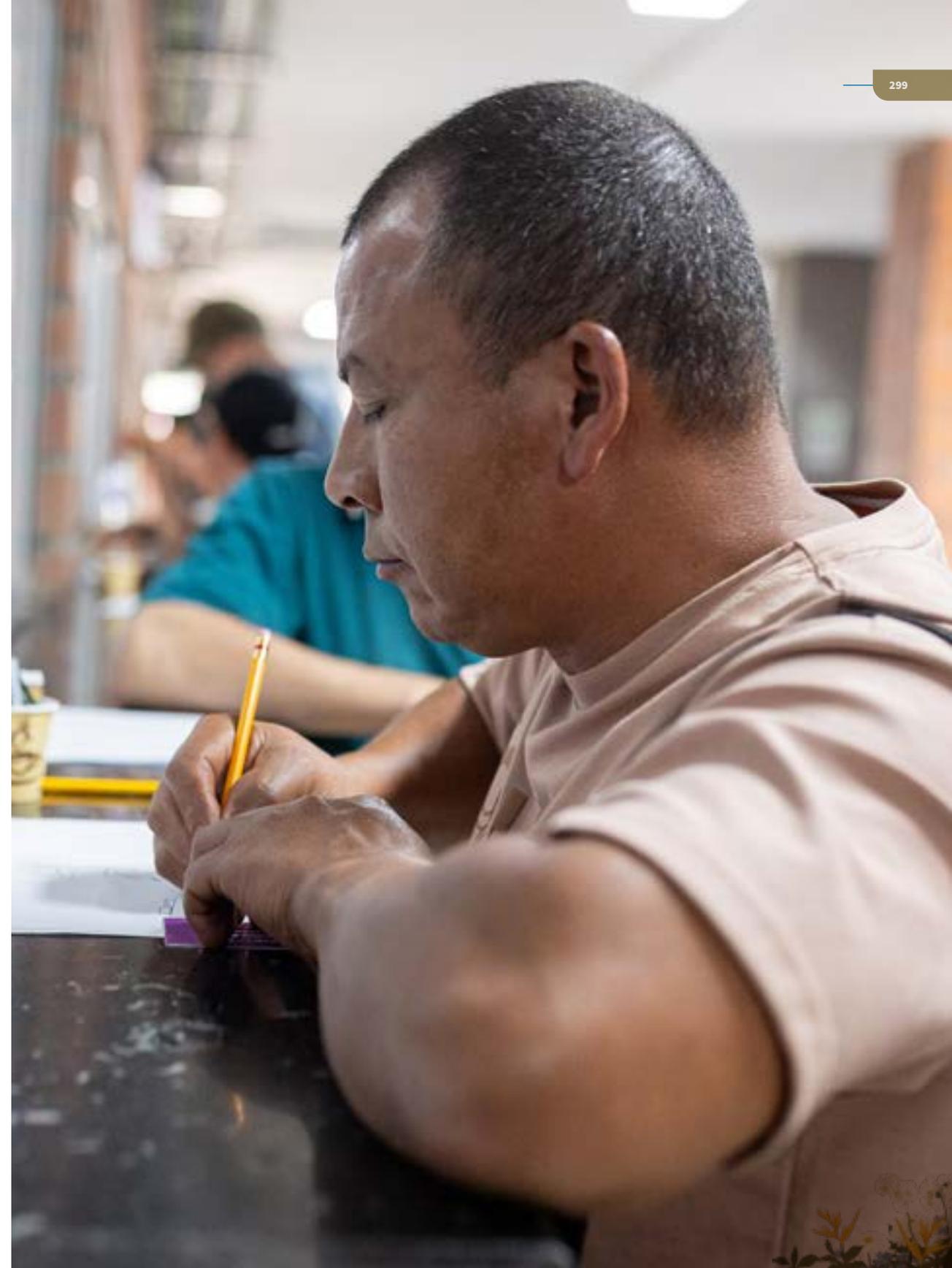
Solo pienso en el dolor, la angustia, la desesperanza que han padecido en sus vidas. Pienso en los sueños y esperanzas que Andrés Fernando y Diego tenían. Pienso en la vulnerabilidad a la que los sometimos, arrebatándoles a sus seres queridos.

Pienso y lo siento de todo corazón, porque sé que a partir de esa trágica noche sus vidas quedaron marcadas para siempre; ya nada volvería a ser igual.

Pido perdón no solo por haberles quitado la vida a sus seres queridos, sino por la difamación que, ya estando muertos, sufrieron sus nombres.

Pido perdón porque durante muchos años se intentó justificar su muerte señalándolos de ser integrantes de grupos armados.

Reconozco el profundo daño causado por mis acciones, que han generado sufrimiento, destrucción del tejido social de sus familias, temor y zozobra en las comunidades.



LEONARDO OQUENDO SUCERQUIA

Para la familia García Parra

Hoy quiero pedirles perdón por el daño que les causé. Estoy profundamente arrepentido y, desde el día en que ocurrieron los hechos, no ha pasado un solo momento en el que no piense en ustedes y en el dolor que les provoqué.

Ese sentimiento se hizo aún más fuerte cuando tuve la oportunidad de conocer personalmente a los hermanos y a la sobrina de las víctimas. Al escucharlos y mirarlos a los ojos, comprendí con mayor claridad cuánto han sufrido durante todos estos años como consecuencia de mis acciones.

En el momento de los hechos no dimensioné la gravedad del daño que estaba causando, ni el impacto irreversible que tendría para su familia. Hoy pienso en qué habría sido de Gustavo Alirio García Parra y Jorge Albeiro García Parra si hoy estuvieran con vida, en todo lo que pudieron ser y en lo que les fue arrebatado injustamente.

A través de esta carta quiero limpiar su nombre y dejar constancia de la verdad: ellos no eran guerrilleros. Fueron señalados falsamente y nosotros los hicimos pasar como integrantes de un grupo armado ilegal, cuando en realidad eran campesinos, personas civiles e inocentes.

Gracias al proceso adelantado ante la JEP comprendí, muchos años después, que eran hermanos y que con nuestros actos causamos un daño inmenso e irreparable a una familia entera.

Reconozco que, en el momento de los hechos, actuamos de manera errada, guiados por la estigmatización con la que mirábamos a la población del Oriente antioqueño. Disparamos únicamente porque corrieron. Al verificar la situación, supimos que no portaban armas y que eran civiles. En ese instante sentí un profundo malestar y no fui capaz siquiera de volver a mirarlos.

Nada de esto tiene justificación. Asumo mi responsabilidad y pido perdón desde lo más profundo de mi conciencia.

Estos dos hermanos nunca se salen del pensamiento, y espero que su familia y Dios me puedan perdonar por causarles tanto daño.

Pido perdón a la comunidad y a la familia García Parra.



HERLINDO ANTONIO BRAVO RESTREPO

Esta carta va dirigida a la señora Ana Leonilde Arias, madre de la niña Luz Estelly Morales Arias, asesinada y presentada como baja en combate, y a todos sus hermanos; también les pido perdón.

En esta carta quiero explicarles y expresarles cómo me he sentido desde aquel 18 de septiembre de 2003, un día que marcó mi vida para siempre. Ese día viví algo profundamente terrorífico, no solo porque fue la primera vez que presencié un hecho de esa magnitud dentro del Ejército, sino porque comprendí, aunque demasiado tarde, que habíamos cruzado un límite que jamás debió ser traspasado.

Siento mucho todo el mal que les hicimos y el dolor que les causamos; me arrepiento de todo lo que hicimos en su vereda y en su municipio, Granada, Antioquia.

Desde niño mi sueño era pertenecer al Ejército Nacional, pero hoy lo que siento es vergüenza de haber pertenecido a un Ejército que, en vez de ayudar a los campesinos, lo que hizo fue destruir a su paso todo lo que encontraba, no solo quitándoles la vida y los sueños a personas inocentes, sino también quitándoles sus animales y dañando sus cultivos y sus casas. Cuando nos desplazábamos y llegábamos a un alambrado, cortábamos las cuerdas para pasar sin pensar en el sacrificio que ustedes hacían para cercar esos potreros y cultivos. Les pido perdón porque cuando pasamos por casas solas cogíamos las gallinas sin pensar en su sacrificio para obtener su diario vivir.

Todos los días le pido perdón a Dios por tanto daño causado, y no sé si algún día obtendré el perdón, pero de lo que sí estoy seguro es de que, por mi parte, nunca en mi vida repetiré algo así y nunca más quiero volver a utilizar un arma.

Medellin 23-7-2025 Antonio Bravo

esta carta va dirigida a la señora Ana Leonilde Arias Madre de la niña Luz Estelly Morales Arias asesinada y presentada como una baja en combate, y a todos sus hermanos, también les pido perdón.

En esta carta quiero explicarles y expresarles como me siento desde aquel día 18 de septiembre del 2003, ese día viví algo terrorífico para mí, ya que era la primera vez que vivía eso en el Ejército, desde ese día empese a decepcionarme del ejército y de mí mismo ese día debí retirarme del ejército, pero no lo hice, ahora solo me queda pedirles perdón aunque se que no lo merezco.

siento mucho todo el mal que les hicimos y el dolor que les causamos, me arrepiento de todo lo que hicimos en su vereda y su municipio Granada Antioquia.

Desde niño mi sueño era pertenecer al Ejército Nacional pero hoy lo que siento es vergüenza de haber pertenecido a un Ejército que en vez de ayudar a los campesinos lo que hizo fue destruir a su paso todo lo que encontraba, no solo quitándoles la vida y sus sueños, si no también quitándoles sus animales y dañando sus cultivos y sus casas, cuando nos desplazábamos y llegábamos a un alambrado machábamos, o cortamos las cuerdas para pasar sin pensar en el sacrificio que ustedes hacían para cercar esos potreros y cultivos, les pido perdón por que cuando pasamos por casas solas cogíamos las gallinas sin pensar en su sacrificio para obtener sus

LUIS FERNANDO TORO PIEDRAHÍTA

Nubes negras

El verde de las montañas y el azul del cielo despejado reflejaban la felicidad de las familias que habitaban las veredas de Cocorná. Esa esperanza parecía haber vuelto cuando el Estado envió sus tropas con el propósito de proteger a una población que durante años había sido golpeada por la violencia. Llegamos, sí, pero no para proteger. La violencia también llegó; lo hizo disfrazada de autoridad. Secuestramos la piedad; la compasión nunca existió.

Aquella noche destruimos un hogar. Un niño o una niña quedó huérfano, una esposa quedó viuda. Le arrebatamos a Rubén Darío Morales Hincapié la posibilidad de volver a sentir el abrazo de su familia. Lo asesinamos injustamente, cegados por el veneno que anidó en el corazón de quienes fuimos llamados a proteger y a servir. Desde ese día cubrí de nubes negras el cielo que alguna vez fue azul para la familia Morales.

Hoy, después de tantos años callando —un silencio que no merece la familia del señor Rubén Darío—, reconozco que ese hecho jamás debió ocurrir. Reconozco también que mi silencio contribuyó a prolongar esa oscuridad. Yo supe lo que había pasado y no tuve el valor de alzar la voz. Fui responsable de quitarle la vida, de arrebatarse su tiempo, su dignidad y su derecho a existir. Nada justifica que la vida de Rubén Darío Morales Hincapié haya sido arrebatada de manera tan injusta e inhumana.

Reconozco mi responsabilidad. Sé que pude haber hecho más y no lo hice. Por eso hoy les pido perdón, familia Morales: perdón por haberlos matado en vida, por condenarlos a cargar con una ausencia irreparable que transformó su historia para siempre.

Les pido perdón por haber sido parte de una maquinaria que sembró dolor y dejó hogares vacíos. Sé que esta carta no devuelve la vida ni borra el sufrimiento, pero desde la verdad quiero que sepan que hoy

Medellín, 23 de noviembre de 2025

Familia Morales:

Nubes Negras.

El verde de las montañas y el azul del cielo despejado que reflejaba la felicidad de las familias que vivían en las veredas de Cocorná.

La esperanza había vuelto en el momento en que el estado envió sus tropas con el objetivo de proteger a una población que por tantos años fue golpeada por el poder de las balas, y así fue, llegamos pero no a proteger, por el contrario, la violencia llegó disfrazada de autoridad, secuestramos la piedad y la compasión nunca existió.

Aquella noche destruimos un hogar, un niño o niña quedó huérfano, una esposa quedó viuda, le arrebatamos a Rubén Darío Morales Hincapié, la oportunidad de volver a sentir el calor de su familia, lo asesinamos solo porque el veneno en el corazón de los que fuimos llamados a proteger, habló. Desde ese día cubrímos de nubes negras el cielo azul de la familia Morales.

Hoy después de tantos años callando, un silencio que no merece la familia del señor Rubén Darío, un hecho que nunca debió ocurrir, quiero reconocer que mi silencio contribuyó a esa oscuridad. Yo supe todo, y no tuve el valor de alzar la voz, no fui quien le quitó la vida, pero tampoco lo evité, no hice nada cuando la vida y la dignidad del señor Rubén Darío Morales fue arrebatada injustamente, demostrando con esto falta de humanidad. Reconozco mi responsabilidad, sé que puede hacer más y les pido perdón familia Morales, perdón por

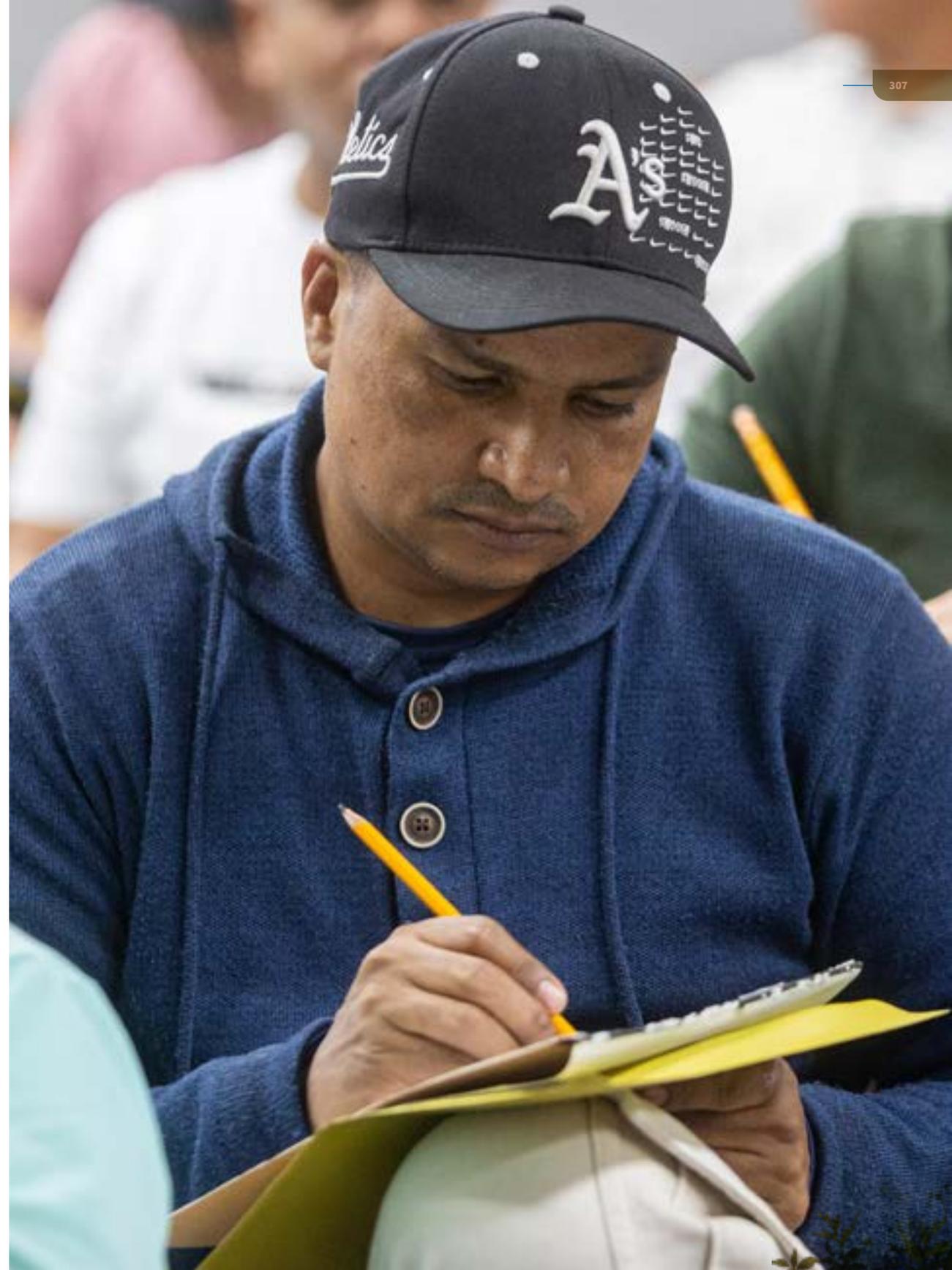
estoy aquí dispuesto a aportar en todo lo que esté a mi alcance para reparar, y para que hechos como este no vuelvan a repetirse. Quiero contribuir a que esas “nubes negras” empiecen a disiparse con la verdad que debí decir hace años.

Ojalá estas palabras puedan ser, al menos, un pequeño rayo de luz en medio de tanta oscuridad.

Perdón, señor Rubén Darío Morales Hincapié.

Perdón, familia Morales.

Lo lamento desde lo más profundo de mi ser.



FREDDY ALBERTO ALFONSO MARTÍNEZ

Le escribo a la tierra, a esa tierra del Oriente antioqueño que también fue víctima. A esa madre tierra a la que le arrebatamos a muchos de sus mejores hijos. Hoy, desde lo más profundo de mi corazón, con la certeza de haber vivido una transformación personal, de ser plenamente consciente de los daños causados y de estar dispuesto a contribuir a su restauración en la medida de lo posible, reconozco mi responsabilidad.

Me dirijo a todo el territorio y, de manera especial, a mis víctimas directas, Miller y Pedro Pablo, y a sus familias. Lo hago con el corazón compungido y con un sentimiento profundo y sincero de arrepentimiento. Reconozco de manera plena mi responsabilidad en estos hechos dolorosos. Reconozco que mis acciones afectaron no solo a sus familias, sino a todo el colectivo social, y que incumplí el juramento que asumí de ser garante de derechos para la población.

El único “error” de Miller y Pedro Pablo fue estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Integrantes de un grupo paramilitar que operaba en su municipio los acusaron falsamente de ser milicianos y colaboradores de la guerrilla, únicamente porque trabajaban durante el día en sus parcelas y regresaban al pueblo en las noches. Esa acusación fue absolutamente falsa. Su único “delito” fue mantener su rutina de vida y buscar el sustento digno para sus familias.

Como miembro del Ejército, también los estigmatizamos. Dimos por hecho que pertenecían a grupos armados al margen de la ley. Hoy, ante el territorio y, especialmente, ante sus familias, reconozco que esa acusación fue una mentira grave y dolorosa. Miller y Pedro Pablo no fueron delincuentes, no tuvieron ningún vínculo con grupo armado alguno; fueron civiles, habitantes del territorio, cuyos derechos fundamentales fueron vulnerados por quienes teníamos la obligación constitucional de protegerlos.

Su final fue, tristemente, el mismo que el de muchos colombianos en condición de vulnerabilidad en el Oriente antioqueño: pasaron a engrosar estadísticas presentadas falsamente para justificar lo injustificable.

Por estos hechos pasé seis años privado de la libertad, tiempo que me permitió reflexionar, asumir mi responsabilidad y tomar la decisión de contar toda la verdad que las víctimas han reclamado durante años.

Hoy no pido perdón, porque sé que, por mis actos, probablemente no lo merezco. Pero sí asumo un compromiso firme e inquebrantable: honrar la memoria de quienes ya no están, trabajar por la justicia social, aportar a la no repetición de estos crímenes atroces, contribuir a la reconciliación en los territorios y hacerlo siempre desde la verdad colectiva. Me comprometo también a propender para que la institucionalidad no vuelva a abandonar los territorios, acompañe a las víctimas y garantice de manera real sus derechos.

Le escribo a esta tierra que herimos y a las personas que vulneramos, con la esperanza de que, con el tiempo y con acciones concretas, este arrepentimiento genuino pueda contribuir, aunque sea de manera mínima, a la reconstrucción del tejido social y a la recuperación de la paz que tanto anhela el Oriente antioqueño.

Hoy, al resarcir el buen nombre de las víctimas, tengo la certeza de que desde las entrañas de esa misma tierra que violentamos, sus voces claman para que esta tragedia humana jamás vuelva a repetirse.

¡Nunca más!

JUAN CARLOS OVIEDO REINOSO

Saludos y bendiciones del Dios Todopoderoso a quien lea estas palabras. Mi nombre es Juan Carlos Oviedo Reinoso, nacido en 1979 en la ciudad de Cali, Valle, hijo de Omar Oviedo Torres y Estella Reinoso Díaz. Mi vida militar inició a los 17 años, en 1997, cuando ingresé al Ejército Nacional de Colombia, ascendiendo a suboficial en 1999.

Por causa del conflicto armado colombiano participé en varias operaciones militares. Pertencí a unidades de primera línea como la Fuerza de Despliegue Rápido (FUDRA), con una excelente hoja de servicio, hasta que en el año 2005 torcí mi camino. Traicioné mis valores, mi juramento, a mi bandera y a quienes tanto amo; hice daño a quienes juré defender, algo que en mi alma nunca me perdonaré.

Hoy, 20 años después, cuando causé daño a la familia Cañas Moreno, al participar en la muerte de su hijo Fausto, no tengo más que arrepentimiento y solo puedo pedir perdón. Con información sesgada y no comprobada del DAS y del S2 del BIOSP, me ordenaron seguir y capturar a los hermanos Cañas Moreno por una situación de robo y violación de una mujer y una niña de 13 años; situación que nunca fue comprobada, como bien lo mencionó la Fiscalía de Colombia. Este hecho fue un estigma a la dignidad y al buen nombre de esta familia.

El 8 de diciembre de 2005, en una vía rural, a eso de las 8 o 9 de la noche, retuve a Fausto por tener una restricción domiciliaria por tráfico y porte de drogas, antecedente que no era de mi competencia como militar, solo una excusa para entregarlo al S2 del BIOSP. Quienes llegaron con el comandante de mi pelotón, sargento Quiroz, en un camión, recogieron mi patrulla y a Fausto. Me llevaron a la base militar que comandaba y ellos siguieron en el camión con Fausto. Al otro día, en el programa militar por radio de comunicaciones, en horas de la mañana, reportaron a Fausto como muerto en un enfrentamiento con el Ejército.

Después se montó una mentira para rendir declaración al juez militar y así engañar al sistema judicial.

73 de noviembre del 2025
Saludos y bendiciones del Dios Todopoderoso a quien lea estas palabras. Mi nombre es Juan Carlos Oviedo Reinoso, nacido en 1979 en la ciudad de Cali -Valle, hijo de Omar Oviedo Torres y Estella Reinoso Díaz. Mi vida militar inició a los 17 años en 1997 cuando ingresé al Ejército Nacional de Colombia. Ascendiendo a Suboficial en 1999.

Por causa del conflicto armado colombiano participé en varias operaciones militares, pertencí a unidades de primera línea como la Fuerza de Despliegue Rápido (Fudra), con una excelente hoja de servicio, hasta que en el año 2005 torcí mi camino. Traicione mis valores, mi juramento a mi bandera, que tanto amo, hice daño a lo que juré defender. Algo que en mi alma nunca me perdonaré a mí mismo.

Hoy 20 años después, cuando cause daño a una familia "Cañas Moreno", al participar en la muerte de su hijo Fausto, no tengo más que arrepentimiento, y solo puedo pedir perdón. Con información sesgada y no comprobada del DAS y del S2 del BIOSP, me ordenaron seguir y capturar a los hermanos Cañas Moreno, por una situación de Robo y Violación de una mujer y una niña de 13 años, situación que nunca fue comprobada, como bien lo mencionó la Fiscalía de Colombia lo menciono, hecho que fue un solo estigma a la dignidad y buen nombre de esta familia. El 8 de diciembre del 2005, en una vía rural, a eso de las 8 o 9 de la noche retuve a Fausto, por tener una restricción domiciliaria en Tráfico y porte de drogas, antecedente que

Esta verdad que escribo en esta carta es para que su familia, mi familia y mi país puedan saber la verdad de esa degradación del conflicto, donde por un egoísmo solo importó dar resultados como fuera, sin pensar en el daño tan inmenso que se le hizo a la institución, al país, a mi familia y a mí mismo, y a la familia de Fausto, truncando su vida. Perdón es lo único que puedo solicitar, y sé que sin merecerlo.

El día 30 de mayo del año 2006 fue asesinado, en desarrollo de una operación militar, Diego Silver García Suaza. Días antes se estaba realizando un seguimiento a una banda delincencial; realizamos un operativo y Diego, quien estaba en esta banda, quedó herido en el cruce de disparos. Yo, como militar, debí haberlo auxiliado y no permitir que acabaran con su vida; su herida era en una pierna, no era letal. No lo auxilié, lo dejé solo y fue rematado.

Lo que más me atormenta y duele en mi alma fue antes de retirarme: Diego me habló de su hija pequeña, recién nacida, que no quería morir, que quería estar con su hija. No lo protegí, no evité su muerte, cuando según el DIH ya era una persona en indefensión; si era delincuente o no, no era mi justicia ni la de quienes estaban conmigo. Ya son 19 años; esa niña hoy es una mujer que creció sin conocer a su padre, y una madre que quedó sola con su hija. Un dolor causado que nunca se va a reparar. No actué dentro de las leyes que juré defender.

¿Cómo pedir perdón a esta familia? Sé que no lo merezco.

El 12 de agosto de 2006, Rony Flórez Arboleda fue llevado por miembros del S2 del BIOSP a un sitio rural donde me habían ordenado “emboscarlo” para dar de baja a un supuesto paramilitar peligroso.

En la emboscada, Rony no estaba armado; se le colocó una escopeta y se fingió un combate inexistente. Rony murió en indefensión.

Años después, por investigaciones de la Fiscalía, se determinó que Rony nunca fue un paramilitar; era un joven que fue al Batallón Ospina buscando ingreso como soldado. Fue engañado y llevado para ser asesinado.

A pesar de que no lo maté con mi rifle, fui cómplice al no haber guiado las reglas del combate. Si lo hubiera hecho, este joven estaría vivo. Mi culpa es muy grande y el dolor en mi alma no tiene cura; hasta mi última tumba llevaré esta responsabilidad.

El daño causado a estas tres personas, a estos tres jóvenes, no se puede remediar. El dolor de sus familias y la ausencia de ellas en sus vidas es un vacío que nunca se va a poder llenar.

He vivido y seguiré viviendo con ese dolor, culpa y arrepentimiento. De nada me sirve haber defendido esta democracia colombiana, arriesgando mi vida en tantas ocasiones; la memoria de mis compañeros muertos en combate, los heridos y mutilados. ¿De qué sirvió entregar mi juventud si todo lo dañé en un solo año?

No sé cómo pedir perdón, y mucho menos cómo perdonarme a mí mismo. Es imposible devolver el tiempo o dar otra oportunidad.

Quiero que las familias de estos tres jóvenes tengan un mínimo consuelo en la verdad; que sepan de mi arrepentimiento y del dolor con el que solicito, si es posible, algún día su perdón. Sé que no lo merezco.

Estas palabras, escritas de mi puño, vienen de lo más profundo de mi ser. Pido mil veces, y un millón de veces más, perdón a Fausto, Diego y Rony; a sus familias, a mi familia, al Ejército y a mi país. Mi único recurso es la misericordia de Dios Supremo, que ve mi corazón. Bendiciones de Aquel que reina en las alturas. Dios te bendiga, querido lector.

Con profundo respeto.



YIMY DE JESÚS MONTENEGRO CHAVARRÍA

Solicitud de perdón y arrepentimiento

Cordial saludo:

Animado por el profundo respeto que siento y profeso por ustedes, como vecinos en los territorios a los cuales yo, Yeimy Montenegro, les causé tanto daño al arrebatar de sus hogares a los jóvenes Elkin Antonio Marín Guevara, Miguel Ángel Parra, Luis Santiago Franco Juárez y Germán Alberto Martínez Marín; quiero pedirles perdón.

Perdón por truncar sus sueños; perdón por arrebatarles la vida; perdón por ese inmenso sufrimiento que les he causado. Daría lo que fuera por detener el tiempo y protegerlos para que estuvieran con vida.

Durante mis años privado de la libertad experimenté un profundo proceso de arrepentimiento y reflexión dolorosa por el daño que les causé.

Sé que hoy no puedo hacer algo para remediar el daño causado, pero yo, con infinito respeto por ustedes y por esos jóvenes, acepto mi responsabilidad de manera sincera y les pido perdón.

Al escribir esta carta siento un fuerte nudo en la garganta que me ahoga al quedarme sin aire, consciente del daño causado por mis actos y decisiones, los cuales no tienen justificación.

Siento que traicioné a la naturaleza y su santuario multiespecie en la vereda Los Planes del municipio de San Luis, Antioquia, cuando ingresé con mi tropa y causé ese daño. Quisiera revertir esos hechos que sumergieron a las familias afectadas en tanto sufrimiento y dolor.

Pido perdón a las madres, esposas, hijos y hermanas, a quienes les arrebaté el amor, la compañía y la protección de esos jóvenes que cuidaban de ustedes con tanto amor.

Asimismo, pido perdón a los padres, hijos y hermanos por haberlos privado de esos compañeros incondicionales que siempre estuvieron atentos para apoyarlos, acompañarlos, escucharlos, protegerlos y orientarlos cada vez que fue necesario.

Quiero que sepan que siento infinita vergüenza y arrepentimiento, y sé que sus familiares no eran miembros de ningún grupo armado o subversivo. Yo, con mis actuaciones y decisiones, les fallé y traicioné la confianza que ustedes y ellos tenían en el Ejército Nacional.

En ese sentido, manifiesto también mi sincera disposición para reparar, de alguna manera, el daño causado. No tengo manera de devolverles a sus seres queridos, pero seguiré orando a Dios para que les dé consuelo y fuerza para continuar adelante.

Me arrepiento desde mi alma y mi corazón por la forma tan vil en la que asesiné a sus seres queridos y, una vez más, les pido perdón.



LEOVIGILDO MENA PINILLA

El día de hoy, yo, Leo Mena, en uso de mis facultades físicas y mentales, reconozco que tuve responsabilidad en el mal uso de mis acciones, en las cuales pude haber actuado de manera diferente al callar en los diferentes escenarios en los que se afectaron familias y personas ajenas a nuestro deber. Reconozco que esto nunca debió haber sucedido de la manera en que se dio, arrebatándoles la vida a personas que nuestro deber era proteger.

También dejo saber que personalmente esta situación me llevó a perder la confianza en el Ejército, por lo que entiendo que muchas de las cosas que se hacían mal se presentaban de manera maquillada, buscando desviar la claridad de los hechos. De la misma manera, se transmitía terror y temor a la población civil, en especial al pueblo de Granada, donde patrullé durante mucho tiempo.

Esto permitió que la población civil perdiera la confianza en el Ejército, estigmatizando a la comunidad entera, quitándoles a sus hermanos, padres, hijos, hijas y familias enteras, sin dimensionar el gran dolor causado, no solo a una familia, sino a un pueblo entero.

Dejamos madres con zozobra, sin saber a dónde fue a parar su hijo.

Alguien salió de su casa despidiéndose de su madre creyendo volver en unas cuantas horas, y nunca más volvió por encontrarse con el Ejército: la institución que pensó que lo protegía y que terminó arrebatándole la vida.

Hoy quiero expresar de manera consciente que ningún colombiano, de ninguna región, pueblo o comunidad, debe ser estigmatizado como lo fueron los municipios de Granada, Cocorná y otros pueblos del Oriente antioqueño.

Desde lo más profundo de mi corazón, quiero pedir perdón, especialmente al municipio de Granada y al corregimiento de Santa Ana, por haber hecho parte, con mi silencio, de estos hechos, y por no

haber tenido la valentía de informar a las entidades competentes para que esto no hubiera pasado o no hubiera avanzado tanto.

Hoy, a mis 45 años, quisiera devolver el tiempo, aunque sé que no es posible, para que ninguna de esas familias y comunidades pasara por tanto sufrimiento. Aunque sé que quizás estas palabras y mi arrepentimiento no cambiarán lo sucedido, dejo mi conciencia un poco más tranquila al saber que estas familias recibieron la verdad tan esperada durante mucho tiempo.

Quiero que este relato quede en la historia para que las nuevas generaciones comprendan que somos seres humanos y que ninguno tiene derecho a quitar la vida a otro ser humano, independientemente del grupo o institución a la que pertenezca, y mucho menos el Ejército Nacional.

Gracias.



JHON WILLIAM LARA CARMONA

En mi compromiso con las víctimas, me gustaría contribuir con la reparación. Me gustaría contar mi testimonio y que, en las políticas militares, se instruyeran historias y testimonios, aclarando que las poblaciones civiles no deben ser sometidas, especialmente las personas campesinas y las poblaciones vulnerables, y que ninguna conducta justifica acabar con una vida.

En medio de mi dolor y arrepentimiento, deseo que esto nunca vuelva a ocurrir. Quisiera cambiar las doctrinas y que el militar, el policía y el funcionario público entiendan, desde sus principios, que su función es, en todas las maneras, el cuidado y el respeto por la vida.

Sin más, espero ofrecerles a ustedes una disculpa y recorrer un camino que, con la mano de Dios, nos lleve al perdón.



RAÚL ANDRÉS HOYOS ZÚÑIGA

Señores familiares de las víctimas:

Me dirijo a ustedes con humildad en el corazón y con un profundo respeto por su dolor. Hoy, desde la sinceridad más profunda, quiero expresarles mi arrepentimiento por los hechos que terminaron con la vida de su ser querido, quien fue injustamente presentado como fallecido en desarrollo de operaciones militares.

Reconozco que ninguna palabra podrá aliviar la ausencia que cargan desde entonces ni reparar el daño inmenso que esta injusticia les causó. Asumo plenamente mi responsabilidad moral y comprendo que mi silencio contribuyó a prolongar su sufrimiento. Lamento profundamente no haber alzado mi voz cuando aún era posible impedir más dolor.

Sé que la vida que fue arrebatada no era un número ni un resultado operacional. Era una persona con sueños, con historia y con un hogar que la esperaba, con un futuro que jamás debió ser arrebatado. Hoy rompo ese silencio con el corazón abierto para reconocer la verdad y el daño que estos hechos significaron para ustedes, para sus comunidades y para esta hermosa región de Antioquia.

Mi intención es que estas palabras no sean solo una expresión de arrepentimiento, sino también un compromiso serio y firme con la verdad y con la justicia.

Me comprometo a aportar con honestidad a la construcción de la verdad plena y a esforzarme por recuperar la confianza que mis actos y omisiones quebrantaron. Espero, desde la sinceridad más profunda, que este compromiso pueda aportar, aunque sea un poco, a su proceso de duelo y a la dignificación de la memoria de su ser querido.

Por la memoria de las víctimas, por ustedes y por esta hermosa región de Antioquia, pido perdón por mi silencio. Sé que ese silencio causó un dolor profundo y que nada lo justifica. Mi esperanza es que algún día este pedido de perdón pueda ser recibido y que, de alguna forma, estas palabras contribuyan a sanar una herida que sé que es inmensa.

SEÑORES.

Medellin 23 Nov 2025

familiares de las víctimas.

Me dirijo a ustedes con humildad en el corazón y con un profundo respeto por su dolor hoy desde la sinceridad más profunda quiero expresarles mi arrepentimiento por los hechos que terminaron con la vida de su ser querido quien fue injustamente presentado como fallecido en desarrollo de operaciones militares. Reconozco que ninguna palabra podrá aliviar la ausencia que cargan desde entonces ni reparar el daño inmenso que esta injusticia les causó.

Asumo plenamente mi responsabilidad moral. Comprendo que mi silencio contribuyó a prolongar su sufrimiento y lamento profundamente no haber alzado mi voz cuando aun era posible y impedir más dolor. Sé que la vida que fue arrebatada no era un número ni un resultado operacional. Era una persona con sueños, con historia y con un hogar que lo esperaba con un futuro que jamás debió ser arrebatado.

Hoy rompo ese silencio con el corazón abierto para reconocer la verdad y el daño que estos hechos significaron para ustedes para sus comunidades y esta hermosa región de Antioquia. Mi intención es que estas palabras no sean solo una expresión de arrepentimiento si no también un compromiso serio y firme con la verdad y con la justicia.

NÉSTOR ANDRÉS SÁNCHEZ SERNA

Renace la esperanza

Respetables víctimas del Oriente antioqueño, específicamente las personas del municipio de Granada y del corregimiento de Santa Ana, región a la cual le hice tanto daño al ser partícipe de la estigmatización que contribuyó a causar dolor y daño a familias campesinas, cuyo único “delito” fue tratar de sobrevivir con sus tierras:

Hoy son víctimas de quienes en su momento juramos protegerlos y salvaguardar sus vidas; sin embargo, hicimos todo lo contrario. Nos comportamos como criminales cuando debíamos ser una esperanza de vida para ustedes, y los defraudamos al hacer parte de una máquina destructiva que les arrebató la vida, los sueños y la esperanza a esta humilde población.

Hoy miro el campo y siento la nostalgia y la ausencia de quienes ya no están, por el actuar irresponsable de nosotros. Pero también veo esperanza en las nuevas generaciones que han llegado con resiliencia a tratar de llenar el vacío dejado por sus seres queridos.

La realidad es que no puedo ocultar mi irresponsabilidad al guardar silencio y no haber evitado estos lamentables hechos, donde familias inocentes sufrieron el flagelo de nuestras malas acciones, hoy irreparables, en contra de esta hermosa región.

La bondad y la nobleza del pueblo granadino hoy me avergüenzan, porque a pesar de tanto daño que les hice, hoy me acogen como un hijo más de estas tierras, dándome la oportunidad de reivindicarme y sentir paz con el perdón que me han concedido.

A toda la región del Oriente antioqueño le pido perdón por haberlos defraudado e incumplido nuestro juramento de salvaguardar sus vidas.

Medellín, 23 de noviembre de 2025.

Renace la esperanza,
Respetables víctimas del oriente antioqueño, específicamente las personas del municipio de Granada y el corregimiento de Santa Ana.

Región a la cual le hice tanto daño, siendo partícipe de la estigmatización que contribuyó a causar dolor y daño a familias campesinas que el único delito que cometieron, fue tratar de sobrevivir en sus tierras, y hoy por hoy son víctimas de quienes en su momento juramos protegerlos y salvaguardar sus vidas, sin embargo hicimos todo lo contrario, nos comportamos como unos criminales, cuando nosotros éramos una esperanza de vida para ustedes, y los defraudamos haciendo parte de una máquina destructiva arrebatándoles la vida, sueños y esperanza a esta humilde población. Hoy por hoy miro el campo donde siento la nostalgia y la ausencia de quienes hoy ya no están, por el actuar irresponsable de nosotros, pero también veo esperanza en las nuevas generaciones que han llegado con resiliencia a tratar de llenar ese vacío de sus seres queridos que ya no están.

La realidad es que no puedo ocultar de que por mi irresponsabilidad al guardar silencio, y no haber evitado estos lamentables hechos, donde familias inocentes sufrieron el flagelo de nuestras malas acciones, que hoy son irreparables en contra de esta hermosa región.

La bondad y la nobleza del pueblo granadino hoy me avergüenzan, porque a pesar de tanto daño que les

JHON JAIRO OSPINA ÁLVAREZ

“Quien pelea con monstruos debe tener cuidado de no convertirse en uno de ellos”. Esta frase la leí hace ya muchos años, cuando me encontraba en prisión, y ese fue el error que muchos de nosotros cometimos: nos convertimos en los peores monstruos.

Quiero aprovechar esta oportunidad para pedir perdón por todo el dolor causado de mi parte. Sé que ninguna palabra puede borrar las ausencias ni las heridas causadas que han marcado sus vidas para siempre, pero considero que es fundamental reconocer mi culpa y pedir perdón ante ese sufrimiento. Lamento profundamente las consecuencias de mis actos, que han afectado a sus familias, sus comunidades y sus proyectos de vida.

Nada de ello debió suceder. Hoy quiero ratificar mi compromiso con la verdad, la reparación y la no repetición.

ÓSCAR ESNEIDER MANCO MANCO

Hoy, en este día, me dirijo a las personas y al territorio del Oriente antioqueño con las manos en el corazón y tristeza en el alma, al saber que con mis acciones causé daño y destrucción a tantos seres humanos que nunca debieron haber padecido tanto dolor, como la pérdida de hijos, hermanos, padres y amigos. Nunca nosotros, como militares, debimos habernos cruzado en sus vidas para que no tuvieran que pasar por el dolor de perder a sus seres queridos.

Hoy reconozco que causé mucho daño con mis acciones a sus vidas y a sus territorios. Sé que esta carta no va a aliviar su dolor. Nunca comprendí por qué llegamos a tanta crueldad si muchos de nosotros

éramos de raíces campesinas. ¿Por qué dejamos dañar nuestro corazón y nuestra mente?

Siempre pido a Dios fortaleza para las personas que pasaron por este dolor. Espero que este territorio y sus habitantes tengan tranquilidad y paz, y que nunca más vuelvan el dolor y la destrucción. Que Dios los bendiga y acompañe siempre.

Gracias por su apoyo, Konrad-Adenauer-Stiftung.



ADRIÁN ESPINOSA ZAPATA

Respetadas madres, padres, hermanos e hijos, víctimas del Ejército Nacional de Colombia del Oriente antioqueño, en especial de los municipios de Sonsón, Argelia, Nariño, San Francisco, Cocorná y todos los demás municipios, reciban un fraternal saludo.

Como miembro de la Fuerza Pública, sé que nada de lo que escriba sanará tan inmenso dolor que llevan en sus corazones. Les pido de corazón siquiera unos minutos de su tiempo para leer mi humilde carta, pues para mí es difícil escribirles, ya que mi corazón se confunde al imaginarles leyendo mis palabras. Les pido perdón de todo corazón por todo el daño causado, que no tiene ningún reparo. Ruego a Dios para que les dé fortaleza y puedan encontrar paz en sus corazones.

Siento un poco de alivio y satisfacción al poderles escribir estas letras, ya que no tengo paz interior y en las noches los malos recuerdos se apoderan de mis sueños. Muchas gracias por su atención prestada. Mi esperanza es que nuestro país alcance la paz anhelada y que estos hechos nunca vuelvan a suceder.

Dios los bendiga.

Medellin: Antioquia

23 - Nov - 2025

Respetados, Madres, Padres, hermanos e hijos
víctimas del Ejército Nacional de Colombia del
Oriente antioqueño, en especial los Municipios de
Sonsón, Argelia, Nariño, San Francisco, Cocorná
y todos los demás Municipios. Reciban un fra-
ternal saludo. Como miembro de la Fuerza Pública
sé que nada de lo que escriba les sanará
tan intenso dolor que llevan en sus corazones.
Les pido de corazón. Si quiera unos minutos
de su tiempo para leer mi Humilde Carta. Pues
para mí es difícil escribirles a ustedes. Ya que
mi corazón se confunde al imaginar a ustedes
leyendo mis textos. Les pido Perdón de
todo corazón por todo el daño - cau-
sado. que no tiene ningún Reparación luego
a mi Dios para que les de Fortaleza a vste-
des y puedan encontrar Paz en sus Corazones.
Siento un Poco de alivio y Satisfacción Poderles
escribir estas letras. Ya que no tengo interior
y en las noches los Malos Recuerdos se apoderan
de mis sueños. Muchas gracias a ustedes por
su atención prestada. Mi esperanza es que nuestro
País tenga la Paz anhelada y que estos hechos nunca
vuelvan a suceder. Dios los Bendiga
ATT el Profesional Adrian Espinosa

MIGUEL ÁNGEL PERALTA

A las familias víctimas de falsos positivos del Oriente antioqueño:

Con profundo dolor y respeto, quiero expresar mi más sincero perdón por el daño irreparable causado por la violencia y la injusticia que sufrieron sus hijos y familiares.

Reconozco la lucha y el dolor que han soportado y quiero honrar la memoria de aquellos que fueron arrebatados de manera tan cruel y falsa. Es inaceptable que se haya jugado con la vida de campesinos inocentes.

Me comprometo a que su voz sea escuchada y a que su lucha por la verdad y la justicia no sea en vano. Que su memoria nos sirva de recordatorio de la importancia de luchar por la verdad y la justicia, y de proteger la dignidad de todos los seres humanos.

YAMITH ZAPATA ROJAS

Víctima:

Como primero pido perdón a Dios, pido perdón al pueblo campesino, ya que es el mayor afectado del conflicto armado interno.

Fracasado.

Fracasado es aquel que, aun sabiendo de sus errores, no tiene la capacidad de corregirse a sí mismo.



HEVERLEY LARGO MORALES

Hoy deseo elevar un sincero y sentido homenaje a las víctimas del conflicto armado del Oriente antioqueño, como Granada, San Luis y San Carlos, entre otros.

Con respeto, reconozco que en el marco del conflicto la fuerza pública institucional, a la cual pertencí, también cometió acciones que generaron dolor, afectaciones y rompieron la confianza que las comunidades depositaron en nosotros.

Reconozco su resistencia, su dignidad y su valentía para seguir adelante a pesar del sufrimiento causado. Ustedes representan la fuerza de los territorios que, aun en medio de la adversidad, nunca perdieron la esperanza de un futuro diferente.

Que este reconocimiento sea un paso más hacia la reconciliación, la memoria y la no repetición. Que el dolor que dejó el pasado se transforme en la convicción de cambiar juntos hacia la paz deseada que todos merecemos.



VÍCTOR MANUEL LONDOÑO

Perdón por no haber tenido cinco minutos de cordura para dimensionar el daño que le estaba causando a una familia. Solo pensaba en mi bienestar y en el de mis soldados; no fue por dinero ni mucho menos, fue por un permiso.

Eso, para todo militar, era un premio. En muchas ocasiones pasábamos meses sin visitar a nuestras familias y los comandantes superiores nos utilizaban, pero los verdaderos culpables somos nosotros por haber dado o permitido acabar con la vida de un ser humano, independientemente de que perteneciera a un grupo armado o no. No debía permitir que eso sucediera.

Por eso afronto toda mi responsabilidad y pido perdón por el daño que pude haber causado a un grupo familiar, dejando a una madre sin hijo, a una esposa viuda o a unos hijos huérfanos, hermanos y hermanas sin un compañero y amigo.

No tengo cómo reparar el daño causado; nunca podré reponer la vida de un ser querido. El amor de una madre nunca podrá tener descanso en su alma. Sé que no existe nada que pueda reparar el daño causado, y por eso pido mil veces perdón, perdón, perdón.

Pido perdón a las víctimas por el daño causado, ya que cuando ingresé al Ejército, con la mentalidad de servir al país y a la comunidad, no pude evitar el daño que les hice a las familias del Oriente antioqueño, en el municipio de San Luis, donde di la orden de terminar con la vida de dos personas, de las cuales en ese momento no tenía certeza de que fueran un enemigo. Me faltaron cinco minutos de cordura para no haber cometido este error tan grande, que fue acabar con un miembro de una familia: un padre, un hijo, un hermano. Lamento la muerte de Medardo de Jesús Meza García. Estaba tan sumergido en la guerra que no dimensioné el sufrimiento y nunca he dejado de pensar en el dolor de las familias.

Yo inicié con un objetivo como militar, pero en el camino me desvié y cometí el error más grande: acabar con una vida solo por un beneficio propio. En la guerra me preparé para muchas cosas, pero nunca para ese dolor tan grande. Me arrepiento de no haber dicho “no”. Tuve la opción y me dejé llevar por lo malo que aprendí; no seguí mi corazón, que muy adentro me decía que no lo hiciera, tomando así la peor decisión, la que acabaría con mi carrera, mi familia y, lo más importante, con las víctimas.

Llegar al Oriente me llenó de emociones buenas y malas: buenas, porque las personas son muy amables, honestas y trabajadoras; la cultura campesina, la mejor que he conocido. Lo malo fue el mal camino que tomé al no seguir mis principios ni la educación que me dio mi madre: ser honesto, leal, respetuoso y, sobre todo, no hacer daño a los demás. No pude mirar a los ojos a mi madre cuando me visitó en el centro militar penitenciario; ver sus lágrimas me hizo entender que no solo hice daño a las víctimas, sino también a mi familia, que tanto amo.

Pido perdón a las víctimas del Oriente antioqueño y, en especial, a la familia de Medardo de Jesús, quien debía ver crecer a sus hijos y acompañar a su familia, y porque solo Dios debe tomar la decisión sobre la vida, no yo.

Perdón mil veces.

MANUEL SANTO IBARGÜEN

Hoy quiero expresar, desde lo más profundo de mi ser, mi arrepentimiento por los actos causados ante las víctimas del conflicto. Sé que ante Dios no fue de agrado, pero hoy estoy aquí con la frente en alto, con vergüenza y dolor, por todo lo causado.

Hoy les escribo con todo mi corazón arrepentido y rogándole a Dios mucha fortaleza para ustedes. Espero que puedan encontrar esa capacidad de aceptarlo.

Ya en este tiempo me he convertido en una persona más sabia e íntegra, porque Dios ha permitido que mi corazón se llene de amor y sabiduría.

Espero que mi arrepentimiento, el conocimiento y el compromiso con la verdad y la justicia puedan ser ese puente hacia la sanación y la reconciliación. Mi compromiso es trabajar para que hechos como estos nunca se repitan. Gracias por el espacio y el tiempo que permitieron para poder expresarnos ante ustedes. Que Dios los bendiga siempre.

JULIO ORLEY HERRERA

La paz nace en cada gesto de respeto y empatía. No es la ausencia de conflicto, sino la decisión diaria de escuchar, comprender y cuidar a los demás.



JHON EDER GOEZ ESCOBAR

Carta 1

Quiero en esta ocasión escribirle a Colombia, a esa Colombia que todos quisimos que fuera, pero que por muchas razones y por los hechos de muchos no ha podido ser.

Por medio de esta carta quiero hacer saber a todas las familias que, en algún momento, en mi actuar inapropiado cometí muchos errores, los cuales hoy no tengo cómo reparar ante sus seres queridos, a quienes de muchas formas y maneras les arrebatamos su existencia.

A partir de esto, solo me queda, en pocas palabras, pedir a las víctimas que, por medio de Dios, me regalen así sea un poco de perdón, para poder sobrellevar esta pesada carga que nos aflige por mucho tiempo.

Por medio de este trozo de papel me sincero con las familias sobre lo arrepentido que he vivido por todos los errores cometidos contra sus seres queridos (hijos, padres, etc.).

A ustedes, familias y comunidades, les digo de todo corazón que estaré dispuesto a contarles toda la verdad de lo que en realidad ocurrió con sus seres queridos.

Por último, solo queda pedir a Dios que les dé mucha fuerza para que así nos puedan regalar su perdón y, de esta manera, poder construir una vida diferente en una patria mejor.

En este lado de mi carta quiero dedicar unas cortas palabras a las comunidades y a los territorios, todos tan lindos que pude conocer y a los que, sin derecho alguno, les causamos daños, afectando a sus familias, sus núcleos y a una sociedad entera. Por todo esto también pido perdón y renuevo mi promesa de que jamás existirá repetición, ni en el más mínimo grado.

23 11/2025

queridas victimas del conflicto
armado de granada Antioquia
empiezo con una reflexión
diciendoles que estoy profundamente
arrepentido por lo que hice me doy
cuenta que mis acciones causaron
daño y profundo dolor por eso
quiero pedir perdón de corazón me
siento abrumado por la culpa
y el remordimiento deseo que
puedan encontrar la fuerza
para perdonarme, puedan
espero que algún día puedan
encontrar la paz, la tranquilidad
y el perdón que tanto anhelan
las victimas y las comunidades
de esta region de antioquia



Soldado retirado
Jhon Eder Goetz

Carta 2

Dirigida a las víctimas

En la presente me dirijo a ustedes, solidarizándome con el dolor causado por los miembros del Ejército a sus familias y las consecuencias que esto trajo a nivel psicológico y social.

Entiendo que las palabras aquí expresadas no sean suficientes para reparar el daño causado por la situación que han vivido como familia y comunidad.

Nos solidarizamos con su lucha por la verdad y la reparación.

Lamentamos las pérdidas y los daños ocasionados y esperamos que su lucha sirva como un llamado a la sociedad y a la justicia de las nuevas generaciones, creando conciencia para un mejor vivir en el respeto, el perdón y la reconciliación.



ESNEIDER NIETO DUARTE

Carta 1

Para las víctimas del conflicto armado del Oriente antioqueño:

Hoy me dirijo a ustedes con el corazón abierto, adolorido y cicatrizado, y con el más profundo respeto y admiración, porque ustedes lo perdieron todo en esta historia que nació con el conflicto armado, donde quedaron en medio de dos bandos.

En este sector, que ha sido cuna de su trabajo, y por el solo hecho de estar en el campo, se vieron obligados a vivir lo más duro de la guerra: perder a sus seres queridos, ser desplazados sin esperanza para proteger sus vidas y las de sus seres queridos, dejando atrás tierras, ilusiones y el hogar que con tanto amor levantaron.

Lamento profundamente las vidas arrebatadas, los hogares destruidos y los sueños interrumpidos. Aun así, deseo pedirles un perdón sincero por todo el daño causado a una región tan próspera.

Que estas palabras sean un inicio para que encuentren esa paz tan anhelada y esa tranquilidad que en un momento les arrebatamos.

Con todo mi corazón y con un profundo arrepentimiento.

Para las víctimas del conflicto armado del
Oriente Antioqueño

Hoy me dirijo a usted, con el corazón
abierto y adolorido, cicatrizado, y con el más
profundo respeto y admiración, porque ustedes
perdieron todo, en esta historia que nació
con el conflicto armado donde quedamos en medio
de dos bandos
en este sector, donde ha sido cuna de su trabajo
y que por el hecho de estar en el campo se
vieron obligados a vivir lo más duro de la guerra
que fue perder a sus seres queridos, desplazados
sin esperanzas para proteger sus vidas y la de
sus seres queridos dejando atrás tierras, ilusiones, su
hogar al que con tanto amor levantaron.
Lamento profundamente las vidas arrebatadas, los
hogares destruidos, los sueños interrumpidos, aun así
deseo pedirles un perdón sincero por todo el
daño causado a una región tan próspera.

Que estas palabras sean un inicio, para que
encuentren esa paz tan anhelada y esa
tranquilidad que en un momento les arrebatamos
con todo mi corazón, y con un profundo
arrepentimiento

Esneider Nieto

Carta 2

Quiero pedir perdón a la familia por no haber tenido la valentía de hablar en su momento. Debía haberlo hecho, debí haber buscado ayuda, debí haber encontrado una manera, aunque fuera mínima, de evitar o denunciar lo que estaba por pasar. Siento profundamente no haberlo hecho.

También le pido perdón al pueblo, porque la omisión no solo afecta a una familia, sino a toda una comunidad que merece vivir en verdad, confianza y respeto.

Sé que mi silencio también contribuyó a la pérdida de confianza en las instituciones y en la gente de los mismos territorios.

Hoy reconozco que guardar silencio, aunque haya sido por miedo, también es una forma de daño. Por eso quiero asumir mi responsabilidad. No busco excusas, solo quiero que mi verdad contribuya, aunque sea en parte, a la reparación que ustedes merecen: la reparación moral, la recuperación de la memoria y la construcción de la dignidad que les fue arrebatada.

Espero que estas palabras puedan abrir un camino hacia la reconciliación y hacia un futuro en donde ninguna persona tenga que callar por miedo y donde ninguna familia vuelva a vivir una pérdida tan dolorosa y tan injusta.

Solo queda pedir perdón.



ENIS EDWAR ALLIN RENTERÍA

Carta dirigida a las víctimas

En la presente me dirijo a las víctimas. Sé que es muy duro el dolor que les causamos cuando éramos miembros del Ejército Nacional, y hoy en día me arrepiento de corazón de todo el daño causado a sus familiares, a su honra y a sus territorios. Por eso pido perdón de corazón, ya que sé que mis actos causaron tanto dolor, el cual no quiero que se repita en ningún territorio de nuestro país.

Este país es tan hermoso y no merece ser empañado por ningún acto de violencia. Por eso pido perdón de corazón por mis actos.

Gracias.

Edwar Allin ...

Quiero pedir disculpas Sinceras por mis
actos. Me doy cuenta de que cause
daño y me arrepiento por no profundamente.

Prometo aprender de mis errores y hacer
lo posible para no repetirlo.

Estoy verdaderamente arrepentido por mis
actos, Me doy cuenta de que no debí
hacerlo y me comprometo a hacer lo
posible para remedarlo.

EDUARDO DE JESÚS GARCÍA HENAO

Territorio a las víctimas

Este es un reconocimiento a las víctimas por desplazamiento y por la pérdida de sus familiares, para la tranquilidad, la recuperación de la paz y la felicidad, con verdad y reconocimiento del dolor causado.

Hoy deseo dar un sincero y sentido homenaje a las víctimas del conflicto armado en la vereda La Pipiola, municipio de Tarazá, Antioquia.

Con profundo respeto, reconozco que, en el marco del conflicto, cometí acciones y omisiones que generaron dolor, afectaciones y rompieron la confianza que las comunidades depositaron en nosotros, afectando a las familias, a los líderes, a las mujeres, niños, jóvenes y adultos mayores de la vereda La Pipiola.

A quienes han cargado con las consecuencias de la violencia, les extiendo un mensaje de respeto, solidaridad y compromiso. Reconozco su resistencia, su dignidad y su valentía para seguir adelante, a pesar del sufrimiento. Ustedes representan la fuerza de los territorios que, aun en medio de la adversidad, nunca perdieron la esperanza de un futuro distinto.

Este mensaje es también un compromiso para trabajar siempre desde la verdad, el respeto por la vida, la defensa de los derechos humanos y la construcción de una relación transparente y humana entre la institución y las comunidades.

Que este reconocimiento sea un paso más hacia la reconciliación, la memoria y la no repetición. Que el dolor que deja el pasado se transforme en la convicción de caminar juntos hacia la paz que todos merecemos.





4.

Capítulo 4. Mapa del dolor y la esperanza

Capítulo

Las fotografías y la cartografía que integran este capítulo dan cuenta de un proceso colectivo de sensibilización y escritura realizado con comparecientes y víctimas, concebido como un espacio de encuentro ético, reflexivo y restaurativo. A través de talleres cuidadosamente acompañados, se propició un ejercicio de escucha, reconocimiento del daño y elaboración de la palabra escrita como forma de contribución a la reparación y de expresión del dolor, la dignidad y la memoria.





Las imágenes registran momentos de trabajo individual y colectivo, gestos, silencios y diálogos que no siempre encuentran traducción en el lenguaje jurídico, pero que son esenciales para comprender el alcance humano de estos encuentros.





La cartografía de la jornada, construida de manera participativa, recoge los recorridos emocionales, los hitos simbólicos y las reflexiones que emergieron a lo largo del proceso, y permite situar estas cartas no como textos aislados, sino como resultado de un camino compartido, atravesado por la verdad, la responsabilidad y la búsqueda de sentido en clave restaurativa.



hacerlo cuando en cual tal vez... influencia
que uno de los mejores mundos de las
personas y hermanos sus pequeños fueron aquellos.
Mujeres los chicos y desde ese momento comence
vamos en el campo como la hija de 16
años que ingreso al ejército



5.

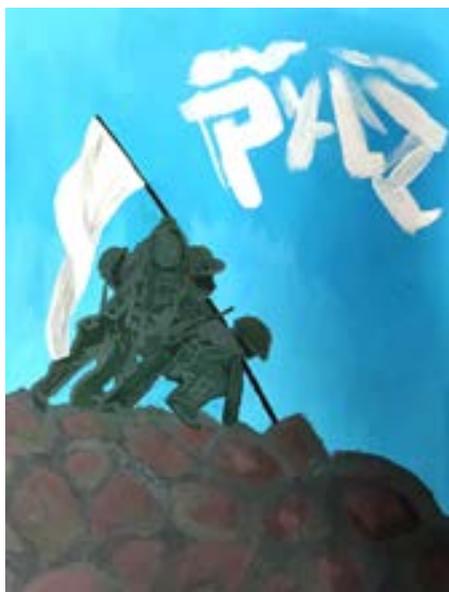
Capítulo 5. Cartas al futuro



Este capítulo reúne los dibujos realizados por niñas y niños estudiantes de Granada (Antioquia), quienes, a través de sus trazos y colores, expresan cómo han percibido, vivido o heredado las huellas del conflicto armado en su territorio. Sus imágenes no buscan ofrecer una reconstrucción factual de los hechos, sino revelar las marcas que la violencia dejó en la vida cotidiana, en los paisajes, en las relaciones y en las emociones, vistas desde una mirada infantil que combina memoria, imaginación y experiencia. En estos dibujos conviven el miedo y la esperanza, la pérdida y el anhelo de paz, recordándonos que el conflicto no solo se inscribió en los cuerpos de las víctimas directas, sino también en las generaciones que crecieron escuchando relatos, observando ausencias y aprendiendo a nombrar la guerra desde edades tempranas.

Incorporar estas voces gráficas en el libro es reconocer a las niñas y los niños como sujetos de memoria, y afirmar que la construcción de verdad y de no repetición pasa también por escuchar cómo ellos y ellas representan el pasado para imaginar un futuro distinto.











SANCIONES PROPIAS:

Sentencias que restauran

lo que el conflicto rompió

